Daniela Dröscher

MENTIRAS SOBRE MI MADRE

AdN

Daniela Dröscher

MENTIRAS SOBRE MI MADRE

Traducido del alemán por Laura Manero Jiménez

AdN Alianza de Novelas

Mi madre no cabe en ningún ataúd. Está demasiado gorda, dice. Cuando muera, no quiere que guardemos sus cenizas en una urna, sino que las esparzamos en el mar.

Desde hace unos años vive en la laguna de Stettin, el punto más nororiental de Alemania. No se puede estar más cerca de Polonia, o sea, del país donde nació.

Hablamos mucho de la muerte. Bueno, la verdad es que solo habla ella. Lo que le angustia es su peso, y eso que no sufre ninguna de las clásicas enfermedades que los médicos suelen atribuirles tan a la ligera a los gordos. Ella tiene dolor en los músculos, en las articulaciones.

Con mi madre puedo hablar de muchas cosas. De casi cualquier cosa, en realidad. El único tema que no tocamos nunca es el asunto del dinero. Todo apunta a que ese es un secreto que no desvelará jamás. Ella, seguramente, incluso negaría haber tenido nunca secreto alguno.

Ya lo creo que los tienes, pienso. Igual que todo el mundo tiene tres vidas: la pública, la privada y la secreta.

Deslizo la mirada por sus estanterías de libros. Tolstói, me digo. A mi madre le encanta Anna Karénina. ¿Podríamos conversar tal vez sobre la trágica caída en desgracia de la protagonista de Tolstói?

—«Todas las familias felices…» —arranco, pero ella enseguida vuelve su preciosa cabeza hacia el otro lado.

—Bah, cuánta desdicha…

¡Exacto, desdicha!, pienso. Durante toda mi infancia y mi juventud cargué con el aplastante peso de su desdicha. Por eso, esta no es solo su historia, sino también la mía.

—Si no hablas de una vez —amenazo—, tendré que inventarme algo. Tendré que mentir.

—Pues hazlo. A eso te dedicas, al fin y al cabo.

Sonríe complacida y sin dejarse impresionar en absoluto. Es casi como si le gustara ser la protagonista de mi novela. Yo, por el contrario, parezco una niña apocada. No una escritora.

La historia que me ronda es una historia con mucho maquillaje, pelucas rubias, trapecio y doble fondo. Una historia completamente ficticia en muchos sentidos. La filosofía entiende la ficción como un «recurso metodológico para la solución de un problema», y mi problema es el siguiente: en mi familia hay tantos secretos que no sé por dónde empezar. El asunto del dinero es solo uno de ellos.

Que mi madre, pese a estar tan unidas, se muestre a veces tan misteriosa conmigo tiene que ver también con mi padre. Para él, es la persona más enigmática del mundo, aunque al mismo tiempo afirma conocerla del derecho y del revés.

«Tu madre no tiene mesura. Ni con el dinero ni con la comida —lo oigo decir—. No hay nada de misterioso en eso.»

Se pasó años estigmatizándola con declaraciones tan rotundas como esa. Y yo…, en algún momento, o por lo menos de vez en cuando, yo lo creí.

De niña, siempre me veía yendo del uno al otro, indagando como una pequeña detective privada que investigaba por su cuenta y riesgo. A una niña cuya atención vaga perdida constantemente por el páramo de los adultos le cuesta diferenciar entre mentiras y secretos.

Si quiero descubrir mi verdad subjetiva sobre el dinero y sobre todo lo demás, debo transformar a mis padres en personajes. Personajes que me ayuden a comprender quién ha contado aquí qué mentiras sobre quién.

Dudo una última vez. ¿Cómo puedo escribir sobre mi madre sin replicar la mirada de mi padre sobre ella?

—Empieza y punto —dice ella de pronto, en voz baja—. Venga. Lo conseguirás.

—¿El qué? —pregunto.

—Pues explicar tu historia de manera que yo quede protegida.

—¿Protegida cómo? ¿Qué quieres decir?

—¿Cómo va a ser? —Sonríe—. Protegida por ti, claro.

Di toda la verdad pero dila sesgada…
El Circunloquio la hará triunfar
Demasiado brillante para nuestro frágil Deleite
Es la sublime sorpresa de la Verdad
Como el Relámpago explicado a los Niños
Con palabras tranquilas
La Verdad debe deslumbrar poco a poco
O a todo el mundo cegaría…

EMILY DICKINSON

¡Fue una mierda como una casa!
¡Fue desde rancio hasta provinciano!
¡Eso es lo que fue!

MONACO FRANZE
(DE LA SERIE DE TELEVISIÓN HOMÓNIMA)

UNO

1983: Año Internacional de las Comunicaciones

Ave del año: el avión zapador

1

Iba sentada en la parte de atrás de nuestro Volkswagen escarabajo de color naranja. En el suelo del asiento delantero veía la bolsa de viaje de cuero que normalmente usábamos solo para las vacaciones de verano. También el maletero estaba lleno de equipaje. Me daba cuenta de que algo no iba bien.

Todavía era por la mañana. Mi madre hubiera tenido que estar en el trabajo y yo en el jardín de infancia. En lugar de eso, sin embargo, recorríamos las carreteras federales en dirección a Himmelstädt, donde vivían mis abuelos.

—¿Saben el abuelo y la abuela que vamos? —pregunté.

Mi madre se limitó a asentir con la cabeza sin decir nada.

Examiné su rostro en el retrovisor. No apartaba los ojos de la calzada y se esforzaba por ocultarme las lágrimas.

Lo había visto otras veces. «Delante de la niña no», decía siempre mi padre. No quería que me enterara de sus conflictos.

Discutían casi a diario. O, mejor dicho, discutía él; mi madre solo se defendía. La mayoría de las veces, las peleas tenían lugar por la tarde, cuando él llegaba de trabajar y se quejaba porque le parecía que su mujer estaba «demasiado gorda». Ese día había empezado a protestar ya en el desayuno.

Vi que mi madre hacía valientes equilibrios con las lágrimas sobre la fina línea del párpado inferior. Busqué a tientas a Iwona, mi muñeca, que estaba sentada conmigo en el asiento de atrás. Junto con Pepper, el gato negro, era todo mi mundo. Los demás niños del jardín de infancia del pueblo tenían un hermanito; yo tenía a Iwona.

Dispuesta a animar a mi madre, decidí interpretarle todo mi repertorio de canciones, para lo cual me planté con las piernas separadas en el estrecho espacio que quedaba detrás del freno de mano. Me encantaba ese sitio; desde allí podía verse la carretera sin ningún impedimento. Mi madre, al contrario que mi padre, nunca me obligaba a ponerme el cinturón de seguridad cuando iba con ella en el escarabajo.

Mientras cantaba, las líneas blancas de la mediana pasaban a toda velocidad por debajo del vehículo. A los lados se veían viñedos, también prados de vez en cuando, y solo alguna que otra casa aislada en las colinas.

Ese viaje a Himmelstädt me pareció raro. Hacía mucho que no íbamos a ver a mis abuelos y una eternidad que ellos no nos visitaban

a nosotros. En el pasado se habían producido muchas discusiones entre mis abuelos maternos y los paternos, con quienes compartíamos la casa del pueblo. Mi madre nunca consiguió poner paz y mi padre solo lo intentó a medias.

El fluir del paisaje se detuvo de súbito. Una sacudida zarandeó el escarabajo, como si un gigante lo hubiera agarrado por el maletero. Grité y me aferré a los reposacabezas. El coche traqueteó hacia delante y mi madre dio un volantazo con el que de algún modo consiguió llevarlo hasta el arcén. Me había hecho daño en la cabeza. Primero había salido despedida hacia el techo del vehículo y luego me había estampado contra Iwona.

—¿Todo bien por ahí atrás? —Mi madre se inclinó entre los asientos y me tocó la frente.

Asentí para tranquilizarla.

—¿Estás segura? —Me apartó el flequillo rubio de la cara con una caricia para consolarme.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, aturdida.

Ella se volvió otra vez hacia el salpicadero.

—Que se me ha olvidado poner gasolina.

Poco después caminábamos por el arcén de la carretera federal. Mi brazo no era lo bastante largo para alejar de mi cuerpo el tosco bidón de gasolina, así que el metal vacío me golpeaba las piernas a cada paso. Era cansado, pero mi madre llevaba sus zapatos abiertos de tacón alto, las uñas de los pies pintadas de rojo y, en los párpados, sombra de ojos de un azul brillante. Me pareció que un bidón de gasolina oxidado no pegaba con una mujer tan «emperifollada», como la llamaba siempre la abuela Martha, la madre de mi padre.

Hacía un día bastante cálido para el mes de abril y mi madre caminaba deprisa. Pero incluso en ese momento, con todo el bochorno, se cuidaba de que sus andares resultaran elegantes y gráciles, como si flotara. Yo la seguía todo el rato unos pasos por detrás. Me gustaba la forma en que el sol dibujaba nuestras siluetas sobre el asfalto. La sombra de mi madre era larga y ancha; la mía, delgada y corta, e intentaba que quedara dentro de la suya mientras caminábamos.

Las semanas anteriores, en nuestra casa se habían dejado oír las palabras «calorías», «dieta» y «vacaciones de verano». Mi padre quería que mi madre hiciera una «cura de aguas». Ella, sin embargo, se negaba porque no se veía gorda en absoluto.

La abuela Martha le daba la razón a su hijo. «Sin que nadie le hubiera preguntado», como protestaba mi madre. A mi abuela no le gustaba su nuera, y los padres de esta le gustaban menos aún. Eran

una familia «de fuera», afirmaba. Polacos y alemanes a la vez, o sea, «alemanes silesios», cosa que a mí me sonaba complicadísima.

—Ahí, mamá, mira. —De la emoción, casi tropecé con el bidón de gasolina.

Unos metros más adelante, en el arcén, había aparecido un poste de socorro que brillaba tan naranja y luminoso como nuestro escarabajo. Mi madre sacudió la cabeza y tiró de mí mientras pasábamos de largo.

—Pero si papá dice que desde ahí se puede llamar al Automóvil Club de Alemania…

Mi padre me había explicado cómo funcionaba, y que a los técnicos de asistencia en carretera los llamaban «los ángeles amarillos».

Mi madre se echó a reír, pero no con una risa auténtica. Me fastidiaba cuando se ponía sarcástica.

—No si se te ha olvidado poner gasolina… —Me miró fijamente—. A papá no puedes contarle nada de esto, ¿me oyes?

Yo asentí con la cabeza, pero noté un hormigueo caliente en la nuca. Mentir, llorar y jugar con la comida, esos eran los tres pecados mortales, y mentir era el más mortal de todos. No había nada que mi madre odiara más que eso.

—Ya sabes cómo es —añadió a modo de disculpa.

Era cierto. Mi padre se pondría hecho una furia si se enteraba de la metedura de pata de mi madre. En su profesión, todo tenía que ser exacto. Construía mecanismos que controlaban otros mecanismos, y cualquier fallo podía costarle la vida a alguien. Los aviones podían caer en picado; los trenes, descarrilar; los coches de Fórmula 1, salirse de la pista a toda velocidad y estrellarse contra la tribuna. Entendía por qué era mejor no contarle nada del depósito vacío.

—Mira, ya casi hemos llegado.

En efecto, a lo lejos se veía una caseta con unas banderas azul marino que ondeaban al viento.

Al llegar a la gasolinera, el olor a combustible se volvió tan intenso que tuve que contener el aliento.

—Respira por la boca —me indicó mi madre.

—¿Qué, se han quedado tiradas?

El gasolinero se quedó prendado de la silueta de mi madre al instante. No me gustó cómo la miraba. Primero recorrió con los ojos su falda tejana, larga hasta la pantorrilla, y luego subió por el fino jersey. Nada hacía pensar que le pareciera «demasiado gorda».

A mí apenas me miró. Yo, en cambio, no le quitaba los ojos de encima, igual que hacía él con mi madre mientras metía la pistola del surtidor en el bidón y lo llenaba de borboteante combustible.

Mi madre se colocó el bolso delante del busto, sacó el monedero y se cruzó de brazos. Fue entonces cuando me di cuenta de que me faltaba algo.

—Iwona. —Con las prisas, me la había dejado en el coche.

—Iwona… ¿Es tu hermana? —La voz del gasolinero, de pronto, tenía un matiz extraño.

Debía de haber pronunciado el nombre en voz alta.

—Solo es una muñeca, y se llama Yvonne —aclaró enseguida mi madre, dedicándome una mirada amenazadora.

Era cierto que el modelo de muñeca se llamaba originariamente Yvonne, pero mi abuela de Himmelstädt, la que era «de fuera», la había rebautizado como *Iwona,* a la polaca, por pura nostalgia de su antiguo hogar.

—Bueno, pues esto ya está. —El hombre sacó del bidón la pistola del surtidor.

Mi madre abrió el monedero y movió los dedos con concentración al principio, pero después sus gestos se volvieron más inquietos. Hasta que levantó la mirada.

—No llevo suficiente suelto —masculló.

El gasolinero se la quedó mirando, esta vez sin entusiasmo alguno.

—Ya, ¿y ahora qué?

Vi que ella apretaba los dientes y escondía los labios hacia dentro. No era la primera vez que salía sin dinero encima. También en la carnicería o en la floristería pedía a veces que «se lo apuntaran». Solo que aquellas personas la conocían.

El hombre volvió a mirarla de arriba abajo.

—Lo normal sería llamar a la policía.

Asustada, miré a mi madre. Se la veía calmada, pero yo sabía qué cara ponía cuando estaba conteniendo la rabia.

Durante un momento se quedó allí quieta, contemplando los viñedos que ascendían por el otro lado de la carretera.

—¿Sabe qué? —dijo entonces con un suspiro—. Le traeré el dinero mañana, y también un pastel que le prepararé yo misma. ¿Le parece bien?

El hombre dudó.

—¿Puede identificarse, por lo menos?

Ella sacó enseguida la documentación de la cartera. El gasolinero comprobó la fotografía del pasaporte y asintió. Pocos minutos después ya estábamos regresando al coche por el arcén.

Esta vez fue mi madre quien cargó con el pesado bidón. Los chapoteos de la gasolina se oían con cada paso que daba.

Cuando le ofrecí ayuda, la rechazó.

—¿Cómo va tu cabeza? ¿Ya estás del todo bien? —preguntó, aunque sonó más a reproche que a preocupación.

Asentí pese a notar un dolor sordo que me latía en las sienes. Por muy cariñosa que fuera mi madre, a veces tenía cambios de humor repentinos.

No dijo una palabra durante el resto del camino. De vez en cuando paraba un poco para recuperar el aliento, y estuvo a punto de torcerse el tobillo en varias ocasiones. Se notaba que le costaba muchísimo andar, ya no resultaba nada elegante, pero ni se le pasó por la cabeza quitarse los zapatos de tacón.

Después de llenar el depósito, volvió a enroscar la tapa del bidón y nos dirigió una mirada penetrante primero a mí y luego al escarabajo.

—Bueno, pues nos volvemos a casa —anunció, y me abrió la puerta haciendo mucho ruido.

Yo me acurruqué junto a Iwona en el asiento de atrás. En cuanto mi madre subió al coche, me puse el cinturón. Me pasé todo el trayecto de vuelta vigilando la aguja del indicador de gasolina, que quedaba justo delante de la cabeza de mi madre.

En una versión anterior de este texto, mi madre, de golpe y porrazo, le prende fuego a la gasolinera. Aunque en realidad jamás habría sido capaz de algo así, es una escena que entronca con mis miedos infantiles.

Ya de adulta, cada vez que me enfrento a esa clase de personajes explosivos que fluctúan entre la ira y la impotencia no puedo evitar pensar en mi madre: el Michael Kohlhaas de Heinrich von Kleist, Ulrike Meinhof y otros por el estilo.

Igual que la de esos personajes, la ira impotente de mi madre está relacionada con el dinero. Con rebelarse en contra de que exista o deba existir algo como el dinero.

Para ella, casi nada ha sido tan importante en la vida como su independencia económica. La avaricia le es totalmente ajena, pero jamás ha acabado de convencerse de que dispone de dinero propio. De vez en cuando debo recordarme lo poco común que todavía debía de ser para las mujeres de su época tener una cuenta corriente a su nombre. También era algo nuevo poder escoger una profesión, una que no te hubieran buscado tus padres, o entrar a trabajar en un sitio del que no pudiera echarte tu marido. No fue hasta 1977, el año en que yo nací, cuando Alemania otorgó a las mujeres el derecho a la autodeterminación laboral.

Veo a mi madre ante mí, abriendo su monedero. En unos grandes almacenes, en una zona comercial. Su gesto tiene algo que transmite vergüenza y a la vez orgullo. La misma actitud con que salía del dormitorio cada vez que se probaba una prenda nueva para que yo la viera.

2

Los días posteriores al incidente me esforcé por no decir una palabra sobre nuestra particular excursión. Jamás había tenido que guardar en tan absoluto secreto algo tan emocionante. Me hizo falta muchísima concentración para no desvelarle por descuido a mi padre lo mucho que se había alegrado el gasolinero al ver el pastel. Mi madre le regaló incluso un billetero. Como trabajaba en una fábrica de artículos de cuero, tenía muchas «muestras» bonitas.

También ella puso de su parte para ocultar el episodio. Lo más perentorio era disimular el chichón que me había salido en la frente y que se veía asomar de un azul violáceo incluso a través de mi espeso flequillo. Cada vez que me cruzaba con la abuela Martha, pasaba deprisa y con la cabeza gacha por miedo a que pudiera chivarse de nosotras si lo veía.

—¿Qué tripa se *l'ha* roto a la cría? —refunfuñaba ella, hablando en el dialecto local—. Trae una cara más larga *q'un* día sin pan.

Pero entonces llegó una carta de la policía y, antes de que mi madre pudiera interceptarla, la abuela Martha la sacó del buzón, muy decidida a presentársela a mi padre esa misma tarde.

La vivienda de mis abuelos quedaba justo debajo de la nuestra; solo había que subir o bajar una escalera de mármol gris. Mi padre, cuando nos mudamos allí, no había creído necesario instalar dos buzones separados, y a la abuela Martha le parecía estupendo porque así podía espiar a mi madre a las mil maravillas.

Un conductor había informado a la policía al ver nuestro coche abandonado en el arcén.

Dejar el coche en un arcén sin motivo justificado, según leyó mi padre con un temblor en la voz, estaba prohibido. Y mi madre ni siquiera había colocado el triángulo de emergencia.

—No era tan difícil. —Mi padre no podía comprender que una mujer inteligente como ella pudiera haber hecho «semejante tontería».

El escrito iba acompañado de una multa.

—Es casi tu sueldo de un mes —informó, y se pasó una mano por el espeso cabello rubio platino, que le llegaba hasta media oreja, antes de resoplar.

A mí me examinó de la cabeza a los pies y no tardó en descubrir el chichón que tenía en la frente. Enseguida puso el grito en el cielo.

No solo mi madre, también el canciller Kohl recibió lo suyo, ya que, en contra de sus promesas electorales, todavía no había introducido la

obligatoriedad de llevar el cinturón de seguridad en todo el país.

Incluso a mí me cayó la correspondiente bronca.

—Y esta niña… —se lamentó, como tantas otras veces que me había hecho daño o había hecho alguna tontería—. ¿Por qué tienes que ponerte siempre de pie ahí detrás?

La culpable principal, sin embargo, era claramente mi madre.

—¡Eres una imprudente! —le recriminó.

Poco le importó que el chichón ya casi no me doliera, y tampoco quedó muy claro qué era lo que más lo irritaba, si la multa, la infracción, que mi madre le hubiera ocultado el incidente o que me hubiera puesto a mí en peligro.

Ella, por su parte, se enfadó con su suegra, que una vez más se había entrometido en sus asuntos privados. El buzón compartido ya había sido causa de numerosas y fuertes discusiones. Mi madre nunca tenía oportunidad de recoger las cartas que llegaban a su nombre porque la cartera pasaba por la mañana, cuando ella estaba en el trabajo, así que de nuevo protestó por la falta de intimidad, cosa que a mí, a saber por qué, me hizo pensar en ropa interior sucia.

—¡Carta de la policía! Quia… —masculló mi abuela, imperturbable.

—Una carta dirigida a mí. ¡A mí!

A mi madre le ardía la cara cuando, sin gastar más saliva en explicaciones, desapareció por la puerta de casa. «Echar humo por las orejas» se llamaba eso.

Al caer la noche, la abuela Martha irrumpió en nuestro piso con paso marcial en mitad del informativo. Era una mujer bajita, con un moño rubio claro y un lunar azul del tamaño de un guisante en la aleta derecha de la nariz que le temblaba siempre que se alteraba por algo.

—¡Menuda bruja estás tú hecha! ¡Quia…! —increpó a mi madre, que, sin embargo, siguió limándose las uñas sin levantar la mirada, impasible—. Vente *p'aquí* —le pidió a mi padre—. Échale un ojo a esto.

Seguí a los adultos con el corazón acelerado. Salvo mi madre, todos salieron apresuradamente hacia nuestro pequeño huerto, que estaba junto a otras parcelas en la orilla del único riachuelo del pueblo. Como yo solo llevaba puestas mis zapatillas de gimnasia artística, me dolía cada paso que daba por el camino de grava, pero apreté los dientes. Ese huerto era para la abuela Martha lo que Iwona para mí: todo su mundo.

Cuando llegamos a la verja, los rastrillos, las azadas y las podadoras, que solían estar cuidadosamente guardados en el cobertizo, estaban tirados por todo el camino. Había rodrigones doblados y rabanitos y zanahorias esparcidos y medio resecos entre los bancales. Aquello casi

parecía salido del cuento de la traviesa Struwwelliese, que, en un arranque de rabia, destrozaba el jardín de su adusta vecina. Miré espantada a mi padre, que se había quedado de piedra.

—¡Menuda so bestia! —despotricaba la abuela Martha—. ¡Como un cencerro está!

Tragué saliva. Estaban hablando de mi madre; todos parecían tener claro que solo ella podía ser la malhechora. Reparé en que el corazón me latía con fuerza.

—¡Chitón! —se entrometió el abuelo Ludwig—. Delante de la cría no. —No era hombre de dar órdenes, pero mi madre y él se tenían aprecio. Me tomó de la mano y me llamó por mi diminutivo—: Vente *p'aquí,* Elasche. Vamos a buscar bayas.

Mi padre se quedó inmóvil y con una cara que era un poema. Mientras ayudaba a mi abuela a recomponer los destrozos más graves, el abuelo Ludwig y yo recolectamos bayas maduras que fuimos metiendo en un cubito blanco. Las más ricas eran las frambuesas. Eran las que más le gustaban a mi madre y, con cada una que arrancaba de su tallo verde, más crecía mi tristeza.

En el camino de vuelta, los pies me dolían tanto que no podía caminar, así que mi padre me llevó a cuestas, no sin antes reñirme como correspondía por haber salido al huerto sin un calzado adecuado. Por «no saber hacer nada sola», como decía él, de lo que culpaba a mi madre. Porque, al fin y al cabo, yo ya iba a cumplir seis años.

Disfruté de la vista que había desde sus hombros. Los pájaros estaban posados en fila sobre las líneas de alta tensión y entonaban sus suaves trinos al anochecer. Según me había explicado el abuelo Ludwig, solo sobrevivirían a ese descanso en los peligrosos cables mientras no tocaran la torre.

La pelea que estalló al llegar a casa fue tan fuerte que, sentada ante la puerta de mi habitación en lo alto de la escalera marrón desvaído, pude oír hasta la última palabra.

Mi madre intentó defenderse, pero al cabo de un rato, cuando salió del salón con la cara arrasada en lágrimas, la decisión ya estaba tomada. Iría al legendario «Baden-Baden» a someterse a una cura de aguas y yo no podría acompañarla.

El día de la despedida, mi madre dejó su bolsa de viaje grande, la de color beis, delante de la verja de hierro con filigranas que separaba nuestro patio de la calle.

Mi padre, mis abuelos y yo estábamos allí plantados «en formación de revista». Era temprano por la mañana y todavía hacía fresco. Mi madre se había echado sobre los hombros su chaquetón de pieles…

para fastidio de la abuela Martha, que le envidiaba esa prenda. «Mírala, doña Finolis», se burlaba siempre.

Mi padre estaba a mi lado con los brazos cruzados ante su desgarbado torso. Por una parte, parecía aliviado al ver que mi madre se iba a su cura sin mí, pero también daba la impresión de sentirse inseguro conmigo. Casi parecía que tuviera cargo de conciencia.

—El abuelo Ludwig te cuidará —me dijo.

—La pobre cría —se lamentó la abuela Martha apretándome contra su bata sin mangas, que olía un poco a comida—. La pobre Elasche —insistió de nuevo, transmitiéndole su preocupación a mi madre, que arrugó la frente un instante.

No le gustaba que usaran el diminutivo de mi nombre, y debía de resultarle extraño dejarme al cuidado de una mujer a quien no podía soportar.

Se inclinó hacia mí y yo enseguida me abracé a su cuello. Necesitaba sentir la calidez de su piel, imbuirme de su olor. Desprendía un aroma cálido y dulzón en el que yo a menudo percibía un toque de caramelo. Noté un nudo en la garganta, pero conseguí no derramar ni una sola lágrima. Me habría gustado no soltar a mi madre nunca más. Era la primera vez que iba a estar fuera tantos días seguidos y, aunque todavía la tenía físicamente ante mí, ya la echaba de menos.

—Cuídate mucho, ¿vale? —susurró con la cara pegada a la mía.

Su cuerpo, en cambio, permaneció a cierta distancia durante ese último abrazo. Intuí una especie de coraza. Un muro fronterizo que no sabía si me rodeaba a mí, a ella, o si se levantaba entre ambas.

Me acarició el pelo una última vez. Después estuve diciéndole adiós, con las dos manos estiradas hacia lo alto, hasta que el escarabajo llegó a la esquina, giró por la calle principal y desapareció. De repente fue como si se abriera un agujero, un vacío que parecía encontrarse en mi interior y fuera de mi cuerpo al mismo tiempo.

Mi padre fue uno de los primeros jóvenes del pueblo que le dio la espalda a la agricultura y escogió una profesión «limpia».

Casi nada lo ha apasionado tanto como su trabajo en la mesa de dibujo. Diseñar, calcular revoluciones, solucionar complicadas ecuaciones matemáticas… Pero también el hecho mismo de dibujar. El afilado lápiz de grafito gris que se desliza siguiendo la regla sobre el blanco lechoso del cuaderno, o sobre la cuadrícula de color naranja del papel milimetrado. El giro ágil de compás. Aún hoy sigue sin dibujar en el ordenador; prefiere hacerlo a mano.

Como de joven insistió en aprender una profesión de oficina y consiguió «llegar a algo», para mi abuela era una especie de príncipe.

«Me entregaron a un príncipe y yo seguí tratándolo como tal —dice siempre mi madre, encogiéndose de hombros—. En mi casa tampoco había visto otra cosa.»

Su propia madre se había sometido siempre incondicionalmente a la voluntad de su marido. «Tu abuelo decidía, tu abuela hacía. Él era la cabeza; ella, las piernas.»

Dice mi madre que en su matrimonio infravaloró tres cosas: la fuerza gravitatoria del pueblo, las exigencias de su príncipe y la envidia de su suegra.

Sobre todo, sin embargo, se infravaloró a sí misma. Mi madre no podía limitarse a hacer lo que mandara su marido. Tenía una cabeza propia. Una cabeza muy suya. Con cuerpo incluido.

3

Mi madre envió un paquete lleno de regalos que llegó puntualmente para mi sexto cumpleaños. Con las orejas ardiendo de la emoción, me dispuse a abrirlo en la mesa de la cocina antes de desayunar. Encima del todo encontré una tarjeta con un delfín sonriente en la que decía lo mucho que me quería. Debajo me aguardaban nada menos que cuatro paquetitos, todos ellos envueltos con papel de rayas de colores. En el primero había ropa para Iwona: cuatro conjuntos diferentes en total. El segundo contenía tres cintas de radioteatro. El tercero, dos puzles. El último, un libro de pegatinas. Mi madre había rellenado el espacio que dejaban los diferentes bultos dentro de la caja con montones de chicles Bazooka, y al verlos empecé a dar gritos de alegría porque me encantaban esos duros chicles de color salmón con su dulce sabor indeterminado. Mi padre intentó no poner mala cara, pero me di cuenta de que le parecían demasiados regalos y demasiado caros.

Mi madre había enviado también dos libros para el abuelo Ludwig. Solo mi padre y la abuela Martha se quedaron con las manos vacías. Por algún motivo, me dio la sensación de que el paquete iba más dirigido a mi padre que a mí.

—Las cosas en las que se gasta el dinero tu madre, vaya, vaya… —masculló.

No era la primera vez que oía eso. A menudo se quejaba de lo «derrochadora» que era y de que me malcriaba demasiado.

Lo que más pareció molestarle fueron los chicles.

—Guárdalos —dijo—. Dan diarrea.

Mi padre me regaló un par de zancos enormes hechos con madera de pino. Los había construido con sus propias manos en su taller de carpintería y había redondeado los cantos con esmero. Le di las gracias como una niña buena, entre otras cosas porque sabía que él, de pequeño, solo había tenido unos zancos hechos con un par de latas. Y canicas de plomo en vez de las brillantes de cristal. *Gligger,* como las llamaban en el dialecto de la región.

Además, mi padre estaba «hasta arriba de cosas que hacer».

Nuestra casa se había convertido en una zona de obras. El mismo día de la partida de mi madre, él había empezado a vaciar el salón y a arrancar el «antiestético» laminado para sustituirlo por un parqué de cuadrados de madera del tamaño de una mano abierta. Todas las tardes se ponía unos vaqueros viejos y una camiseta que «podía

ensuciar tranquilamente», encendía la radio, se abría una botella de cerveza y se entregaba a sus chapuzas con alegría. La canción que más le gustaba era *Knowing Me, Knowing You,* con la que siempre subía el volumen, y entonces yo me dejaba contagiar por su buen humor.

El espacio que solía ocupar la alfombra persa roja, blanca y negra sobre la que me encantaba sentarme a escuchar mis obras de radioteatro no tardó en quedar convertido en una superficie desnuda, gris e irregular. Los suelos estaban un poco inclinados y eso era difícil de arreglar, por lo que mi padre no hacía más que pasearse con el nivel de burbuja a la caza del ángulo irregular.

Nos pusimos a desayunar después de que mi abuela se bajara a su casa.

Se me hacía raro estar los dos solos, sin mi madre, y a mi padre también parecía resultarle extraña la situación. Se levantó varias veces para cambiarse de americana, aunque estaba cada vez más descontento. Era como si, con la partida de mi madre, hubiese perdido una especie de espejo. Y a una interlocutora adulta, desde luego.

Cuando mis padres se sentaban juntos a la mesa del desayuno, mi padre hablaba o bien de política o bien de la empresa. La empresa, en mi mundo, era un ente contradictorio. Por un lado, a mi padre su profesión le reportaba una gran satisfacción, y su puesto de trabajo conllevaba también nuestra seguridad económica, como le gustaba recalcar. Sin embargo, la empresa era al mismo tiempo fuente de constante desasosiego. El que ocupaba el puesto de gerente *junior* era, al contrario que mi padre, ingeniero titulado, además de hijo del jefe y, por lo tanto, su «sucesor natural».

Como no tenía a mi madre a mano, mi padre estaba obligado a conformarse conmigo como público de sus peroratas. Pero, claro, yo no entendía nada ni de sus problemas con los jefes ni de esa «Guerra Fría» de la que le encantaba hablar a la menor oportunidad. Además, a mí lo que me apetecía era leer mi revista de Mickey Mouse mientras disfrutaba del trozo de pastel que me había dejado desayunar por ser mi cumpleaños.

Tras un par de intentos frustrados de mantener una conversación conmigo, se sumergió en los largos y grises artículos para ingenieros de *VDI-Nachrichten,* no sin despotricar un poco contra Kohl y sus centrales nucleares. Lo hacía a menudo. Por algún motivo, yo estaba casi segura de que la razón por la que mi padre detestaba al canciller no eran los altos impuestos con los que «exprimía al contribuyente», sino que tenía sobrepeso.

Cuando quise servirme otro trozo del pastel que me había hecho la abuela Martha, de pronto me miró desde detrás de la revista. Sus ojos claros brillaron con severidad tras las gafas.

—Ela —dijo—. No querrás engordar…

Me quedé pasmada mirando la crema de chocolate que desbordaba mi tenedor infantil. Nunca me había encontrado con esa clase de advertencia. Mi madre solo se preocupaba de que no comiera demasiados dulces porque después podía dolerme la tripa. Aquello, sin embargo, era algo nuevo.

Me pasé toda la tarde dando vueltas alrededor de mis zancos nuevos. Eran altos, rígidos, de aspecto aparatoso e inquietante, y no me atrevía a probármelos yo sola. Ni la abuela Martha ni el abuelo Ludwig iban a poder sujetarme si perdía el equilibrio. Además, mi abuela tenía un mal día y no hacía más que meterse todo el rato con los padres de mi madre, que no me habían enviado «ni un mísero presente».

Ella me había comprado un cochecito de muñecas con el que, para demostrarle mi gratitud, estuve paseando a Iwona por todo el patio. Estaba contenta, aunque tenía mala conciencia porque había sido un regalo muy caro. Sabía que mis abuelos de Himmelstädt «tenían dinero» y los de Obach no.

Mientras paseaba a Iwona en el cochecito, Pepper no dejaba de frotarse contra mis piernas. El gato echaba de menos a mi madre, cuyas caricias prefería a mis torpes manos infantiles.

Yo había rechazado la sugerencia de la abuela Martha de invitar a otros niños del jardín de infancia a una fiesta de cumpleaños. No me sentía a gusto con mis compañeros. Ellos hablaban en dialecto y me hacían notar que yo no, que mi madre hablaba conmigo en alemán estándar. Además, sabía perfectamente que me preguntarían por su cura de aguas. Las otras madres del pueblo no se marchaban largas temporadas así porque así. Ya me había resignado a no hacer ningún amigo de verdad en el jardín de infancia, pero tampoco me parecía tan terrible, porque pronto iría al colegio. Como cumplía los seis años a partir del mes de junio, la ley alemana permitía que no fuera escolarizada hasta el año siguiente, pero mi maestra del jardín de infancia opinaba que yo ya era lo bastante madura.

Me pasé toda la tarde evitando subir a mi casa. Mi padre estaba en el trabajo, así que allí arriba solo encontraría al hombre que lo ayudaba a instalar el parqué y, como habían aplicado un barniz que tenía que secarse durante toda la noche, me habían advertido que bajo ningún concepto entrara en el salón.

Mientras mi abuela preparaba la cena, yo me entretenía con mi libro de pegatinas en la mesa de su cocina. Tenía un paisaje de colinas verdes y un enorme cielo azul y era grande como un cuaderno de dibujo. Las pegatinas parecían personajes de cuento, seres pequeños y planos que todo el rato se me quedaban pegados en las puntas de los

dedos y también entre sí. Eran difíciles de manejar, pero me encantaba no tener que dejarlos fijos en un lugar concreto, sino poder moverlos a voluntad por toda la página. Me pasé horas pegando los encantadores personajes primero aquí y luego allá mientras masticaba un Bazooka detrás de otro.

Al caer la noche, cuando mi padre volvió a casa, sonó el teléfono. Yo estaba viendo *Luzie la Terrible* en la pequeña galería de la planta de arriba, adonde habíamos trasladado el televisor del salón. Como estaba segura de que la que llamaba era mi madre, fui enseguida a contestar. Abrí la puerta del salón con mucho impulso y entré corriendo en dirección al teléfono verde de botones.

—¡Ela! ¡No! —oí que gritaba una voz espantada a mi espalda.

No fue hasta tener el auricular en la mano cuando me di cuenta de que los pies se me habían quedado pegados.

Miré abajo. Estaba en mitad de la zona barnizada con mis zapatillas de gimnasia; una gruesa capa transparente y de un olor muy fuerte rodeaba las suelas.

—¡Sal de ahí ahora mismo! —exclamó mi padre desde la puerta.

—Ela, ¿qué pasa? —preguntó mi madre por el auricular.

Sus palabras llegaban como desde muy lejos. Incluso su voz parecía haber adelgazado.

—¡Que salgas de ahí o te quedarás pegada para siempre! —insistió mi padre con verdadero pánico.

Me lo quedé mirando. ¿Era eso posible? ¿Podían fundirse mis pies con el barniz? Sentí que me invadía el miedo y, un instante después, se oyó un rugido en mis tripas y una papilla cálida y pestilente me cayó piernas abajo.

Mi padre se quedó atónito al ver mi «percance» y, acto seguido, llamó a gritos a la abuela Martha mientras irrumpía en el salón y me arrancaba el teléfono de la mano.

—¡Tú y tus malditos chicles! —increpó a mi madre—. Siempre con esas porquerías dulces. Pues esta vez se ha acabado. Y para siempre. —Colgó con un dramático golpetazo.

Mientras tanto, la abuela Martha maniobraba ya conmigo en dirección a la ducha. Mi padre nos siguió.

—No pasa nada —me dijo.

Pero por su expresión vi que sí pasaba, y mucho.

Volver a barnizar costaría dinero. Me di cuenta de lo mucho que se debatía mi padre por dentro: era mi cumpleaños y él quería ser un padre cariñoso y generoso, y además tendría que haberse encargado de dejar esa puerta bien cerrada. Sin embargo, también noté lo furioso que estaba. No era tacaño, pero no soportaba «derrochar».

Aquel incidente me dejó dos cosas claras. Primero: que mi madre tenía que regresar de su cura de aguas fuera como fuese, y con urgencia. Segundo: que era yo quien debía ocuparse de que eso ocurriera.

Antes de acostarme, me puse en marcha. Sabía que mi madre guardaba su tabla de calorías en uno de los cajones de al lado de los fogones. Era un librito alargado, verde y blanco, con una cubierta en la que se veía una boca femenina pintada de rojo. La mujer mantenía en equilibrio sobre los labios una esfera en la que se apilaban alimentos. Debajo se leía: *Tú puedes.* Las páginas de cartulina del librito estaban ordenadas alfabéticamente. De la A de «Anacardo» a la Z de «Zanahoria», indicaba con exactitud cuántas calorías tenía cada cosa. Me puse contentísima. El abuelo Ludwig, que también era un ávido lector, me había enseñado a leer esa primavera.

Me aseguré de que mi padre estuviera arriba, viendo la televisión, y me llevé el libro conmigo. En la cama, seguí leyéndolo en secreto para intentar aprenderme de memoria las cantidades más importantes. Me orientaba por los alimentos que mi madre había marcado con una pequeña cruz.

Gracias a mi padre sabía contar hasta cien. Todavía no había aprendido a sumar, pero podía ver lo alto o bajo en grasas que era cada alimento. Un huevo tenía ochenta calorías; una loncha de queso, cien; un plátano, cien también. Una cucharada de Nutella, cincuenta.

No siempre ni en todas partes se ha entendido por «dieta» una alimentación baja en calorías. En griego antiguo, díaita, de donde procede nuestro vocablo, significaba ‘conducta’ o ‘modo de vida’. En la Antigüedad, una gran barriga era sinónimo de riqueza y prosperidad.

Mi madre creció en una familia en la que la gordura se vivía con naturalidad y confianza. Sus padres asociaban el estar gordo con la salud y el bienestar. Para ellos no era ningún defecto y, durante mucho tiempo, tampoco ella consideró que estuviera «demasiado gorda».

He dudado mucho sobre si escribir o no acerca de mi madre, y todavía me pregunto si conseguiré encontrar las palabras adecuadas. Si no le haré daño por descuido.

Nuestro idioma es sorprendentemente torpe a la hora de describir a una persona gorda. Oronda, fuerte, robusta, ancha, gruesa, hermosa, obesa, lozana, entrada en carnes, voluminosa, carnosa, rellenita, rolliza, de buen año, fondona, corpulenta. Todas esas formas de expresión resultan de algún modo bochornosas y eufemísticas. El adjetivo «gordo» me parece el más sincero. Aun así, pronunciarlo me cuesta un esfuerzo, por mucho que mi madre misma lo use también.

Siento admiración por esas activistas que no ocultan su gordura, sino que la hacen visible y, contra toda la lógica de las revistas femeninas clásicas, la ensalzan.

En nuestra casa no teníamos números ni de Brigitte ni de Petra ni de Freundin.

Los ideales que propugnan son «muy poco realistas», según considera mi madre. Y «muy aburridas».

Existen sectores industriales enteros dedicados a la búsqueda de una figura perfecta. Si todas las mujeres de este mundo se despertaran mañana sintiéndose de verdad fuertes y a gusto con su cuerpo, la economía mundial se vendría abajo en un abrir y cerrar de ojos.

4

Mi deseo se hizo realidad. Mi padre llamó a mi madre y ella regresó de la cura de aguas una semana antes de lo previsto. Yo estaba contentísima de tenerla de vuelta, y hasta mi padre la miró con buenos ojos, porque llegó con las caderas bastante más esbeltas que antes.

—Has perdido sobre todo de los muslos —comentó con reconocimiento.

Mi madre aceptó el cumplido. Algo parecía haber cambiado en ella. Llevaba unas gafas de sol nuevas, con grandes cristales tintados de azul. Estaba diferente y elegante.

—Como Grace Kelly —opinó mi padre.

Sin embargo, su mujer no pudo llegar a apreciar el reluciente parqué nuevo que él estaba tan orgulloso de presentarle, porque ya en el descansillo me vio a mí, que, al fin y al cabo, era el motivo de su regreso. Mi madre se llevó las manos a la cara.

—¡Ela! ¡Madre de Dios!

Me miró de arriba abajo y de abajo arriba. Yo llevaba puestos mis pantalones de hacer gimnasia preferidos, unas mallas de poliéster negro brillante. Normalmente la tela se me ceñía en los muslos, pero había perdido tanto peso en tan poco tiempo que el poliéster caía lacio alrededor de mis piernas. Mi torso no tenía mejor aspecto: dos bracitos delgados sobresalían de las mangas de mi camiseta preferida, la del estampado batik azul, blanco y negro, y las clavículas se me marcaban tanto que saltaban a la vista. Lo sabía porque había examinado a conciencia el resultado de mi dieta en el espejo.

Al principio pareció que mi madre quisiera estrecharme entre sus brazos, dar media vuelta allí mismo y desaparecer conmigo por la puerta, pero al final solo se inclinó hacia mí y me dio un abrazo.

Su coraza desapareció unos instantes, aunque solo eso ya fue más que nunca. Me apreté contra su cálido pecho, oyendo el latir de su corazón, y nos vi unos segundos a las dos como desde fuera. Ella y yo, dos siluetas desiguales. Fue extraño. Mi madre había perdido peso y yo había seguido su mismo camino. La distancia entre ambas era la de siempre. O casi.

Mi madre continuó aplicando unas reglas tan estrictas a su

alimentación que resultaba poco menos que inquietante. Por las mañanas y por las noches comía casi exclusivamente tostaditas, y yo veía el esfuerzo que le costaba atenerse a su plan.

Mi padre le mostraba respeto alabando su disciplina una y otra vez. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que otro tema tensara la situación. Hacía bastante que él comentaba que el trabajo de mi madre estaba pagado «de pena». Era secretaria con idiomas en Erich-Engel, una empresa de artículos de cuero, pero hasta entonces solo se había ocupado de la clientela inglesa. Un par de semanas después de regresar de Baden-Baden, cuando la conversación volvió a salir durante una cena, ella anunció con decisión:

—Tienes razón. No gano lo bastante y eso es algo que debo cambiar.

Mi padre la miró extrañado.

—Si quiero llegar a algo —añadió mi madre—, debo aprender bien francés. Con un curso a distancia. En una universidad a distancia o en una escuela de idiomas.

A mi padre se le atragantó una patata caliente.

—¿Quieres estudiar? ¿Sin tener ni el bachillerato? —preguntó con incredulidad.

—Sí —dijo ella, muy animada—. Una mujer a la que conocí en la cura de aguas también estudiaba mientras estaba allí.

Hacía mucho que no la veía tan contenta. Estudiar parecía algo maravilloso, aunque estaba claro que mi padre no compartía esa opinión. Arrugaba la frente como si no lo entendiera.

—Así me pagarán mucho mejor —insistió mi madre, intentando convencerlo.

—¿Y cómo crees que vas a hacerlo exactamente?

Ella inspiró hondo y expulsó el aire. De repente, su voz ya no sonaba alegre, sino muy cansada.

—¿Por qué me lo pones siempre tan difícil? —preguntó en voz baja.

—Solo quiero saber cómo piensas hacerlo. De dónde vas a sacar el tiempo. —Mi padre siguió comiendo sin mirarla.

El rostro de mi madre reflejó inseguridad al instante. Como si tuviera cargo de conciencia.

—Es algo que se hace en paralelo al trabajo —dijo enseguida—, y no es tan caro.

—¿Cómo? ¿Que encima cuesta dinero?

—Claro que cuesta dinero. —Mi madre se mordió el labio.

—¿Y qué pasará con Ela? ¿Quién la cuidará?

Mi madre lo miró con perplejidad.

—Bueno, Ela… Ela estará jugando. Como siempre.

Asentí con ganas.

—Y también tengo a Iwona. Y a Pepper.

A juzgar por la expresión de mi padre, una muñeca no era una

compañera de juegos que pudiera tomarse en serio. A menudo se quejaba e insistía en que saliera a jugar con los niños del pueblo en lugar de estar tan «pegada de las faldas de mi madre».

—Ya hará amigas cuando vaya al colegio —me defendió ella.

—Aún no está claro que vaya a ir al colegio —objetó él enseguida.

Mi madre se lo quedó mirando.

—Pensaba que ya lo habíamos decidido. Está preparada.

—Una niña necesita a su madre.

Ella se llevó entonces una mano a la frente y sacudió la cabeza.

—Pero si siempre dices que los niños necesitan estar con otros niños. ¿A qué viene esto ahora?

—Te crees muy lista —replicó mi padre, levantando la voz de pronto, y cruzó los brazos en el pecho, como siempre que afirmaba tener razón aunque todos supieran, él incluido, que no era así.

—Me da igual lo que pienses —dijo mi madre—. De todos modos me informaré y luego ya veremos.

Las vacaciones de verano estaban «a la vuelta de la esquina». Íbamos a ir de viaje a Italia, a una región con el prometedor nombre de Adriático. Mi madre estudiaba palabras en italiano todas las tardes; «para hacerse entender», decía ella. Ya hablaba un poco de francés, así que el italiano no podía resultarle muy difícil.

Mi padre me señaló la zona en el globo terráqueo que desde hacía un tiempo decoraba una estantería del mueble del salón. La esfera tenía una bombilla dentro y brillaba en la oscuridad. A mí me encantaba seguir el contorno de los continentes con el dedo, y «la bota» me fascinaba.

—Eso queda *ande* Cristo perdió el gorro… —se lamentó la abuela Martha, que lo más lejos que había estado en su vida era Múnich.

Desde la cura de aguas, mi madre y ella no hablaban más que lo imprescindible. Mi abuela exigía una disculpa por el destrozo del huerto, pero mi madre callaba; decía que «habría preferido cortarse la lengua» y trataba a su suegra como si no estuviera allí.

La cosa llegó a tal punto que la abuela Martha se negó a cuidarme cuando volvía a casa del jardín de infancia. El abuelo Ludwig se ofreció a ayudar, pero no sabía cocinar, ni siquiera calentar algo preparado, así que mi madre salía corriendo del trabajo todos los días para comer en casa. Le parecía importante darme «una comida caliente», aunque ya hacía tiempo que las mallas no me bailaban alrededor de las piernas. Volvía a estar como siempre.

—Esa era la condición —oí que le decía una vez a mi padre—. Que tu madre cuidaría de Ela.

—¿Qué quieres decir, la condición?

—Sabes perfectamente lo que quiero decir. Para que me viniera a vivir contigo aquí, al campo.

Antes de partir en nuestro largo viaje hacia el Mediterráneo, mi padre quería que aprendiera a nadar, así que planeamos una salida a la piscina descubierta.

Ya teníamos preparadas las esterillas y las bolsas con todo lo necesario en el vestíbulo.

Mientras mi madre metía bebidas frescas en la nevera portátil, yo me dediqué a pasear a Iwona en su cochecito de muñecas llamando la atención todo lo posible: salía de la cocina, recorría el pasillo en dirección al cuarto trastero y vuelta otra vez. Sabía que tener un hermanito estaba en manos de mis padres. En el pueblo, en realidad, cuando nacía un niño colgaban un nido de cigüeña encima de la puerta de la casa, pero a mi madre no le gustaban los cuentos, así que me había explicado que, para fabricar un niño, un hombre y una mujer «tenían que quererse».

Como al cabo de un buen rato nadie parecía haberse fijado en mí, se me ocurrió la idea de sustituir a Iwona por Pepper. La cosa no acabó bien, claro. El gato me arañó en el brazo y mi madre me miró con cara de advertencia.

—Un animal no es un juguete.

Hacía calor, mucho calor, y el ambiente en casa ya era de por sí agobiante, pero entonces mi padre entró en la cocina y todo pareció oscurecerse.

—¿Puedes explicarme qué es esto?

Solo lo había visto tan alterado cuando se enfadaba con el *junior* de su trabajo. Algo iba mal. Muy mal.

Dejó una factura delante de mi madre «con cara de funeral».

—¡Quiero saber qué es esto! —bramó.

Mi madre miró al suelo.

—Tenía que volver a casa lo antes posible —dijo—. Por Ela.

—¿Así que te marchaste sin más? ¿Sin decirle una palabra a nadie? —Mi padre negó con la cabeza—. Pues ahora te vas a pagar tú sola la cura de aguas. No lo entiendo. ¿Cómo se puede ser tan irresponsable?

—¿Irresponsable yo? —Entonces fue mi madre la que «montó en cólera»—. ¿Quién estuvo a punto de dejar morir de hambre a la niña? —Tiró al suelo la toalla que iba a meter en su bolsa—. ¿Sabes qué? Que puedes ir tú solo a la piscina. Y al Adriático también.

Me asusté. Era evidente que mi madre no daría su brazo a torcer, por lo menos no en ese momento. El corazón «me dio un vuelco».

—No te pongas así —repuso mi padre, intentando apaciguarla—. No lo decía en ese sentido.

Pero mi madre ya había cerrado la puerta de la cocina dando un portazo.

En la piscina me helé de frío. Los arañazos que me había hecho Pepper me escocían, y tampoco resulté ser muy hábil con los ejercicios de natación. Notaba que mi padre se armaba de paciencia para enseñarme y se esforzaba cuanto podía. Aun así, no consiguió que me atreviera a meter la cabeza debajo del agua. No soportaba cómo me picaban los ojos con el cloro.

Hasta que llegó un momento en que se rindió y, en lugar de insistir, decidió comprarme unas patatas fritas.

—Pero no se lo digas a mamá —me advirtió.

«Ese aceite usado que recalientan una y otra vez. Puaj…», decía ella siempre.

Nos pasamos el resto de la tarde en las esterillas y mi padre estuvo todo el rato sentado con los hombros caídos. Casi no hablamos, lo cual era extraño. Solo abrió la boca para pedirme que le pusiera crema en la espalda.

En mi recuerdo, la expresión «cura de aguas» está inextricablemente unida a la localidad de Baden-Baden, aunque en realidad mi madre fue a perder peso a un centro de Hesse y no a esa ciudad balneario del sur del país.

En todos estos años, jamás la he visto hacer nada por su cuenta. Nunca se ha ido de vacaciones, ni siquiera se ha permitido una escapada. Me cuesta mucho imaginármela sola en otra ciudad. Y, aun así, tiene cierto aire cosmopolita.

¿Cómo pasaría el rato en aquella cura de aguas? ¿Sentada a la orilla de un río, dando de comer a las palomas? ¿Trabó amistad con alguien? ¿La miraban los hombres? ¿Se comió algún helado, puesto que era verano? ¿Más de uno?

Cuidado, Lucifer, cuidado, cuidado.

Releyendo El jugador, de Dostoievski, donde también aparece la ciudad de Baden-Baden, añado otras asociaciones al concepto de «cura». El tema de los juegos de azar, para empezar, pero también los abrigos de pieles de mi abuela, la alemana silesia.

Me imagino a mi madre sentada a la mesa de un casino de Baden-Baden, con un abrigo de pieles y derrochando dinero a espuertas. Habla en polaco, aunque apenas sabe unas palabras. En mi fantasía la veo feliz, no desdichada. Casi como yo cuando me siento a escribir.

También escribir es una especie de ruleta. O, en todo caso, una eterna cura de aguas. ¿He mencionado ya lo mucho que me gusta llevar pieles sintéticas?

5

Por suerte, todo quedó en una amenaza. Mi madre nos acompañó al Adriático a condición de que mi padre no dijera una palabra más sobre la cura de aguas interrumpida antes de tiempo ni sobre los gastos derivados de ella. Y él logró contenerse.

Íbamos a pasar las vacaciones con los Elsner, un matrimonio de Garmisch-Partenkirchen, y sus hijas. Nuestras familias se conocían de Múnich, donde habíamos vivido una temporada.

Nos reuniríamos con ellos en un área de descanso que había poco antes de la frontera italiana para luego «cruzar juntos el paso del Brennero», como decía mi padre no sin cierto respeto en la voz.

Me pasé todo el viaje embobada. A lo lejos se alzaban las cumbres nevadas de los Alpes y, puesto que yo solo había visto esas montañas en nuestro álbum de fotos, me fascinó lo enormes e impresionantes que eran en la realidad.

Cuando llegamos al aparcamiento, al principio mantuve las distancias. No recordaba a aquella familia. Isolde, la madre, era menuda y estaba tan delgada que habría podido ponerse mis mallas de poliéster infantiles. Abrazó a mis padres con cariño, igual que su marido, que se llamaba Gerd. También mi padre se alegró mucho de verlos. La reacción de mi madre, en cambio, me pareció más comedida. Las dos hijas eran más o menos de mi edad: la mayor tenía diez años; la pequeña, cinco. Se llamaban Thekla y Moni. Thekla, la mayor, mascaba chicle sin inmutarse y escuchaba música con un walkman muy fardón que llevaba enganchado en el cinturón de los vaqueros. Cuando se acercó a mí, la miré impresionada. Olía un poco a perfume y se la veía muy madura. La pequeña, Moni, daba la sensación de no enterarse de nada de lo que ocurría más allá de sí misma. Era una niña algo gordita que, para horror de mi padre, pedía comida constantemente.

En el restaurante del área de descanso, Moni devoró un plato de espaguetis a toda pastilla. Cuando sus padres se levantaron para ir a pagar a la caja, mi padre se inclinó sobre la mesa y la miró por encima de su plato vacío con un cariño exagerado.

—Tienes que comer más despacio. No cargues tanto el tenedor. Y mastica bien. Diez veces cada bocado. Como mínimo —dijo, esforzándose por hablar en un claro alemán estándar.

Después se volvió y le dirigió a mi madre una de sus miradas de reproche, casi como si ella tuviera la culpa de la forma de comer de la

niña.

En cuanto subimos al coche otra vez, empezó a meterse con ella.

—¿Crees que todavía te cabrá el bañador? —soltó, irritado.

La pregunta pilló a mi madre del todo desprevenida.

—¿Qué quieres decir? Pues claro que me cabe.

Lo entendí al instante. Era porque no había salido airosa de la comparación. Sus muslos, a pesar de todas esas tostaditas, eran mucho más gruesos que los de la esbelta Isolde.

Mi padre había querido hacérselo notar de algún modo y seguramente había pretendido dejarlo en ese «estúpido comentario», pero mi madre ya estaba «encendida». Noté con claridad lo mucho que la había ofendido.

—¿Y cuánto más tengo que adelgazar, según tú? —exclamó con tal vehemencia que hasta yo me hundí más en mi asiento.

Mi padre se quedó callado.

—¡Venga, dime! —insistió mi madre. Como no recibió respuesta, también ella se parapetó tras un silencio furioso—. De todas formas, nunca será suficiente. ¿Tengo razón? —añadió después.

Nadie dijo una palabra durante el resto del largo trayecto. Yo intenté concentrarme en mis cintas de canciones. No apartaba la mirada del paisaje, pero el ambiente en el coche estaba tan tenso que me daba la sensación de que tenía que contribuir a frenar, adelantar y mover el volante. Solo una vez se ofreció mi madre, con voz apagada, a relevar a mi padre, pero él contestó que no y siguió conduciendo impasible, sin hacer ninguna parada.

Cuando por fin llegamos a un lugar llamado Bríndisi, todos estábamos cansados y empapados en sudor. Todavía era pleno día y la luz resultaba más clara y cegadora que en Alemania. Por suerte, mi madre me había comprado unas gafas de sol infantiles que me puse con orgullo.

El hotel daba directamente al paseo y se llamaba Banjo, igual que las crujientes chocolatinas que a veces me compraban en la gasolinera. Era la primera vez en mi vida que iba a dormir en un hotel, así que estaba contenta y muy emocionada. La moqueta y las cortinas eran de color albaricoque y olían un poco a humo; ni siquiera el ambientador podía ocultarlo. Tanto mi padre como mi madre querían tumbarse a descansar un rato, pero yo me puse a saltar alrededor de la gran cama de matrimonio e insistí en que quería ver el mar. Al final, mi padre cedió, así que mi madre «apretó los dientes» y preparó una bolsa con las cosas de la playa.

Cuando llegamos, nos colocamos junto a los Elsner, porque también Thekla y Moni habían querido ir directas al mar. Al principio me quedé un buen rato allí de pie, maravillada, con los pies hundidos en la arena caliente. No soplaba nada de viento y el sol estaba todavía

alto en el cielo. Nunca había visto tanto azul junto: el cielo, el mar… Mi padre y Gerd le alquilaron sombrillas y tumbonas a un hombre con la piel quemada que llevaba un bañador amarillo limón y que les pidió por ellas «una fortuna», pero al fin y al cabo estábamos de vacaciones.

Mis padres seguían sin hablarse más que lo justo; la tensión entre ellos crecía por momentos. Él no dejaba de mirar fijamente el cuerpo de ella, y ella intentaba no hacerle caso, aunque era evidente que le molestaba y le generaba mucha inseguridad. Yo sabía cuántas ganas tenía ella de conocer Italia, y de pronto parecía que le hubieran estropeado el viaje. Ni siquiera las conchas que recogí para ella consiguieron animarla.

Arrodillada en la arena, mientras tenía cuidado de que ninguno de los delicados caparazones blancos se rompiera entre mis dedos al levantarlo, no dejaba de observarla con atención.

No era capaz de ver qué tenía mi madre de «gorda». Allí, en la playa, había mujeres que sin duda pesaban mucho más que ella, y sobre todo hombres que exhibían sus enormes barrigas con toda la naturalidad del mundo.

La piel de Isolde era tan blanca que tenía que estar todo el rato debajo de la enorme sombrilla de color naranja. Así que se quedó allí sentada, bebiendo la cerveza que los «vendedores ambulantes» sacaban de sus neveras portátiles y jugando a las cartas con los hombres, que se instalaron junto a ella en unas sillas plegables muy pequeñas y bajitas. Se reía mucho. Isolde me gustaba, aunque algo me decía que no era apropiado que me cayera bien.

Mi padre, ahora que estaba con Gerd e Isolde, parecía más alegre. En su compañía se lo veía relajado, soltaba una broma tras otra, reía cada dos por tres y, al hacerlo, se daba golpes en el muslo aunque la ocurrencia tampoco tuviera tanta gracia. Hasta el momento en que los hombres empezaron a charlar de sus respectivos trabajos. Resultó que a Gerd acababan de ascenderlo y, cuanto más emocionado hablaba de ello, más se ensombrecía el semblante de mi padre. Me dio pena. Yo sabía lo mucho que sufría porque en su empresa no podía «prosperar».

Mi madre estuvo todo el tiempo sentada sola en su pareo con un librito encuadernado en tela blanca. No necesitaba sombrilla, a su piel le encantaba el sol, y estaba muy guapa con su bikini azul marino. Solo que no parecía hacerle demasiada ilusión pasar el día en la playa. No se metió en el agua. Se quedó sentada con las piernas cruzadas, leyendo una página tras otra sin apenas levantar la mirada y con el rostro medio oculto tras sus gafas de sol a lo Grace Kelly.

Mi padre no disimuló lo mucho que le disgustaba que su mujer prefiriera no participar en la conversación. También conmigo estaba monosilábica, y tan distante que al cabo de poco no me atreví a acercarme a ella más de lo necesario. Mi padre no sabía dónde

meterse y mi madre ignoraba con estoicismo sus «miradas recriminadoras». Isolde hacía como que no se daba cuenta de lo distante que estaba con ella. Gerd fue el único que se interesó por lo que leía.

—*Homo faber* —dijo mi madre, respondiendo a su pregunta. Un título que sonó inquietante a mis oídos—. Es la historia de un ingeniero.

Vi que mi padre se estremecía al oír esa palabra. A fin de cuentas, lo que con más anhelo deseaba era justamente eso: ser un ingeniero de verdad.

Gerd intentó convencer a mi madre para ir a nadar. Ella rechazó la invitación, pero le sonrió con gratitud. También escuchó con atención las historias que contaba el hombre sobre Sudamérica. Gerd había vivido bastante tiempo en Argentina antes de casarse. Le preguntó a ella por su trabajo y mi madre le habló de la correspondencia que mantenía con compradores y vendedores.

—Ahora me estoy sacando un título. De francés —añadió con orgullo.

Cada frase que intercambiaban hacía que la mirada de mi padre se enturbiara más aún. No le gustaba que mi madre hablara de su trabajo. Le incomodaba que estuviera empleada en una fábrica de artículos de cuero. «Pobres animales», decía siempre. De todos modos, la conversación terminó pronto y Gerd regresó junto a su mujer.

En algún momento, ya entrada la tarde, Thekla nos cogió de la mano a Moni y a mí y nos acercamos a la orilla las tres juntas. Reparé en lo contento que se ponía mi padre al verme jugar con otras niñas.

—¡Id con cuidado! —exclamó con tono de advertencia, aunque de buen humor.

Mi madre ya no nos prestaba atención. Estaba absorta en su libro, como si nada de lo que la rodeaba tuviera que ver con ella. Ni siquiera se preocupó por si me quemaba con el sol, y eso que tenía el cuello y el pecho cada vez más rojos. Mi padre se había olvidado de ponerme crema ahí, así que notaba la piel muy caliente.

Nos metimos en el agua con cuidado. Hasta entonces solo me había bañado acompañada de mi padre y siempre con manguitos. Esta vez, sin embargo, me metí paso a paso, agarrada nada más que de la mano de Thekla. Incluso en el agua olía su perfume con claridad. Las olas nos acariciaron primero los tobillos, luego las pantorrillas y por fin las caderas. Me puse a dar saltitos con torpeza.

Mis manguitos estaban en la bolsa de la playa. A Thekla y a Moni no les hacían falta, así que yo tampoco quería necesitarlos.

Nos quedamos donde el agua nos llegaba a las caderas, pero de repente una ola muy alta nos arrastró y la mano de Thekla se separó de la mía.

—¡Ela! ¡Cuidado! —oí que gritaba mi padre desde atrás.

Pero yo ya había perdido pie. De pronto solo percibía un rumor a mi alrededor. El agua se me metió por los oídos, por la nariz, por la boca. Me debatí buscando un punto de apoyo, pero ya no sabía qué era arriba y qué abajo. Aun así, el pánico no llegó hasta que mi padre me sacó del agua de un tirón, y fue entonces cuando me puse a gritar sin parar. Las membranas mucosas me escocían, no podía ver nada y todo me sabía a sal.

De vuelta en la orilla, mi madre no dio muestra alguna de haberse asustado y me ofreció un consuelo lacónico. Seguramente lo hizo por rebeldía, porque mi padre no hacía más que lanzarle miradas de reproche mientras Thekla recibía una buena regañina por parte de Gerd. Ella se limitó a secarme; la tela raspaba con aspereza y me hacía daño en el pecho enrojecido.

—Solo has tragado un poco de agua, no hay por qué llorar —dijo, algo arisca.

Mi padre levantó la voz nada más oírla.

—¡Ahora sí que ya vale! —exclamó, y yo me callé de golpe porque en un primer momento no supe si se dirigía a mi madre o si me lo decía a mí.

Los miré al uno y al otro intentando averiguar quién de nosotras había hecho algo reprobable: mi madre, Thekla, yo, o quizá las tres. Pero ninguno de los dos dijo una palabra más.

Unos días después, Thekla, Moni y yo estábamos jugando con la niña italiana de la mesa de al lado. También ella desayunaba todas las mañanas con sus padres en el restaurante del hotel, así que a lo largo de la semana nos habíamos hecho amigas. Hablaba los dos idiomas, el alemán y el italiano, y tenía mucha confianza con los camareros, que no hacían más que acercarse a nosotras y bromear con ella. Cuando mi padre se dio cuenta, aprovechó la oportunidad y encargó a mi madre preguntar a los jóvenes empleados dónde podía comprar un tipo de teja en concreto. Todos los tejados del casco antiguo de Bríndisi estaban hechos con ella. Mi madre, que de pronto se encontraba muy en su elemento, lo intentó en inglés, en francés y en el poco italiano que había aprendido.

A mí esa conversación me aburría, así que salí corriendo a la explanada de delante del hotel, por donde justamente pasaba un vendedor de globos en bicicleta, anunciando su mercancía a voz en grito. Eché a correr tras él sin pensármelo dos veces.

Ni dos minutos después ya me había perdido. A mi alrededor solo veía callejuelas desconocidas del casco antiguo en las que no había ni vendedores ambulantes ni turistas. Olía a pescado, a zapatillas de

deporte húmedas y a especias. Noté que empezaba a sudarme todo el cuerpo. Estuve caminando sin rumbo un rato, hasta que encontré una calle más concurrida, pero que tampoco me sonaba de nada. Jamás encontraría la forma de regresar al hotel. A mi alrededor solo veía piernas. Piernas y caderas de adultos, una muchedumbre. Me quedé inmóvil, intentando contener las lágrimas.

De repente, una joven de melena morena y rizada se inclinó hacia mí. Llevaba un vestido de colores y empezó a hablarme en italiano sin parar. De vez en cuando se llevaba la mano al pecho y decía: «Mariella, Mariella». Al cabo de un rato, fui capaz de filtrar algunas palabras sueltas en aquel tapiz de sonidos extranjeros. Creí entender «hotel» y «policía». Desesperada, le dije el nombre de nuestro hotel, Banjo, pero no parecía conocerlo.

Me llevó a una comisaría y se quedó conmigo a esperar a que mis padres aparecieran en algún momento. Me sentí infinitamente agradecida. Tenía un pelo precioso, me encantaban sus zapatos de tacón y también su elegante bolso, que tuve tiempo de contemplar a fondo. Ella no dejaba de mirarme con una sonrisa cálida y cariñosa; me recordaba un poco a la mujer de la cubierta de *Tú puedes.*

Mis padres llegaron después de un rato que se me hizo tan largo como atravesar otra vez el Brennero. Mi padre se arrodilló ante mí con teatralidad, me apretó contra su pecho y me acunó de un lado a otro en sus brazos.

—Esta niña… —repetía una y otra vez. Y también—: Ela, Ela, Ela. Qué alegría…

Cuando me soltó, miré hacia arriba y sentí su reproche mudo hacia mi madre. Para él no había duda alguna de que ella era la única culpable de que me hubiera escapado del hotel. Y mi madre, tal vez para no enfrentarse a ese reproche, me miraba con una expresión muy extraña.

—Lo siento —susurré.

—¿Qué es lo que sientes? —quiso saber ella.

—Haberme perdido.

Entonces me contempló con ojos serenos, casi como si me sondeara. Tal vez me había leído el pensamiento: cuando Mariella me dio la mano y me guio por las calles para llevarme a la comisaría, es decir, cuando comprendí que estaba a salvo, empecé a imaginar cómo sería tenerla a ella de madre. Una italiana alegre y delgada con quien mi padre pudiera ir tranquilamente a la playa y que seguro que nunca, pero nunca, tendría que ponerse a dieta.

Mi madre se pasó el resto de las vacaciones yendo al casco antiguo «a tomar un café» o «a hacer unas compras», mientras yo me quedaba bajo la sombrilla junto a la delgada Isolde y sus dos hijas y mi padre jugaba al *frisbee* quizá con demasiado entusiasmo y actuaba como si él y yo fuésemos una familia de lo más normal.

Es extraño lo poco que me parezco a mi madre. Quien no sabe que somos madre e hija jamás diría que somos parientes de primer grado. He heredado la constitución «de la línea paterna». Sin embargo, cuando era adolescente estaba convencida de que en algún momento engordaría. Tenía la absoluta certeza de que, un día, la figura de mi madre reclamaría mi cuerpo y acabaría convirtiéndose en mi verdadera imagen.

Menuda paradoja: durante mi adolescencia, habría dado cualquier cosa por poder proteger a mi madre de las miradas despectivas de su entorno, pero, al mismo tiempo, notaba que en mi interior crecía la vergüenza.

Hay muy pocas chicas que quieran parecerse a sus madres. Es un reparo comprensible. En mi caso, tras ello se ocultaba una complicada voluntad de distanciamiento. Mi mirada infantil no tardó en verse influida por la mirada de mi padre, y durante mucho tiempo compartí esa mirada con él, tanto si lo quería como si no. Tuve que aprender a rechazarla de manera consciente.

6

Vivo, como todo hombre de verdad,
en mi trabajo.

MAX FRISCH, *Homo faber*

Nada más regresar, mi padre empezó a hacer planes. Había que retejar nuestra casa. Las tejas grises que teníamos no estaban estropeadas, pero le parecían viejas y feas.

Anunció que quería aprovechar el resto de las vacaciones de verano para las obras. Mi madre lo miró atónita. Ni siquiera le había preguntado si ella estaba de acuerdo, aunque por aquella época andaba «liadísima» con los estudios. Cada semana le mandaban dos nuevos trabajos que debía entregar en un plazo determinado. Estaba muy nerviosa cuando envió los primeros.

No obstante, las obras no podrían realizarse sin su ayuda. Mi padre dependía por completo de sus conocimientos de lenguas extranjeras, razón por la cual, una tarde tras otra, mi madre acababa sentada a su máquina de escribir, redactando cartas dirigidas a fabricantes de tejas de Bríndisi. Mi padre quería a toda costa que nuestro tejado fuese de estilo «italiano meridional». Le encantaba cuando «las palabras hacían que los colores cobraran vida», como decía él. Rojo carmín, verde mar, amarillo limón, azul de Prusia… A lo que ahora podía añadirse el rojo «italiano meridional». Algo que solo existía en Bríndisi.

Por las tardes, mi madre tecleaba en casa unos escritos que a la mañana siguiente enviaba a escondidas por fax desde la oficina. Dejó muy claro que lo hacía contra su voluntad, porque toda aquella «operación» le parecía innecesaria. Cuando estábamos las dos solas, despotricaba contra «esas estúpidas y carísimas tejas» a la menor oportunidad.

Los hombres que finalmente se presentaron un sábado por la tarde para tejar la casa eran de Yugoslavia, un país al que mis padres también habían ido de vacaciones. Habían estado en una isla cuyo nombre siempre me había fascinado: Krk. Mi madre los proveyó de ensalada de patata, albóndigas, cerveza y *ćevapčići,* esas brochetas de carne picada que le había enseñado a preparar la dueña de la pensión

en la que se habían hospedado aquella vez en Krk. Incluso había aprendido a decir un par de frases en su idioma.

Me di cuenta de lo importante que era ese gesto para ella. Consideraba que esos hombres, tan lejos de sus familias, en un lugar donde hacían un trabajo peligroso sin estar asegurados, donde tenían que encaramarse a un tejado bajo el ardiente sol del mediodía, merecían «una comida decente».

El dinero que mi madre les pagaba al final del día siempre era un poco más de la cantidad acordada, y su generosidad hacía que incluso le permitiera alguna que otra mirada de deseo al capataz. Mi padre siempre se mostraba alegre y ocurrente en compañía de aquellos hombres, pero se notaba que no aprobaba el comportamiento de su mujer. Un día me enteré de que habían discutido porque mi madre siempre era «muy exagerada ofreciéndoles comida».

El reencuentro con Gerd había animado a mi padre a hablar con su jefe de una vez por todas. Lo intentaría en cuanto lo del tejado estuviera terminado.

—Después de las vacaciones —anunció—. Cuando vuelva al trabajo, hablaré con él bien clarito.

Él no tenía ninguna duda: merecía un ascenso.

—Ese imbécil del *junior* —dijo—. Qué se habrá creído. Solo porque es «ingeniero».

Cuando por fin regresó a la oficina, todas las mañanas anunciaba que era el día perfecto para hablar con su jefe… y todas las tardes volvía a casa sin haber hecho nada. Hasta que mi madre se hartó.

—Pregúntaselo ya de una vez o déjalo estar, por Dios —estalló una mañana—, pero basta de repetir siempre lo mismo.

Mi padre se estremeció de arriba abajo, aunque enseguida la secundó.

—Sí, quiero tener las cosas claras —dijo, más para sí que otra cosa —. De una vez por todas.

Mi madre estuvo tensa toda la tarde. Al anochecer, a la hora en que mi padre solía volver del trabajo, se puso firme. Sabía que, si la conversación no había salido como él esperaba, la haría responsable de su fracaso.

Cuando mi padre abrió la puerta de casa, enseguida comprendimos que su petición no había prosperado. Entró con los hombros caídos y caminando como si estuviera entumecido. Mi madre y yo éramos expertas en interpretar su estado de ánimo, igual que, según decían, los corzos sienten acercarse una tormenta antes de que se dejen ver los primeros indicios en el cielo. Yo era capaz de descifrar hasta el gesto más minúsculo de la cara de mi padre. Su rostro era nuestra

climatología.

Se dejó caer en la silla del extremo de la mesa y le dirigió a mi madre una mirada lúgubre. Ese día le había quedado muy claro que ya podía «quitarse el ascenso de la cabeza», según nos dijo, que un hombre sin una mujer «presentable» jamás conseguiría un puesto de tanta categoría. Ella ni siquiera lo acompañaba a la fiesta de Navidad, cuando todos los demás siempre llevaban a sus esposas.

Mi madre lo escuchó muy callada, aunque por dentro sin duda hervía de rabia, porque hasta se le olvidó enviarme arriba, a mi habitación.

—Si crees… —dijo por fin, en voz muy baja—, si de verdad crees que yo soy el motivo por el que no te ascienden, es que no tienes remedio.

—Mírate —replicó mi padre con brusquedad—. Mira cómo vuelves a estar.

También yo levanté entonces la mirada con cautela. Tenía razón, mi madre había vuelto a engordar. Debía de pesar otra vez lo mismo que antes de la cura de aguas.

—Pero mamá está muy guapa de todas formas —dije con temor.

Mi padre, sin embargo, no hizo caso.

—No me extraña que no aguantes ninguna dieta. Te falta enjundia.

—Conque me falta «enjundia»… —Mi madre se acercó la ensalada de patata que acababa de preparar y se puso a comer con placer, una cucharada tras otra.

—¡Mamá, no! —exclamé.

Sabía que la ensalada de patata tenía muchísimas calorías, pero ella siguió devorando con total tranquilidad el pan, la mantequilla, el embutido y el queso de su plato.

—Ya lo veremos —dijo sin dejar de masticar—, si tengo o no tengo enjundia.

Durante mucho tiempo he minimizado el hecho de que mi padre le dé un valor tan exagerado al aspecto físico y lo he tachado de simple vanidad. Cosa que, en parte, seguro es cierta. Sin embargo, en la actualidad creo que su obsesión tiene unas raíces más profundas.

Para él, una buena figura es sinónimo de armonía, y la armonía, a su vez, de orden; el orden da estabilidad y la estabilidad, seguridad. Su equilibrio interior depende de un equilibrio exterior. El cuerpo de mi madre provocaba en él, inseguro ya de por sí, una enorme inseguridad adicional.

Aún hoy, mi padre sigue descontento con su estatus social. Mi abuela le trasmitió a su hijo, el descendiente de campesinos que había conseguido medrar, la vergüenza por unos orígenes humildes, demasiado rústicos.

Para ascender en la escala social, contar con una buena apariencia puede ser una gran medida de compensación. Es algo bien sabido por cuentos como El gato con botas, donde el hijo del molinero consigue que la gente crea que es un príncipe gracias a su apostura. También Stendhal describe al advenedizo Julien Sorel de Rojo y negro como excepcionalmente bello. Al igual que el marinero y escritor Martin Eden, salido de la pluma de Jack London.

«Es un actor de sí mismo», le gustaba decir a mi madre sobre mi padre, porque anteponía su buena apariencia y el efecto que tenía sobre los demás a cualquier otra cosa.

Ahora me doy cuenta de que es cierto. En el fondo, mi padre hace teatro sin parar. Aunque… ¿qué clase de obra es esa en la que actúa desde hace tantos años? ¿Y de dónde le viene esa inclinación por el arte dramático?

7

Las vacaciones de mi madre llegaron a su fin. Entretanto, se había salido con la suya: nacida o no a partir de junio, me matricularía en el colegio cuando acabara el verano. Sin embargo, el curso no había empezado todavía, yo no podía seguir yendo al jardín de infancia y la abuela Martha se negaba a ayudar a su nuera, así que a mi madre no le quedó más opción que llevarme con ella a la fábrica.

Nuestro primer día de trabajo juntas, yo estaba tan emocionada que ya esperaba a mi madre en la verja, lista para salir, mucho antes de que ella se hubiera puesto su gabardina de color crema y retocado el pintalabios para luego coger la llave del coche.

La fábrica de artículos de cuero ocupaba un edificio alargado y plano, de una sola planta. Junto a las oficinas estaban las salas de producción, donde se fabricaban los bolsos, los monederos y las maletas que finalmente se empaquetaban y se cargaban en camiones.

—Y, de ahí, se reparten por todo el mundo —me explicó mi madre.

Desde la discusión con mi padre se la notaba más segura, como si caminara con la cabeza más alta. Eso me gustaba.

La mayoría de los trabajadores estaban en esas salas, apostados ante sus máquinas, y los demás empleados compartían una única oficina muy grande; solo mi madre y otra mujer, que ya era muy mayor y tenía el puesto de secretaria de dirección, trabajaban en un espacio separado y con una puerta que podía cerrarse. Hablaban por teléfono y enviaban faxes, cartas y contratos para que otras empresas les sirvieran cuero o les compraran sus bolsos, monederos y maletas.

En una estantería de esa sala había un globo terráqueo como el de nuestra casa, y busqué con el dedo los países con los que Erich-Engel tenía negocios: Marruecos, Túnez, Argelia, Hong-Kong. La máquina de escribir que utilizaba mi madre para trabajar sonaba de una forma muy diferente a la de casa, con chasquidos secos, menos metálicos y sin el suave ¡clin! que hacía la nuestra cada vez que llegaba al final de una línea.

—Es una máquina de escribir eléctrica —me dijo.

Allí, en el trabajo, parecía sentirse cómoda. Todos eran simpáticos con ella, nadie la criticaba por su peso ni por ninguna otra cosa.

—El señor Engel puede recibirla ahora —le anunció por la tarde la mujer de rizos canosos, la secretaria de dirección—. Quería usted hablar con él, ¿verdad?

—Yo también quiero ir, yo también quiero ir —supliqué enseguida.

En la pared, encima de la mesa del jefe, colgaba un pequeño caimán; bueno, la piel de un caimán, en realidad. Me habían dejado verlo en mi primera visita y me tenía fascinada. No me casaba de mirarlo. Esta vez, sin embargo, mi madre no permitió que entrara a admirar el animal.

—No, tú te quedas aquí —dijo con severidad.

Desde que me había perdido en Italia, no me quitaba el ojo de encima. Ya ni siquiera me dejaba ir sola al huerto de la abuela Martha, así que al instante vi la oportunidad de disfrutar de un poco de libertad y no seguí insistiendo.

—¿Puedo ir a la fotocopiadora? —pregunté, en cambio.

La máquina estaba en el pasillo, delante de la oficina, y era casi igual de emocionante que el cocodrilo.

Durante la comida, un empleado joven me había enseñado a fotocopiarme las manos. Era mágico ver cómo las líneas de mi piel y su tono rosado se convertían en una superficie uniforme y blanca tras el paso de la luz cegadora. Como si llevara manoplas.

—Por mí, bien —dijo mi madre.

Me harté de la máquina al cabo de unas cincuenta copias. También había puesto a Iwona sobre el cristal pero había olvidado cerrar los ojos, así que de pronto tenía una infinidad de estrellitas en mi campo de visión. El resultado de la fotocopia me decepcionó: una mancha clara y amorfa que no se parecía en nada a una muñeca.

Me paré a pensar. El despacho del señor Engel estaba al final del pasillo. Sopesé un instante la gravedad del posible lío en el que podía meterme, pero enseguida me agaché en el suelo con la decisión tomada.

Recorrí el pasillo a gatas hasta llegar a su puerta. Allí me puse de rodillas, me erguí con cuidado y miré por el cristal, que ocupaba más o menos desde el tirador hasta la parte superior del marco y dividía la puerta en dos mitades.

Mi madre estaba sentada de espaldas a mí y el señor Engel, tras su escritorio. Era un hombre más bien bajito, con el pelo algo canoso y una nariz grande. Parecía simpático.

Justo por encima de su cabeza, el minicaimán dominaba la sala. El pobre animal estaba tan plano como la Pantera Rosa cuando acababa arrollada por un camión o aplastada tras una puerta. Mientras observaba al bicho, no pude evitar pensar en Pepper. «Despellejar» era una expresión desagradable que mi madre usaba a veces cuando hablaba de alguien a quien no trataban ni pagaban como merecía.

Las dos figuras del despacho se pusieron entonces en movimiento. Vi que mi madre se levantaba y le ofrecía una mano al señor Engel.

Habían hablado, también se habían reído, y ahora parecía que el hombre, tras rodear su escritorio, no quisiera soltarle la mano a mi madre. Solo faltó que se la besara. Enseguida me agaché otra vez y regresé a la fotocopiadora a gatas.

Durante el trayecto de vuelta a casa, mi madre estaba tan exultante como hacía mucho que no la veía.

—Ha salido muy bien. Van a ascenderme a secretaria de dirección. Imagínate. —Sonrió y sacudió la cabeza—. Y mi jefe me ha preguntado si puedo acompañarlo a Marruecos. A Fez. Justo después de Año Nuevo, en un viaje de negocios, pero no le digas nada a papá todavía.

Primero noté mucho calor y luego mucho frío. Marruecos estaba lejísimos. Incluso era posible que perteneciera a ese BLOQUE DEL ESTE del que no dejaban de hablar los adultos. Yo lo imaginaba como una masa de hielo gigantesca e inamovible. Empezó a dolerme la barriga; estaba furiosa. Era imposible que mi madre quisiera ir allí. ¿Tan lejos de mí?

Cuando llegamos a casa, nos encontramos la mesa puesta ya para la cena. Después de que mi padre se hubiera pasado semanas despotricando, volvía a comportarse hasta cierto punto con normalidad. Su disgusto por el ascenso frustrado se había disipado un tanto, casi como la loción del afeitado que inundaba todo el cuarto de baño por la mañana pero que por la noche ya solo era un leve aroma que apenas irradiaba de su cuerpo. Desde que nos habían llegado las tejas rojas de Bríndisi, su estado de ánimo volvía a ser aceptable.

Ese día, además, se había bebido una cerveza, y eso a menudo bastaba para ponerlo de mejor humor, cosa que yo sabía y por lo que siempre me alegraba cuando lo oía decir: «Voy a sacarme una cervecita». Mi madre también le había comprado su comida preferida: dos *weisswurst* con un *brezel* recién hecho y mostaza dulce.

—¿Qué tal el día en el trabajo? —preguntó él, y, sin esperar a su respuesta, empezó a hablar de un proyecto de protección de la naturaleza que lo tenía emocionado y al que quería donar dinero—. Para proteger las nimbosilvas. Sudamérica. ¡Los Andes! Me encantaría visitarlos algún día —dijo con un suspiro.

Era evidente que estaba pensando en las historias de Argentina que le había oído a su amigo Gerd.

—Mamá se va a Marruecos —se me escapó—. Y además van a ascenderla.

Mi madre me dirigió una mirada de espanto y mi padre se quedó a medio cortar un trozo de salchicha con el tenedor.

—¿Conque a Marruecos…? —Su expresión se había ensombrecido—. ¿Y cuándo pensabas contármelo?

Los ojos de mi madre buscaban un punto de apoyo con desesperación. Yo noté que me ponía colorada. Todavía estaba furiosa porque pretendiera alejarse de mí otra vez, pero en ese momento pesaba más el sentimiento de culpa. Había desvelado su secreto.

—Bueno, lo más importante es el ascenso —señaló ella enseguida—. Y me lo darán en cuanto tenga el título.

—¿Un ascenso? —Mi padre arrugó la frente y siguió preguntando—: ¿Cómo van a ascenderte, si no tienes formación?

—¿Qué quieres decir? —me entrometí—. Mamá es secretaria.

—Sí, pero no de verdad.

Ella bajó la mirada hacia el mantel.

—Significará más dinero —dijo, intentando defenderse, y se encogió de hombros con impotencia.

—Un ascenso —replicó mi padre con un bufido— requiere sin duda que uno tenga una formación reglada.

—Pronto tendré mi título —adujo mi madre con culpabilidad.

—Pues muy bien.

Mi padre se puso a masticar el *brezel* sin ganas. Su mal humor se cernía como una nube negra sobre la mesa.

—Si gano más, será bueno para todos —insistió mi madre—. ¿O no?

—¿Y Ela? —preguntó mi padre, como si yo no estuviera allí—. ¿Quién cuidará de ella mientras tú estés fuera?

Mi madre dudó.

—¿No podrías hablar con tu madre?

Me di cuenta de que expresar esa petición le había costado un esfuerzo tremendo.

—Habla tú con ella —fue la respuesta—. O pídeselo a tus padres.

Esa frase la pilló desprevenida. Mi padre sabía muy bien que no le entusiasmaba ir a verlos a Himmelstädt.

—Está bien. Me llevaré a Ela conmigo.

—¿A Marruecos?

—Al trabajo, joder.

Me estremecí, porque en casa teníamos prohibidas las palabrotas. De todos modos, sentí que a mi madre le estaba costando mucho contenerse, así que no dije nada.

—¿Para que pase más tiempo aún entre adultos? —protestó mi padre, indignado—. Ni hablar. Además, tiene que empezar en el colegio, ¿o se te ha olvidado?

Miré a mi madre, que estaba sentada en su silla mirando al frente, desconcertada y al mismo tiempo furiosa. Me dio la sensación de que

quería contestar algo. Tomaba aire y abría la boca, pero enseguida volvía a cerrarla otra vez.

De hecho, para mí, mi madre había pasado mucho tiempo siendo «solo» ama de casa y madre. Incluso a mis ojos, los ojos de su hija, su empleo remunerado resultaba invisible.

Para mi padre, que mi madre trabajara seguía siendo una espina que llevaba clavada. Le costaba reconocer que sus ingresos no bastaban para garantizar el bienestar de la familia. Según él, mi madre tenía que trabajar, pero —faltaría más— solo para «contribuir» un poco. Al mismo tiempo, sin embargo, continuamente le reprochaba que se vendía por muy poco dinero.

A ella siempre le gustó su trabajo. Al contrario que a mi padre, jamás le ha interesado ascender en la escala social, como él anhelaba. Es una persona sin pretensiones y también muy pragmática.

Cuando le pregunto qué es lo que soñaba ser de pequeña, no se le ocurre ninguna profesión. Ni una sola.

Yo todavía me recuerdo maravillada en clase de sexto mientras mi profesora de física nos explicaba que había estado a punto de ser astronauta del Centro Aeroespacial Alemán. Fue la repentina aparición de un ojo vago en su juventud lo que frustró su sueño. Que una mujer de la edad de mi madre hubiera querido viajar a la Luna y casi lo hubiera conseguido hizo que el corazón se me parara y al mismo tiempo me palpitara con fuerza. La idea de un cuerpo femenino flotando en el espacio.

8

Las personas de origen campesino
conservan en el alma
las callosidades de las manos paternas.

GUSTAVE FLAUBERT, *Madame Bovary*

El día de su cumpleaños, mi madre se pintó las uñas de rojo oscuro y se peinó hacia fuera las puntas de su lisa melena castaño claro con el rizador eléctrico, de manera que le caían justo sobre los hombros con aire angelical. Se puso la falda azul marino nueva y también la blusa de cuadros que se había comprado en una de nuestras salidas a la capital de distrito. «Ponerse guapa», se llamaba eso.

Hacía unos días que estaba un poco ausente, y no era solo por la discusión sobre su ascenso; alguna otra cosa ocupaba su pensamiento. Tenía una expresión verdaderamente radiante. Algo había cambiado.

—Falda nueva —constató también mi padre mientras untaba una gruesa capa de mermelada de frambuesa en su tostada.

Luego miró fuera, al patio. El tejado ya estaba terminado, así que todo el que subía por el pueblo podía ver cómo relucían de un rojo carmín esas auténticas tejas italianas instaladas por laboriosas manos masculinas.

Vi que mi madre intentaba mantener la calma. En la mesa del desayuno no había ningún regalo de cumpleaños esperándola. Ni siquiera una tarjeta.

Yo le había hecho un álbum con flores y hojas prensadas que el abuelo Ludwig me había ayudado a recoger. Mi madre se detuvo en cada página, pero, por muy bonito que fuera mi álbum, no podía compensar la falta de regalo por parte de mi padre. No era yo la persona de esa casa de quien esperaba una muestra de afecto. El mío, al fin y al cabo, lo tenía asegurado.

Mi padre desayunó sin decir nada. Las cosas estaban así desde que supo que su mujer tenía perspectivas de ascender. Ella había insistido en que quería aceptar el puesto y también ir a ese viaje de trabajo, y el castigo de mi padre era el silencio, aunque por lo menos eso implicaba que no estaba todo el tiempo quejándose del peso de mi madre.

Y, aun así, o justamente porque mi padre ya no le decía nada, mi

madre empezó una nueva dieta. Aunque no era un régimen demasiado estricto, lo hizo sin que nadie la obligara.

Sin embargo, esa mañana de su cumpleaños me pareció que algo «le rondaba la cabeza». Varias veces vi que quería decir algo pero luego se interrumpía.

—Tenemos que hablar de una cosa. Es importante —anunció al fin.

Mi padre se limpió la boca con la servilleta.

—Luego, ahora tengo que irme —contestó sin dignarse a mirarla siquiera.

Fue a por su cartera y se marchó.

Cuando abrió la puerta de casa y volvió a cerrarla, entraron los aromas de la cocina del piso de abajo. La abuela Martha hacía «torta de azúcar» todos los sábados. Yo a veces tenía suerte y me dejaba comerme los trocitos de cobertura que se habían tostado demasiado; era la mejor parte. El olor era maravilloso, pero mi madre estaba pálida, como si le provocara náuseas.

—¿Qué pasa, mamá? —pregunté.

—Nada —contestó enseguida, y me acarició la cabeza con un entusiasmo excesivo.

Se puso a recoger los platos, pero de pronto se interrumpió y volvió a sentarse conmigo. Estuvo un buen rato sin moverse, mirando la mesa ya vacía del desayuno de su cumpleaños.

Cuando por fin volvió a levantarse, todavía parecía triste, pero también serena.

—Tengo que hacer una llamada.

Cerró la puerta del salón, cosa que no solía hacer.

—Escucha —dijo cuando regresó a la cocina—. Tengo que irme al médico. Ahora mismo.

—Voy contigo.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque voy al ginecólogo.

Me llevé un chasco. El ginecólogo era el único médico al que mi madre no me dejaba acompañarla. En todas las demás consultas, la del dentista o la del médico de cabecera, siempre pedía una cita doble para las dos.

Miró el reloj. Se había cogido el día libre porque, en realidad, teníamos pensado pasarlo juntas. Esa visita médica debía de haber surgido a raíz de la llamada, así que ahora tenía que improvisar qué hacer conmigo.

El abuelo Ludwig, que nos subió dos trozos de pastel aún caliente, resultó ser su «ángel de la guarda» y enseguida se ofreció a cuidar de mí esa mañana. Dijo que saldríamos a dar un paseo juntos y me llevó con él. Cuando la abuela Martha protestó porque otra vez tenían que

echar una mano a su nuera, su marido desconectó el audífono con gesto decidido, como solía hacer cuando ella se ponía a quejarse sin parar. Él y yo nos entendíamos muy bien sin palabras.

Salimos nada más desayunar. Nuestro recorrido preferido era ir «a los ciervos», un camino como de cuento que salía de Obach y subía por la montaña. A la izquierda quedaba el bosque y a la derecha el pequeño riachuelo, pasaba por delante del cementerio y llegaba hasta una elevación en la que había campos de cereal y árboles frutales. Desde allí, la vista alcanzaba hasta muy lejos por encima de las casas y los campanarios de las dos poblaciones cercanas. Durante unos instantes creí ver a mi madre a lo lejos, paseando entre los campos.

Hacia el mediodía llamó por teléfono.

—Escucha, cielo, voy a tardar un poco más, pero seguro que te lo estás pasando muy bien con el abuelo, ¿a que sí? Y supongo que la abuela habrá hecho algo rico para comer. —Intentaba mostrarse alegre, pero se notaba que algo la preocupaba.

Por eso dije que sí, aunque habría preferido subir otra vez a nuestra casa.

—No tardaré en volver —me aseguró—. Te lo prometo.

Cuando mi madre regresó del médico, me fijé en que se movía con más precaución de lo normal. Caminaba «como pisando huevos», que habría dicho ella misma, y todo el rato se ponía una mano en la barriga en actitud protectora. Era un gesto extraño que no le había visto nunca. Enseguida se tumbó a echar una siesta. Eso me desconcertó. No solía hacerlo.

Me pasé toda la tarde jugando yo sola con una pelota que lanzaba una y otra vez contra la pared de la casa. Después saqué los zancos, pero mis intentos de subirme a ellos no fueron demasiado entusiastas; me imponía bastante la altura con respecto al suelo.

Mientras practicaba, la abuela Martha estaba sentada en un taburete, desgranando guisantes delante del viejo y enorme granero que había junto a la verja. A sus pies tenía varios cestos grandes llenos de vainas verdes. En cierto momento se le unió mi madre, que por lo visto no podía dormir. Sacó otro taburete y se puso a desgranar también. Aquello era rarísimo. Más aún en su cumpleaños, y cuando era evidente que no se encontraba bien. Seguía sin haberse disculpado por destrozar el huerto de mi abuela y, sin embargo, me dio la sensación de que aquello era una oferta de paz. También la abuela Martha se mostró amable, para lo que era ella. Algo había acercado un poco a las mujeres. Solo que no sabía el qué.

Así estuvieron, sentadas la una junto a la otra, desgranando en silencio y levantando la mirada de vez en cuando para ver qué hacía

yo o qué sucedía al otro lado de la verja negra.

Por allí pasaba la calle que comunicaba la parte alta del pueblo con la parte baja y durante todo el día había bastante ajetreo de peatones, ciclistas, coches, tractores… Incluso tanques estadounidenses cruzaban a veces la población. No estábamos muy lejos de la base militar de Baumholder y los soldados solían pasar justo por delante de nuestra casa de camino a la carretera de Hunsrück. Si estábamos en la cocina, oíamos temblar los platos y los vasos. A mi padre le ponía de los nervios que los tanques pudieran «cruzar el pueblo a toda pastilla» así, sin previo aviso.

Mi abuela siempre tenía algo que criticar sobre todo el que pasaba por delante de la verja. Incluidos los soldados estadounidenses que a veces iban de pie en la escotilla de los tanques, porque algunos eran negros. «Que sean yanquis, pase. Pero ¿habían de ser mismamente morenos?», se despachaba a gusto en su fuerte habla dialectal.

Ese día, en cambio, no decía nada de nadie. Guardaba silencio, concentrada; al fin y al cabo, tenía que ir separando las perlas verdes y encontrar el pliegue con la uña una vaina tras otra. Estuvo callada hasta que por fin algo llamó su atención allí delante, en la calle.

—Mira tú por dónde. *T'han* venido a ver —dijo sin interrumpir su trabajo.

Mi madre levantó la mirada. Al otro lado de la verja estaba el Mercedes verde lima de mis abuelos, y vi a mi abuela Ella sacar su corpulenta mole del asiento delantero.

Aunque todavía hacía buen tiempo, se había puesto un abrigo de pieles. En una mano llevaba una bolsa de plástico; en la otra, un pequeño ramo de flores. El abuelo Adam, que iba al volante, se quedó sentado en el coche con la mirada fija al frente.

Mi madre se apresuró a apartar el cesto de guisantes, pero vi que algo le dolía al levantarse. También yo bajé de los zancos de un salto, pero tropecé y me di con las dos rodillas en las piedras. Mi madre enseguida vino hacia mí corriendo.

Cuando por fin se acercó a la verja tirando de mí y de mis rodillas ensangrentadas, encontró en el suelo su regalo de cumpleaños y el ramo de flores . La abuela Ella los había dejado allí y el Mercedes verde lima había desaparecido.

Esa tarde, mi padre por fin le dio su regalo a mi madre. Un perfume.

—Feliz cumpleaños —murmuró con un tono apocado.

Mi madre apartó el paquetito. No le gustaban los perfumes.

Me había prohibido terminantemente que le dijera nada a mi padre de su visita al médico. «Se lo explicaré yo. ¿Me has oído?» Asentí; ya había aprendido la lección. Conseguí guardar silencio y ocultárselo,

pero me pasé toda la tarde sudando. Tenía la sensación de que aquello estaba aún más prohibido que mentir.

En cuanto mi padre acabó de cenar, anunció que saldría un rato «al pueblo». Cada vez iba más a menudo allí por las noches.

Casi había cruzado la puerta de la cocina cuando mi madre se volvió hacia él dirigiéndole una mirada fría.

—Por cierto, tu madre cuidará de Ela —informó—. Cuando me vaya a Marruecos.

Me quedé de piedra. Todavía no me había dicho nada de eso. Estaba visto que las dos sí volvían a entenderse, de modo que ya nada impedía su viaje.

—Ah —fue lo único que contestó mi padre. Y, acto seguido, desapareció.

Vi que mi madre iba a la cocina, abría el perfume, desenroscaba el frasco y vaciaba todo el contenido en el fregadero sin un solo comentario.

Una nube espesa y de un dulzor penetrante quedó pendiendo en el ambiente. Olía aún peor que una gasolinera.

Esa noche estuve mucho rato en la cama sin poder dormir. No habría sabido decir qué había ocurrido entre mis padres, tampoco entendía por qué tenía mi madre tantas ganas de irse tan lejos, pero presentía que algo se había roto. Sin estruendo, cierto, pero de tal forma que los añicos no podrían recomponerse jamás. Como el valioso jarrón antiguo de un azul brillante que hacía poco se le había resbalado de las manos a la abuela Martha mientras le quitaba el polvo.

La pregunta inevitable, imprescindible: ¿dónde se conocieron mis padres? ¿Cómo y cuándo dio comienzo este drama?

Respuesta: en una feria. En una caseta de tiro, en la cercana capital de distrito. No es broma. En el inicio de su relación hay un par de armas de aire comprimido usadas para disparar contra flores y animales de plástico. Mi padre estaba pasando la tarde con un compañero del ejército, mi madre iba acompañada de una amiga. Una chica más delgada que ella.

—Ya entonces me di cuenta de cómo me miraba —dice al recordar esa historia—. A mi amiga la contemplaba de otra forma. Su cuerpo le parecía más bonito, de eso estoy segura. Tu padre siempre pensó que estaba gorda. Desde el principio, en realidad.

—Entonces, ¿por qué se casó contigo?

Se encoge de hombros.

Me viene a la cabeza una frase que me dijo una vez mi padre, no sin después morderse el labio enseguida, horrorizado:

—Fue tu madre la que quiso casarse a toda costa. Yo no quería.

—Ah, ¿no?

Recuerdo también su suspiro nostálgico.

—Pero escribía unas cartas muy bonitas. Realmente preciosas.

Cartas, pienso. ¿En serio? Pero ¿qué es esto? ¿Una obra de amor cortés con mi madre en el papel de trovador, plantada ante el cuartel del ejército donde servía él?

¿Por qué demonios se casó mi padre con una mujer con la que no quería casarse? Y ¿cómo consiguió eludir una cuestión tan trascendental durante tantos años, como si fuera algo irrelevante?

¿Cómo consiguió repartir los papeles del drama de manera que él fuera el personaje «normal» y ella el personaje «turbio»? Porque mi padre es igual de indescifrable que mi madre. Una maldita caja negra. Y no menos misterioso que ella.

9

Llegó el primer día de colegio y por fin me dieron el típico cucurucho gigante lleno de detallitos. Me había recogido el pelo en una coleta alta y llevaba un vestido corto de color rosa claro. El cucurucho era del mismo color, y mi mochila y mis zapatos brillaban de un rosa fucsia. Mi madre se había manifestado en contra de esa elección cromática, pero mi padre se había impuesto diciendo que tenía que ir guapa al cole mi primer día, y luego había vuelto a pasarse toda la mañana protestando por el físico de mi madre y criticando su barriga.

—Ni que estuvieras embarazada.

Ella se limitó a soltar una sonora carcajada.

Después me acompañó hasta la puerta de mi clase. Los demás niños ya estaban en el aula, sentados en las filas de bancos como los gorriones de los cables eléctricos, y vi que todos volvían la mirada hacia nosotras un instante. Cuando mi madre se inclinó para despedirse y darme un beso en la mejilla, algunos se pusieron a susurrar. Un segundo después, ella se marchó y yo me quedé allí plantada.

Nuestro profesor, el señor Hugo, era bastante viejo. Tenía una gran nariz algo colorada y escupía un poquito al reír, pero su risa era contagiosa y se portaba muy bien con nosotros.

Me pasaba el recreo trepando con los demás niños por los animales de piedra que había en un rincón del patio: un dragón, un dinosaurio y un rinoceronte. Mis compañeros de clase parecían simpáticos. Yo sabía que mis padres esperaban que por fin encontrara una amiga, pero solo era capaz de pensar en volver a casa. Las mañanas en el colegio se me hacían eternas, mi cabeza era un hervidero de datos que sacaba de conversaciones que les oía a los adultos.

Más o menos por esa época se estrellaron dos aviones. Un Boeing 737 en Angola y un Boeing 747 en España. Mi padre volaba de vez en cuando, así que esos accidentes lo asustaron.

—No existen los fallos técnicos, solo los errores humanos —me había explicado—. Cualquier fallo técnico es achacable a un error humano.

Desde entonces, yo vivía con miedo a que mi madre sufriera un accidente cuando se fuera a Marruecos. Era evidente que los aviones no eran un medio de transporte seguro. Me entraban sudores fríos solo con pensarlo. Cuando bajaba torpemente del autobús en Obach, me abalanzaba sobre ella como si fuera mi tabla de salvación.

Por las tardes, la convencía para que jugáramos «a las peluqueras» y, mechón a mechón, iba poniéndole rulos por todo el pelo. Cuando ella empezaba a pelar patatas en la cocina modular blanca con encimeras color rubí, yo acercaba la silla todo lo posible a los fogones para quedar tocando su tripa desde un lado.

Cuando cruzaba con ella la plaza del mercado de la pequeña ciudad vecina, le buscaba la mano y la apretaba contra mí con todas mis fuerzas.

En el coche, le rodeaba los hombros con los brazos desde atrás, de manera que le costaba mirar de frente la calzada.

Antes de irme a dormir le suplicaba que nos escribiéramos letras invisibles en la espalda la una a la otra, y cada vez que me tocaba la piel con la punta de los dedos me recorría un agradable hormigueo.

Ella se avenía a todas esas cosas, pero sin participar del todo ni corresponder a mis gestos y abrazos. Parecía ausente, aunque en absoluto triste. Al contrario. Caminaba con ligereza; la idea de abandonar Obach durante unos días la llenaba de ilusión. Yo detestaba Marruecos, ese país que, para mí, estaba robándome a mi madre. Como también odiaba a ese tal señor Engel.

Y entonces, un sábado, una niña apareció de pronto al otro lado de la verja de hierro forjado. Mi padre estaba sacándole brillo a su BMW azul claro y mi madre lavaba su escarabajo cuando un rostro que nos era desconocido empezó a observarnos con curiosidad mientras apretaba la nariz contra los barrotes.

—Entra si quieres —dijo mi madre tras dudar un momento.

La pequeña dio un paso y cruzó la verja. Tenía una melena negra y brillante, no muy larga, llevaba unos vaqueros amarillo limón y una camiseta blanca y holgada y me sonrió desde su pequeño rostro risueño. Yo no podía dejar de mirar su cara lisa y clara. No fue hasta unos segundos después cuando me fijé también en su cuerpo. La niña que tenía delante me llegaba solo a los hombros y era un poco regordeta. Casi «rolliza».

—Me llamo Jessy —dijo con una voz tan brillante como la luna, y fue como si sus palabras estuvieran subrayadas por un resplandor.

Mi padre miró a la pequeña desconocida con recelo, como tantas otras veces cuando se encontraba delante de alguien nuevo. Al contrario que mi madre, que le ofreció una amplísima sonrisa.

—Hola, Jessy.

—Ahora vivo aquí.

—¿Aquí?

La niña señaló la casa de enfrente. Miré hacia allí. Una mujer mayor, maquillada y vestida de forma peculiar, estaba asomada a la

ventana del piso de arriba y nos dirigía una mirada bastante rabiosa.

—¿Con la Bopp? —se le escapó a mi padre, visiblemente molesto—. ¿Vuelve a… estar ahí?

Bajó la manguera y se quedó un momento inmóvil y con la boca abierta. Era evidente que empezaba a entender quién era esa niña.

—¿La Bopp? —dije, extrañada—. ¿Y esa quién es?

Conocía la palabra. Era dialecto y significaba 'muñeca'.

El silencio que siguió fue a todas luces incómodo.

—Es mi tía —explicó Jessy.

—Pues qué bien —dijo enseguida mi madre, que se había secado las manos—. Bienvenida a Obach. —Entonces me señaló a mí—. Esta es Ela. Ven a vernos cuando quieras.

En ese momento, de la casa de enfrente llegó un extraño griterío. En la ventana ya no se veía a nadie, pero incluso desde nuestro patio se oía que alguien estaba armando barullo y soltando toda clase de palabrotas en la planta superior.

—Tengo que irme ya —dijo Jessy deprisa. De repente parecía inquieta.

Mi madre vaciló. Vi que le habría gustado invitar a la nueva vecinita a comer, pero mi padre se le adelantó:

—Sí, nosotros también.

Era evidente que no quería precipitarse y ser amable con ella antes de tiempo, pero ya era demasiado tarde.

—Aquí siempre serás bienvenida —insistió mi madre.

Jessy le tomó la palabra.

—Entonces, ¿vengo otra vez mañana?

—Mañana es domingo —protestó mi padre, haciendo un último intento por disuadirla.

—Ven el lunes.

—De acuerdo. —Jessy sonrió de oreja a oreja y se quedó mirando a Iwona.

Yo había estado jugando a papás y mamás con ella y con Pepper.

—¿Todavía juegas con muñecas?

De pronto me dio vergüenza tener a Iwona en brazos. Jessy rio con su risa de campanillas, su rostro se iluminó todavía un poco más… y desde aquel instante, como muy tarde, estuve perdida. Me encantaba la forma en que agitaba su melena negra. También me gustaba su risa. Y eso que acababa de reírse de mí.

Durante la cena descubrí que Jessy era nada menos que pariente mía, una especie de prima tercera o cuarta. Vivía con sus padres en la base militar de Baumholder, pero unos meses antes habían enviado a su padre, un soldado que estaba destinado allí, de vuelta a Estados

Unidos. Desde entonces, la madre de Jessy estaba «triste», me explicó la mía. «No conseguía levantarse de la cama» y por eso había tenido que ir a «recuperarse» a un centro especial para mujeres como ella.

—Quia… —soltó la abuela Martha—. Lo *q'ha* estado es en el manicomio, con los locos.

Me pareció indignante que hasta entonces me hubieran ocultado que tenía una prima lejana. Una prima era como una especie de hermana, ¿o no?

La Bopp, según supe con gran asombro, era hermana de la abuela Martha y en realidad se llamaba Maria. En el pueblo, todos la conocían solo como «la Bopp» porque siempre se ponía abrigos de pieles y un maquillaje muy exagerado y porque se había echado un joven amante turco en la cercana capital de distrito. Su propio marido, un oficial, murió bastante pronto en la guerra y supuestamente la Bopp recibía desde entonces una pensión del Estado. Decía la leyenda que odiaba a los niños y que a todo el que se metía con ella le vaciaba el cubo del agua de fregar. Y como esa mujer era la única pariente que le quedaba a Jessy, viviría con ella hasta que su madre mejorara.

Mi padre no ocultó que Jessy le parecía una mala influencia para mí. También la abuela Martha, que había subido exaltadísima nada más enterarse de la noticia, puso a su hermana de vuelta y media. Estuvo despotricando a voz en grito sobre el «pimpollo turco» que entraba y salía cuando quería de la casa de enfrente, aunque no me quedó muy claro qué era lo que suponía un problema, si que fuera joven, que fuera turco, las dos cosas, o que la Bopp «se gastara la mitad de su pensión» en él.

—Nuestra Ela que no entre en la casa *d'esa,* pero de ninguna de las maneras —dijo con decisión.

—Pues que jueguen aquí, por ahora. —Mi madre se encogió de hombros.

—Me estás metiendo problemas en casa —opinó también mi padre.

—Pero si ni siquiera conocéis a esa niña —la defendió mi madre.

La primera visita de Jessy puso verdaderamente a prueba la paciencia de mi madre. En cuanto entró en la casa, empezó a curiosear sin ningún reparo. Solo le faltó abrir los cajones o subirse a la cama de mis padres.

Para mi padre, ese tipo de comportamiento era «no tener modales».

Jessy no daba crédito a la cantidad de juguetes que tenía yo, además de una habitación para mí sola, vestidos bonitos y acceso ilimitado a chucherías.

Después de comer un fricasé de pollo del que repitió dos veces, salimos a jugar al jardín de atrás, donde había una pequeña estructura

con tejado a la que en la familia nos referíamos como *haisje,* «la casucha». Sin embargo, a Jessy no le apetecía jugar a la goma ni al escondite. Su pasión eran las Barbies. Tenía una maleta entera llena. Yo, en cambio, ni una. Mi madre me las había prohibido. «Ninguna mujer normal es así —me había dicho—. No quiero que te formes una imagen equivocada.»

No me explicaba por qué de pronto nos dejaba jugar con ellas. Tal vez se debiera a que Jessy adoraba a mi madre sin reservas, por lo que ella no era capaz de negarle nada. O quizá solo quería que la dejáramos en paz.

Desde que se estaba preparando para «el viaje», mi madre intentaba aplicarse más que nunca en las tareas que le mandaban en la escuela de idiomas, por lo que se pasaba horas sentada en la cocina con sus materiales de estudio. Pronto tendría que ir a Baden-Baden para hacer su primer examen.

Era evidente que se alegraba mucho de que, gracias a Jessy, yo tuviera «compañía» al fin. Incluso me comentó que a ella misma le encantaría tener una amiga en Obach.

No obstante, a Jessy por la tarde ya se le habían quedado pequeños nuestro jardín y la casucha y mi madre acabó dejándome que le enseñara el pueblo, siempre que fuéramos juntas todo el rato.

Pero sucedió más bien lo contrario. Fue Jessy quien me lo enseñó a mí. Para ella, Obach no era más que un enorme parque de aventuras. A través de ella descubrí cosas que hasta entonces me habían permanecido ocultas. Atajos y caminos secretos, también lugares tan tenebrosos como, por ejemplo, la fuente de detrás del huerto de cerezos. El pilón era de color turquesa y el agua tenía un ligero brillo verdoso. El caño era una serpiente de metal gris con las fauces muy abiertas; el herrero había congelado el movimiento del animal en un instante extraño, como si se estuviera atragantando con algo o tuviera que vomitar. Por encima de la fuente, grabado en latón, se leía: «AGUA NO POTABLE». A Jessy no le importó en absoluto. Metió las dos manos y después, cuando fuimos corriendo a comprarnos un helado a la fonda, se chupó sin ningún miramiento los dedos que acababa de sumergir en el agua tóxica de la fuente.

Sin embargo, lo más emocionante fue el parque infantil y los columpios de neumáticos. A mí, en la vida se me habría ocurrido ir allí, porque era donde quedaban los chicos mayores. Ellos ya iban en moto y algunos incluso fumaban. Cuando entramos en el parque, se pusieron a cuchichear sobre Jessy igual que hacían sobre todo aquel que era «de fuera», pero ella se limitó a subirse a un neumático y empezó a columpiarse boca abajo delante de todos. Tenía algo que impedía que la atacaran. También yo me había dado cuenta. No era exactamente agresividad, pero tal vez sí irradiaba una absoluta

disposición a defenderse en caso necesario.

Cuando se fue a su casa por la noche, mi padre la siguió con una mirada de preocupación. Allí estaba al fin, la amiguita que él tanto había deseado para mí. Me señaló unos rasguños que llevaba en la rodilla, aunque en realidad me los había hecho con sus zancos.

Indignado, exclamó que mi madre solo pretendía «librarse de mí». «Lo único que quieres es estar tranquila, no importa a qué precio.» Antes de que ella pudiera contestarle nada, la puerta de la casa de enfrente se abrió y de allí salió una mujer. Llevaba una blusa con caros bordados y una exageración de joyas. Conque esa era la Bopp… Me quedé boquiabierta. Era vieja, lo cual hasta entonces para mí había significado que sería «fea», porque las palabras «vieja» y «fea» parecían ir inextricablemente unidas. Aquella mujer, en cambio, era hermosa de una forma que hacía que no pudieras apartar la mirada.

En el momento en que Jessy, ya entre sus brazos, se volvió para despedirse de nosotros, que estábamos en el patio, las miradas de mi madre y de la mujer se encontraron y percibí entre ambas un entendimiento mudo que se reforzó más aún cuando mi madre le dirigió a la vecina un apacible «buenas noches» levantando la mano. Sorprendida por esa inesperada amabilidad, la Bopp bajó la barbilla con cordialidad y asintió.

En cuanto entramos en casa y cerramos la puerta, la abuela Martha se plantó delante de mi madre. El lunar azul de la nariz le temblaba.

—¡Ay como esa so bestia ponga un pie en esta casa! —exclamó.

Si la «recogida» de su hermana seguía «entrando y saliendo», ella no pensaba cuidar de mí cuando mi madre se marchara.

Mi madre la miró como pidiéndole ayuda. Por un instante casi me pareció haber perdido a Jessy cuando apenas acababa de entrar en mi vida. Pero entonces la expresión de mi madre cambió y miró a la abuela Martha entornando los ojos. Para mí era un misterio por qué los adultos expresaban su desprecio justamente de esa manera. Si se miraba así a los gatos, según me había explicado el abuelo Ludwig, estos parecían interpretarlo como un gesto de cariño.

—Si crees que puedes chantajearme —siseó—, será mejor que salgas enseguida de mi casa. ¡Largo de aquí!

¿Por qué no ha tenido mi madre ninguna buena amiga? ¿Por qué ha intentado siempre ser amiga mía, cuando debería haber sabido que madre e hija jamás podrán serlo?

Esa circunstancia se agravó en el pueblo, porque allí, en efecto, no había nadie en quien hubiera podido confiar. Sin embargo, tampoco parece que en su juventud tuviera amigas íntimas de verdad. Ella misma dice que seguramente se debía a que no tenía dinero para hacer nada de lo que hacían las demás chicas del instituto. Y a que tampoco podía llevar a nadie a su casa.

Cuando tenía dieciséis años, a mi abuelo le surgió la posibilidad de alquilar, por cinco marcos alemanes más al mes, una pequeña buhardilla del edificio en el ocupaban un minúsculo apartamento de expatriados. Allí, mi madre habría podido hacer los deberes con tranquilidad, recibir a amigos y escuchar música, pero de nada sirvieron sus súplicas. Mi abuelo consideraba que los jóvenes no tenían necesidad alguna de intimidad.

Para ella, esa falta de un espacio propio es una alegoría de su vida. Es como si a su cuerpo nunca le hubieran permitido ocupar un espacio. En el sentido más literal de la palabra.

Mi madre, en cierto modo, entró en el matrimonio sintiéndose ya sola. En la relación con su marido simplemente dio continuidad a lo que había vivido en casa de sus padres. Con ellos siempre tuvo la sensación de ser la que estaba de más, de no tener cabida en su modelo familiar.

Durante el parto de mi madre, mi abuela sufrió una trombosis. En la Polonia de posguerra no había medicamentos para eso, así que mi abuela, después de dar a luz, tuvo que pasarse tres meses enteros en un hospital, tumbada con las piernas en alto, con un miedo constante a que el coágulo se desprendiera y acabara llegando al corazón. El nacimiento de su hija, pues, estuvo a punto de costarle la vida.

Y esto es lo que dice mi madre: que, en el fondo, mi abuelo nunca la perdonó por haber puesto en peligro de esa manera a su querida esposa. Para él, mi abuela era todo su mundo: madre, amante, enfermera. Sustituta de su propia familia. Qué peligroso es eso. Que una persona deba serlo «todo».

10

Pocos días después, mi madre anunció que las dos nos íbamos a Himmelstädt a ver a mis abuelos. Fue una auténtica sorpresa. Nuestra última visita había sido hacía una eternidad. Y, sin contar la entrega de su regalo de cumpleaños en la verja, tampoco ellos habían ido a vernos a nosotros desde hacía muchas semanas.

—¿Ya habéis hecho las paces? —pregunté con asombro.

Mi madre intentó sonreír.

—Eso espero.

Reflexioné y pensé que a lo mejor íbamos por una de esas festividades que solo celebraban mis abuelos porque eran católicos. En Obach nunca nos enterábamos de esas cosas, porque allí todo el mundo iba a la iglesia evangélica. Mi madre jamás iba a misa, pero esas festividades eran importantes para ella de todos modos. Los santos, por ejemplo.

—No, no es fiesta de guardar ni tampoco el santo de nadie —dijo—. Venga, vamos.

—¿Has puesto suficiente gasolina? —pregunté cuando ya estábamos en la carretera federal.

Esa pregunta se había convertido en toda una costumbre por mi parte.

—Sí, he puesto suficiente.

Mi madre me miró por el retrovisor, molesta. No estaba de humor para mis interrogatorios inquietos.

Los días anteriores, en nuestra casa había reinado un frío glacial. La abuela Martha callaba, ofendida, y mi padre también. Incluso mi madre había acabado por descubrir el silencio, así que de pronto tenía a dos progenitores que no decían ni mu. Era como una Guerra Fría, solo que no tenía muy claro quién de los dos era el BLOQUE DEL ESTE.

En cualquier caso, mi madre no dijo ni una palabra durante todo el trayecto. Aunque no parecía triste, sino más bien tensa y nerviosa.

—Escucha —anunció en cierto momento—. Cuando yo esté en Marruecos, tal vez puedas quedarte con los abuelos en Himmelstädt.

Arrugué la frente.

—¿Las tres semanas?

—Como hacías antes —insistió ella—. En vacaciones. ¿Te acuerdas? Siempre te gustaba mucho.

Lo pensé. Imaginé a mi padre, que por las tardes se encontraría la casa sin nosotras al volver del trabajo.

—¿Y qué pasará con Pepper?

—Ya veremos.

—¿Y Jessy?

Noté que se me cerraba la garganta. Tres semanas eran una eternidad. Tal vez para entonces Jessy ya habría hecho nuevas amigas en Obach. Me era totalmente imposible marcharme del pueblo durante tanto tiempo.

—Pórtate bien —me advirtió mi madre después de aparcar, mientras nos acercábamos a la casa—. Y, si bendicen la mesa, reza tú también. ¿Me has oído?

—Claro que me portaré bien —dije, algo ofendida.

La abuela Ella y yo nos llevábamos de maravilla. No entendía por qué estaba tan preocupada mi madre.

Himmelstädt era una pequeña localidad junto a la carretera federal, así que no quedaba tan apartada como Obach. La casa de una planta de mis abuelos se encontraba algo más arriba, «en la montaña», y hasta allí se llegaba por una cuesta empinada. En el balcón, en los parterres, en la pendiente y en el pequeño jardín delantero mi abuela había plantado pensamientos de color violeta y rojo rubí. Esa casa era lo que más les envidiaba la abuela Martha a mis abuelos maternos. Más aún que los abrigos de pieles. A mí, la propiedad me transmitía una sensación de orgullo y alegría, pero también de soledad.

Mi madre llamó al timbre, sobre el que se leía su bonito apellido alemán silesio en una plaquita de latón. Su apellido «de soltera», como decía ella. A mis oídos sonaba delicado y misterioso.

La puerta se abrió, la abuela Ella inclinó su enorme torso hacia mí y me plantó un beso en la boca sin previo aviso. No me atrevía a decirle que no quería que me besara de esa forma, así que me quedé inmóvil.

«En Silesia se hace así», me había explicado mi madre. Para ella siempre había sido importantísimo que yo no hiciera enfadar a sus padres, y ese día, a juzgar por la severa mirada que me dirigió, era evidente que debía portarme «especialmente bien».

—Mi nieta *prrreciosa,* y qué *grrrande*… —susurró la abuela Ella con su voz suave—. Dios mío, *perrro* qué *grrrande* estás.

Sus sonoras erres silesias vibraban como un delicado trueno que no entrañaba peligro alguno. Me arrimé a ella con cariño e inspiré hondo. Seguía oliendo a jabón de rosas.

Entramos. El abuelo Adam estaba al fondo del gran vestíbulo

cuadrado, apoyado en sus muletas. Cuando me acerqué, también él me estrechó con un brazo, aunque renunció al beso silesio. Su figura rolliza y su redonda cara coronada por una calva reluciente parecían sonreír todo el rato; solo sus ojos vivían envueltos en una enorme tristeza. Que yo recordara, siempre había usado muletas. Tenía la cadera perjudicada a consecuencia de casi cuarenta años de duro trabajo «en la mina». De vez en cuando intentaba hablarnos de la guerra, pero casi nunca conseguía decir más que una frase, y ni siquiera esa la terminaba. Aun así, siempre volvía a intentarlo. Ninguna visita a mis abuelos pasaba sin que él mencionara lo agradecidos que debíamos estar todos por poder vivir finalmente en paz.

—*Entrrrad* —dijo, y con una muleta señaló la puerta abierta que había a su espalda.

Desde el vestíbulo se pasaba a una cocina pequeña que había a la derecha, y de ahí al comedor, que estaba comunicado con el salón. Ese día, sin embargo, nadie tenía pensado que nos quedáramos a comer. Miré a ver si había alguna olla en los fogones y olfateé un poco, pero nada. Ni rastro de la espesa sopa de la abuela Ella con su pasta fresca silesia hecha en casa. Al contrario que otras veces, tampoco me dejaron ir con ellos al salón.

Mi abuelo encabezó la marcha cojeando, y mi madre lo siguió y cerró la puerta tras ella. Yo me quedé en la cocina y levanté la mirada hacia la abuela Ella sin entender nada. Esta señaló a Iwona.

—Juega *trrranquila. Ahorrra* te *trrraigo* algo.

Me hizo girar empujándome de los hombros y me sacó al vestíbulo. Cuando también ella desapareció en el salón, me eché en la alfombra de lana peluda de color crema que había a la izquierda de la puerta de entrada. La pared tenía brillantes bloques de vidrio de colores por los que se podía ver el exterior y el jardín de rosas. Esos recuadros cristalinos ejercían una enorme fascinación en mí. Cuando miraba a través de ellos, el jardín se teñía por turnos de verde, de rojo, de azul y de amarillo, y vuelta a empezar. Las voces de los adultos llegaban amortiguadas desde el salón. Al menos no los oía discutir.

Mi abuela apareció en cierto momento y me dio un libro para colorear, pero enseguida regresó al salón. Era un cuaderno de la serie «Pinta por números». La imagen que elegí para empezar era una niña risueña y mofletuda con unos gatos. Enseguida acabé de colorearla, salvo por las partes de la piel. Para esas decidí utilizar el color naranja. «Naranja mercromina», me vino a la cabeza de repente. Esa tintura con cierto parecido a la sangre que mi madre me aplicaba siempre con un cuentagotas en los rasguños de las rodillas. Decidí que también Iwona se había hecho daño en la rodilla. Con cuidado, presioné el fieltro naranja del rotulador sobre el plástico duro.

Funcionó. Iwona no tardó en tener todos los antebrazos pintados. El efecto era muy realista.

La puerta del salón se abrió y por fin salieron de allí dentro las voces amortiguadas. Escondí a Iwona a mi espalda enseguida y, parpadeando, miré la silueta de mi madre. Su rostro quedaba a oscuras, pero, cuando le dio la luz, su gesto parecía más relajado que antes. Tenía la frente lisa y en sus labios se adivinaba una ligera sonrisa. Por lo visto, podría quedarme en Himmelstädt.

—¡Niña! *Perrro* ¿qué has hecho?

Me estremecí.

El abuelo Adam, cojeando, adelantó a mi madre y señaló con la muleta a Iwona, que sobresalía tras mi espalda.

—Tu bonita muñeca. *Carrray,* niña, eso no se hace —dijo, apretando los dientes.

Me mordí los labios. El abuelo Adam estaba plantado ante mí con una expresión muy severa. De pronto sentí que me invadía la rabia. Y las lágrimas.

—La muñeca es mía.

Mi madre me miró unos segundos indecisa, como si no supiera qué hacer, como si tuviera que elegir entre su padre y yo, y entonces me levantó del suelo agarrándome con brusquedad.

—Discúlpate.

—Ya voy —dije como pude—. Lo siento.

Tras eso, la visita terminó abruptamente. Mis abuelos se despidieron con parquedad y mi madre me arrastró hasta el coche. Al pasar por delante del contenedor de la basura, de pronto me arrebató a Iwona y, antes de que me diera cuenta, ya había tirado mi muñeca allí dentro.

—¡Mamá! —exclamé—. ¡No!

Pero no se dejó ablandar.

Cuando puso el motor en marcha, se volvió hacia atrás para mirarme con ojos gélidos.

—No vuelvas a hacer eso nunca, ¿me has oído?

—¿El qué?

—Ser tan impertinente con el abuelo.

De repente vi ante mí la cara redonda, triste y vieja del abuelo Adam y sentí una horrible mala conciencia.

—¿Es que ya no podré quedarme con ellos? ¿Por haber sido impertinente? —pregunté.

Me di cuenta de que en mi interior se debatían dos sentimientos. No quería marcharme de Obach, pero tampoco quería ser el motivo por el que mi madre no pudiera ir a ese viaje de trabajo.

—Sí, sí que podrás —dijo, e intentó sonreír un momento.

Al principio me tranquilicé, pero entonces vi que estaba llorando.

No pude evitar acordarme del libro de la dieta y su boca de dientes blancos.

—¿Qué te pasa, mamá? —pregunté.

—Nada.

Miró por la ventanilla.

Pensé en Iwona y en sus brazos pintarrajeados. También en el contenedor de la basura donde se había quedado.

—¿Qué te ha dicho el abuelo? ¿Por qué os habéis peleado?

Mi madre no habló durante un buen rato. Aunque lloraba, nada en su rostro indicaba que estuviera pensando o sintiendo nada. Tenía una mirada completamente vacía que parecía consistir tan solo en unos grandes ojos azul claro.

Y entonces dijo una frase que no entendí y que no sabía lo que podía significar.

—Me ayudará contigo. Solo esta vez, eso sí. —Tomó aire mientras el escarabajo volvía a incorporarse a la carretera federal—. «Pero tienes que vivir con tu marido» —añadió en voz baja—. Eso me ha dicho.

Hay una cosa que de pequeña no entendía: que mi madre siempre tenía que mediar entre su marido y su propio padre, y la mala relación entre ambos la hacía sufrir mucho.

Mi abuelo nunca ocultó que, para él, su única hija se había casado por debajo de sus posibilidades. Mi propia madre, en cambio, no era en absoluto clasista. Al contrario. Y, sin embargo, eso era algo que mi padre no dejaba de echarle en cara: que, a causa de su educación, del dinero de sus padres y de su alemán estándar, se creía mejor que él.

¿Cuándo y cómo nació ese rechazo mutuo entre ambos hombres? Mi madre lo piensa un momento.

—La primera vez que tu padre fue a tomar el café a nuestra casa se puso el uniforme. Imagínate.

—¿El uniforme? —Casi se me escapa la risa de lo absurdo que me parece.

—En aquella época estaba en el ejército. —Mi madre menea la cabeza—. Normalmente vestía de civil, yo nunca lo había visto uniformado. Jamás.

Me quedo de piedra. ¿Cómo se le ocurrió a mi padre la idea de presentarse ante su suegro vestido de soldado?

—Qué vergüenza pasé —confiesa mi madre.

Mi abuelo estuvo a punto de no sobrevivir a la guerra y al cautiverio ruso. Y, aun así, en la Alemania de posguerra casi nadie lo aceptaba como a un veterano que pertenecía con pleno derecho a su país.

¿Intentaba mi padre causar mejor impresión? ¿Parecer valiente? ¿Ocultar unos orígenes poco nobles? ¿Surgió la desconfianza entre ambos hombres, pues, a causa de un malentendido?

Sospecho que mi abuelo notó que lo consideraba un extranjero. A mi padre, desde siempre, el origen silesio de mi madre lo ha molestado más de lo que está dispuesto a reconocer.

11

Estábamos a principios de diciembre. Mi madre pelaba patatas junto a los fogones y ya tenía una montaña de óvalos amarillentos en una fuente llena de agua fría. Al contrario que la abuela Martha, que solo necesitaba clavar el cuchillo una vez para separar toda la piel del pálido interior en una única espiral, las patatas de mi madre tenían ángulos y cantos. Parecían pequeñas obras de arte, casi como esos hombrecillos hechos con castañas que se había pasado el invierno confeccionando con Jessy y conmigo. Estaban por toda la cocina.

De repente, sin embargo, se echó a llorar tan desconsoladamente que me entró miedo. Mi madre siguió pelando pese a las lágrimas, y a mí se me pasó por la cabeza que nunca la había visto llorar con tanta desesperación. ¿Qué había ocurrido? ¿Se habían desdicho mis abuelos? ¿Otra vez no sabía «qué hacer conmigo»?

—No puede ser. ¿Cómo puede ser? —murmuraba una y otra vez.

Jessy, asustada, nos miraba por turnos a ella y a mí. Sus ojos parecían oscilar entre nuestros dos rostros. Desde que estaba en casa de la Bopp, hasta cierto punto vivía con nosotros. Mi madre lo era todo para ella, así que ese arrebato debía de parecerle como si una gran roca se hubiese desprendido. También yo lo notaba. El cuerpo de mi madre se estremecía tanto que hasta temblaba. Jessy apartó su silla y dudó un momento.

—¿Me marcho? —preguntó.

—Sí, por favor. Lo siento mucho —sollozó mi madre—. Pero vuelve mañana.

Y, como siempre que mi madre decía algo, Jessy obedeció.

Agarró su chaqueta, masculló una despedida apresurada y corrió a la puerta.

—¿Qué pasa, mamá? —me atreví a preguntar.

—Nada. —Y se secó deprisa las lágrimas de las mejillas.

Se esforzaba por mantener la compostura, pero yo veía que estaba completamente deshecha.

En ese momento oímos que mi padre subía a casa por la escalera de mármol. Como siempre que volvía del trabajo, aguzamos el oído; nunca se sabía de qué humor podía llegar.

Me preparé para lo peor. Creí intuirlo ya en sus pasos. Todo parecía indicar que iba a haber «bronca».

Entró y se sentó a la mesa ya puesta. Apartó su plato y dejó allí una bolsa de plástico. Eso me sorprendió. Solía ser mi madre quien se

ocupaba de las compras.

—Todos van con sus mujeres. Yo soy el único que no —espetó.

Por la discusión que estalló entonces, deduje que en su empresa iban a celebrar una fiesta de Navidad. Y que esa fiesta de Navidad era algo más que una fiesta de Navidad. Podía decidir, y decidiría, como recalcó mi padre, si algún día iban a ofrecerle el puesto de director de departamento. Los últimos dos años había tenido que ir él solo a todas las fiestas de la empresa.

—Sin una acompañante decente.

—¿Perdona?

—Mírate bien. La pinta que tienes…

Mi padre se la quedó mirando, así que también yo contemplé a mi madre un momento con atención. Me quedé de piedra. Desde que había aparecido Jessy, apenas había vuelto a fijarme en su físico. Era casi como si la presencia de mi nueva amiga hubiese levantado un escudo protector alrededor del cuerpo de mi madre. De pronto reparé en que, esas últimas semanas, le había salido una barriguita de verdad. Solo podía cerrarse la cremallera del costado de la falda hasta la mitad. ¿Cómo era posible, con la dieta tan estricta que llevaba?

—Estás fatal —le recriminó ella a mi padre, y lanzó una patata recién pelada a la fuente con tanta fuerza que el agua salpicó—. Cuida tú a dos niñas, y ve a trabajar, y prueba a estudiar al mismo tiempo.

—Tú y tus excusas. Ya he tenido bastante —replicó él, impasible.

Con un gesto rápido, metió la mano en la bolsa de plástico y sacó una báscula. Era un aparato de cristal con una pantalla digital. Parecía muy moderno, al contrario que el pesado trasto de color huevo que había en nuestro cuarto de baño, junto al retrete, y con el que mi madre controlaba su peso a escondidas.

—A partir de ahora te pesarás. Todas las mañanas. Pero que yo lo vea. ¿Me has oído?

—¿Que tengo que hacer qué? —preguntó ella, completamente estupefacta.

Vi que le temblaban las manos de ira. Mientras reprimía la expresión de su rostro con dificultad, me mandó que subiera a mi habitación.

Obedecí, pero me quedé sentada en el descansillo para escucharlos. Desde donde estaba no alcanzaba a ver la cocina, pero sí oía sus voces.

—¿Cuánto te marca la báscula? Venga, dime —oí que exigía saber mi padre.

En ese momento, mi madre se puso a discutir dando tales gritos que incluso yo, en lo alto de la escalera, me estremecí. Su voz era tan estridente que no entendía nada de lo que decía.

Sin embargo, tras un rato de rifirrafe, oí que los dos hablaban en voz más baja, hasta que se impuso un silencio terrible. Un silencio tal

que temí que un simple crujido de la escalera pudiera delatarme.

Durante un buen rato no se percibió nada. Entonces oí el arrastrar de las sillas, luego que mi madre salía llorando de la cocina y finalmente la puerta de casa que se cerraba. Mi padre debía de haber salido al bar. Me quedé pensando.

Esa pelea estaba relacionada con el viaje, sin duda. ¿Estaría mi madre tan irritable por lo poco que comía? Por mi propia dieta, sabía lo durísimo que llegaba a ser pasar hambre durante todo el día. Qué injusto era que, encima, estuviera engordando.

No tenía ni idea de lo que acababa de ocurrir entre mis padres, pero decidí que era mejor no bajar. Mi madre estaba fuera de sí y se pasó un buen rato dando portazos. Casi como si no supiera qué hacer con su ira.

Preferí quedarme en mi habitación y ordenar las «tiendas». A Jessy le parecía aburrido jugar a las tiendas; a mí me encantaban todos sus detalles. Pieza a pieza, fui comprobando que los cajoncitos blancos y también los minipaquetes de cartón estuvieran bien surtidos. Mi madre me había dejado llenarlos con alimentos de verdad. Había arroz de verdad en los paquetitos de arroz, macarrones de verdad en los paquetitos de macarrones, Smarties de verdad en las bolsitas de Smarties, copos de avena de verdad en los paquetitos de copos de avena, pasas de verdad en la bolsita de pasas y Maggi de verdad en las botellitas de Maggi. Incluso tenía a la venta una hilera de minitarrinas de crema de leche para el café.

Por alguna razón, se me ocurrió revolverlo todo. Quería ver qué pinta tenía la mezcla de ese conjunto de cosas. Como si estuviera haciendo un bizcocho. Para ello, sin embargo, necesitaba un cuenco. Un cuenco de verdad.

Salí al descansillo sin hacer ruido y escuché con atención mientras mi madre andaba de aquí para allá en el piso inferior. En cierto momento se metió en el cuarto de baño. Como se cerró con llave, supuse que iba a ducharse y que tardaría un rato en salir. Aquella era mi oportunidad.

A hurtadillas, bajé los escalones deprisa y entré en la cocina. Con el mayor sigilo posible saqué una de las fuentes de aluminio del armario. Los recipientes estaban metidos unos dentro de otros; siete en total. El corazón me latía con fuerza, pero conseguí sacar un bol mediano casi sin hacer ningún ruido.

De vuelta en mi habitación, volqué allí dentro macarrones, arroz, pasas y copos de avena, todo junto. Solo dudé un instante antes de añadir también Maggi y crema de leche. El resultado fue una fascinante papilla marrón con un olor salado.

Mi madre apareció de pronto en mi cuarto. Primero miró el contenido de la fuente sin decir nada, después se acercó con dos pasos

y me arrastró escalera abajo. Sabía lo mucho que detestaba que «jugara con la comida».

Noté que se me saltaban las lágrimas.

—Deja de lloriquear. No tienes ningún motivo.

—Ya paro.

—No vuelvas a hacer eso nunca. Nunca. ¿Me has oído?

Sacó un cucharón del cajón con gesto brusco. Su cara congestionada brillaba por encima de mí y, antes de que me diera cuenta, ya me había agarrado, me había hecho girar y me estaba dando unos azotes en el trasero con la dura madera.

Una, dos, tres, cuatro veces. Tenía la sensación de que el cucharón me daba directamente sobre los isquiones; madera contra hueso. No me soltó hasta que me hubo propinado diez o doce golpes, y entonces desapareció por la puerta. Estaba llorando.

Subí a mi habitación sin decir nada. Me ardía el pompis, pero más aún la humillación que llevaba escrita en la frente. Era como si tuviera un trasero pequeño, casi diminuto, y plano como el de uno de mis personajes de pegatina. Apreté los párpados salados y deseé que mi padre llegara a casa y me preguntara por qué estaba llorando. Me juré que se lo contaría todo.

Todo.

En esa obra de teatro de cámara que llamamos Familia, no pocas veces el hijo acaba convertido en pararrayos de los poderes a los que la mujer se ve sometida en el patriarcado.

Podría elaborar una larga lista con los gestos dramáticos de mi madre. Cómo movía con energía el trapo de un lado a otro de la cocina o dejaba una olla en la mesa con un fuerte golpetazo. Cómo lanzaba de pronto el cucharón y el delantal, y lo dejaba todo tirado a medio preparar la comida. Cómo se subía al coche con la mirada encendida y se marchaba a toda velocidad. Cómo tiraba la escoba en un rincón cuando estaba barriendo. Cómo se cepillaba la melena lisa con pasadas tirantes. También mi padre dominaba esa dramaturgia. Es el idioma de toda una generación.

Con la edad, ese furor exacerbado suyo se fue mitigando. Poco a poco se volvió más calmada. Pero no menos dramática. El lugar de esos arrebatos de ira lo ocuparon sus poses de absoluto sacrificio personal. Miniaturas de la tristeza. Cómo miraba anhelante al cielo desde el balcón. Cómo metía un pastel en el horno con sus últimas fuerzas. Cómo soportaba con estoicismo el dolor que le suponía cualquier movimiento. Lo peor, sin embargo, era su mirada. Esa en la que, pesada y gris como el plomo, relucía la soledad.

Durante mi más tierna infancia, la posibilidad de su ira siempre estaba presente. Podría decirse que crecí con un volcán dormido pero activo a mi espalda. Con una paz precaria.

La mitad de mi vida adulta les he tenido pánico a los peligros silenciosos. A una serpiente que acecha sin hacer ruido, a la muerte por ahogamiento, a enfermedades latentes e incurables que pudieran ocultarse en mi cuerpo sin darse a conocer. La pérdida repentina de seguridad también me ha obsesionado en forma de aviones que se precipitaban súbitamente, de calumnias vertidas por parte de personas cercanas, de películas de cine negro en las que al final el bueno resultaba ser el malo.

Tal vez no sea cierto que, si no he conseguido librarme de ese teatro de cámara familiar, es porque me he convertido en escritora. Tal vez deba darle la vuelta a la frase. Tal vez solo empecé a escribir porque crecí formando parte de esa obra teatral.

12

La mañana del día de Nochebuena, todos estaban en nuestro salón viendo *La quimera del oro,* de Charlie Chaplin. «Todos» eran el abuelo Ludwig y la abuela Martha. Incluso la abuela Ella y el abuelo Adam habían aceptado la invitación a la casa de sus consuegros y hacía un rato que habían salido de Himmelstädt. Su visita era uno más de una serie de hechos misteriosos.

Nadie había vuelto a hablar de la fiesta de Navidad de la empresa de mi padre. Y en cuanto al viaje a Marruecos, en cierto momento mi madre dijo con voz inexpresiva que aquello «ya estaba solucionado», lo cual a mí, por supuesto, me alegró una barbaridad. Problema resuelto. «¡Y listo!», que se decía. Aun así, me habría gustado saber qué la había empujado a tomar esa decisión.

También el plan de los controles de peso matutinos parecía haberse anulado. La temible báscula estaba en el cuarto trastero, en su embalaje original y sin que nadie hubiera comprado siquiera las pilas que necesitaba.

Mi madre, en general, estaba más «calmada», pero la calma que irradiaba era peculiar. A mí me recordaba un poco a una guerrera extenuada.

Otra cosa que llamaba la atención era lo callado que estaba mi padre. Algo tenía esa Navidad que parecía ponerlo especialmente sentimental. Miraba al pequeño vagabundo, sus muecas y payasadas virtuosas, con una expresión delicada y casi infantil. Cuando llegó la escena en la que Chaplin, muerto de hambre y a falta de comida de verdad, intentaba devorar una vieja bota correosa, mi padre se sentó en el borde del sofá para estar lo más cerca posible del televisor. No me habría sorprendido que intentara alargar la mano para consolar al pequeño vagabundo a través de la pantalla.

Mi escena preferida era esa en la que la cabaña, con Charlie dentro, se veía sacudida de aquí para allá por la tormenta de nieve y estaba a punto de caer por un precipicio.

Como en nuestro salón, en realidad, no había sitio para tantas personas y todos los asientos estaban ocupados, yo me repantingué en la alfombra persa, delante del televisor. De vez en cuando me volvía para mirar a los adultos, que admiraban las acrobacias de Chaplin con risitas a veces inocentes, a veces sarcásticas, a veces melancólicas.

No dejaba de pensar en Jessy. Mi madre había querido invitarla a casa por Nochebuena, porque la idea de que una niña tuviera que

pasar la Navidad sin sus padres le resultaba insoportable, pero mi padre se había negado. «Tener la última palabra», se llamaba eso. Aun así, Jessy recibió un regalo de Navidad de su parte. Una Barbie Teenager que le encantó, y también un Ken Safari.

Después de *La quimera del oro* daban una del Gordo y el Flaco, pero el abuelo Ludwig prefería ver una película de las aventuras del héroe indio *Winnetou,* así que cambiamos de la primera a la segunda cadena, cosa que para mí fue un alivio enorme.

A la cena vino también la tía Lu desde Ludwigshafen. Era la hermana de mi padre y también mi madrina. «Madrina» era una palabra amenazadora. Me hacía recordar que mis padres podían morir algún día y que, entonces, otra persona tendría que ocuparse de mí. Ese era el deber de una madrina, según me había explicado mi padre.

La tía Lu tenía el pelo denso y no muy largo, e igual de rubio platino que mi padre, solo que con la permanente. Llevaba unas gafas rojas de pasta, no de esas de montura al aire que se habían puesto de moda. Estaba mucho más gorda que mi madre y tenía unos pechos enormes que me fascinaban.

De repente se me ocurrió pensar que mi madre ya no estaba sola «en ese sentido». Contando también a mis abuelos maternos, había cuatro gordos sentados a nuestra mesa.

Los vapores de la *fondue* cargaban el ambiente. A mí no me gustaba ese plato, tampoco el olor de la grasa caliente ni los de las salsas caseras de distintos colores y peculiares aromas que mi madre se había pasado tantas horas preparando en la cocina. Todos estaban sentados muy juntos y parecían algo tensos. Se notaba que el ánimo podía cambiar en cualquier momento. Instintivamente me arrimé un poco más a mi padre; desde lo del cucharón, buscaba su cercanía más a menudo.

La tía Lu era trabajadora social y tenía unas opiniones muy firmes en cuestiones de la mujer. Su presencia en nuestra mesa implicaba la de una mujer gorda y muy segura. Una que no dejaba de menear la melena rizada cada vez que mi padre decía «tonterías» y que jamás habría permitido que nadie hiciera comentarios sobre su cuerpo.

—Mi grasa dice: acéptame tal como soy —declaró.

Ahí, tanto mi padre como mi abuelo Adam arrugaron mucho la frente. Les parecía que esa clase de proclamas estaban fuera de lugar en la cena de Nochebuena.

Por fin llegó el momento de repartir los regalos. Mi padre fue al salón, desde donde enseguida llegó el sonido de una campanilla. Todos entramos entonces, «a su orden», para admirar el árbol de Navidad iluminado. Mi madre lo había decorado de rojo de arriba

abajo. Rojo sangre. Las bolas, los lazos y hasta el espumillón.

Mis cuatro abuelos me regalaron el consabido juego de cubiertos de plata. Por Pascua, por Navidad y por mi cumpleaños, siempre una pieza nueva. En esa ocasión tocó un cuchillo. Algún día completaría el total de veinticuatro piezas. Un auténtico «juego de cubertería».

—*Pa'l* día que se case —dijo la abuela Martha, mirando con reproche a la tía Lu, que hacía sufrir a su madre por haberse quedado «*pa'* vestir santos».

El regalo más impresionante fue una «mansión» para mis nuevas Barbies. Mi madre se había compadecido de mí. Aunque la que quería esa casa, en realidad, era Jessy, no yo. Hacía semanas que no hablaba de otra cosa, de manera que al final la incluí en mi lista de regalos de Navidad.

Mi padre soltó un silbido.

—Una mansión. Mira tú por dónde…

Durante un segundo me sentí mal porque de pronto yo tenía una «mansión» y mi padre no. Mi madre se encogió de hombros. Por mucho que le resultara importante que él viera con buenos ojos sus regalos, esa Nochebuena también parecía inmune a sus comentarios.

La tía Lu, que observó la casa de juguete con cierta reprobación, me regaló un juego que se llamaba Mix Max y con el que se podían construir personajes uniendo fichas. Mi madre recibió un perfume; mi padre, un equipo estéreo nuevo. El aparato pesaba mucho, era plateado y tenía una increíble cantidad de botones que a mí no me estaba permitido tocar bajo ningún concepto, según me advirtió. Mi padre anunció con entusiasmo que ese equipo nuevo nos permitiría grabar música de la radio.

Montar la mansión de la Barbie nos llevó casi una hora. Pero después…, ahí estaba, con su más de un metro de alto. Tenía tres plantas con dos habitaciones en cada una y estaba abierta por delante y por los lados. Lo más llamativo eran las columnas de color naranja que proporcionaban estabilidad a las paredes y al suelo de cartón.

Quizá fuera por la mansión, quizá por la cerveza, pero mi padre estaba cada vez más hablador.

Se jactó ante el abuelo Adam de que iba a remodelar el viejo granero en un futuro próximo. Había que verter pavimento de cemento y también instalar un tejado nuevo. ¡Mi padre quería convertir esa «vieja ruina espantosa» en un garaje!

Vi que a mi madre se le atragantaba su vaso de zumo de naranja. El granero era enorme, la superficie de ese tejado debía de cuadriplicar la de nuestra casa. También el abuelo Ludwig estaba visiblemente escandalizado y puso objeciones. Al fin y al cabo, esa propiedad de la que mi padre disponía con tanta naturalidad era suya y, además, el viejo granero estaba demasiado deteriorado. Mi padre se apartó un

mechón de pelo liso de la cara.

—No seas tan antiguo —repuso con desdén.

El abuelo Ludwig se puso colorado, pero calló.

Entonces, no obstante, fue el abuelo Adam quien tomó la palabra sin levantar mucho la voz.

—¿Ya tenéis *dinerrro* suficiente? —Por lo visto, los planes de mi padre también le parecían innecesarios, un despilfarro.

—Por supuesto. —Mi padre bebió un trago de cerveza.

—Y ganado con honradez. Qué *s'ha* pensado… —apostilló la abuela Martha.

Vi que mi madre se quedaba de piedra. Un momento después, fulminó a su suegra con la mirada.

Todos sabíamos que la abuela Martha era un poco «bocazas». Sin embargo, nunca había sido tan poco respetuosa delante del abuelo Adam.

—Mamá —siseó incluso la tía Lu—. Calla la boca.

Pero ya era tarde. El abuelo Adam se había puesto de pie.

—Mamá, nos *marrrchamos*.

También la abuela Ella se levantó entonces, visiblemente afectada. Me fijé en que, siempre que estaba en Obach de visita, se movía de una forma diferente. Más tensa. Más cautelosa. Se reía mucho menos y no resultaba ni de lejos tan segura como cuando estábamos en su casa de Himmelstädt.

Al principio pareció que mi padre iba a ofrecer algún tipo de disculpa para pararle los pies a su madre; luego, que mi madre iba a ir detrás de mis abuelos. Al final, sin embargo, ambos se quedaron callados en su sitio.

Mi padre y la tía Lu se pasaron el resto de la noche discutiendo. Delante de su hermana, él siempre se esforzaba por hablar en un correcto alemán estándar. Como los presentadores de las noticias. Quizá porque también la tía Lu hablaba así; había conseguido erradicar todo rastro del dialecto de Obach.

La discusión giró primero en torno a Estados Unidos, luego a LOS VERDES, a los que mi padre llamó «naífs» porque no les preocupaba si la gente «tenía algo que echarse la boca» o no, y luego se indignó con todos esos que chupaban de las ayudas sociales mientras otros tenían que partirse el lomo trabajando. Al contrario que el Chaplin de la tele, los pobres de verdad le resultaban sospechosos.

Mi madre, que hasta entonces había escuchado sin decir nada, puso los ojos en blanco.

—Y luego, encima, *na'* más que de traer críos al mundo —soltó mi padre, recuperando de pronto su dialecto, y señaló la calle con un

gesto de la cabeza—. *Pa'* que luego digan que no son unos parias.

—Esa palabra sí que no… —le advirtió la tía Lu con severidad.

—¿Qué pasa? ¿Es una palabra fea? —pregunté con interés.

—Mucho.

Lo pensé y de pronto sentí un escalofrío. En el parque infantil, los chicos le habían gritado eso a Jessy, aunque yo no le había dado más vueltas.

En la casa de enfrente solo había una ventana iluminada. Me imaginé cómo estaría pasando la noche mi amiga. La Bopp ni siquiera había puesto el árbol de Navidad. «Fijo que por ese Alí que *s'ha* echado.» La abuela Martha llamaba «Alí» al amante de la Bopp, aunque nadie sabía si ese era su nombre de verdad.

Cuanto más tarde se hacía, más vino tinto y más cerveza bebían los adultos, que acabaron discutiendo sobre el presidente de Estados Unidos y no sé qué cohetes. Por suerte no duró mucho.

En un momento dado, mi madre, que hasta entonces había estado llamativamente callada, carraspeó.

—Hay un regalo que no has visto aún, Ela. —Y me miró con unos ojos que pretendían ser alegres, pero que no llegaban a conseguirlo.

Señaló las decoraciones navideñas rojo sangre y, al hacerlo, me pareció que estaba tan nerviosa como un animal en una trampa.

Vi que la mirada de la tía Lu se dirigía hacia lo alto del abeto y luego se detenía con un horror apenas reprimido. También yo miré arriba. En una de las ramas de atrás, bastante escondido, colgaba un pequeño zapatito. Un patuco. Me lo quedé mirando: ese era el motivo por el que mi madre no iría a Marruecos.

Más tarde oí a las dos mujeres hablando entre susurros.

—Pensaba que habías ido a encargarte de eso —dijo la tía Lu.

No sabía de qué hablaban. La respuesta de mi madre fue igual de misteriosa.

—Sí, pero no salió bien —explicó, y se encogió de hombros—. A veces pasa, según el médico.

Mi padre se acercó a mí y me dirigió una mirada entre expectante e insegura, como si ni él mismo supiera qué pensar de la situación. Lo único que estaba claro era que yo por fin iba a tener un hermanito.

Acababa de cumplir los doce, o puede que los trece, cuando mi madre me contó lo de sus dos abortos en una de las interminables tardes que solíamos pasar en el balcón comentando su matrimonio. Había abortado una vez antes y otra después de tenerme a mí.

Recuerdo muy bien el momento en que tomé conciencia del carácter fortuito de mi existencia. Cuando comprendí que yo había sido ese feto intermedio.

Me pregunto por qué no dejó a mi padre en aquel entonces, aun sabiendo que su matrimonio no tenía salvación. Me da miedo la respuesta, conozco la respuesta, prefiero no oír la respuesta. La respuesta es la siguiente: el motivo soy yo. Dice que habría sido difícil criarme ella sola. Que sus padres no la habrían ayudado y ella no habría aceptado recibir una pensión alimenticia.

—Pero ¿tú querías tener hijos? ¿O solo creías que lo querías? —le pregunto ahora.

Es una pregunta perversa, pero considero que tengo derecho a hacérsela.

Mi madre duda antes de responder.

—Ay, verás, es que entonces las cosas eran así.

—¿Qué quiere decir eso de que «las cosas eran así»? —Estoy indignada e insisto—: Si pudieras retroceder en el tiempo, ¿volverías a ser madre? ¿Te has arrepentido?

—¿Arrepentirme? —Ahora es ella quien reacciona con indignación—. ¿Cómo voy a arrepentirme de la existencia de mis hijas?

Mi madre me mira desconcertada y me doy cuenta de lo mucho que le ha afectado la pregunta. No me extraña, me digo. Lo que otorga valor a su propia vida somos nosotras, sus hijas, el fruto de su vientre, y nuestra existencia.

En mi recuerdo, los meses de su segundo embarazo representaron la última vez que su cuerpo pudo reclamar con relativa naturalidad el espacio que necesitaba. Para respirar, para vivir, para ser.

DOS

1984: Año de las Mujeres en Sudáfrica

Ave del año: la cigüeña blanca

1

Can I start again?

JENNIFER BEAL, *Flashdance*

A mediados de abril, la barriga de mi madre se había transformado en un balón medicinal. Era evidente que mi hermanita estaba ahí dentro. También el resto de su cuerpo había cambiado. Tenía las caderas y sobre todo las nalgas mucho más redondeadas y voluminosas que antes. Mi padre sospechaba que no se debía solo al embarazo. Ella contestaba que era normal que las embarazadas ganaran peso. «La grasa se va con el parto.»

Incluso a mí me costaba asimilar su imponente figura. Por entonces ya había entendido que me sería imposible tener un hermano mayor; habría de conformarme con una hermanita pequeña. No me atrevía a tocar la barriga de mi madre, pero, en cambio, nunca me hartaba de mirarla, y contemplaba fascinada sus contornos cada vez que tenía ocasión. «Para ya», me decía cuando se daba cuenta.

Detestaba que la miraran fijamente.

No volvió a la oficina. Gracias a la «ayuda a la maternidad» recibía un dinero sin tener que ir a trabajar. Ella habría preferido seguir haciéndolo, pero la ley lo prohibía. Los meses de después del parto le suponían un enorme quebradero de cabeza: solo cobraría la totalidad de su sueldo durante las primeras seis semanas. Después, ya no dispondría de más «dinero propio». Por teléfono, le explicó a la tía Lu que de ninguna manera pensaba «mendigarle» a mi padre para la escuela de idiomas. Ya era bastante horrible tener que pedirle lo necesario para llevar la casa. «Se me tiene que ocurrir algo —murmuraba una y otra vez—. Pronto estaré con la cuenta vacía.»

Mi padre se había tomado muy en serio el anuncio que había hecho en Navidad y, en efecto, había empezado con la reforma del granero. Cuando llegaba a casa por las tardes, se dedicaba a sacar de allí dentro con una carretilla enormes sacos llenos de escombros que luego descargaba en un remolque, un artefacto «caro del demonio», según protestó mi madre. Mi padre lo había comprado *ex profeso* para las obras.

Lo siguiente era vaciar el edificio de trastos, explicó mi padre, y después le llegaría el turno al tejado. El abuelo Ludwig no mostró

disposición alguna a ayudarlo. Desde Navidad, padre e hijo apenas se habían dirigido la palabra.

Mi madre, por el contrario, parecía sentir un deseo imperioso de echar una mano, aunque mi padre se lo tenía prohibido. Cuando no estaba sentada a la mesa de la cocina estudiando vocabulario, se quedaba dentro de casa sin hacer nada.

Yo estaba convencida de que habría preferido tumbarse a leer al sol, pero solo se atrevía si estábamos ella y yo solas en el jardín, o en la casucha. Mi madre leía indistintamente todo lo que había en la biblioteca familiar y en la del abuelo Ludwig: libros de Fallada, Kishón e incluso Konsalik, si no había más remedio, aunque no le gustaba tanto «mal de amores». En presencia de la abuela Martha, que no paraba quieta ni un segundo y siempre estaba ocupándose de algo en el patio o en el huerto, casi nunca lograba sumergirse en la lectura, pero sí lo hacía en cuanto el abuelo Ludwig se acomodaba en su sofá y se enfrascaba en sus novelas de *Winnetou.*

Otras mujeres del pueblo se reunían en su tiempo libre para hornear coronas de pan o hacer macramé. A mi madre no le interesaba nada de eso. Hacía alguna que otra manualidad conmigo, un farolillo para el desfile de San Martín o un calendario de Adviento para Navidad, pero no era capaz de entender que un adulto disfrutara dedicándose a algo así por propia voluntad y sin motivo alguno. Contemplaba atónita las brujas que tanto furor causaban por entonces entre las mujeres del pueblo. Prácticamente no había cocina que no tuviera una en la ventana. Eran unas figuritas hechas de alambre con un rostro terrible y una cabeza de tela, y casi siempre iban montadas en una escoba de paja. «No hay quien lo entienda», decía meneando la cabeza.

Un punto medio entre lectura sí y lectura no era que yo les leyera en voz alta a Jessy y a mi madre mientras esta última se sentaba en el patio con mi abuela a desgranar guisantes frescos. Les leía *Madita, Michel, Pippi…,* libros infantiles que conocía del colegio, aunque a mi madre no le gustaba demasiado el mundo alegre de esas historias. Jessy, por el contrario, escuchaba fascinada. También la abuela Martha seguía la lectura con atención, aunque todo el rato arrugaba la nariz con su lunar azul.

Por aquel entonces, mi madre había decidido declarar un alto el fuego. Puesto que sus padres habían vuelto a romper relaciones con ella, como muy tarde, cuando tuviera que ir al hospital dependería de la ayuda de la abuela Martha. Mi padre no sería capaz ni de hacerme unos huevos revueltos.

Por fin, el tejado del granero estuvo lo bastante avanzado para que mi padre no considerara peligroso que mi madre lo ayudara. A ella,

vaciar trastos le resultaba una tardea sencilla; no le molestaban ni la gran cantidad de polvo ni las telarañas que tanto asqueaban a mi padre. Él estuvo contento de confiarle ese trabajo, entre otras cosas porque andaba entretenido con otro tema. Se había comprado una elegante motocicleta blanca, con casco blanco también, y con ella salía a recorrer el pueblo a toda velocidad, y a veces, después del trabajo, incluso los campos.

—Es mi recompensa. Por deslomarme tanto —dijo.

Mi madre, como si también ella hubiera de ver recompensado su esfuerzo, acabó encontrando un viejo palanganero en un rincón del granero. Tenía unas patas de delicada madera torneada y una preciosa grifería de metal, solo que la madera estaba recubierta de una gruesa capa de pintura granate y se astillaba en todas las esquinas y los cantos.

La abuela Martha hizo un gesto de reprobación en cuanto vio lo que se disponía a hacer su nuera.

—Ese trastajo viejo. Quia…

Igual que mi padre, detestaba todo lo antiguo, todo lo que le recordara la época en que el abuelo Ludwig y ella habían sido campesinos.

—Lo voy a restaurar —anunció mi madre con entusiasmo—. Hoy en día la gente paga un buen dinero por muebles rústicos antiguos como este.

Resultó que el granero escondía más piezas de mobiliario que en su día habría que haber tirado a la basura. Un armario rústico, una cama y una mesilla de noche; un conjunto que formaba un «cuarto de huéspedes». Mi madre no cabía en sí de alegría.

Preguntó en un anticuario y descubrió el valor que podían alcanzar unos muebles como esos una vez restaurados.

—Podría venderlos —anunció, exultante—. Por un dineral. ¡Imaginaos!

Al oír eso, la abuela Martha se mostró encantada. Como los muebles habían pertenecido a su madre, ella, evidentemente, tendría que recibir su parte.

—Tal vez llegue para un abrigo de pieles —añadió mi madre.

A mi abuela enseguida se le iluminó la mirada. Las dos enemigas se habían convertido en socias de repente. Mi padre arrugó la frente al enterarse de lo que se proponían, pero no hizo comentario alguno.

Ya a la mañana siguiente y con gesto decidido, mi madre se puso un par de guantes de goma de color rosa que le llegaban hasta los codos. Jessy y yo, mientras tanto, teníamos que mantenernos a una distancia segura, sentadas en los escalones de delante de casa. Me lo había hecho prometer mi padre, porque no le hacía mucha gracia que alguien anduviera trasteando con una solución cáustica en presencia

de su hija.

Así que contemplamos desde lejos cómo mi madre hundía el grueso y pesado pincel de pintor en una papilla marrón y de olor acre para después cubrir con ella todas y cada una de las superficies de madera. Lo hacía a grandes pinceladas, de manera que la solución goteaba por todo el suelo. «Decapar», lo llamó ella.

Después iba la parte que requería un mayor esfuerzo físico. Con una espátula, tenía que retirar la pintura vieja reblandecida de la madera. Al cabo de pocos minutos, mi madre estaba con la cara entera colorada y se le meneaban todas las partes del cuerpo que se le podían menear. Los pechos, el trasero y, para espanto mío, incluso un poco la barriga con el bebé dentro. Ella estaba tan concentrada en el trabajo que no parecía darse cuenta.

Por último, había que aplicar un barniz a la madera.

—Por lo menos al cabo del día se ve el trabajo que has hecho —comentó con alegría—. No como cuando planchas o cocinas.

Estaba a punto de enfrentarse al reto de levantar las pesadas piezas del armario de sus caballetes para llevarlas a una zona cubierta del patio cuando, por suerte, apareció junto a nuestra verja el amante de la Bopp. Iba a subir a su coche, y al principio dudó si entrar o no en el patio, pero mi madre le hizo una señal para animarlo a pasar.

En ese momento, la abuela Martha, que debía de haberlo visto por la ventana de su cocina, salió a la puerta y fulminó a mi madre con una mirada amenazadora. Pero ella no se dejó amedrentar.

Yo había oído hablar mucho del extranjero, aunque nunca lo había visto de cerca. Se parecía un poco a 007, solo que más flaco.

—Soy Ilay —se presentó.

O sea que la abuela Martha se había equivocado; no se llamaba Alí, sino Ilay.

Hablaba poco alemán, pero entre los dos consiguieron llevar el armario recién barnizado a un lugar seguro. Al terminar, mi madre quiso mostrarle su agradecimiento dándole algo de dinero, pero Ilay lo rechazó.

Se sonrieron con cautela. También él era «de fuera», como ella, y esa circunstancia parecía unirlos. Como una línea secreta que se extendiera del corazón de uno al del otro.

Cada vez que oigo «cuarto de huéspedes» tengo que tragar saliva. Es como si mi madre hubiese estado toda su vida encerrada por esas palabras.

Le enseño un artículo de periódico que le he traído. Trata sobre los factores de estrés que pueden llevar a un aumento de peso. Punto uno: «El aislamiento social».

—¿Qué quieres decir? —De pronto parece ofendida.

Pero sabe que es cierto. Ni en su matrimonio ni en el pueblo se sintió nunca verdaderamente segura. Se llevaba bien con casi todo el mundo, pero, aun así, no estrechó lazos con nadie.

Mi madre es una persona que siempre ha levantado la voz para defender a las minorías y nunca ha dejado que un momento bajo de su vida la hiciera caer en el resentimiento.

Después de la separación, trabajó mucho tiempo de niñera para una familia negra. Recuerdo su asombro ante los platos caribeños que le pedían que les cocinara a los niños, pero siempre se mostró dispuesta a aprender de esa cocina extranjera, incluso a su edad.

Menuda vergüenza pasó más adelante, cuando le expliqué lo que quería decir la canción infantil que me había hecho cantar con ella de pequeña, esa de los Diez negritos.

2

Según los cálculos del médico, mi hermanita no tardaría mucho en llegar al mundo. Pocos días antes de la fecha probable de parto, en el pueblo se celebraba el día de la Ascensión, que también era el Día del Padre, y la tradición mandaba que los hombres fueran a pasarlo «al bosque». Mi padre decidió apuntarse, y Jessy y yo lo acompañamos mientras mi madre se quedaba en casa, esperando a que llegaran las contracciones.

—¿Te parece bien? —le preguntó mi padre.

—Claro, claro. Tú ve —repuso mi madre.

Yo estaba emocionada y al mismo tiempo absorta ante el gran acontecimiento. Ya no faltaba mucho, y me moría de impaciencia por poder tener por fin a mi hermana en brazos.

Jessy y yo estábamos apostadas en el mirador de cazadores desde primera hora de la mañana, vigilando por si veíamos corzos. Mi padre se había ido con los demás hombres a la «cabaña festiva», donde estaban preparando la barbacoa y bebiendo. Nosotras observábamos muy concentradas la vegetación. Poniéndole empeño, entre la espesa maleza se distinguían pájaros, ardillas e incluso algún corzo a veces. Mi padre nos había dejado sus prismáticos a condición de que se los devolviéramos enteros y sin un solo rasguño. Le encantaban los árboles y también la fauna de los bosques, así que seguía con atención la pérdida de masa forestal que se estaba produciendo por todo el país.

A Jessy y mí, el bosque nos parecía tenebroso; solo nos sentíamos seguras en el mirador elevado. El mayor peligro que acechaba en los matorrales era la rabia. El abuelo Ludwig no hacía más que advertirnos que fuéramos con cuidado si veíamos que a algún animal le salía espuma por la boca.

También habíamos llevado provisiones para no tener que estar todo el rato yendo a la cabaña festiva: chocolatinas Knoppers, refrescos Sunkist de naranja, chicles Hubba Bubba.

Hacia el mediodía, de pronto vimos a uno de los chicos mayores al pie del mirador. Llevaba un casco debajo del brazo y estaba sin aliento, pero no tardé en comprender lo que decía. Se habían llevado a mi madre al hospital con contracciones y, si eso era cierto, mi hermana debía de haber nacido ya. El abuelo Ludwig, sin saber muy bien qué hacer, había enviado al hijo del vecino al bosque con su moto. Vi el pesado vehículo azul y negro desde el mirador.

Bajé enseguida y corrí por entre árboles y matorrales hacia la cabaña festiva. Los hombres estaban sentados en unas sillas plegables dispuestas en círculo alrededor de una hoguera. Algo más allá se estaba asando un jabalí, pero evité mirar al animal a la cara.

Ya se había corrido la noticia y algunos hombres brindaban a la salud de mi padre mientras otros le daban alegres palmadas en la espalda. Una mujer lo felicitó silbando con dos dedos. Me quedé de piedra. Era «la Manuela castaña». La Manuela castaña se llamaba así porque en el pueblo también había una Manuela morena, una Manuela rubia y una Manuela pelirroja. Incluso una canosa, para ser precisos. Lo primero que me llamó la atención fue que esa mujer se parecía un poco a mi madre, aunque era más delgada, más bien atlética y no tan elegante. Jugaba en el equipo de fútbol femenino del pueblo, fumaba y bebía, y siempre llevaba zapatillas de deporte y una cazadora de cuero negra. Pero sí tenían la cara parecida, o quizá solo fueran los ojos.

Mi padre rio, sonrió y luego se montó en su nueva y elegante motocicleta blanca. Yo me senté entre sus piernas y me coloqué de tal manera que pudiera agarrar bien el manillar.

No fue hasta que arrancamos cuando vi a Jessy por el retrovisor. Se había quedado allí plantada, con su carita pequeña, y cuando levanté la mano para decirle adiós me devolvió el gesto. Sabía que le habría gustado ir al hospital con nosotros, pero no era «de la familia», como me había dejado claro mi padre en más de una ocasión.

En casa, cambiamos la motocicleta por el BMW azul claro. Mi padre se extrañó de que el escarabajo de mi madre siguiera en el patio, pero no tuvo tiempo de investigar porque la abuela Martha no hacía más que corretear a nuestro alrededor, nerviosa.

—A ver si no *s'habrá* torcido algo —dijo, agorera.

Había visto suficientes «muertes de parturientas» para considerar que un nacimiento era algo cotidiano. Estaba un poco rara. Parecía que quisiera decirle algo a mi padre, pero al final decidió callar.

En el coche nos estuve observando a los dos. Mi padre incluso se había duchado y había sacado unos vaqueros del armario, se había puesto zapatos limpios y una camisa de manga corta, pero el pelo y la piel seguían oliéndole a bosque, a hoguera y a cerveza. Yo no me había duchado porque prefería bañarme, pero no había tiempo para baños, así que iba cubierta de mugre, hierbas y bardanas de la cabeza a los pies.

En el hospital tuvimos que recorrer unos pasillos interminables y pasar por delante de incontables puertas de unas habitaciones que eran todas iguales. Mi padre parecía tan incómodo como yo entre el olor a desinfectante y los enfermos que se paseaban por allí. Se movía con torpeza, correteaba más que caminaba, daba la sensación de llegar

tarde a una reunión de trabajo.

Cruzamos una puerta y entonces la vi. O, mejor dicho, vi *aquello.* Mi padre se acercó a la cama de mi madre, alargó la mano enseguida y acarició con delicadeza la cabecita y las pequeñas manitas.

Yo tragué saliva para ocultar mi decepción. La niña no tenía pelo ni dientes. Estaba cubierta por una piel roja y arrugada, gritaba sin parar y era increíblemente fea. Dudé un momento.

—¿No podríamos… cambiarla?

Mi padre estalló en una fuerte carcajada. Rio como se reía cuando no podía contenerse: primero sin hacer ruido, luego sin mesura y con los ojos entornados mientras doblaba una pierna, torcía la rodilla hacia dentro y se daba palmadas en el muslo de la otra. Por lo visto, acababa de decir algo muy chistoso.

Mi madre, en cambio, no se rio.

—Pero, Ela —dijo con seriedad—, ¿qué estás diciendo?

Me miró, sin duda extrañada de que mi hermana no me pareciera bonita. Una de sus reglas de oro era que nunca había que juzgar a las personas por su aspecto físico.

Tragué saliva. Tenía ganas de llorar, no de reír. No sabía cómo hacerme entender. No se trataba de que me pareciera bonita o fea. Lo que me preocupaba era mi padre. En ese preciso momento tal vez no viera lo arrugada, desdentada y calva que era mi hermana, pero en cuanto se le pasara la euforia de la cerveza empezaría a ponerle reparos también a nuestro bebé, de eso estaba segura. Era lo que pasaba siempre en nuestra familia, ¿o no? Había que ser guapo, y esa criaturita no lo era en absoluto.

Mi madre parecía agotada, y seguramente no se debía solo al parto. La oí suspirar varias veces. No sin cierta inquietud, intenté interpretar el ánimo de mi padre. Vi que examinaba con la mirada el cuerpo de mi madre a través de la manta de hospital. El bebé ya había nacido. Yo lo sabía, mi padre lo sabía y mi madre también: tendría que adelgazar.

Mientras ella se ponía a mi hermana en el pecho, de repente mi padre le clavó los ojos.

—¿Y quién te ha traído al hospital? —quiso saber.

Mi madre lo miró con firmeza. Dudó solo un instante.

—Ilay —contestó.

—¿Quién? —Se quedó atónito un momento—. ¿El amante de la Bopp?

—Nuestro vecino.

A menudo me he preguntado hasta qué punto fui el desencadenante de todo. Lo que sí sé es lo siguiente: que, con mi nacimiento, el drama tomó impulso.

—La primera vez que engordaste fue durante mi embarazo, ¿verdad? —pregunto, avanzando a tientas.

Mi madre lo piensa.

—Yo no diría eso.

Miramos juntas fotos de la época anterior a que yo naciera.

—Después del parto volví a quedarme como antes. O casi. —Mi madre parece orgullosa al contemplar su antiguo yo.

Revisamos el álbum página a página. Es verdad. En la época de Múnich, cuando yo tengo dos o tres años, ella es una mujer guapa, delgada y con clase. En las fotografías se la ve sobre todo despreocupada. En una de ellas, tomada en el Jardín Inglés, sale riendo. Está haciéndome volar por el aire como si fuera un avión; yo, una niña pequeña con un pañuelo blanco en la cabeza.

—Sí, pero entonces… —dice con lástima, y señala otra imagen—. ¿Ves? Empezó a partir de ahí.

Hago un cálculo mental. La época del inicio de su aumento de peso cae en mitad del periodo entre el primer y el segundo embarazo. La época del traslado a nuestro pueblo.

—¿Qué ocurrió?

Mi madre mira al techo.

—Tampoco yo lo sé —responde por fin—. Todo era tan…, tan triste.

—¿En el pueblo, quieres decir?

Asiente. Estamos convencidas de que el matrimonio de mis padres habría ido de otra manera si se hubieran quedado a vivir en Múnich. El motivo del traslado, por lo visto, fue el alquiler.

Para mi padre, el piso del barrio de Schwabing era demasiado caro, y la vida de las grandes ciudades también le parecía «muy anónima», como dice él. De Múnich le gustaban las montañas y los lagos cercanos, las costumbres y tradiciones bávaras. Pero no la ciudad.

Cuando nací yo, mi padre tenía claro que regresarían a su pueblo. Su hija debía crecer «cerca de la naturaleza». A mi madre le encantaba Múnich. Lo adoraba. Así que podríamos afirmar lo siguiente: que el precio que pagó por el bienestar de mi cuerpo infantil fue el bienestar de su propio cuerpo. Si eso no es un drama, no sé qué lo será.

3

Cuando a mi madre le dieron el alta del hospital, a mi hermana ya se le había alisado un poco la piel, le había crecido una pelusilla rubia en la cabeza y sonreía con una encantadora boquita de color frambuesa. Yo estaba encandilada con ella, igual que mi padre. Solo Jessy se mantenía a cierta distancia, lo mismo que Pepper. La nueva habitante de la casa exigía mucha atención.

Mi madre estaba constantemente acunándola y paseándola y dándole el pecho y cambiándole los pañales. Yo veía lo cansada y exhausta que solía estar ya por las mañanas, pero ninguna queja salía de su boca.

Estudiar francés habría sido impensable. Por suerte, le habían dejado aplazar el examen de su título, una información que mi padre recibió sin ofrecer comentario alguno. Tanto «estudio», de todas formas, le resultaba sospechoso.

Menos mal que yo casi no tenía que hacer nada para el colegio. Entendía todo lo que nos enseñaban en la clase, y a Jessy le pasaba igual. Nada más llegar a casa, en cuanto soltábamos la mochila, no dedicábamos ni un segundo a pensar en asuntos escolares.

La alegría de tener a una hermanita perfecta no duró mucho.

Las obras del granero habían quedado interrumpidas y eran mucho más caras de lo que mi padre había creído, así que cada vez estaba más disgustado al comprender que solo con su sueldo, sin el complemento de mi madre, del que en esos momentos no disponíamos, no nos llegaba. Las seis semanas de ayuda a la maternidad se habían acabado y mi madre ya no ingresaba ni un penique. Por eso, el granero se quedaría de momento vacío y sin terminar. Carecía de sentido verter hormigón para hacer el suelo nuevo si luego no podían permitirse un tejado. El BMW azul claro de mi padre daba la sensación de ser pequeñísimo en ese gigantesco espacio abierto a los cielos. Como si estuviera aparcado en una iglesia.

A causa de la interrupción de las obras del granero, el cuerpo de mi madre volvió a convertirse en centro de atención para mi padre. Y, por supuesto, la veía demasiado gorda.

—Es normal después de un embarazo —intentó defenderse ella, aunque sonaba muy poco convincente.

A pesar de sus predicciones, no había perdido peso de una forma milagrosa tras el parto. Había ocurrido justo lo contrario. Para entonces, yo ya había aprendido a ver la diferencia. Y la tarjeta de

felicitación de Gerd e Isolde no hizo más que empeorar las cosas. Habían sufrido una defunción en la familia, así que lamentaban no poder asistir al bautizo, pero sus felicitaciones evocaron también la imagen de la delgada Isolde.

Desde que estaba mi hermanita, mi madre había cambiado su estilo de vestir. Ahora solo llevaba faldas negras o azul marino de tela elástica, con cinturilla de goma, y blusas muy holgadas. Se había olvidado por completo de su querida falda vaquera y de cualquier otra prenda que se cerrara con cremallera. A mi padre, todo aquello no le gustaba ni un pelo. «Antes ibas siempre muy elegante —decía a menudo—. Ahora intentas ocultarte. ¿No crees que va siendo hora de que adelgaces? Ha pasado mucho tiempo desde el parto.»

«Déjame en paz. Estoy con la lactancia», era la respuesta estándar, y mi padre la aceptaba a regañadientes.

Entonces, sin embargo, mi madre pilló una cistitis para la que el médico le recetó un antibiótico que le impedía seguir amamantando a mi hermana. Nada se interponía ya entre ella y la dieta.

Después de llevar mucho tiempo oculta en el trastero, la terrible báscula de cristal pasó a reinar de pronto en el cuarto de baño, junto al cesto de la ropa sucia. Mi madre tenía que comprobar su peso todos los sábados sin falta ante la atenta mirada de mi padre. Después, él apuntaba la cifra en una libreta reservada a tal efecto.

—Tomaremos nota de cuánto pesas —explicó con diligencia—, para que puedas controlarte mejor.

Mi madre lo fulminó con una mirada furiosa.

—Solo lo hago por tu bien —añadió él.

Ese año, por suerte, las vacaciones de verano no serían ningún problema porque mi hermana todavía era demasiado pequeña para hacer un viaje largo en coche. En cambio, pronto se celebraría la feria anual, la *Käbb,* como se llamaba allí. El acontecimiento más esperado de Obach. El año anterior, el Ayuntamiento no había podido juntar el dinero necesario, así que la edición de ese año se aguardaba con más ganas aún. Jessy y yo llevábamos semanas impacientes por montarnos en las atracciones y probar suerte en la rifa.

El librito verde y blanco con la enorme boca de mujer y los alimentos apilados sobre ella estaba abierto junto a los fogones un día sí y otro también, gritando su «tú puedes». El método elegido por mi madre fue una dieta de crucíferas, así que la casa se pasó semanas oliendo a coliflor y coles de Bruselas al vapor. Ella estaba de un humor de perros.

Lo que la liberó del terror de la báscula fue un suceso inesperado en la empresa de mi padre.

Una tarde, mi padre subió la escalera de mármol con paso animado y se sentó a la mesa de la cocina sin pararse a recuperar el aliento. Se lo veía orgulloso y contento.

Había conseguido «cerrar» un encargo con una acería china. En concreto, construiría un mecanismo de pruebas para una acería en una ciudad de millones de habitantes cuyo nombre, sin embargo, no conseguía memorizar de lo impronunciable y exótico que le parecía. El encargo constituía una oportunidad económica de una importancia extraordinaria.

—Nos pagan millones. ¡Millones! —Chasqueó la lengua—. Si el jefe no me asciende ahora, no sé cuándo lo hará.

Mi madre respiró aliviada al recibir la buena noticia.

—Qué alegría —comentó y, como para sí, añadió—: Por fin descansará tranquilo.

—Tendré que irme a principios de otoño, este mismo año —anunció mi padre con evidente orgullo.

—¿Qué? ¿Adónde? —Mi madre lo miró sin creérselo.

—Pues a China.

Un gesto extraño cruzó por el rostro de mi madre en ese instante. Se inclinó deprisa sobre la cuna; mi hermana se había despertado y emitía unos ruiditos borboteantes.

—¿Eso está muy lejos? —quise saber.

—Más que Marruecos, en cualquier caso —se limitó a decir ella.

Mientras mi padre se ponía a hacer planes absolutamente eufórico, vi que mi hermana contemplaba el móvil de la cuna con los ojos muy abiertos. Tenía unos gatitos pintados a mano que yo había fabricado para ella con una segueta, siguiendo las instrucciones de mi padre. Una idea se iluminó en mi cabeza solo un instante: mi hermanita era la razón por la que mi madre no había podido ir a Marruecos. Tragué saliva. De repente sentí muchísimo miedo por ella. Era como si, de pronto, su existencia se pusiera en tela de juicio. Y eso a pesar de ser tan bonita y tan buena y tan dulce.

Las semanas siguientes no pasó una sola tarde en la que, durante la cena, no se hablara del próximo viaje de mi padre. Lo que más lo inquietaba era que apenas tenía conocimientos de otros idiomas. Todos los días, de camino a la oficina, y por la tarde, cuando volvía de trabajar, escuchaba la cinta de *Learning English, Lesson One* que le había comprado mi madre. Así, en China, por lo menos podría cruzar un par de palabras en inglés con sus compañeros de trabajo. Otro problema eran los palillos. Mi madre le consiguió un juego de esos cubiertos extranjeros tan raros y él practicó hasta que consiguió pillarles el truco.

Lo único que sabía yo de China —que tenía una muralla kilométrica que cruzaba todo el país— lo había leído en mis revistas del Pato Donald y de Mickey Mouse.

Después de cenar, muchas veces llevaba a mi padre hasta el globo terráqueo iluminado para que me enseñara con solemnidad el trayecto que pronto tendría que recorrer en avión. Me parecía que lo más inquietante eran esos montes llamados Urales, y también mi padre hablaba de ellos con evidente respeto.

A la abuela Martha simplemente le horrorizaba la idea. Tenía la firme convicción de que el avión de mi padre se estrellaría igual que el de la película *Aeropuerto 77,* que no por nada estaba basada en hechos reales. O que acabaría encarcelado en Moscú, donde tenía que hacer escala. El hecho de que la guerra, en realidad, hubiese terminado hacía mucho no parecía ser un obstáculo. Los rusos seguían siendo rusos, igual que los polacos eran polacos y los turcos, turcos.

Mi padre se había comprado una guía de viajes y pidió toda la bibliografía sobre China que encontró en el pequeño catálogo de finas páginas casi translúcidas de la editorial Zweitausendeins. Cuando en la televisión daban una noticia sobre el país, subía el volumen. Informaban bastante al respecto a causa de un viaje de seis días del canciller Kohl al «Reino del Medio». En la tele se veían jóvenes estudiantes chinos que levantaban en alto televisores, ordenadores, robots y otras maravillas técnicas «occidentales» para que se vieran durante los desfiles. Lo que más fascinaba a mi padre era el carácter apacible de esa nación.

Un carácter que, por lo visto, se le estaba contagiando. La báscula del horror había quedado abandonada en el cuarto de baño, inofensiva, sin que nadie se fijara en ella. Hacía semanas que mi madre podía moverse ante los ojos de su marido casi sin temer que fuera a decirle algo. A ella ese cambio le resultaba increíble, y yo estaba segura de que en más de una ocasión le había dado las gracias al presidente Deng Xiaoping por su voluntad de llevar la prosperidad a los habitantes de su imperio.

Un fin de semana vino de visita la tía Lu. Estaba horrorizada por que mi padre quisiera dejar sola a mi madre tanto tiempo, y además «tan poco después del parto».

—Necesitas que te ayuden. Para hacer la compra, para guardar las cosas en los armarios. ¿O no? —preguntó mientras se acababa con toda tranquilidad el cuenco de ganchitos con sabor a cacahuete que mi madre había sacado a la mesa del salón.

Mi padre miró a mi madre con severidad.

—Ojo con volver a darle trabajo a tu Alí.

La tía Lu se entrometió:

—Que yo sepa, se llama Ilay. ¿Y qué problema tienes con él? ¿Que es turco?

Mi padre pasó por alto el comentario. Para él solo existía un tema.

—China es la única potencia que jamás ha sido colonial —pontificó—. China jamás ha intentado conquistar u ocupar otros países.

—Aparte del Tíbet —señaló la tía Lu con burla.

Mi padre volvió a pasar por alto la objeción y dirigió la conversación hacia el destino de su viaje. La ciudad de Guǎngzhōu, o Cantón, se encontraba en la costa sudoriental del país, junto al mar de la China Oriental. Mi padre ya había conseguido pronunciar su nombre con soltura. La terminación le salía con un extraño tono reverente, un poco como si apenas rozara el topónimo extranjero con la punta de los dedos.

—En Guǎngzhōu es donde se encuentra la mayor parte de la industria —explicó—. Allí necesitan una barbaridad de laminadores.

—Laminadores. Ajá. Y ¿para qué? —preguntó la tía Lu.

—Para la industria automovilística. Los chinos quieren «aprender de Alemania» —dijo mi padre, citando una frase que había sacado de un artículo—. Y, sobre todo, ¡quieren comprar! Centrales eléctricas, satélites de televisión…, de todo.

—Con China no se pueden hacer negocios —comentó la tía Lu, escueta—. Torturan a todo el que no es leal al Estado.

—Ese Deng Xiaoping es un hombre listo —la contradijo mi padre—. Está reformando el comunismo. El Estado ya no quiere decirle a la gente lo que debe hacer o pensar. Quiere que la gente aprenda a pensar por sí misma. ¿No es eso lo mismo que predicas tú?

—Patrañas. ¿Qué clase de «reformas» van a ser esas? —replicó la tía Lu con desdén.

—Después de la guerra, la gente no tenía qué comer —dijo mi padre—. Diecisiete millones de chinos la espicharon de tanta hambre *q'había.* —Se le escapó un momento el habla dialectal, cosa que detestaba, así que prosiguió en un alemán correctísimo—: Deng Xiaoping desea prosperidad para todos. ¿Qué hay de malo en ello?

La tía Lu lo miró desde detrás de sus gafas rojas de pasta. Los dos hermanos eran muy diferentes, pero ambos dominaban igual de bien la gestualidad.

—La propiedad del suelo siempre fue un bastión contra el Estado —continuó mi padre.

—¿La propiedad? ¿Eso es lo único que te interesa? —exclamó mi tía, y acto seguido dio rienda suelta a su descontento por el fracaso de las demandas del movimiento pacifista.

Muchísimas personas se habían manifestado durante meses y, sin embargo, los estadounidenses habían desplegado sus cohetes en la

cordillera de Hunsrück.

—Ni a veinte kilómetros de aquí.

—¿Cohetes? —Me espanté—. ¿Tan cerca? —Siempre había creído que la Guerra Fría era una guerra sin armas de fuego.

—¿Es que no dejáis que la niña vea las noticias? —preguntó la tía Lu con severidad.

De pronto me sentí terriblemente tonta.

—Cuando hablan de cosas demasiado serias, cambiamos de canal —dijo mi madre con cara de sentirse descubierta. Me acarició la cabeza a modo de disculpa, como justificándose ante mí, o ante la tía Lu—. Ya se enterará tarde o temprano de lo que es la política.

—De lo que es la política más vale enterarse temprano que tarde —advirtió la tía Lu.

Para protestar en contra del despliegue, ella y otros activistas pacifistas habían clavado cruces blancas en un campo de labranza que se veía desde la carretera de Hunsrück.

—Noventa y seis cruces —explicó la tía Lu con un fulgor en la mirada—. Una por cada maldito cohete.

—¿Y luego qué? —preguntó mi padre—. ¿Qué debería hacer, según tú? ¿Salir a manifestarme todos los sábados? —Movió la cerveza que quedaba en su vaso de un lado a otro para diluir la espuma que se había secado un poco en los bordes—. Tengo hijas, por si se te ha olvidado.

—De las que se ocupa tu mujer —replicó su hermana con aspereza.

Mi madre parecía estar a punto de echarse a llorar. Se levantó y se fue a la habitación de mi hermana, en teoría para ver cómo estaba. Todos sabíamos que no era verdad. Mi hermana dormía mucho y tenía un sueño muy profundo. Tal vez fuera una niña buena y dócil por naturaleza, o sencillamente había capitulado ante el hecho de que el único papel que aún no estaba asignado en nuestra casa era el de la placidez flemática. La tía Lu había comentado una vez que, como todas las familias, también la nuestra se componía de cuatro temperamentos. Mi padre se encargaba de la susceptibilidad malcarada; mi madre, de la melancolía reflexiva; mi papel era el de niña alegre y feliz.

Mi padre ya se había montado en su motocicleta y había desaparecido en dirección al pueblo cuando, desde lo alto de la escalera, oí a las dos mujeres hablar en el pasillo.

—Todo tengo que suplicárselo —se quejaba mi madre.

—Típico de los hombres —fue la respuesta de la tía Lu.

—No tiene ni idea de lo que cuesta la vida. La comida, la gasolina. La ropa de las niñas —enumeró mi madre—. Y sus malditas tejas.

—¿No lo habrás pagado todo tú? ¿Con tu dinero? —preguntó su cuñada, atónita.

—Sí, claro —dijo mi madre, cansada y orgullosa en igual medida.

La tía Lu soltó un profundo suspiro.

—Tienes que volver a trabajar enseguida —urgió a mi madre—. ¿Me has oído? Que no te convenzan de lo contrario.

—¿Con dos niñas? ¿Y cómo voy a hacerlo?

Ninguna de las dos dijo nada durante unos segundos. Mi madre parecía estar esperando consejo de mi tía y, como no se lo dio, se llevó una mano a la frente.

—Todo esto no tiene ningún sentido. A saber si todavía estará dispuesto a aceptarme… —reflexionó.

—¿Quién? ¿Tu jefe? Pensaba que te amaba. ¿Tu señor Engel?

Sentí una punzada. Era la primera vez que alguien pronunciaba en voz alta la sospecha que yo guardaba en un recoveco secreto de mi corazón. Seguramente podía estar contenta de que mi madre no fuera a regresar pronto a la empresa. No quería que el hombre del cocodrilo en la pared la «amara». Aunque tampoco quería que mi madre no pudiera ir a trabajar por nuestra culpa.

Al no encontrar una solución, me apreté contra la pared para regresar a mi habitación con un gigantesco bocadillo de cómic lleno de signos de interrogación sobre la cabeza.

Una de las piedras angulares de la paternidad afirma lo siguiente: la madre representa para el hijo «la protección»; el padre, por el contrario, «el mundo».

Por «el mundo» se entiende «la sociedad». Es decir: todo lo que se encuentra fuera del hogar.

La esfera doméstica en la que actúa la madre, por lo tanto, no se considera parte de «el mundo». Incluso cuando ella tiene el control y él está ausente, el padre sigue siendo quien más poder ostenta de ambos, puesto que sin él no existe mundo alguno.

Ser «el mundo», por supuesto, significa lo siguiente: personificar el poder. El poder social.

Entiendo que, más que ninguna otra persona, es mi padre quien ha marcado mi relación con el poder. Y eso que no es el clásico hombre dominante, sino un patriarca más bien inseguro. Su relación con la autoridad resulta bastante particular y contradictoria.

Sin embargo, no solo es un hombre de su época, sino también de su entorno, incluidos los roles característicos de este. Por ejemplo, para él resultaba fundamental el rol del aventurero. Y un arquetipo del aventurero es Odiseo, que navega por el mundo mientras Penélope lo espera en casa.

Aunque en nuestra familia, de puertas para fuera, todo se correspondía con el clásico reparto de roles, esa asignación no se ajustaba a la realidad. Era más bien mi padre el temeroso, el preocupado, el titubeante.

Creo que mi madre podría haber sido el mejor Odiseo de los dos. ¿Adónde habría navegado si se lo hubieran permitido? ¿Si hubiera conseguido liberarse?

¿Habría dado la vuelta al mundo? ¿O habría escapado de él?

4

El día de la feria, Jessy y yo estábamos impacientes por cruzar corriendo el pequeño puente que conducía hasta el recinto. Las dos llevábamos dinero para las atracciones en el bolsillo. Al cambio eran más o menos quince viajes en los barquitos o en el tiovivo de sillas. O cuarenta papeletas de la rifa.

—O diez tiros —comentó Jessy.

Su padre, el soldado estadounidense, le había enseñado a disparar cuando aún era muy pequeña, según explicaba siempre con orgullo.

—Ganar una rosa o un corazón de *lebkuchen* está chupado.

Ella tenía dinero para la feria porque mi madre se lo había pasado a escondidas. La Bopp no le daba ni una moneda.

—Esa se pule la pensión enterita en su Alí —había comentado la abuela Martha.

—Se llama Ilay —corrigió mi madre, como cada vez—. Y seguro que no es el motivo por el que no le da nada a Jessy.

Le habría gustado darnos un billete más, pero a mi padre el de veinte marcos ya le parecía exagerado.

A mi madre le angustiaba no disponer de «dinero propio» y tener que vivir solo del sueldo de mi padre. Los beneficios de los muebles restaurados se habían acabado hacía tiempo, así que la propina para la feria también había tenido que pedírsela a él.

Sorprendentemente, a mi padre ya no parecía importarle si mi madre era o no una «acompañante decente» para presentarse en la feria con ella. Solo tenía una cosa en la cabeza: su viaje a China.

Ella, sin embargo, de todas formas no quiso ir porque, por lo visto, dentro de la carpa había mucho ruido y el ambiente era demasiado agobiante para un bebé. Tal vez temía que mi padre volviera a las andadas y se pusiera a criticarla, o quizá fuera cierto que no le apetecía tanto «jolgorio», como decía ella.

Aparte de las dos atracciones, la caseta de la rifa, el carrito de chucherías y la caseta de tiro con sus animales de peluche de colores chillones, en el pequeño prado habían montado una gran carpa y, justo delante, una barra pentagonal donde servían cerveza. Dentro de la carpa también había cerveza, así que por todas partes olía al apestoso brebaje.

Lo primero que hicimos fue ir corriendo a los columpios de góndola. Un chico de unos catorce años del que las dos nos enamoramos al instante nos ayudó a impulsarnos en cuanto nos subimos juntas a uno

de los pesados cascos de madera pintada de azul y blanco. Nos empujó una, dos, tres veces, y luego nos dejó para que nos apañáramos nosotras. En la última feria, mi padre me había enseñado a columpiarme en esos barcos. Para tomar impulso había que apretar con las puntas de los pies en el suelo acompañando el movimiento del columpio hacia delante, y era mejor aún si se hacía a medio camino, estando ya a media altura. Después le tocaba al otro, que estaba frente a ti, y tú tenías que dejar de hacer fuerza.

Jessy nunca había subido a esos columpios, pero no tuve que explicarle casi nada, porque entendió instintivamente lo que había que hacer y ganamos muchísima altura. Nos balanceamos una y otra vez, adelante y atrás. El corazón se me saltaba un latido cada vez que llegaba a lo más alto hacia delante o hacia atrás. En cuanto acabó el viaje quise subir otra vez, y luego otra. Con cada entrada nueva que sacábamos, el chico de los barquitos dejaba que montáramos más tiempo a propósito, tal vez porque veía que nos lo estábamos pasando muy bien.

Al mediodía, Jessy y yo teníamos hambre y ya nos habíamos gastado todo el dinero, así que, nos gustara o no, íbamos a tener que entrar en la carpa para buscar a mi padre. Estuvimos un buen rato intentando abrirnos paso entre los adultos. El suelo de hierba estaba reblandecido y olía a cerveza, a sudor y a humo de tabaco. El aire parecía húmedo y cálido, daba asco respirarlo, pero por fin conseguimos entrar.

Al principio no encontrábamos su pelo rubio por ninguna parte, pero de pronto lo vi. Fue entonces cuando me di cuenta de que sonaba una música animada que llenaba el espacio. En la parte posterior del escenario, separada por una barandilla, había una banda de músicos que sostenían brillantes instrumentos de viento con las manos sudorosas.

Unas ocho parejas daban vueltas por la pista, de izquierda a derecha, adelante y atrás. Tragué saliva. Mi padre estaba bailando con la Manuela castaña.

Se me hizo extraño verlo bailar con otra mujer. Todo aquello parecía estar mal.

Noté los latidos de mi corazón en los oídos. Pensé en mi madre, que se había quedado en casa, delante del fregadero, castigada como una colegiala que no había hecho los deberes. Mi padre, en cambio, parecía estar pasándolo en grande. Bailaba muy animado mientras muchos de los presentes cantaban a voz en grito la canción.

A mi padre le encantaban los bailes de salón, pero entonces reparé en que nunca lo había visto bailar con mi madre. Con una mirada sombría constaté que saltaba a la vista lo mucho que le gustaba esa mujer.

Preferí fijarme entonces en los rostros de los presentes. Vi labios que se abrían a la espera de un cigarrillo o un vaso de cerveza. Oí risas, conversaciones a todo volumen, voces que intentaban hacerse oír por encima de la música. Algunas personas estaban vueltas hacia el escenario, cantando las canciones.

Sin pensar muy bien qué hacía, me abrí camino entre la gente para llegar ante el escenario; estaba rodeada de piernas, caderas y barrigas de adultos. Corrí hacia aquella pareja de baile y me agarré a la pierna de mi padre sin decir palabra. Él bajó la mirada y, antes de que me diera cuenta, me había cogido de la mano y me había puesto la otra en la cadera. Enseguida retrocedí dando un salto. Él me soltó sin entender por qué lo interrumpía, aunque era evidente que no quería bailar con él.

—¿Tienes hambre? ¿Sed?

—Sí. —Estaba a punto de llorar.

Sacó el monedero sin protestar y acto seguido me vi con un billete verde en la mano.

Jessy, que se había acercado corriendo, me tiró del brazo.

—Venga, vámonos. Larguémonos de aquí.

Me sacó de la carpa sin soltarme ni un momento. Nos compramos una *bratwurst* con mostaza. Olvidé decirle al dependiente que no quería mostaza, que odiaba la mostaza, pero tenía tanta hambre que de todos modos me tragué los picantes bocados de carne.

Durante unos instantes creí que Jessy iba a decirme algo. Estaba convencida de que también a ella le había parecido raro que mi padre bailara con otra mujer mientras mi madre estaba en casa, pero al final no dijo nada.

De repente se me ocurrió algo. ¿Y si mi padre quería abandonarnos?, pensé con horror. En mi clase había dos «hijos de divorciados». No sabía si de verdad lo pasaban tan mal como decía todo el mundo, pero los profesores los miraban con compasión.

Seguimos comiendo en silencio. Jessy masticaba concentrada, pero todo el rato miraba hacia la carpa.

Cuando terminamos, de repente volvió a acordarse de la caseta de tiro. A mí me tenían prohibido disparar, mi madre me lo había advertido expresamente, pero Jessy quería ir sí o sí y todavía nos quedaba algo de dinero. No dejaba de darme la lata, insistiendo en que por lo menos podía mirar, pero yo no me atrevía.

—Está bien —dije al final—. Vamos.

No quería pelearme con ella. Jessy y yo no nos peleábamos nunca.

Los chicos mayores que estaban apoyados en la caseta de tiro hicieron comentarios burlones, pero ella no se dejó distraer. Era emocionante ver cómo tensaba el gatillo y ponía la escopeta marrón en posición. Casi todos sus tiros dieron en el blanco. La chica que

estaba al cargo de la caseta silbó con reconocimiento. Jessy me miró sonriendo de oreja a oreja.

—Escoge algo. —Calló un momento—. Para tu madre.

Recorrí los estantes con la mirada. Había rosas, animales de peluche, botellas de champán. Entonces vi el corazón de *lebkuchen*. «Eres la más guapa», llevaba escrito con azúcar.

En ese preciso instante, la Manuela castaña salió de la carpa. Por lo visto tenía que ir al baño. Estaba a menos de dos metros de nosotras y, cuando su mirada se encontró con la mía, bajó la vista. Jessy, que la vio mientras empuñaba la escopeta, volvió la cabeza en dirección a ella. Yo ya la había visto fulminar con la mirada, pero nunca de una forma tan sombría. La Manuela castaña bajó la cabeza y se puso a buscar algo en su bolso, nerviosa, y entonces dio media vuelta y se marchó en dirección al aparcamiento. Jessy sonrió satisfecha y volvió a inclinarse sobre el cañón de la escopeta, cerrando el ojo izquierdo. Me quedé atónita. La habíamos ahuyentado.

El resto de la tarde estuve impaciente por volver a casa.

Mi madre aceptó el corazón de *lebkuchen* con una sonrisa apocada y lo colgó en un rincón de la cocina.

—Bueno, ¿y qué tal?

—El padre de Ela ha estado bailando con una golfa. —Los ojos de Jessy refulgían de odio.

—¡Jessy! —exclamé. Sabía que esa palabra estaba mal.

—¿Qué? Si es la verdad.

Mi madre nos miró sin poder creerlo. Al principio pareció que quisiera preguntar o decir algo, pero después se fue al fregadero y se puso a mirar a la calle sin decir nada. Los bajos de la música de la feria atravesaban las ventanas cerradas. El recinto no quedaba muy lejos.

Mi padre llegó a casa poco después. Dijo que le había extrañado mi desaparición y quería ver qué había pasado conmigo. En realidad, lo que quería era refrescarse un poco y cambiarse para la noche. Mi madre no dejó que le notara nada. Mientras él se peinaba en el baño, ella se arrodilló ante mí.

—¿Podrías cuidar de tu hermana? Solo serán una o dos horas.

Estaba emocionada. Incluso orgullosa.

—Claro que sí. Puedes irte, yo la cuido.

Empujé a mi madre al dormitorio con gesto firme para que fuera a ponerse guapa. Estaba decidida: mi padre tenía que bailar con ella. Con ella, y no con la Manuela castaña.

La abuela Martha se apresuró a subir para echarme una mano.

Mi padre se alegró de que mi madre fuese a acompañarlo. A mí me

parecía que estaba deslumbrante. Se había puesto una bonita blusa rojo coral con mangas de farol, en sus párpados brillaba una sombra de ojos azul y tenía unos andares muy elegantes con sus zapatos de tacón alto con hebilla. Verlos bajar la calle del pueblo a los dos juntos era una imagen poco habitual. Incluso la Bopp estuvo un buen rato mirándolos, asomada a la ventana de enfrente, hasta que volvió la cabeza directamente hacia mí.

Enseguida salté a esconderme. Desde que Ilay había llevado a mi madre embarazada al hospital, tenía la sensación de que la Bopp desconfiaba de nosotros. Era como si, de repente, yo fuera algo más que la hija de la vecina, la que interrumpía su descanso haciendo ruido con la pelota, y mi madre algo más que la vecina de la casa donde jugaba la niña que tenía a su cargo. Su interés por nosotros resultaba inquietante.

Mi hermana tenía ya casi dos meses y yo había aprendido a cogerla en brazos de forma segura y también sabía cómo darle de comer con el biberón. Lo único que no quería hacer era cambiarle el pañal. Cuando mi madre se encargaba de limpiarle el culete, me entraban ganas de vomitar solo con mirar, así que recé por que no ensuciara el pañal justamente en las pocas horas en que iba a estar sola con ella.

Hacía ya un tiempo, había encontrado una música con la que se dormía tranquila. Mi padre había empezado a escuchar música clásica los domingos por la mañana y tenía un disco que se llamaba *Rondo Veneziano,* una animada orquesta de cuerdas que combinaba música barroca con pop. Con eso, mi hermana se quedaba dormida sin problemas, y así sucedió también ese día. La acosté con delicadeza en su camita, que estaba en su cuarto, y antes de salir encendí el intercomunicador para bebés, tal como me había enseñado mi madre.

Después bajé al salón con cuidado de no hacer crujir la escalera. También me habían dejado ver una película en la televisión con la abuela Martha. *Las muchachas de Immenhof.* Era una reposición, ya me sabía la trama y, aunque la primera vez me había emocionado con las dos amazonas protagonistas, esta vez la película me aburrió muchísimo. Fuera, en el mundo real, en el recinto de la feria de Obach, se estaba desarrollando una escena decisiva. Un baile de mis padres, que yo imaginaba en colores muy vivos.

No me di cuenta de que me quedaba traspuesta delante del televisor. Al despertar, había soñado que montaba en los columpios de góndola un montón de veces. Miré hacia arriba. Tenía a mi madre delante, con mi hermana llorando en brazos. Me levanté enseguida. Me había quedado dormida en el salón y había olvidado encender la otra parte del intercomunicador, o sea, la que recibía las señales del cuarto de mi hermana.

La abuela Martha estaba en un sillón, dormida también. Se había

resbalado hacia un lado y se la veía pequeña y encorvada.

Mi padre no estaba por ninguna parte.

—¿Cuánto hace que está llorando? —preguntó mi madre.

—No lo sé —mascullé—. ¿Habéis bailado?

En realidad, mi madre solo había vuelto un momento para comprobar que todo fuera bien. Ante ese panorama, sin embargo, se quitó los zapatos de hebilla delante del televisor y subió a mi hermana sin decir palabra.

No recibí respuesta a mi pregunta. Aunque hubieran bailado, seguro que ahora mi padre seguiría con alguna otra mujer. Y yo era la última que podía impedírselo.

El ideal de mi padre: padre, madre, hijo o hija, todos guapos y delgados. Personas guapas, delgadas y sanas que viven en una casa preciosa. En cierto sentido, siempre confundió a mi madre con una casa. Solo que a una casa se le pueden hacer reformas sin preguntar; al cuerpo de otra persona no.

La gordura de su mujer era para mi padre como soportar una mancha testaruda y fea en una fachada —volvemos al símil de la casa— que por lo demás era impecable.

El cuerpo de mi madre implicaba visibilidad en un mundo erigido sobre la invisibilidad. Pasar inadvertido era uno de los mandamientos completamente interiorizados del entorno del que procedía.

Su propio cuerpo es el de un niño de posguerra. El mundo campesino en el que creció era duro y áspero. Los gordos tampoco tenían cabida en el culto al cuerpo del nacionalsocialismo, entre tanta alimentación saludable, tanto naturismo, tanto ejercicio físico y lanzamiento de jabalina. En la época nazi, la gordura simbolizaba decadencia y pereza; en el mundo rural, por el contrario, abundancia y lujo.

Y sus gustos están marcados por los ideales de belleza de esa época, desde luego. En los años setenta dominaban las llamadas «mujeres de acción», que eran altas, delgadas, atléticas y sanas, mujeres como Jane Fonda o Farah Fawcett. En los ochenta se les añadieron las rubias frías y esbeltas pero con grandes pechos, como Kim Basinger, Bo Derek o Madonna.

Resulta interesante que mi padre nunca comparara a mi madre con esos ídolos, sino siempre con personas que tenía más a mano: la vecina, la mujer de su jefe, la camarera del restaurante. Una comparación que seguramente era mucho más hiriente.

5

Gracias a lo de China, mi padre creía que tenía el ascenso asegurado. Consideraba que el dinero estaba al caer, así que las reformas que diseñaba eran cada vez más ambiciosas.

El granero era solo una de ellas. Entusiasmado, llamó a mi madre a su escritorio, donde había desenrollado los planos y pasaba los dedos con cariño por el blanco papel de dibujo. Nada más regresar de China emprendería la ampliación del «conjunto», como había acabado por llamar a los viejos edificios sin renovar. Con ello se refería a toda la superficie, incluidos los antiguos establos y también la planta superior, donde antes se almacenaba la paja. Radiante de alegría, señaló un pequeño cuarto rectangular. Donde antes había animales haciendo sus necesidades o poniendo huevos, ahora se levantaría un «estudio» en el que podría instalar sus mesas de dibujo y su escritorio. Sin prisa pero sin pausa, profetizaba mi padre, nuestra casa se transformaría en una «finca». Mi madre, incrédula, expresó sus reparos.

—Eso son más de trescientos metros cuadrados. ¿Cómo vas a apuntalar la estructura? ¿Y para qué queremos tanto espacio?

—Tú no pienses en eso. Sé lo que me hago.

—Pero si aún no es seguro que vayan a ascenderte…

—Te lo pido por favor. No seas siempre tan negativa.

—¿Negativa yo? —Mi madre lo miró abriendo mucho los ojos.

—Además, así tú también podrías tener tu propio cuarto. Para estudiar.

Mi madre masculló algo para sí. Entonces caí en la cuenta de que hacía mucho que no veía sus apuntes en la mesa de la cocina; desde hacía un tiempo estudiaba siempre en la habitación de mi hermana. Cuando la pequeña dormía la siesta, ella se encerraba allí y pedía que «no la molestaran», lo que quería decir que yo no podía ni llamar a la puerta. Cumplir esa regla no era fácil, porque siempre se me ocurría algo que necesitaba con urgencia. No estaba acostumbrada a que mi madre se dedicara tiempo a sí misma. «En esta casa no tengo ni un minuto de tranquilidad», exclamaba entonces.

A mi padre no había quien le quitara de la cabeza la idea de la ampliación. Todas las tardes recorría el patio muy decidido, midiendo muros y distancias. Los viejos establos conservarían la fachada de entramado de madera, que se cerraría con cristal.

La reforma sería cara, pero gracias al aumento de sueldo no tendrían problema en conseguir un buen crédito. Mi madre intentaba

convencerlo con todas sus «dotes de persuasión». ¿Cómo iba ella a supervisar una obra ocupándose de dos niñas pequeñas? ¿No sería más inteligente esperar primero a conseguir el ascenso? Finalmente, aceptó aplazar todo el proyecto hasta después de su regreso.

Al principio, mi padre se limitó a comprarse un coche nuevo. Antes de que nos diéramos cuenta, había cambiado el BMW azul claro por un Audi verde esmeralda. Mi madre se quedó perpleja. Ella había invertido los beneficios que le había reportado el «cuarto de huéspedes» en ropa y cosas para la casa.

—Yo no me compré ningún coche nuevo —protestó.

Para mi padre era del todo natural recompensarse de esa forma.

En el pueblo, el coche causó auténtica sensación. Yo notaba que, en el parque infantil, algunos niños me miraban con recelo cuando me dejaba caer por el poste de madera, cruzaba el castillo de barras y me alejaba dejándome colgar todo a lo largo de la soga. También se había corrido la voz del próximo viaje de mi padre, y a algunos esa historia no les hacía mucha gracia. En Obach había gente que había estado en Italia, incluso en Escocia. Pero China… Eso era nuevo. Más de una vez, algún niño del parque hizo un comentario sobre que mi padre «se lo tenía muy creído». Incluso se rumoreaba sobre el título que se estaba sacando mi madre. «De francés. Ay, ay, ay…», decían.

Yo nunca sabía qué contestar.

Por aquel entonces, sin embargo, mi madre todavía vendía muebles. Para gran alegría suya, había descubierto dos enormes armarios de pino en el desván y se le ocurrió la idea de preguntar por Obach si alguien tenía cómodas y armarios viejos en los graneros. Estaba orgullosa de su «idea de negocio». Tal vez no había ido a Marruecos y tampoco iría a China, pero de todos modos ganaría su propio dinero.

A mi padre, esa perspectiva no le gustaba en absoluto.

—¿Piensas ir de casa en casa como una pordiosera? —comentó.

Pero mi madre no se dejó disuadir.

Ilay, con quien seguía teniendo «una buena relación», como decía ella, la ayudaría con el transporte. La abuela Martha, que se entrometió con ganas en la discusión, sacudió la cabeza como lamentándose.

—El pimpollo ese ya no vive con la Bopp.

Mi madre se la quedó mirando con asombro.

—¿Es que han roto?

—A veces aún se presenta. *Pa'* pillarle dinero. —Hizo un gesto negativo con la mano y bajó la voz—: *M'han* dicho que partieron peras por tu culpa.

—¿Por mi culpa?

Mi madre puso cara de espanto primero, luego de perplejidad, pero por suerte el abuelo Ludwig salió en su ayuda y enseguida se ofreció a

transportar los armarios desmontados en su remolque.

Últimamente, mi padre desaparecía nada más acabar de cenar. En Obach, justo al lado del campo de fútbol, estaban construyendo un club al que le habían puesto el nombre de «hogar del deportista». Mi padre ni podía ni quería faltar. Allí ya podía construir; en su casa, todavía no. Esas noches, yo veía que mi madre siempre se quedaba triste, cada vez más.

Desde la feria, me obsesionaba la imagen de mi padre bailando con la Manuela castaña, y aquel coche nuevo tan fardón no mejoraba las cosas. Jessy intentó tranquilizarme. Según ella, la Manuela castaña se parecía a la mala de *Dallas,* la serie que replicábamos al jugar con las Barbies. En nuestra casa estaba prohibido verla. A mi madre le parecía una serie horrible y, además, nada apropiada para niñas de siete años, así que solo la conocía por lo que me contaba Jessy, que estaba informadísima sobre los personajes, sus intrigas y maquinaciones.

—La golfa es fea —explicó—. Tu madre es mucho más guapa. Además, le dimos el susto que se merecía. —Y me miró en actitud triunfal.

Era cierto. Cada vez que se cruzaba por casualidad con Jessy o conmigo en el pueblo, la Manuela castaña cambiaba de acera o mascullaba un saludo compungido. Parecía evitar la compañía de mi padre, más que buscarla.

Aun así, eso no conseguía tranquilizarme del todo.

La única posibilidad que veía era suplicarle a mi padre que no saliera tan a menudo. Le dije que nos sentíamos muy solas cuando se iba, y eso pareció conmoverlo, porque se quedó en casa varias noches seguidas.

La televisión estaba encendida cada vez más a menudo, con series y películas que les gustaban tanto a mi padre como a mi madre. A veces conseguía que mi padre viera la Bundesliga conmigo. Me gustaba la cara que ponía cuando se metía de verdad en el partido. En esos momentos parecía una persona sencilla.

También mi madre se sentaba con nosotros, aunque en realidad los deportes no le interesaban en absoluto, y esas noches por lo menos volvíamos a tener algo parecido a la tranquilidad. Ella había empezado a ocupar siempre el sillón, ya nunca compartía el sofá con nosotros, y últimamente se ponía un cojín delante de la barriga y lo apretaba como protegiéndose. Aun así, mi padre, por mucho que esas retransmisiones lo apaciguaran, la miraba con reprobación. Con China o sin China, seguía pensando que estaba gorda. Además, la expresión de su rostro tampoco dejaba lugar a dudas sobre su opinión de que la televisión no podía sustituir a «la vida real», así que en algún

momento volvió a salir medio en secreto.

Mi madre, en cambio, empezó a hacernos compañía a Jessy y a mí por las tardes. Al principio resultaba raro que viera la tele con nosotras y con mi hermana a su lado, en la cuna. Muchas de las niñas de series como *La cabezota* o *La benjamina* llevaban trenzas o algún otro peinado elaborado, así que mi madre nos enseñó a hacer trenzas. Jessy estaba encantada. Se pasaba horas sentada detrás de mí, pegada a mi espalda, peinándome la melena rubio platino y separándola en tres mechones que luego entrelazaba.

—Antes lo hacía siempre, en mi casa —explicó.

Me sentí insegura. Era la primera vez que contaba algo de su madre.

Por la mirada de la mía, comprendí que era mejor no preguntar, así que lo dejé correr.

El día que mi madre colocó las piezas de los armarios de pino desmontados en el patio, sobre unos caballetes, en la casa de enfrente se levantaron un poco las cortinas. La Bopp nos estaba espiando. Primero observó a mi madre con desconfianza, luego abrió la ventana con un gesto enérgico y se asomó todo lo que pudo sobre el alféizar.

—Ese trastajo no es tuyo, *peazo* bola sebo —soltó con su fuerte habla dialectal.

Era evidente que había bebido.

Mi madre se quedó inmóvil. Dudó un instante, como si quisiera contestar algo, pero luego continuó decapando sin más. Me di cuenta de que consideraba indigno de ella contestar a alguien que la insultaba desde una ventana abierta.

—Si quiere algo de mí, que baje —dijo en voz alta, más para la Bopp que para nosotras, las niñas.

En ese momento, Ilay salió por la puerta. Llevaba una maleta en la mano y el cuello extrañamente encogido, a pesar de caminar con orgullo. Fue entonces cuando me fijé en que su coche estaba aparcado en la puerta. La Bopp vio que mi madre e Ilay se ponían a hablar, y entonces sí que montó en cólera.

No hacía más que llamar a mi madre «*peazo* bola sebo», y a su antiguo amante, «moro holgazán».

—A mi padre también le llama cosas así —dijo Jessy en voz baja.

—¿Qué le llama?

Mi amiga se encogió de hombros. Se le saltaron las lágrimas.

—«Yanqui». Le llama «yanqui». Y a mi madre, «la tarada».

Eso pareció hacer saltar un interruptor en la cabeza de mi madre. No había nada que detestara más que ver castigar a una niña por quién era su familia. Dejó el pincel con la peligrosa solución cáustica, se aseguró de que ninguna de nosotras pudiera alcanzarlo y cruzó la

pequeña verja de hierro para ir al otro lado de la calle, donde se plantó directamente debajo de la ventana abierta.

Habló tan bajo que no oímos lo que dijo, pero sí vimos que la Bopp se estremecía, cerraba la ventana de golpe y corría las cortinas con una mirada furiosa.

Unos instantes después, mi madre volvía a estar con nosotras.

—No te preocupes. Seguro que ya no lo dirá más.

El abuelo Ludwig había salido a la puerta de casa fumando en su pipa.

—Ándate con ojo —comentó, y eso que no solía decir una palabra de más—. Con esa es mejor no meterse mucho, *q'es* más mala que la tiña.

En ese momento empezaron a sonar las campanas de la iglesia. Era la hora de comer y Jessy ya iba a marcharse a su casa cuando se detuvo en seco. Con paso resuelto, corrió hacia mi madre y la estrechó con ambos brazos. Bajita como era, casi no le llegaba ni al pecho, así que en realidad le abrazó más que nada el trasero. Mi madre se estremeció un momento, pero luego salió de su estupefacción y, algo desconcertada, le acarició la cabeza.

Yo me quedé allí plantada, observándolas. Jamás me habría atrevido a abrazar a mi madre con tanta decisión. Jessy, en cambio, no mostraba ninguna vergüenza. Entre sus brazos, mi intocable madre se transformó de pronto en alguien a quien sí se podía tocar. Más aún: en alguien que te protegía de los insultos. Tragué saliva. Jessy quería a mi madre, y mi madre, tal como entendí entonces, necesitaba el amor de los demás. Aunque fuera el amor de una niña de ocho años sin padres.

La relación de mi madre con la lengua alemana es íntima y compleja a partes iguales. Como hija de alemanes silesios expatriados, al llegar a la región de Renania-Palatinado a los seis años hablaba una lengua estándar que a todo el mundo le sonaba diferente.

No tardó en darse cuenta de que el idioma es el único salvoconducto que te franquea la entrada a cualquier comunidad. Por eso mismo, al trasladarse a nuestro pueblo intentó imitar el dialecto local, aunque a mis oídos infantiles siempre sonó extraño.

Como miembro de una minoría, mi madre creció con una prohibición lingüística. En la Polonia de posguerra, a los alemanes silesios no se les permitía usar el alemán en público. De niña, cada vez que se le escapaba una frase en alemán, mi abuela le siseaba un «chist» por miedo a las represalias.

Tal vez por eso suele escoger las palabras con cuidado. El idioma que habla nunca le ha pertenecido del todo, así que siempre se anda con mucha cautela. «Nunca» y «siempre» eran palabras prohibidas en mi infancia.

Mi madre jamás ha pronunciado las horribles palabras que eran de uso cotidiano en nuestro entorno en aquella época. Salvo por un par de denominaciones que hoy ya nadie utiliza: leguleyo, esbirro, lacayo, metomentodo, cicatero, jefecillo trajeado, asesino de escritorio.

No hay situación alguna en la que de su boca salgan expresiones vulgares. Sabe que el idioma puede causar heridas, en ocasiones peores que un bofetón o un puñetazo.

6

Por fin habían llegado las vacaciones de verano y mi madre no sabía «qué hacer con nosotras». Decía que ir a la piscina descubierta le resultaba demasiado estresante. En lugar de eso, nos montaba a Jessy y a mí la piscina para niños en la parte más baja del jardín. Nos encantaba aquel armatoste naranja. Yo tenía casi siete años y Jessy ya había cumplido los ocho, pero no nos cansábamos de la piscinita aunque fuéramos demasiado mayores para ella.

Mi madre recibió por entonces una carta certificada. Era un día de entre semana y mi padre aún no había vuelto del trabajo. Jessy y yo estábamos en la cocina, entretenidas con un juego de pesca en el que había que usar una vara imantada para sacar de un acuario unos pececillos de colores hechos de cartón.

Cuando llamaron al timbre, mi madre tuvo que recoger el sobre amarillo claro personalmente de manos de la cartera. La mujer dejó también uno para mi padre, solo que ese era gris. Por lo que entendí, las cartas las enviaba un juzgado.

Después de abrir su sobre, mi madre estuvo un rato intranquila. Sostenía con la mano derecha su caña de pescar, de cuyo imán colgaba una pequeña raspa mordisqueada por un pez más grande.

—Esa me ha demandado —dijo entonces—. Por robo. No me lo puedo creer.

—¿Esa, quién? —quise saber.

«Esa» sonaba menos amenazador que «ese». «Ese» habría significado que el demandante era un hombre. Un juez. Un policía. Un gasolinero. Incluso se me ocurrió pensar en mi padre.

La denunciante no era otra que la Bopp, y el material supuestamente robado no era otro que el cuarto de huéspedes y los dos armarios de pino. La denuncia era por una «apropiación indebida de mobiliario» que pertenecía a partes iguales a las dos herederas legítimas. O sea, a la Bopp y a la abuela Martha.

Nada había hecho presagiar algo así. Mi miedo a que la Bopp prohibiera a su recogida jugar conmigo había resultado injustificado; Jessy había seguido entrando y saliendo de nuestra casa como de costumbre. Desde el incidente en el patio, la Bopp y mi madre ya no se saludaban, pero nada más. Precisamente por eso, aquel ataque la pilló «del todo desprevenida».

Mi madre se llevó una mano a la frente. Que la acusara de «robo» era tan disparatado que, después del susto inicial, se echó a reír a

carcajadas.

Acto seguido intentó localizar a mi padre en el trabajo, pero estaba en una visita, así que no contestó al teléfono. Mi madre empezó a caminar de un lado a otro.

Lo pensó un momento y, en lugar de a mi padre, decidió pedirle consejo a la tía Lu. Al ser trabajadora social, a menudo se enfrentaba a esa clase de párrafos legales y sin duda sabría qué hacer. Pero entonces se acordó de que la tía Lu estaba pasando una temporada en Italia porque necesitaba recuperarse de la experiencia del refugio para mujeres, según había dicho.

Así que solo quedaba mi padre.

—Él la hará entrar en razón —dijo como convenciéndose a sí misma—. Seguro que sí.

Se dejó caer en una silla, unió las manos sobre el delantal y miró el techo como si quisiera estudiarlo.

Jessy había estado todo el rato allí sentada sin decir ni mu. De pronto se levantó y se dispuso a irse.

—Hablaré con ella.

En sus ojos destellaba algo parecido a lo que había visto aquella otra vez, en la caseta de tiro, cuando dirigió su mirada llena de odio hacia la Manuela castaña en lugar de hacia la escopeta.

—No, por favor. Eso no —pidió mi madre, pero Jessy ya había salido por la puerta.

Cuando mi padre llegó a casa por la tarde, mi madre le enseñó el sobre amarillo claro del juzgado y le entregó el suyo, el gris. Se esforzó por hablar con la mayor ecuanimidad posible.

Según el documento que mi padre sacó del sobre, lo citaban como testigo en la causa.

—Tienes que quitárselo de la cabeza —insistió mi madre—. A ti te hará caso.

—Qué dices. Ya volverá a calmarse. —Mi padre dejó el papel.

—¿Piensas permitir que esa… me lleve a los tribunales?

—Eso —contestó mi padre encogiéndose de hombros— tendrías que haberlo pensado antes.

Vi que mi madre se dejaba llevar por el pánico.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Que no vas a hablar con ella? ¿Y en los tribunales? No irás a declarar en mi contra, ¿no?

—Por entonces estaré en China. ¿Lo has olvidado?

—Qué bien te viene —le recriminó mi madre—. Bueno, pues voy a necesitar dinero, ya que no puedo contar contigo.

—¿Dinero? ¿Para qué?

—Para un abogado.

—Qué dices de abogado… —repuso mi padre, quitándole importancia—. ¿Qué va a pasar?

—¿Pretendes que me presente yo sola al juicio? Esa mujer pide una indemnización por daños y perjuicios. Y bastante elevada. Diez mil marcos. No tenemos tanto dinero.

—¿Tenemos? A mí no me metas en esto.

Mi madre lo miró «estupefacta». Su mirada expresaba incredulidad, rechazo y horror a partes iguales.

Lo que estalló entonces fue una pelea tan terrible como hacía mucho que no veía.

Cuando me enviaron a mi habitación, seguí los acontecimientos desde los escalones de arriba. Mi padre se negaba a poner dinero para pagar a un abogado.

—¿Y de dónde voy a sacar semejante cantidad? —exclamó mi madre.

—Pídeselo a tu padre. ¿No era tan rico?

—Sabes perfectamente que eso no puede ser.

—Pues tendrías que haberlo pensado antes.

—¿Es que no te das cuenta de lo que pasará? ¿Si pierdo?

—¿Qué quieres decir? —Mi padre arrugó la frente.

De repente me sacudió una idea. Vi la palabra «Cárcel» brillando iluminada en azul.

—Si pierdo, tú serás responsable subsidiario. Como mi marido.

Respiré tranquila. Si también condenaban a mi padre, todo iría bien. A fin de cuentas, él tenía dinero suficiente. ¿O no?

—Es… Es la primera vez que oigo algo así —tartamudeó él.

Incluso desde allí arriba noté cuánto lo incomodaba ver que mi madre conocía esos detalles legales y él no. Pareció pensarlo un momento y después formuló una frase con mucho énfasis:

—Primero adelgaza. Después podrás contratar a un abogado.

—¿Es que… pretendes chantajearme?

—Quién sabe —soltó él en respuesta—, a lo mejor sacamos algo bueno de esto.

La risa de mi madre fue breve y clara. Casi pude ver cómo se apartaba de mi padre y lo miraba con incredulidad.

—Bien —dijo al final—. Si no hablas tú con ella, iré a hacerlo yo.

—¡No! —exclamé, y bajé corriendo la escalera.

Pero mi madre ya estaba saliendo por la puerta. Mi padre apenas había hecho un débil intento de detenerla.

Me acerqué a la ventana de la cocina con el corazón desbocado. Mi padre ya estaba allí, cruzado de brazos.

Vimos cómo atravesaba la calle con un paso muy resuelto y se

detenía ante la ventana de la planta baja, igual que había hecho aquel día para pararle los pies a la Bopp. Luego llamó al timbre. No contestó nadie, pero entonces se abrió la ventana de la planta superior y, de repente, una enorme catarata de agua cayó encima de mi madre.

Grité y me quedé sin aliento mientras contemplaba lo que se estaba desarrollando a pocos metros de nosotros. No sabía quién me parecía más loca en ese momento, si la Bopp, que acababa de tirarle un cubo de agua a mi madre desde la primera planta y se había puesto a increparla, o mi madre, que se apartaba el pelo de la cara sin decir nada y, empapada de arriba abajo, regresaba a casa con la cabeza bien alta.

En el fondo, el matrimonio de mis padres, y esto es algo que no he comprendido hasta ahora, estuvo basado en una enorme mentira.

Mi padre siempre ha afirmado ser un hombre de familia, una mentira que he tardado mucho tiempo en desentrañar. Tal vez porque es la más complicada de todas.

Según la imagen que tenía de sí mismo, la familia era «todo su mundo». En nombre de la familia hizo todos los sacrificios imaginables. Sacrificios que nadie le pidió que hiciera. En realidad, sin embargo, mi padre estaba obsesionado sobre todo con ascender en la escala social. Y eso, por desgracia, significaba también otra cosa: que estaba obsesionado con el techo de cristal contra el que chocaba una y otra vez. En la relación con sus jefes y en todas las demás facetas de su vida.

Esos mecanismos del mundo laboral los trasladaba también a la familia. En la relación que tenían mis padres, la competencia era un factor esencial. Competían por el tiempo, por el dinero, por la última palabra. Jamás lucharon juntos, sino siempre el uno contra el otro. Incluso en situaciones que amenazaban su existencia, como esa. Igual que se enemistan entre sí los miembros de las clases inferiores.

¿Compitieron también en cuestiones laborales? No lo creo. El trabajo de mi madre siempre estuvo demasiado mal pagado para ello. Además, tras el nacimiento de mi hermana no volvió a tener nada parecido a una vida profesional, más allá de algún que otro trabajillo. Si en aquella época hombres y mujeres hubieran tenido igualdad salarial, seguramente su matrimonio habría sido muy diferente.

Es posible que estos juegos mentales solo respondan a mi deseo de minimizar la parte de responsabilidad que teníamos en su desdicha, tanto si lo queríamos como si no.

Nosotras, sus hijas.

7

El juicio que se avecinaba puso a mi madre en un estado mental particular. Se esforzaba mucho por transmitir tranquilidad y confianza, pero yo notaba que estaba muy afectada. Me explicó que sería un juicio por lo civil, así que no necesitaría abogado y podría defenderse ella sola. Para ir bien preparada, sacó un ejemplar del Código Civil de Alemania de la biblioteca de la capital de distrito.

—Me estoy informando sobre mis derechos —anunció con orgullo—. Al fin y al cabo, sé leer.

Desde ese momento, en lugar de concentrarse en su libro de gramática francesa, lo hacía en el código civil. Bajo ningún concepto pensaba permitir que la llamaran ladrona. Era como si hubiera convertido en su misión personal darle una lección a esa Alemania que consideraba a sus padres y a ella misma gente «de fuera». Al cabo de poco, en mi cabeza zumbaban un montón de nuevos conceptos: actuación de mala fe, procedimiento a instancia de parte, recurso por empobrecimiento. Mi madre tenía la firme convicción de que la demanda de la Bopp fracasaría. «No se saldrá con la suya. De ninguna manera.» Su fe en el sistema judicial alemán casi resultaba inquietante. Marcó en el calendario el día del juicio, a principios de octubre, con rotulador rojo para que todos lo viéramos.

La noticia de que mi madre había acabado empapada en plena calle no tardó en circular por todo el pueblo. Estaba visto que no se podía contar con la discreción de la cartera. Pronto se supo que era sospechosa de robo, y esa idea se le hacía insoportable. El pueblo tenía sus propias leyes.

—Siempre queda algo de poso —dijo—, por mucho que sea una mentira como una catedral.

Para entonces, desde luego, el negocio de las antigüedades ya se había acabado. Si todavía quedaba alguien dispuesto a venderle de buena gana armarios y arcones viejos, de pronto temería la acusación de algún pariente que quisiera hacer valer sus derechos sobre el antiguo mobiliario.

Mi madre estaba furiosa, y también la abuela Martha estaba fuera de sí. Para gran sorpresa de todos, se puso incondicionalmente del lado de su nuera, y no solo porque se le hubiesen terminado los

ingresos extra. El comportamiento de su hermana le parecía indignante.

—Menuda so bestia —renegaba—. Fijo *q'ha* vuelto a empinar el codo. Y todo por ese Alí…

El abuelo Ludwig se limitaba a menear la cabeza.

—Me da *q'esto* acabará mal —profetizó.

Por lo visto, Ilay había dejado a la Bopp para siempre y, según la abuela Martha, desde entonces su hermana estaba más intratable que nunca. Pero al menos Jessy podía seguir viniendo a nuestra casa; era evidente que la Bopp estaba encantada de librarse de ella. La pobre Jessy se avergonzaba muchísimo, y mi madre le acariciaba la cabeza.

—Tú no te preocupes, no puedes hacer nada.

En el pueblo se dejaba sentir cierta satisfacción ante el hecho de que en la familia de mi padre, el niño bonito que había dejado el campo, hubiera de pronto una mancha. El juicio y su mujer «de fuera» parecían conformar un todo inextricable.

Un día regresé a casa del parque llorando. Los niños se habían burlado de mí y Jessy casi se había metido en una pelea porque alguien había dicho que mi madre tenía una aventura con Ilay. Según comentaban, ese era el verdadero desencadenante de toda la historia. Cuando se lo contamos a mi madre, lo único que hizo fue reír a carcajada limpia.

Mi rubísimo padre reaccionó como si aquello no tuviera nada que ver con él. A mí eso me enfureció tanto que cerré las manos en tensos puños y me juré no volver a dirigirle la palabra. Mi madre estiró con paciencia cada uno de mis dedos temblorosos y los envolvió en sus manos.

—Olvídalo, Ela. Esto es algo entre papá y yo.

Y entonces ocurrió algo digno de mención: mi madre se propuso adelgazar, por propia voluntad y siguiendo una disciplina férrea. No tenía nada que ver con mi padre, o solo de manera indirecta. Ella sabía lo importante que era «causar buena impresión» ante el tribunal. Las mujeres siempre lo tenían mucho más difícil. Y las mujeres gordas y «de fuera», muchísimo más aún. Tal vez la diosa Justicia, protectora de los tribunales, fuera ciega; los jueces, en cambio, no lo eran.

Con esa combatividad recién descubierta, decidió apuntarse a un programa de dieta, una especie de grupo de terapia que se llamaba Weight Watchers. Las reuniones tenían lugar una vez a la semana, a última hora de la tarde, y se llevaba a mi hermana con ella. Ni siquiera le preguntó a mi padre si le parecía bien, sino que todos los lunes por la noche desaparecía durante dos horas y regresaba muy animada.

—¿Qué hacéis exactamente en esa terapia? —se interesó él.
—Hablar.
—¿Y cuántos sois?
—Veinte.
—¿Veinte gordos? ¿En una sola sala?
Mi madre no desvelaba mucho de lo que ocurría durante esas reuniones. Por lo visto, también recomendaban a los participantes que dejaran al cónyuge al margen.
El punto fuerte del programa lo constituía el libro *El método entulínea.* A mí me asombraban los encabezados, de los que mi padre siempre se burlaba: «Delicado y a buen precio», «Para congelar y disfrutar otro día», «Fiestas con éxito para invitados queridos», «A veces con carne, a veces sin». Pero, por muy escéptico que se mostrara mi padre, el caso es que funcionaba. Mi madre iba perdiendo un kilo tras otro como por arte de magia y, al cabo de unas semanas, de hecho, volvía a pesar lo mismo que antes del nacimiento de mi hermana, según nos dijo.
Mi padre intentó alabarla, pero ella no quiso oírlo. Cuando él, «en recompensa», se ofreció a pagarle el asesoramiento jurídico, ella se limitó a replicar con frialdad:
—Ni una palabra más al respecto. Dijiste que era cosa mía, así que es cosa mía.
Seguro que su intención era mostrarse independiente y ecuánime, pero no logró ocultar del todo lo herida que estaba por que mi padre la hubiera echado «a las fauces» de la Bopp. Él obedeció y dio media vuelta.
La pérdida de peso de mi madre parecía ir acompañada también de un cambio de carácter. Se la veía más segura y le «plantaba cara» a mi padre más a menudo. Cada vez que él protestaba por alguna tontería, ella se defendía con voz firme. Aquello me gustaba. El papel de leona le sentaba bien, y tal vez mi padre pensara lo mismo. Aunque también resultaba un poco inquietante. Cuando levantaba la voz delante del bebé, sobre todo, incluso yo corría enseguida a mi habitación.

El día del juicio iba acercándose y mi nerviosismo creció hasta niveles insoportables. Aunque los adultos guardaban silencio al respecto, eso no cambiaba en nada el miedo que sentía yo. Mi madre intentaba hacer lo posible por tranquilizarme, pero ni siquiera ella podía ayudarme. Estaba instalada en el pánico. Por las noches me despertaba con las sábanas empapadas. Había empezado a hacerme pis en la cama otra vez, cosa que me avergonzaba muchísimo. Al fin y al cabo, ya iba al colegio. Pero, además, eso implicaba más trabajo para mi madre, que tenía que lavar las sábanas. Más de una vez me

ofrecí a ayudarla, para desvestir la cama al menos, pero ella me apartaba. «Tú no te preocupes —decía—. Intenta dormir.»

Estábamos a principios de septiembre y en la televisión daban *Zora la Pelirroja y su banda.* Jessy y yo estábamos sentadas en el sofá, mirando sin pestañear cómo el niño que estaba a punto de entrar en el grupo de pequeños ladrones ponía las manos sobre la mesa con los dedos extendidos y un miembro de la banda empezaba a clavar una navaja entre ellos a una velocidad de locos. Justo cuando había pasado la terrible prueba de valor, sonó el teléfono y mi madre descolgó con mi hermana llorando en brazos. Por entonces ya no era un bebé tan tranquilo. Le estaban saliendo los dientes y daba la lata todo el rato.

—Bajad el volumen —nos pidió.

Era la vecina de sus padres, y oímos que mi madre le hacía un par de preguntas con voz preocupada. El abuelo Adam se había caído y se había hecho daño en la cadera que ya tenía mal. Llevaba varios días en el hospital, por lo visto, pero lo que más inquietaba a la vecina era mi abuela. Se comportaba de una forma muy extraña. Desde esa mañana no hacía más que ir al Spar y volver otra vez, y se la veía muy ensimismada. Cuando los vecinos le decían algo, ella contestaba que estaba buscando la llave, pero que no quería que la ayudaran. La vecina creía que haríamos bien yendo a ver cómo estaba.

Pocos minutos después, mi madre, mi hermana y yo ya íbamos de camino a Himmelstädt. Jessy, no sin protestar, se fue a su casa.

Pasaban unos minutos de las seis cuando llegamos. Mi madre fue directa al Spar, pero el supermercado ya había cerrado. Recorrimos despacio el camino hasta la casa de mis abuelos, buscándola con la mirada. Entonces la vimos, más o menos a la mitad de trayecto.

Estaba en la acera y llevaba un peinado raro. No se había puesto sujetador debajo del jersey de color crema, así que los pechos se le marcaban bajo el fino mohair. Llevaba la falda retorcida en las caderas, y la cremallera medio abierta en el costado. Lo único que parecía igual que siempre era su abrigo de pieles, aunque debía de estar pasando muchísimo calor ese soleado día de verano. Aparté la mirada, avergonzada. No quería verla así.

—Mamá… ¿Qué te pasa? —preguntó mi madre en voz baja.

—Tengo que ir a la *comprrra.* —La abuela Ella nos miró con extrañeza—. Papá necesita su *crrrema* de leche para el café. Para el desayuno.

—Pero si papá está en el hospital.

—Ah, sí. Es verdad.

La mujer se quedó consternada.

—¿Y las llaves? ¿Las has encontrado?

Se encogió de hombros.
—Puede que estén… en casa.

Cuando llegamos, la puerta estaba abierta y las llaves en la cerradura. En la casa reinaba un silencio inquietante. Solo se oía el tictac de los relojes. Uno en el pasillo, otro en el salón. Y todo estaba tan desordenado que me asusté. Por todas partes había toallas, ropa, embalajes abiertos. En mitad de la alfombra de lana peluda, delante de los bloques de vidrio de colores, había un cubo con agua de fregar, como si acabaran de usarlo. En el fregadero se amontonaban los platos sucios. Mi madre corrió enseguida a los fogones para comprobar que estuvieran apagados. Mi hermana gritaba todo el rato en su mochila portabebés y mi madre se apoyó un momento en la nevera. Me di cuenta de que intentaba contener las lágrimas.

Mientras ella comprobaba que todo estuviera bien, yo debía llevarme a la abuela Ella al dormitorio, la habitación que estaba más ordenada.

La abuela enseguida esparció mi puzle preferido sobre la cama. Me acerqué a ella e inhalé con avidez el aroma de su jabón de rosas. Ese que estaba tan intrínsecamente unido a ella que se adhería a todo, a sus joyas, a su pelo corto, castaño y rizado. En el escote llevaba una pequeña cruz de oro. La abracé todo lo fuerte que pude y ella se dejó. No parecía importarle que la tocara, y eso que estaba mucho más gorda que mi madre. Me acurruqué tanto que tocaba la pequeña cruz de oro con la nariz. Se comportaba de una forma extraña, muy diferente a otras veces. Tenía la mirada como ida.

Levanté la cabeza. Por encima de la cama de matrimonio colgaba un enorme cuadro ovalado con un retrato a pastel de la Virgen María. La mirada de la Virgen irradiaba una seguridad extraordinaria. Yo sabía que mi madre en cierto modo era de fe católica, aunque no rezara nunca. Sin duda por eso a veces soltaba un «madre de Dios».

—*Mirrra* —dijo mi abuela con orgullo.

Puso una pieza del puzle arriba a la izquierda, y de pronto la vaca tenía cara y la campesina, una pala en la mano. El borde quedó completo.

Estuvimos un rato sentadas haciendo el puzle, hasta que se abrió la puerta. Mi madre entró con mi hermana en brazos, empezó a recorrer la habitación y a abrir con gesto decidido todos los cajones y los armarios. Vi que su rostro se desencajaba más con cada cosa que descubría, y al final se quedó consternada ante aquella escena.

Fue entonces cuando también yo lo vi. Estaban por todas partes. En los cajones, en las mesillas, entre las toallas, incluso metidos dentro de las tazas, entre los vasos y las pastillas de jabón. Nudos. Pañuelos de

tela blanca que mi abuela había anudado para acordarse de algo que temía olvidar.

—Tiene alzhéimer. —A mi madre le temblaba la voz cuando, unos días después, nos repitió a mi padre y a mí el diagnóstico que le había dado el especialista.

El médico había examinado a fondo a la abuela Ella.

Esa palabra nos paralizó de miedo. Yo sabía que a la gente mayor se le olvidaban las cosas, pero el alzhéimer, según me explicó mi madre, era una forma de olvido muy concreta y perversa.

Consideraba imprescindible hacerse cargo de la abuela Ella mientras el abuelo Adam estuviera en el hospital.

Mi padre no dijo nada. Me di cuenta de que el estado de su suegra le asustaba. Su presencia en casa parecía resultarle igual de desagradable que la de los pacientes, aquella vez en el hospital.

Mi madre dice que, en cuanto mi abuelo enfermó, mi abuela perdió su punto de referencia. Mis abuelos vivían de una forma tan simbiótica que ella dependía completamente de él.

Mi abuela se había criado con cinco hermanos en una granja y solo había accedido a irse a Alemania con su marido con gran dolor de su corazón. Mi abuelo, en cambio, había crecido huérfano de padre y madre y al cuidado de una hermanastra alcohólica y violenta. De joven, cuando regresaba a casa de su turno en la mina de la Condesa Johanna, a menudo no tenía nada para comer porque su hermanastra se había gastado el dinero en bebida.

Mis abuelos se casaron en el invierno de 1940. Poco tiempo después, a mi abuelo lo enviaron al frente oriental. Fue un matrimonio por amor, pero el enlace debía servir también para asegurarle a mi abuela una pensión de viuda de guerra en caso de que él muriera.

Mi abuelo intentó escapar dos veces del cautiverio ruso. Ambas sin conseguirlo. Jamás habló de lo que vivió en la guerra. «De no ser porque pensaba en mi mujer, no habría sobrevivido», decía en ocasiones.

Tras ser prisionero de guerra, regresó tan desnutrido que su cabeza parecía enorme sobre su cuerpo demacrado. No empezó a recuperar peso poco a poco hasta que los evacuaron a Alemania.

Hay una teoría que afirma que las personas pasan el hambre a sus descendientes. Les legan su ansia por llenar las reservas de energía. Para los tiempos difíciles.

8

Entonces llegó el día del gran viaje de mi padre. Su despedida de la abuela Martha estuvo llena de lágrimas. A mi madre le dijo adiós con un beso en la mejilla. A mí me levantó en alto y me dijo que tenía que «portarme muy bien». No había bebé, ni juicio, ni suegra enferma que pudiera detenerlo. De todo eso tendría que ocuparse mi madre sola. El viaje tenía prioridad, y ella tampoco lo ponía en tela de juicio. El abuelo Ludwig se mantuvo algo apartado, fumando en su pipa. Los dos hombres se estrecharon la mano más bien con frialdad.

Mi padre estaría fuera tres semanas enteras, y yo ya lo echaba de menos antes de que hubiera subido al taxi para marcharse. Lo seguí con la mirada mucho rato. Me convencí de que China por lo menos tenía algo bueno: estaba muy lejos de Obach y de sus mujeres con ganas de bailar. Además, durante su ausencia, mis padres tampoco podrían pelearse.

Desde el «bombazo» del alzhéimer, los días de mi madre seguían un compás muy preciso. Se levantaba, le cambiaba el pañal a mi hermana, iba al baño a asearse y luego me preparaba el desayuno, pero sin sentarse a la mesa conmigo. Esa comida ya no existía para ella, que solo se bebía una taza de infusión de escaramujo y, si comía algo, como mucho era una manzana. No podía plantearse seguir yendo a las reuniones de Weight Watchers, pero de todas formas continuó la dieta con valentía.

En cuanto yo me subía al autobús del colegio, ella metía las cosas necesarias para mi hermana en una bolsa, se montaba en el coche y conducía los veinte kilómetros hasta Himmelstädt, donde encontraba la casa de mi abuela más desordenada cada día que pasaba.

—¿Por qué no te la llevas contigo a Obach? —oí que le proponía la tía Lu por teléfono—. Así ahorrarías tiempo. Y energía.

—El neurólogo dice que no debe abandonar su entorno habitual —repuso mi madre, pronunciando la palabra «neurólogo» con un deje especial.

—Es por la abuela Martha, ¿verdad? —aventuró la tía Lu—. ¿Quieres que hable con ella?

Mi madre rechazó la oferta, pero su cuñada, en efecto, tenía razón. A mi madre le daba miedo rogarle a la abuela Martha que aceptara a

otra «extranjera» en su casa. En lugar de eso, aceptaba su destino de desplazamientos diarios.

—¿Y qué pasa con el juicio? —pregunté yo con cautela.

El código civil estaba junto a los fogones; hacía días que no lo había abierto. Cuando se lo mencioné, mi madre se molestó un poco.

—Ya sé todo lo que necesito saber, no te preocupes —espetó, pero no parecía tan segura de su victoria como cansada.

Por algo no le había dicho nada de eso a la tía Lu.

Una mañana tras otra, en cuanto ordenaba la casa de Himmelstädt, metía a mi hermana en la mochila portabebés, sentaba a la abuela Ella en el asiento delantero y se iban todas al hospital donde estaba ingresado el abuelo por la cadera. Después de eso, iba a hacer la compra para nosotros y para la abuela Ella al supermercado de la capital de distrito, y luego regresaba a Himmelstädt y le dejaba comida preparada a su madre: algo caliente para el mediodía y algo frío para cenar. Tenía la precaución de desenchufar los fogones de la corriente. Después de fregar los platos y recogerlo todo, se apresuraba de vuelta a Obach, porque Jessy y yo volvíamos del colegio a casa después de cuatro horas de clase. La abuela Martha se negaba en redondo a alimentar a «la cría de la vecina». Toleraba la presencia de Jessy, pero nada más.

Después de comer, mi madre hacía la colada, ordenaba la casa, planchaba, se ocupaba entretanto de mi hermana y, por la tarde, preparaba otra vez la cena. Tras acostarnos a mi hermana y a mí, quizá se sentaba media hora delante del televisor antes de que se le cerraran los ojos, y al día siguiente empezaba de nuevo.

Mientras sucedía todo eso, intentaba que no notáramos cuánto le afectaba lo que estaba ocurriendo con su madre. A veces la abuela Ella estaba casi como antes, pero, si le sacaba el puzle de la granja, se limitaba a mirarme desorientada mientras yo colocaba una pieza tras otra. Había olvidado cómo jugar. En más de una ocasión vi llorar a mi madre a escondidas.

Cuanto más triste era la situación en casa, más me gustaban las mañanas en el colegio. Me gustaban todas las asignaturas: ciencias naturales, lengua, gimnasia, mates; lo único que aborrecía eran las tareas del hogar, en especial el ganchillo. Pero lo que más me gustaba de todo era nuestro profesor. El señor Hugo. Fue el primero que escribió una frase en mi álbum de poesías: «Consuélate», empezaba, y luego seguía un poema que hablaba de que no se puede tener todo en la vida. Yo no acababa de entender muy bien lo que significaba, pero me gustaba eso de «consuélate». También mi madre asintió y suspiró con fuerza al leerlo. Al menos ya no tenía que mirar hasta el último penique; mi abuelo le había dado dinero para que mi abuela tuviera todo lo que necesitaba.

A Jessy parecía habérsele metido en la cabeza transmitir buen humor «a toda costa». Sus intentos por distraerme parecían casi infatigables. Cuando no estábamos en el parque, jugando a la goma o al bádminton, veíamos la tele, cosa que nos dejaban hacer sin supervisión siempre que pusiéramos solo las series convenidas y que no cambiáramos de canal, sobre todo a última hora de la tarde. El resto del tiempo escuchábamos música o grabábamos canciones de la radio.

Mi padre me había enseñado a usar el equipo estéreo. Había que apretar el «RECORD» y también el «FADE», porque a veces la voz del locutor se superponía a la canción que estaba presentando. Jessy escuchaba fascinada, y yo tardé en comprender que en casa de la Bopp nunca ponían la radio. Jessy no estaba acostumbrada a escuchar música, ni clásica ni pop; al contrario que yo, no tenía un padre triste que le enseñara qué música era la mejor para estar triste.

Llegó un momento en que mi madre tuvo que reconocer que no podía seguir ocupándose de esa cantidad de trabajo todos los días, así que decidió que al final la abuela Ella sí se trasladaría con nosotros una temporada.

Para su sorpresa, la abuela Martha le abrió las puertas de la casa a su consuegra sin rechistar. Se la veía más callada y pensativa que de costumbre, y también controlaba su «lengua viperina», casi como si el estado de mi abuela le produjera respeto. Cuando mi madre, en agradecimiento, le regaló uno de sus abrigos de pieles, se puso contentísima. Era un bolero corto de visón que le venía una talla grande, pero eso a la abuela Martha no le importó.

—Quién me *l'hubiera* dicho. —Sonreía mientras acariciaba las pieles color avellana—. Un visón de verdad.

Mi madre le preparó a la suya una cama en la galería, justo delante de las dos habitaciones infantiles. Nuestra casa estaba más llena que nunca. Era como si su suegra y ella hubieran firmado un pacto. Poco le preocupaba que mi padre estuviese o no de acuerdo.

Él llamaba cada tres días, tal como habían quedado. Cuando para nosotros eran las doce del mediodía, para él eran ya las siete de la tarde. En la línea se oían crujidos y chasquidos, y la voz de mi padre sonaba tenue y muy lejana. La abuela Martha no podía creer que su hijo estuviera realmente a tanta distancia. En otro continente. Y que, además, pudiera llamar desde allí. Desde un hotel de verdad. Yo lo imaginaba en la planta vigésima de un rascacielos, llamando a nuestro pequeño pueblo de Obach mientras contemplaba la ciudad que tenía a sus pies.

No eran más que breves intercambios de palabras. Mis padres solo

comentaban trivialidades, ya que las conferencias de larga distancia eran muy caras. Mi madre no mencionó nada sobre los cambios en casa, pero tampoco se vio en ningún apuro, porque él no preguntó. Lo que más le interesaba a mi padre era si ella seguía con el programa de Weight Watchers. «No te preocupes», lo tranquilizaba mi madre.

Aunque no era cierto, claro. Con el agravamiento de las circunstancias en casa, ella sola y sin el apoyo del grupo, se había dado por vencida. Seguir la dieta era su menor prioridad en esos momentos. Había vuelto a engordar a ojos vista, pero, por suerte, eso mi padre no podía saberlo por teléfono.

Siempre que le daba las buenas noches a la abuela Ella, veía lo perdida que se encontraba en ese entorno al que no estaba acostumbrada, la inseguridad con que miraba a su alrededor. Sin duda echaba en falta el cuadro de la Virgen María que tenía encima de su cama de Himmelstädt. También le daban miedo los gatos, y cada vez que veía a Pepper abría mucho los ojos, como pidiendo ayuda.

Con gran preocupación, fuimos testigos de cómo la abuela Ella se iba volviendo más rara cada vez. Para ella siempre habían sido muy importantes el año religioso y todas sus festividades. Le gustaban sobre todo la Semana Santa y la Resurrección de Jesucristo, así que de pronto quería celebrar constantemente la Semana Santa y pintar huevos de Pascua. Estábamos a finales de verano, pero mi madre acabó por compadecerse y se puso a teñir huevos. La abuela Martha se escandalizó al ver esa conducta herética y ese derroche de alimentos, pero mi madre solo reaccionaba a sus quejas con una sonrisa cansada.

Al final encontramos refugio en la iglesia católica, un pequeño edificio de ladrillo al que llevábamos a la abuela Ella con asiduidad.

Parecía recordar con detalle todos esos rituales que para mí eran tan desconocidos. O más bien era su cuerpo el que recordaba. Yo me quedaba de piedra al ver que mi abuela, consumida por cada vez más lagunas de memoria, seguía dominando todos los pasos: mojarse los dedos en el agua bendita, arrodillarse, santiguarse. Después, casi siempre se quedaba sentada allí en silencio.

Para gran pesar del sacerdote, un hombre afable y algo bajito que se llamaba padre Bauer, la iglesia casi siempre estaba vacía. Los creyentes de las localidades cercanas solo acudían para las festividades y los pocos días en que había misa. La mayor parte del tiempo, sin embargo, en los bancos no había nadie más que nosotras. Aquel espacio grande y fresco me gustaba. Y como Jessy, por alguna razón, evitaba la iglesia, allí conseguía descansar un poco de su forzada alegría.

Me gustaba la cantinela rítmica y misteriosa de las letanías, e

incluso el fuerte olor del incienso. También las pinturas, por supuesto. Uno de los cuadros que había en una pared lateral retrataba a Nuestra Señora de los Dolores, la madre que con siete espadas en el pecho sacrificaba su propia vida por el bien de su hijo. Allí, en la iglesia, se podía estar triste sin que nadie se diera cuenta. Añoraba a mi padre. Tenía miedo de que mis padres volvieran a pelearse cuando regresara, pero eso no impedía que lo echara de menos.

Cuando estábamos solas en el templo, los balbuceos de mi hermana resonaban por todas las hileras de bancos.

—¿Eso no está prohibido? —susurré—. ¿Hacer tanto ruido?

—Dios ama a los niños —dijo mi madre—, y el padre Bauer también. Y los niños hablan en voz muy alta.

Un día me atreví a hacer una pregunta con la esperanza de que, en el silencio de la iglesia, mi madre no levantara la voz.

—Mamá, el juicio… —empecé—. Irá bien, ¿verdad?

Apenas había pronunciado la pregunta, bajé la cabeza, pero mi madre no se alteró. Me miró con una mezcla de agotamiento y serenidad fingida.

—Sé todo lo que debo saber. Ahora depende del juez. —Entrelazó las manos—. Quiera Dios que sea un hombre joven y no uno de esos viejos carcamales.

Asentí y guardé silencio. Esa respuesta no me había tranquilizado del todo. Puesto que no se me ocurrió nada mejor, también yo entrelacé los dedos como para rezar.

—¿No tendría tu tristeza también causas físicas? ¿Hormonales? —me atrevo a preguntar de repente.

—¿Qué quieres decir? —Mi madre parece molesta.

Enseguida me arrepiento de mi enfoque. Lo que digo recuerda demasiado a una «depresión». Algo que mi madre asocia con pasarse el día entero en la cama.

—Yo siempre he estado activa —se defiende.

Me gustaría replicar que también se puede estar activo con una depresión, pero lo dejo correr. Si ella dice que solo estaba triste, y no depresiva, está en su derecho. Como mucho, accedería a reconocer agotamiento.

—Cuando uno está triste o agotado durante un largo período de tiempo, el metabolismo se ralentiza —digo, y eso despierta su interés.

—Ah. ¿De verdad?

Asiento con la cabeza. La gente engorda porque está triste. Y está triste porque engorda.

—Es un círculo vicioso.

Ahora es ella la que asiente. «Círculo vicioso» es una expresión que utiliza a menudo.

Yo no sé lo que es anular permanentemente tus deseos y necesidades. En nombre de la familia. No sé lo que es pasarte cuatro años de tu vida, dos veces, haciendo poco más que cuidar de una niña pequeña.

Cuatro años dos veces.

Me asfixio solo de pensarlo.

Recuerdo mi espanto cuando, en la carrera, aprendí el concepto inglés de nuclear family.

—La familia nuclear —cito— se fundamenta en la esclavitud doméstica de la mujer, abierta o encubierta. Él es la burguesía; ella, el proletariado.

—¿Quién dijo eso? ¿Marx? —quiere saber mi madre.

—No, Engels.

Asiente.

—Pues puede que tu Engels no esté del todo equivocado.

9

El día del juicio, Jessy y yo cuidamos de mi hermana. Era la primera vez que mi madre la dejaba con otra persona desde la feria. La abuela Martha y el abuelo Ludwig no eran una opción: la Bopp los había citado a ambos como testigos. Y mi madre no quería llevarse a una niña tan pequeña al juzgado. Mi hermana tenía cuatro meses y le estaban saliendo los dientes. Todo el rato pedía que la cogieran en brazos, se resistía contra el cochecito, el balancín o el parque. Era muy estresante cuidar de ella en cualquier otro sitio que no fuera nuestra casa, y además por las mañanas estaba haciendo mucho calor. A la abuela Ella, en cambio, mi madre tuvo que llevársela con la esperanza de que se estuviera sentada y en silencio en su banco durante toda la vista.

Mi madre salió en coche, angustiada. A pesar del calor, se había vestido con una ropa que tapaba mucho. Una blusa de manga larga y cuello muy cerrado, una falda oscura. En el último momento, además, decidió no pintarse los labios.

Me alegré de tener a Jessy conmigo. Ese día, el día decisivo, ni siquiera ella intentó aparentar buen humor; era muy evidente que tenía tanto miedo como yo.

Me sentía tan inquieta que miraba el reloj cada cinco minutos. No había forma de hacer pasar el tiempo, y mi hermana, por muchas veces le pusiéramos *Rondo Veneziano,* tampoco dejaba de protestar. Cuando pensaba en lo que estaría ocurriendo en el tribunal, me entraban escalofríos y un poco de náuseas. Solo podía esperar que por lo menos la abuela Ella se comportara un poco.

Para distraernos, jugamos al Mix Max. Consistía en varios kits de tarjetas con cuatro partes diferentes del cuerpo que se usaban para construir personajes. Para empezar, se colocaban en la mesa una pila de pies, otra de barrigas, otra de cabezas y otra de sombreros. Había que tirar los dados y, según lo que salía, conseguías una de esas partes del cuerpo: unos pies por un uno, una barriga por un tres, una cabeza por un dos, etcétera. Estaban el payaso, el señor con pipa, la mujer de la naranja y muchos personajes más. Al principio, las tarjetas no combinaban bien y formaban figuras muy divertidas. El sombrero del cazador quedaba sobre la cabeza de la azafata, que estaba sobre la barriga del preso, que se sostenía sobre los pies descalzos del pescador. El juego tenía siete personajes femeninos en total. La camarera, la enfermera y la azafata eran jóvenes y delgadas; la mujer

que hacía punto era delgada y vieja; la mujer de las gafas de sol, joven y gorda; la mujer del bolso y la verdulera eran gordas y viejas. Mis personajes preferidos, con diferencia, eran la camarera y la enfermera. Se parecían un poco a la guapa Mariella, a la que todavía recordaba de vez en cuando.

Ya habíamos llegado a esa parte del juego en la que se podían formar las figuras. Si tenías las cuatro partes de un mismo personaje, nadie podía quitártelas. Cuando comprendí que a Jessy iban a tocarle mis dos preferidas, se me hizo un nudo en la garganta. Me parecía cuestión de vida y muerte hacerme con la camarera y la enfermera.

—Toma —dijo Jessy, y señaló a la mujer de las gafas de sol, de la que solo me faltaba la barriga—. Quédate esta. Así, la tendrás entera.

La mujer tenía una melena negra, larga y lisa, que le caía hasta los hombros. En la parte de arriba solo llevaba un bikini, tenía los pies finos y bonitos e iba descalza. Me recordaba a mi madre.

Noté que me sonrojaba. De repente me pareció mal estar triste por mi camarera. Como si fuera un mal presagio. Me di cuenta de que algo bullía en mi interior.

Con un ademán imperioso, tiré todo el juego de la mesa. Estaba furiosa con Jessy. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

—¡Todo es culpa tuya! —grité—. ¡Todo esto ha pasado solo porque intentó protegerte!

Ella retrocedió un paso y se quedó en un rincón, cohibida.

—Vete a tu casa —dije con frialdad, y señalé a mi hermana, que dormía tranquilamente en el cochecito—. Puedo cuidarla yo sola.

Jessy me miró y durante un momento temí que fuera a echarse a llorar, pero enseguida salió por la puerta. Era consciente de que le había roto el corazón; jamás la habíamos enviado a su casa.

Hacia el mediodía, todos regresaron del juzgado, sudados y exhaustos. Enseguida lo vi en sus rostros: a mi madre no le había salido bien. La abuela Martha había asegurado sin parar que ella, como coheredera legítima, le había dado su consentimiento, pero ni siquiera eso logró hacer cambiar de opinión al juez, que dictaminó que mi madre se había apropiado indebidamente de los muebles para venderlos.

Mi madre temblaba de ira mientras me lo explicaba. Lo que más le indignaba era que la Bopp había mentido al tribunal. Había tenido el cuajo de recurrir a la justicia de oficio, cuando en realidad recibía una considerable pensión oficial por su difunto marido.

—Eso es engañar al tribunal —insistió mi madre.

Pero el viejo juez había creído a la Bopp, una «ciudadana honrada», como la llamó él.

—¿Y yo qué? ¿Yo no soy una ciudadana honrada?

Mi madre no solo debía devolverle a la Bopp una parte proporcional del dinero que había ganado con la venta del cuarto de huéspedes, también tendría que cargar con las costas del juicio.

—¿Cuánto es en total? —pregunté en voz baja.

—Mucho —se limitó a contestar—. Muchísimo.

¿Qué significaba «muchísimo»? ¿Y qué pasaría si no podíamos pagarlo? ¿Acabaría mi madre en la cárcel?

—Tú no te preocupes. Se puede pagar a plazos —me explicó—. Además, pronto tendré mi diploma.

Me acarició la cabeza y conseguí tranquilizarme un poco. Entonces recordé otra cosa: ¿no tenía pronto también una reunión con el señor Engel? ¿No iban a ascenderla?

Mi madre asintió.

—Subiré un nivel en la escala salarial. Eso ayudará.

—¿Y qué pasará con la niña? ¿Quién la cuidará?

—De la cría ya *m'ocupo* yo —repuso la abuela Martha, secándose el sudor de la frente.

Mi madre asintió. Comprendí que agradecía el apoyo de sus suegros, pero, en cuanto estuvimos solas en la vivienda de arriba, se desmoronó. Parecía que algo se había apagado en su interior. Era como si hubiera perdido algo mucho peor que ese juicio. Algo como la esperanza o la seguridad. Un componente invisible que confería a su cuerpo el nervio que de pronto le faltaba. Ni siquiera preguntó dónde estaba Jessy. Aun así, se obligó a ponerse su pintalabios rojo y salió con la abuela Ella tras de sí. Había decidido pedir inmediatamente una reunión con el señor Engel.

—Tengo que saber a qué atenerme —dijo.

Cuando regresó, todo su cuerpo transmitía un cansancio increíble. Solo me atreví a hacer una pregunta.

—¿Cómo ha ido?

—De maravilla —dijo, sucinta y sin mirarme—. Tú no te preocupes.

Ya pasaban las doce, pero mi madre no parecía tener intención alguna de preparar la comida. En lugar de eso, fue al salón, abrió el mueble-bar, se sirvió un vaso de licor de pera y lo vació de un trago. Después se acercó a la ventana, bajó las persianas para que no entrara el calor y encendió la tele.

El resto de la tarde se lo pasó en la cocina, y estaba claro que no quería que la molestaran. A mi hermana la dejó conmigo en el salón, dormida en su balancín, algo que no solía hacer porque siempre quería tenerla cerca.

Yo me acercaba a mi madre con sigilo una y otra vez, peor que Pepper cuando mendigaba comida. En más de una ocasión entré en la

cocina a buscar algo de beber, pero, por mucho que me esforzara, me era imposible cruzar una mirada con ella. Estaba sentada con cara de concentración ante un libro muy grueso que llevaba el inquietante título de *Las manos hechiceras.* Y a mí, por más cubitos de hielo que me echara en el agua, no me hacía ni caso. Por lo visto, le daba igual que me entrara dolor de barriga.

Me dejó ver la tele mucho más que ningún otro día. Primero *Diente de León,* luego *Lo nuevo de Uhlenbusch.* Mi serie preferida era con diferencia *El doctor Snuggles,* loco inventor y «amigo de todo ser viviente». En *El doctor Snuggles,* los árboles y los arbustos tenían caras sonrientes y solo había criaturas misteriosas y cordiales. Wuki, el camello con pecas que vivía en la nube del País de los Sueños Lavanda, era mi preferido.

Cuando salieron los créditos, canté la canción como hacía siempre. La animada melodía llena de florituras tenía notas agudas que me costaba alcanzar. Fue entonces cuando comprendí que me pesaba la conciencia por lo de Jessy. Normalmente cantábamos juntas la canción. Me levanté y apagué el televisor. Me zumbaba la cabeza. En el repentino silencio, de pronto oí unos leves sollozos. Me puse alerta enseguida. Al principio pensé que venían de la cocina, pero luego lo entendí. Corrí hacia el balancín.

—¡Mamá! —No recordaba haber gritado tanto nunca.

Una de las persianas del salón estaba bajada solo a medias, la ventana estaba abierta y la brillante luz del sol caía justo en el lugar donde estaba el balancín con mi hermana. Mi madre llegó corriendo, pero ya era demasiado tarde. La niña tenía toda la carita colorada. Parecía dolerle mucho y lloraba. Yo no encontraba consuelo. ¿Cómo no había oído su llanto?

—No es para tanto —dijo mi madre con aspereza—. Un poco de *aftersun* y se pondrá bien.

Vi entonces que se había llevado consigo la botella de licor de pera del salón. Y que estaba medio vacía.

Me la quedé mirando. Salvo por el fugaz instante en que había tenido que mirar a la desgracia a la cara, parecía absolutamente desinteresada.

10

El día que regresaba mi padre, mi madre y yo fuimos en coche al aeropuerto de Fráncfort. Nunca habíamos ido a buscarlo al aeropuerto, yo estaba muy emocionada y me había puesto mi vestido preferido, el amarillo. Me asombró la facilidad con que mi madre se orientaba en esa «terminal» solo con mirar los símbolos de los carteles: una maleta era la recogida de equipajes, una línea en zigzag representaba una escalera mecánica. El edificio estaba dividido en zonas para diferentes pasajeros que se llamaban A, B y C. Nosotras teníamos que ir a la terminal B, la de llegadas, pero mi madre había calculado tiempo de sobra para que pudiéramos curiosear un poco por allí. La gran terminal de salidas, los mostradores de facturación y el panel indicador me dejaron fascinada. Sin embargo, lo que me pareció más impresionante de todo, y también algo angustioso, fueron unos aviones antiguos que colgaban del techo con unas cuerdas: ¿cómo conseguía un cable tan fino soportar tanto peso? Por una estrecha galería interior que recorría toda la primera planta se llegaba a una terraza al aire libre para visitantes. Podría haberme pasado horas allí fuera, mirando los vuelos de aproximación y los despegues de los aviones blancos. Preguntándome qué se sentiría al volar.

Cuando llegó el momento y los primeros pasajeros salieron de la zona de seguridad a la terminal de llegadas, mi madre se irguió. También ella se había arreglado, llevaba un collar de perlas encima de una blusa de cuadros con hilo plateado, se había puesto los zapatos marrón rojizo de tacón alto y además se había maquillado. A mi hermana, tras mucho pensárselo, la había dejado con su madre al cuidado de la abuela Martha. Mi padre no tardaría en descubrir el incidente de la quemadura solar.

Estuvimos un rato esperando sin que pasara nada. Me costaba ocultar mi curiosidad. Nunca había visto tantos chinos juntos. Los únicos que conocía eran los que llevaban el restaurante chino de la calle donde vivía la tía Lu, que una vez nos había llevado a comer allí cuando fuimos a verla a Ludwigshafen.

Y entonces mi padre cruzó la puerta. Se detuvo un momento, miró alrededor y no nos encontró. Se lo veía flaco de los hombros y parecía agobiado entre toda esa gente que se abría paso a su lado y que no sabía muy bien en qué dirección ir. Cuando su mirada por fin dio con nosotras, se le iluminó el rostro. Sonrió. Con cierta inseguridad, sí, pero al menos era una sonrisa. Se me aceleró el corazón. Hacía días

que temía y a la vez anhelaba el reencuentro.

Mi padre me dio un largo abrazo y también estrechó un momento a mi madre «para celebrarlo». Me fijé en que ella le llegaba justo a los hombros. ¿Cómo no me había percatado antes? ¿Tal vez porque casi nunca se abrazaban? Sin embargo, a mi padre se le endureció la expresión al observar a mi madre con más detenimiento. Enseguida supe por qué. Ni siquiera la larga falda oscura podía ocultar lo grande que se le había puesto el trasero. Mi padre miró enseguida a derecha y a izquierda, casi como si temiera que los demás viajeros pudieran estar observando a su gorda mujer. En efecto, un par de azafatas que miraban en nuestra dirección mascullaron algo y rieron. ¿Hablarían de mi madre? Noté que se me humedecían las manos.

Cuando salimos al aparcamiento, la sonrisa de mi padre había desaparecido. El BLOQUE DEL ESTE había regresado. Arrastraba su maleta de ruedas con gesto sombrío y no decía nada. Me pregunté qué podía explicarle yo para levantar los ánimos. Tal vez algo del señor Hugo y el colegio, pero decidí que era mejor seguir callada. Al final, aún se me escaparía que la abuela Ella estaba viviendo con nosotros. No había oído que mi madre le dijera nada de eso cuando él llamaba desde China, aquel mundo extraño. Como no podía soportar la idea de que le ocultara un cambio tan enorme a mi padre, un día le pregunté por ello, pero solo me contestó: «Tengo que encontrar el momento oportuno. ¡No te vayas de la lengua, por favor!».

No obstante, mi padre tampoco preguntaba nada. Estaba cansado del largo viaje, y no era de extrañar, porque al fin y al cabo había cruzado medio planeta. En cuanto nos subimos al coche, empujó la cinta que estaba colocada en el radiocasete y las profundas canciones de Jennifer Rush lo cubrieron todo.

En casa, mi padre sacó los dulces que compraba siempre en el *duty-free* y que tanto nos gustaban a todos: caramelos de frutas Cavendish & Harvey, bien gruesos y recubiertos de azúcar glas. Los pequeños «confites», como los llamaba la abuela Martha, se apilaban en la lata redonda blanco sobre blanco. Su color solo se descubría cuando te metías uno en la boca y lo chupabas. Los caramelos que sabían a mandarina eran de color naranja y tenían forma de mandarina; los de limón eran amarillos y henchidos como limones; los de un rojo oscuro sabían a moras y rebotaban en la lengua como una mora de verdad. Durante la escala en el aeropuerto de Moscú, mi padre también había comprado una matrioska para mí.

Se alegró de que nos gustaran los regalos, y además la abuela Martha le había dado una bienvenida digna de un hijo pródigo. También le gustó mucho ver que mi hermana tenía una nueva

habilidad. En lugar de gatear, se había acostumbrado a rodar todo a lo largo del salón, de pared a pared. Mi madre le había puesto una chaquetita con una capucha grande que le tapaba toda la frente. Mi padre se echó a reír dándose palmadas en los muslos; esa era la clase de humor que le gustaba. Mi hermana, que debió de sentirse reforzada ante tanto entusiasmo, lanzó grititos de júbilo y siguió rodando por el parqué y la alfombra produciendo un clac-clac-clac mecánico. Respiré tranquila. Tal vez hubiera suerte y el incidente pasara inadvertido. Sin embargo, mi padre le vio entonces la quemadura, que todavía no se le había curado del todo. Tenía toda la carita pelada.

Enseguida se puso como un basilisco, completamente fuera de sí.

—¡Eso son lesiones físicas! —exclamó.

Quería llevársela al médico en ese mismo instante.

—Fue hace días —adujo mi madre, y se cruzó de brazos—. No le ha pasado nada.

Mi padre la fulminó con una mirada llena de ira.

—No eres capaz ni de cuidar de las niñas. ¿Qué clase de persona eres? —Meneó la cabeza con decepción—. Y es evidente que ni siquiera lo lamentas.

Mi madre se mordió los labios, pero no dijo nada. Justo entonces, la abuela Ella entró por la puerta. Se había echado una larga siesta y, a causa de la pelea, mi madre no había tenido ocasión de explicarle a mi padre ese otro secreto.

—¿Quién es este *hombrrre?* —preguntó la abuela Ella al verlo.

Mi padre se la quedó mirando como si hubiese visto un fantasma. Después volvió los ojos hacia mi madre.

—Han pasado muchas cosas —dijo ella—. Tengo mucho que contarte.

—¡La abuela Ella vive con nosotros! —exclamé, y enseguida me tapé la boca con la mano.

Se me había escapado. No había sido capaz de guardar el secreto.

¿Cuándo exactamente empezó mi madre a jugar al escondite?

No en pocas ocasiones se enfrentó a mi padre con una política de hechos consumados. Tenía sus motivos, eso sin duda, pero a él debía de molestarle enterarse de tantas cosas a posteriori.

«¿Por qué nunca me cuentas nada?», es una de sus frases célebres.

¿Fue el secretismo de mi madre la causa de que perdiera la confianza inicial de mi padre? ¿O fue ese secretismo el resultado de una desconfianza inicial?

De niña, la expresión «rodearse de silencio» me fascinaba. Como si el silencio fuese una capa con la que te volvías invisible. Y, en cambio, a veces te hace más visible aún.

Una persona que no habla con nosotros se convierte en un enigma. Su silencio la va transformando en una imagen que intentamos interpretar.

Cuando de pequeña veía películas de cine mudo, me extrañaba ver esas caras sin que se oyera ningún diálogo. Sin embargo, me gustaba la calma que transmitían los recuadros de texto. No importaba la energía con que alguien abría la boca: lo único que se oía era una música de piano. Visto ahora, esa fascinación infantil me resulta casi inquietante. Al fin y al cabo, uno de esos gritos también podía ser un grito de socorro.

Dicen que quien escribe tiene un problema con la lengua hablada.

Pero escribiendo también puedes esconderte. Es-crito; es-grito. Apenas una insignificante letra de diferencia.

11

La pelea de mis padres duró hasta la noche. Solo me enteré a medias por sus voces amortiguadas, porque estuvieron discutiendo en la cocina y con la puerta cerrada. Yo estaba en el salón con la abuela Ella. Mi hermana pequeña dormía arriba, en su cama. Era extraño, pero me sentía mejor desde que había desvelado el secreto. En efecto, «teníamos problemas en casa», pero el hecho de que mi padre estuviera de vuelta me transmitía al mismo tiempo una sensación de seguridad.

A sus ojos, aquello debía de representar un auténtico castigo divino. Seguramente no habría sabido decir qué le parecía peor de todo, si su mujer, que volvía a estar «descontrolada», la niña con quemaduras solares, o su suegra, que de pronto vivía con nosotros. La carga que implicaba todo ello para mi madre, lo agotadoras y agobiantes que habían tenido que ser para ella esas últimas semanas, era algo que no llegaba hasta él. Y, como de costumbre, al final solo había una cosa que le importara: el físico de mi madre. Lo terrible que le resultaba que «lo vieran con ella por ahí».

En cierto momento, cuando la puerta se abrió y mi madre salió de la cocina con la cara colorada, mi padre exclamó tras ella:

—¡Y se acabaron todas esas maniobras de distracción! Te exijo que adelgaces, y de inmediato. Si no…

—¿Si no, qué? —preguntó ella con incredulidad.

—No podré seguir viviendo así —dijo mi padre.

Ella, aunque costara creerlo, accedió. En otras circunstancias, jamás se habría dejado arrinconar de esa manera, pero estaba desesperada y eso la llevó a sacar la báscula de cristal «de la cámara de los horrores» y colocarla en el cuarto de baño. A partir de ese momento tendría que pesarse todas las mañanas. Bajo la «supervisión» de mi padre. Cada vez que lo hacía, la humillación se le encendía como un letrero luminoso en la frente.

Como no se sabía cuándo le darían el alta al abuelo Adam en el hospital, seguíamos viviendo los cinco bajo un mismo techo. Para mi madre, el transcurso del día continuaba siendo el mismo ahora que mi padre volvía a estar en casa. Él no se atrevía a cuidar de la abuela Ella, se negaba a hacerlo, aunque mi madre tampoco se lo pidió ni una

sola vez. Se decían solo lo imprescindible.

Sin embargo, mi padre sentía la imperiosa necesidad de explicar sus vivencias de China, las observaciones y los conocimientos que se había traído con él. Entre tanta agitación, no empezó a contarnos nada hasta varios días después de su regreso y, como mi madre estaba tan ocupada con la abuela Ella y a él lo trataba con tanta frialdad, yo me convertí en su público.

—¿Sabéis qué consigna lanza el tal Deng a su pueblo? —preguntó en la mesa, mientras cenábamos.

Yo negué enérgicamente con la cabeza, porque al fin y al cabo debía interpretar el papel de la ignorante por iluminar. Y, por supuesto, tampoco tenía ni idea de nada de lo que explicaba mi padre. Mi madre estaba ocupada cortándole la cena en bocados pequeños a la abuela Ella, que ya casi no sabía usar el cuchillo.

—«¡Enriqueceos! ¡Enriqueceos!» —exclamó mi padre—. Esa es la consigna. —Se dio unos golpecitos en la frente—. Por todas partes se ven parejas de chinos jóvenes que quieren tener hijos. Y Estados Unidos de pronto es un «amigo». Hace nada era el enemigo, y ahora es su amigo. No hay quien lo entienda.

En China también había visto muchas «locuras». Además de las máquinas y las fábricas, lo que más había interesado a mi padre, por supuesto, era también el mundo de la agricultura. En la provincia en la que había estado tenían campos inmensos plantados con crisantemos que por las noches iluminaban con bombillas. Cultivar flores era más rentable que plantar arroz.

—Y la electricidad que gasta algo así… —Parecía que cargara él solo sobre los hombros con todo el peso que suponía eso para la naturaleza.

Aunque yo no lo entendía todo, sí veía clara una cosa: que se sentía orgulloso de haber estado tan lejos, pero también se le notaba la alegría de volver a sentarse a la mesa de su cocina. No contó mucho sobre su trabajo, pero sí hizo un par de comentarios acerca de que no todo había salido como esperaba. Precisamente durante su estancia, el gobierno chino había decretado un «parón del crecimiento» y había instaurado un ritmo más lento. La industria y la agricultura debían crecer solo la mitad que el año anterior, por lo que la empresa solo había firmado uno de los dos encargos que tenían previstos. Con el otro, los chinos habían dado marcha atrás.

—Pero el viaje ha sido un éxito de todos modos —dijo, y yo asentí.

Mi padre no dejó lugar a dudas sobre lo «contentísimo» que estaba de haber vuelto a casa, y no solo porque «ya no era capaz de comer un grano más de arroz».

—Hasta que no se va uno lejos —dijo—, no aprende a amar su hogar.

Y puesto que ese amor, por lo visto, había crecido tanto, se alegraba como un niño de que «nuestra hermosa comarca» recibiera en esos momentos la atención de todo el país.

En la primera cadena daban una nueva serie, *Tierra natal,* que se había rodado en un pueblo de la cordillera de Hunsrück, no muy lejos de Obach.

—A cincuenta kilómetros de aquí, como mucho —calculó mi padre en un mapa plegable.

Los actores, muchos de ellos sin experiencia previa, hablaban en un dialecto parecido al que hablaba también la abuela Martha. Yo no entendía una palabra, y a mi madre le pasaba lo mismo.

—El país entero tiene la mirada puesta en nuestra región —presumió mi padre.

Tierra natal fue también el motivo por el que nadie volvió a interesarse demasiado por el juicio y el cuarto de huéspedes presuntamente robado. Cualquiera de sus episodios era mucho más emocionante y nadie quería perdérselos. Las calles de Obach se quedaban desiertas en las horas en que se televisaba.

Mi madre no tenía que pesarse en la báscula todas las mañanas, como había amenazado mi padre, pero sí una vez a la semana. Y las expectativas de su marido estaban claras: los kilos «tenían que bajar».

Primero lo intentó con la dieta del apio, luego con la de la patata y finalmente con una de colores en la que solo se comían alimentos que fueran de color rojo o naranja. Manzanas, pimientos, tomates, rabanitos, remolacha, sandía, guindas, pero en ningún caso cerezas, que tenían muchísimas calorías. La aguja, sin embargo, no bajaba ni un milímetro.

—No todas las dietas funcionan igual de bien para todo el mundo —se justificó mi madre.

Pero mi padre no quería dejarse convencer. Para él solo contaban los números. «Los hechos.»

Por lo menos mi madre no seguía engordando, aunque a mi padre los ojos le decían otra cosa. Molesto, cambió la báscula, no sin enfadarse con el fabricante por la calidad del producto, que al fin y al cabo era de marca alemana.

El nuevo modelo indicaba incluso una pérdida de peso, aunque a simple vista no se notaba nada. Mi padre se encontraba ante un enigma.

—Qué raro. ¿Cómo puede ser?

Miró a mi madre. Fue una mirada extraña. Confusa, inocente y, sin

embargo, profundamente desconcertada porque eran nada menos que sus queridos números los que le decían que su percepción estaba equivocada.

Una mañana, cuando bajaba la escalera medio dormida, vi que mi padre se había plantado en mitad de la cocina.

—¿Qué? —pregunté, y los miré a mi madre y a él—. ¿Qué pasa?

—¿Es en serio? —le preguntó mi padre a mi madre—. ¿Acaso pretendes tomarme por tonto?

Dirigió una elocuente mirada a la fregona con la que mi madre limpiaba el suelo y que también solía guardar en el trastero. Desde hacía un tiempo estaba en un rincón del cuarto de baño. Justo al lado de la báscula que mi padre señalaba con ira.

—Me has mentido.

Los miré al uno y al otro.

—¿Cómo que te ha mentido? —quise saber, aunque mi padre no se dignaba mirarme.

—Seguramente incluso has practicado en secreto. ¿A que sí? —Se cruzó de brazos—. Si te apoyas mientras te pesas, claro que pesas menos. —Y chasqueó con la lengua—. Qué astuta…

Mi padre casi tenía un aire triunfal, como un detective que por fin, ¡por fin!, había conseguido probar la culpabilidad de un delincuente al que llevaba mucho tiempo persiguiendo. Tardé unos segundos en entenderlo. Mi madre había trucado el resultado que daba la báscula. Cada vez que se subía a la plataforma de cristal, tenía la fregona en la mano, como por casualidad, y se apoyaba en ella sin que se notara. Sus trampas me dejaron sin habla.

—¿Qué más me ocultas? —preguntó mi padre, casi a gritos—. ¿Qué más sucede aquí, a mis espaldas? —Se irguió ante mi madre con una expresión muy severa—. Ya no llegan más cartas de tu escuela de idiomas. —No le quitaba los ojos de encima—. ¿O sí?

Mi madre se puso colorada. De pronto reparé en que era cierto. ¿Qué había pasado con el examen pospuesto?

—Ya no estudias.

—El curso ha terminado —dijo ella en voz baja.

—¿Y bien? ¿Dónde está tu diploma?

Mi madre dudó un instante.

—No hay ningún diploma —contestó al fin.

—¿Cómo?

—Que no terminé el curso.

Era como si mi padre lo hubiera estado esperando, y entonces «se subió por las paredes». Yo no sabía cómo sentirme. ¿Cuándo había decidido mi madre dejar de estudiar? ¿Por qué no me había enterado

yo de nada?

—¿Y cómo es eso, por el amor de Dios?

Ella tomó aire.

—Erich-Engel tiene problemas. Van a despedir a gente.

—¿Desde cuándo? ¿Y por qué no me habías contado nada?

—No me has preguntado.

Mi padre saltó y empezó a rebuscar como un loco en el revistero donde guardábamos los periódicos antes de que acabaran en la basura. Se puso a hojear con dedos nerviosos la sección de noticias locales.

—Mientes. Aquí no dice nada de eso.

—Me lo ha explicado mi jefe. En privado. No puede volver a contratarme.

Le temblaba la barbilla, pero mi padre no hizo caso.

—Aunque sea cierto, ¿qué es eso de dejar la escuela porque sí? —Parecía asqueado—. Tanto dinero malgastado. Otra vez para nada.

Mi madre lo miró entornando los ojos y tensó los hombros. Por lo visto, empezaba a estar harta de tener que mostrarse siempre arrepentida.

—¿Sabes lo que significa eso para la región? ¿Sabes cuántos puestos de trabajo van a perderse? —dijo.

—Y a mí qué —replicó mi padre—. A mí qué me importan los demás.

Al día siguiente, mi padre volvió a casa antes que de costumbre. Mi madre y yo estábamos sentadas a la mesa de la cocina, pelando patatas para la cena; primero yo les quitaba la tierra con un cepillo y luego ella las pelaba. Mi padre, pálido, dejó la cartera encima de la mesa con un gesto llamativo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi madre, mirándolo extrañada.

—Que ese calzonazos sin carácter ha decidido ascender finalmente al *junior*.

Mi madre se quedó helada.

—La sangre tira —comentó con cautela.

—Sí, claro, ¿por qué, si no? —siseó mi padre—. Y me ha echado en cara que el encargo de China no ha sido suficiente.

Me quedé de piedra. Primero, la noticia del cierre de la fábrica de artículos de cuero y ahora, eso.

Por la noche, en la cama, la cabeza me iba a mil por hora. De repente, todo mi mundo se tambaleaba. ¿Cómo iba a pagar mi madre tanto dinero sin un ascenso, sin un trabajo siquiera? ¿Iban a despedir

también a mi padre porque solo había conseguido «cerrar» un encargo, en vez de dos? ¿Qué pasaría con las deudas judiciales? ¿Tendríamos suficiente dinero para comprar comida? ¿Y para ropa?

Estuve dando vueltas de un lado a otro y, cuando ya no supe qué más hacer, volví a bajar al salón.

Allí estaba mi padre, mirando fijamente la pantalla desde el sofá. Mi madre, en el sillón, se abrazaba a un cojín tras el cual intentaba ocultar la barriga.

En la tele estaban dando las noticias. Salía el canciller Kohl dejando una corona de flores en un cementerio. La cámara, fascinada también por la escena, enfocaba en primer plano al enorme jefe de Estado alemán junto al presidente francés, un hombre bajito y delicado. Se estrechaban las manos, tan desiguales como ellos mismos, en un saludo interminable.

—¿Qué están haciendo? —pregunté.

En lugar de responder, mi padre alcanzó el mando a distancia y apagó el televisor.

En el salón se hizo un silencio que ocupó el espacio hasta lo alto del techo mientras en el televisor se iba apagando la franja blanca horizontal en que se había convertido la imagen.

Dejó que viéramos cómo apoyaba la cabeza en las manos. Después se llevó una mano a la sien con preocupación. «Estar mustio», llamaba mi madre a esa pose.

—Ni te imaginas lo que me estás haciendo —dijo mi padre en voz baja, y miró a mi madre de arriba abajo.

12

Me he hecho rico
porque he sido el más duro entre los duros
y el más tenaz entre los tenaces. Y nunca
he dejado de ser un hombre honesto.

EL TÍO GILITO

El abuelo Adam murió a principios de diciembre. Fue una sorpresa para todos. Nadie lo vio venir. Nadie. Ni los médicos ni tampoco mi madre.

—Casi *pa'l* día de difuntos[1] —sentenció la abuela Martha.

En mitad del capítulo diez de *Tierra natal,* el corazón «debilitado por la carbonilla» del abuelo Adam había dejado de latir. Su hígado sobrecargado de analgésicos se había rendido.

Por inesperada que fuera la muerte de su padre, la reacción de mi madre fue tranquila y sobria. Casi no derramó ni una lágrima y, si se sentía tentada de llorar, echaba la cabeza hacia atrás un momento y desaparecía por la puerta para regresar apenas unos minutos después con los ojos secos.

Le dio muchas vueltas a dónde enterrarlo, si en el cementerio de Himmelstädt o en Obach.

—O en Polonia —sugirió mi padre.

—No digas tonterías —le recriminó mi madre—. Con lo que le costó salir de allí. No tengo ninguna intención de enterrarlo en Polonia.

Durante el sermón del funeral, se enfadó mucho porque el padre Bauer pronunció su apellido en polaco, o lo que él consideraba polaco.

—El apellido se pronuncia a la alemana. Tal como suena. Con *i,* no con *j* —lo corrigió mi madre en un susurro.

El padre Bauer se disculpó a media voz, aduciendo que había querido pronunciarlo de la forma más correcta. Eso del «silesio» parecía agobiar a todo el mundo.

Muy pocas personas asistieron a la recepción posterior, que se celebró en el centro comunitario, con bebidas y pasteles. Ver a esa gente vestida de negro y sentada sin decir nada ante los platos y las tazas me resultó inquietante. Las únicas que no íbamos de luto éramos Jessy, mi

hermana y yo. Yo me había puesto un jersey de lana azul marino que me picaba horrores. A mi madre le había parecido exagerado vestirme más oscura que eso.

La abuela Ella se echaba a llorar cada vez que alguien le daba las condolencias y, al hacerlo, le recordaba la muerte de su marido. Entre pésame y pésame, sin embargo, olvidaba para quién era aquella despedida pese a su pañuelo blanco anudado en el regazo. Se la veía «más perdida que un pulpo en un garaje» entre los presentes.

Yo casi estaba demasiado ocupada intentando interpretar las expresiones de los adultos para sentir nada en mi interior. Estaba triste, eso sí. El colorido follaje otoñal me parecía demasiado alegre bajo mis pies, y el azul del cielo, inadecuadamente azul. Pensé en la última vez que había visto al abuelo Adam, en el hospital. Recordé la luminosa mirada azul oscuro de sus ojos y su brillante calva.

Sobre todo, sin embargo, intentaba mantenerme alerta. Notaba que la relación de fuerzas entre mis padres había cambiado. Ni Erich-Engel, ni el título, ni ninguna dieta habían salido a colación esos últimos días. Tampoco se había vuelto a hablar de que mi padre «no pudiera seguir viviendo así». Resultaba doloroso verlo de tan buen humor, casi eufórico, lo cual no era para nada apropiado en un entierro. Ese fin de semana habíamos recibido la visita de un arquitecto y mi padre y él se habían aplicado al estudio de unos planos muy complicados que extendieron en la mesa de la cocina.

También la tía Lu se dio cuenta de que pasaba algo raro. Nada más plantarnos a mi madre y a mí uno de sus besos de humo de tabaco en la mejilla y darnos el pésame, entornó los ojos.

—Luego —se limitó a decir mi madre—. Luego hablamos.

Mi tía seguía cautivada por un libro que habían comentado en su club de lectura. Un periodista se había disfrazado de trabajador inmigrante turco y había descrito las indignantes escenas que había vivido en el mundo laboral.

—¿Cómo se le puede pagar tan poco dinero a alguien por limpiar váteres? —La tía Lu dio una calada a su cigarrillo—. O por deslomarse en una obra. Es inconcebible.

—Por eso es tan importante para mí —dijo mi madre en voz baja, como si hablara consigo misma— pagar bien a las personas que trabajan para nosotros.

—¿A qué te refieres? ¿Pagar a quién? —La tía Lu aguzó el oído.

—Nada, nada —repuso ella, quitándole importancia.

Al final de la recepción, mi madre nos comunicó que había decidido que la abuela Ella se quedara con nosotros para siempre.

La tía Lu negó con la cabeza, horrorizada.

—Tienes dos niñas y te ocupas de una tercera. —Señaló con discreción a Jessy, que estaba hurgándose la nariz, ensimismada.

Hacía tiempo que habíamos vuelto a jugar juntas. Ni ella ni yo dijimos nada de nuestra pelea.

—Ay, no merece la pena ni mencionarlo —dijo mi madre.

—Y un cuerno que no. —La abuela Martha arrugó la nariz—. Esa cría vive mismamente en nuestra casa.

—Pensaba que querías volver a trabajar —dijo la tía Lu.

Vi que mi madre se removía intranquila en su silla.

—¿Y qué voy a hacer con ella, si no? ¿Meterla en un asilo?

—Tendrás que hacerlo sí o sí. Tarde o temprano —opinó la tía Lu bajando la voz, y señaló a la abuela Martha y al abuelo Ludwig con un discreto gesto de la cabeza—. Al menos por el alzhéimer. Te lo digo.

—De ninguna manera.

—No sabes lo que te estás haciendo con esto —insistió mi tía.

—Lo he prometido —repitió mi madre.

—¿A quién?

—A mi padre. En su lecho de muerte.

La tía Lu soltó un hondo suspiro. Me daba cuenta de que le habría gustado zarandearla. Se volvió hacia mi padre, su hermano, que, sin embargo, enseguida cruzó los brazos en el pecho a la defensiva.

—¿Y tú? ¿Qué dices de todo esto?

—Yo me mantengo al margen.

—Eso es evidente —masculló mi tía, para luego seguir hablándole a mi madre con insistencia—. Aún puede vivir una eternidad. Diez años. O incluso más. Veinte.

Mi madre se encogió de hombros. Tenía la decisión tomada desde hacía tiempo; se ocuparía de la abuela Ella.

La tía Lu hizo un último intento y se inclinó por encima de la mesa para tomar a mi madre de las dos manos.

—No podrás volver a trabajar. No mientras viva. ¿Lo tienes claro?

Mi madre no apartó las manos, pero bajó la mirada.

—No olvides que le pagan por ello —se entrometió mi padre, y enseguida se puso a calcular cuánto dinero le pagaría el seguro médico a mi madre todos los meses como subsidio de asistencia por encargarse de sus cuidados—. Es más de lo que ganaba con su trabajo en la fábrica de artículos de cuero —explicó.

—Aun así —dijo Lu—. No hay dinero en el mundo que lo compense.

Las manos de ambas mujeres seguían unidas, lo cual, por algún motivo, me resultó desagradable. También mi padre contemplaba con recelo esa escultura.

—¿Y dónde dormirá?

—Bueno —dijo mi padre, no sin cierta satisfacción—. Tenemos que contarte una cosa. Y… Ela, a ti también.

—¿Qué tenéis pensado? —Mi tía estaba visiblemente alarmada.

—Bueno… Vamos a hacer obras. Construiremos una casa nueva,

grande y bonita. En la que cabremos todos.

La tía Lu miró a su hermano con espanto. Yo también estaba sorprendida. O sea que era eso lo que escondía la visita del arquitecto y sus complicados planos.

—¿Vamos a mudarnos? —Me sentía al borde de las lágrimas.

¿Por qué no me habían dicho mis padres nada de eso?

Mi madre, que pareció leerme el pensamiento, se arrodilló a mi lado.

—Primero queríamos hacer bien las cuentas.

—No nos iremos de Obach. Solo nos trasladaremos a la zona nueva —me tranquilizó mi padre.

Tragué saliva. Aun así, Jessy y yo ya no seríamos vecinas.

¿Y Pepper?, pensé. ¿No decían que los gatos solo se acostumbraban a vivir en una casa en concreto?

—¿De dónde vais a sacar tanto dinero? —La tía Lu los miraba al uno y al otro, pero al final clavó la mirada en mi madre—. Un momento. ¿Cuánto has heredado de tu padre?

Mi madre dudó.

—Medio millón —dijo al final.

Vi cómo a la tía Lu se le atragantaba el bizcocho con crema de mantequilla.

—¿Eso es mucho? ¿Es que somos ricos?

De pronto era yo la que miraba a mis padres por turnos. Mi padre se quitó las gafas, las sostuvo ante sí y echó vaho en los cristales para luego limpiarlos con un pañuelito especial.

—¿Es que somos ricos? —repetí—. Entonces… ¿podemos comprarle también una mansión de la Barbie a Jessy? ¿Como regalo de Navidad?

—No —dijo mi madre enseguida, cuando reparó en la mirada amenazadora de mi padre—. No podemos.

1 En Alemania, el Día de Difuntos se celebra el último domingo antes del Adviento, que puede caer entre el 20 y el 26 de noviembre. *(N. de la T.)*

—¿Por qué no decidiste marcharte entonces? —le pregunto—. Podrías haber alquilado un piso en la ciudad y contratar a una niñera. Incluso a una cuidadora.

Mi madre me mira con auténtica sorpresa. Como si fuese la primera vez que ve esa posibilidad. Jamás se habría permitido algo así: que otros hicieran su trabajo. No importa por cuánto dinero.

A causa de los comentarios despectivos de mi padre, la prosperidad de mis abuelos maternos siempre estuvo teñida de un aura de ilegitimidad. Al fin y al cabo, mi abuelo «solo» había sido minero, no podía haber ganado tantísimo dinero «trabajando honradamente».

Nunca he entendido qué sospecha pretendía expresar con eso: ¿que el dinero procedía de negocios turbios? ¿De atracar bancos? ¿De juegos de azar?

Mi abuelo llegó a Alemania sin nada en los bolsillos. Para conseguir la documentación que le permitió viajar tuvo que vender todas sus pertenencias y, así, sobornar a los funcionarios polacos.

—El piso acabó quedándose tan vacío —recuerda mi madre— que yo podía dar vueltas con mi triciclo por allí dentro.

La ayuda inicial que en aquella época recibían las familias de expatriados en el campamento de Friedland ascendía a doscientos marcos alemanes. Para trabajar en la mina, mi abuelo tenía que ir en su motocicleta NSU-Quickly hasta el Sarre, a noventa kilómetros. Durante la semana dormía en una residencia para hombres.

Pasó buena parte de su vida agazapado en oscuras galerías extrayendo carbón. Mi abuela siempre trabajó. En la granja, como dependienta, como madre. Así que me pregunto qué tenía su fortuna exactamente de «inmerecida».

TRES

1985: Año de las Naciones Unidas

Ave del año: el alcaudón dorsirrojo

1

De repente éramos «ricos».

Mi padre se lanzó a la planificación de la nueva casa. Según sus pronósticos, podríamos trasladarnos ya al año siguiente.

Lo que nunca había estado abierto a debate era construir en otro lugar que no fuera Obach, ni siquiera en la capital de distrito. Mi padre consideraba que sus dos niñas debían crecer «en la naturaleza», y mi madre solo había replicado a eso con un enorme suspiro.

Las críticas de mi padre remitieron. Era como si la herencia hubiese convertido el cuerpo de mi madre en algo insignificante.

A ello se le añadió que ella se sentía claramente «a gusto consigo misma» cuando cruzaba la plaza del mercado o iba a comprar. Parecía disfrutar sobre todo de las citas con el neurólogo que trataba a la abuela Ella. Sus ojos transmitían una alegría especial cuando regresaba de allí. Toda ella parecía entonces más liviana.

Mi padre no tardó en encontrar un solar adecuado: un prado en pendiente a la salida del pueblo, la llamada «zona de nueva construcción», donde solo había alguna que otra casa. Midieron el terreno y lo delimitaron con precisión. Abrieron una zanja enseguida e igual de deprisa vertieron los cimientos. A principios de febrero ya estaba listo el sótano con su «encofrado», una palabra que me resultaba inquietante. La casa iba a ser más grande aún de lo que habían planeado en un principio. Tendría tres plantas y la abuela Ella dispondría de su propia vivienda en la inferior.

El abuelo Ludwig estaba escandalizado con los planes de mi padre. Le parecía inconcebible que alguien tuviera «tantas ínfulas». A él, toda la vida le había bastado con sus libros y su pipa y con poder sentir «el sol en la cara», como decía siempre.

Jessy se quedó muda de tristeza cuando se enteró de nuestro plan de trasladarnos. Ya no cogeríamos juntas el autobús del colegio ni compartiríamos el mismo camino hasta casa. Le resultaría más difícil ir a visitarnos. Para llegar a la zona de nueva construcción había que ir en bici hasta el final del pueblo y, o bien recorrer «la carretera peligrosa», o bien cruzar «la carretera peligrosa», y luego pasar por unos huertos apartados. No dijo una palabra, pero me agarró el brazo con ambas manos y me hizo una «picadura de ortiga», como llamábamos a cuando, por diversión, nos dejábamos marca la una a la otra frotando la piel con fuerza. En realidad, solo le gustaba a Jessy.

Desde que habíamos perdido el juicio, la Bopp siempre se asomaba

triunfal a su ventana. Cuando los obreros entraban en nuestro patio por la tarde para cobrar la jornada, ella se apostaba a contemplar sus torsos musculosos.

Mi madre llamaba a eso ser «una desvergonzada».

Por lo menos, gracias a la herencia había podido saldar «de golpe» las costas del juicio. De la noche a la mañana, esa amenazadora cantidad se había vuelto insignificante.

A mí no me gustaba el camino hasta «la casa nueva». Casi siempre me llevaban mi madre o mi padre en coche. Cuando iba a pie, Pepper me seguía, pero a la altura del huerto de la abuela Martha se detenía como si hubiera encontrado un obstáculo invisible. Mi madre ya me había advertido de que no se vendría a vivir con nosotros. A mi padre le parecía perfecto, pero yo estaba muy triste.

Entre semana, mi madre iba en coche varias veces al día de la casa vieja a la casa nueva para controlar a los obreros o llevarles algo de comer.

Sin embargo, había también otra cosa que por entonces la tenía muy ocupada: además de todo el dinero, el abuelo Adam le había dejado la casa de Himmelstädt, y había que venderla.

Mi madre encontró enseguida a unos interesados. Un matrimonio de Fráncfort quería irse a vivir allí con sus tres hijos, pero antes de eso había que vaciar toda la casa, además de hacer unas cuantas reparaciones.

Les dio a elegir: si los compradores se hacían cargo de las reparaciones, estaría dispuesta a dejarles la casa por un precio menor; si no, la cantidad ascendía correspondientemente. Puesto que ambos trabajaban y andaban muy justos de tiempo, se decidieron por la opción más cara y firmaron un contrato por ella.

La tía Lu le echó la bronca a mi madre en cuanto se enteró.

—Tú ya tienes mucho que hacer. ¿Y ahora, además, esas reformas?

Era cierto. Los días de mi madre estaban saturadísimos. Todas las mañanas salía con el coche, cargada con mi hermana y la abuela Ella, para seleccionar ropa, envolver vajilla en papel viejo o visitar empresas de mudanzas que pudieran trasladar a Obach algunas piezas de mobiliario sueltas, como el sillón de la tele o el asador de pollos. El resto se lo dejaría a Cáritas. Los muebles antiguos más pesados no se molestó en venderlos. Solo la alfombra persa, a una tienda de muebles de segunda mano. A nuestra casa se trajo el balancín del porche que el abuelo Adam había comprado el verano anterior. En realidad, nosotros también teníamos uno desde hacía poco, pero a mi madre le pareció que en «la casa nueva» habría sitio para los dos muebles de jardín.

Y así fue como, de repente, en el patio teníamos dos balancines, uno frente al otro, algo perdidos, como dos niños que hubiesen acabado en

la misma familia por casualidad.

—Nadie tiene dos balancines en el jardín. —Jessy se rascó la cabeza al verlos—. ¿O sí?

No fue hasta que tomamos posesión de ellos, Jessy en uno y yo en el otro, la una con un libro y la otra jugando un solitario a las cartas, y nuestros cuerpos llenaron toda la longitud de los asientos, cuando compusimos una imagen armoniosa.

Mi madre tardó casi tres semanas enteras en recoger la casa de Himmelstädt. Después, cuando quedó vacía, se dispuso a empezar con las reformas. Lo más pesado era pintar los techos de las habitaciones, decía, porque acaba con tortícolis. También quitar el papel de las paredes era «una lata».

Los sábados me llevaba con ella, pero Jessy tenía prohibido acompañarnos. La Bopp toleraba que su recogida entrara y saliera de nuestra casa de Obach cuando quisiera, pero no le permitía nada más.

Por entonces, mi hermana ya había aprendido a caminar, pero mi madre la tenía en el parquecito la mayor parte del tiempo. La abuela Ella quería salir de casa todo el rato, a «pasear», y la abuela Martha se había ofrecido varias veces a llevarse a su consuegra al huerto. También yo intentaba convencer a mi madre de que podía ocuparme de mi abuela Ella, pero siempre me decía que no.

—Es demasiado peligroso.

Sobre todo, procuraba que no pasase mucho tiempo con ella. Decía que su presencia en la casa no debía ser una carga para mí.

Tanto durante las mañanas en Himmelstädt como en Obach, mi madre se veía obligada a cerrar con llave la puerta de la calle por dentro durante un rato, mientras escogía cosas en la casa o se ocupaba de las labores domésticas.

—Tengo que encerrarla —dijo una vez con lágrimas en los ojos—. A mi propia madre. ¿No es horroroso?

Por miedo a que o bien mi hermana o bien mi abuela pudieran caerse por la empinada escalera de mármol, mi padre instaló una valla de barrotes a prueba de niños en la entrada de nuestra vivienda de Obach. Era una pesadez accionar el mecanismo, pero mi madre siempre cuidaba de que todo el mundo dejara la valla bien cerrada al entrar o al salir.

Hacía un mes de marzo muy frío y húmedo y yo estaba cada vez más a menudo en la cama con anginas.

Mi madre se quedaba conmigo, o al menos casi siempre. Me daba cuenta de que le inquietaba no llegar a tiempo a la fecha de la mudanza. Necesitaba las mañanas, cuando Jessy y yo estábamos en el colegio, así que mi cargo de conciencia era aún mayor. Mi madre me

recordaba al conejito blanco de *Alicia en el País de las Maravillas.* Llegaba «tarde, tarde, tarde».

Y, a pesar de ello, todas las mañanas se levantaba cargada de energía. Con la casa de Himmelstädt tenía un objetivo claro, al contrario que con las labores domésticas, que cada día empezaban de nuevo. Aun así, yo notaba que había algo más que la animaba. Algo que se encontraba fuera de nuestras cuatro paredes.

Los pocos minutos del día en los que se sentaba a la mesa de la cocina o se apoyaba en el fregadero, miraba por la ventana con ojos soñadores.

—Cuando la casa esté vendida —reflexionaba—, volveré a empezar. Con el grupo de Weight Watchers.

Por algún motivo, yo tenía la sospecha de que esas repentinas ganas de vivir estaban relacionadas con el señor Engel. Aunque la empresa ya no existía, el hombre había llamado una vez a nuestra casa hacía un tiempo para saludar a mi madre. Todavía recordaba con cierta intranquilidad el sonido amable de su voz.

En esa época, mi padre estaba planeando sus primeras vacaciones de esquí; quería ir a Kitzbühel con dos compañeros de trabajo. Mi madre se mareó al ver lo que costarían esas dos semanas de estancia en un hotel. Era ella quien controlaba los gastos y los presupuestos, ya que la construcción de la casa se financiaba exclusivamente con su herencia y todas las facturas se pagaban desde su cuenta. También se hacía cargo de las demás compras o de cualquier cosa que se necesitara en el día a día. Mi padre podía «hacer o dejar de hacer» lo que le viniera en gana con su sueldo, por lo que disponía de una buena cantidad.

Más o menos por entonces, la casa de Himmelstädt quedó lista al fin y la nueva familia anunció que pasaría a recoger la llave.

Era uno de los primeros días soleados de la temporada, y mi madre, mi padre, la abuela Ella y yo estábamos sentados fuera, en los balancines, cuando los compradores entraron por la verja. Mi padre había enviado a Jessy a su casa porque aquello era un asunto familiar, y no poco problemático.

Hasta entonces, los compradores solo habían pagado el precio de la casa; aún faltaba la cantidad correspondiente a la reforma. El plazo había vencido hacía un mes, y mi madre empezaba a perder la paciencia, por lo que les ofreció la mano con relativa frialdad al saludarlos, aunque normalmente era muy cariñosa. Mi padre, por el contrario, se mostró generoso.

«Como todo un terrateniente», que decía la tía Lu.

El matrimonio, que se apellidaba Emmerich, llegó con sus tres hijos: tres chicos, los tres más pequeños que yo. Sin preguntar y sin que nadie les diera permiso, los niños se lanzaron a por mis juguetes, el

viejo cajón de arena, el columpio, mis zancos. El griterío y el jolgorio era tal que mi hermana, que dormía en la planta de arriba, se despertó de su siesta y se hizo oír lloriqueando por el intercomunicador para bebés.

Antes aún de que nadie dijera una palabra, reparé en lo mucho que disgustó a mi madre esa conducta tan poco respetuosa. Sacudió la cabeza y subió a ver a mi hermana.

Apenas desapareció, la señora Emmerich empezó a hablarle a mi padre con tono quejumbroso para decirle que no podían transferirnos el dinero de las reformas. Se habían equivocado con los cálculos, porque el traslado también iba a resultar muy caro, y antes tenían que ahorrar un poco más.

—No se preocupen —oí que decía mi padre—. Encontraremos una solución.

Acto seguido les sirvió a ambos una copa del vino tinto italiano que acababa de abrir. Últimamente no bebía nada que no fuera vino tinto, y solo alguna que otra cerveza.

Cuando mi madre regresó al patio con mi hermana llorosa en brazos, la señora Emmerich le confesó también a ella que no tenían el dinero. Su marido estaba tan tranquilo allí sentado, dando sorbos a su copa.

Mi madre sentó a mi hermana en la trona.

—Lo siento mucho —dijo con frialdad—, pero eso no es problema mío.

—Podríamos enviarles el dinero que falta más adelante —ofreció entonces el señor Emmerich—. Digamos que dentro de… ¿medio año?

No sonó a petición, sino más bien a exigencia. Mi madre estaba a punto de soltarle una contestación cuando mi padre, a quien era evidente que aquella situación le resultaba desagradable, tomó la palabra.

—No se preocupen, por favor —dijo—. Les perdonamos esa cantidad.

Desde mi balancín, vi que mi madre se quedaba de piedra. Antes de que quisiera darse cuenta, mi padre había regalado un dinero que no era suyo. Así, como si tal cosa.

Mi madre estaba sin habla. En cuestión de segundos, mi padre se había encargado de que su trabajo de esos últimos dos meses quedara sin remunerar. Vi cómo apretaba los puños, pero no dijo una palabra.

No estalló hasta que los Emmerich se marcharon.

—¿Cómo? ¿Cómo se te ocurre decidir algo así? —le reprochó.

Mi padre se cruzó de brazos.

—¿Qué pasa? Esa gente… me ha dado pena.

—Los dos son… profesores. Funcionarios —dijo mi madre—. Los dos ganan un buen sueldo. Más que nosotros. No son dos pobrecitos.

Él volvió hacia un lado su cabeza rubio ceniza.
—Y qué más da. Tenemos de sobra.

La mujer acomodada, o sencillamente independiente desde el punto de vista económico, representa una provocación en el patriarcado. Una mujer rica simboliza muerte y perdición. Su potencia es un peligro para el cuerpo masculino.

No es de extrañar que mi madre pensara que debía sangrar por su dinero si quería tener derecho a él.

En el universo de mi madre, el orgullo y el trabajo componen una unidad indivisible. Ella jamás miraría con desdén a los parados o a los incapacitados para trabajar. Sin embargo, no es igual de benevolente consigo misma. Ser útil para los demás, gustar a los demás. Esa es la vara con la que mide el valor de su persona. Como si tuviera que justificar su existencia mediante su inagotable capacidad productiva. De niña, cuando leía Madre Nieve me imaginaba a mi madre en el papel de hermanastra perezosa. Otro cliché vulgar. Una mujer gorda es automáticamente una holgazana.

Todavía hoy trabaja en ocasiones hasta la extenuación, y más aún.

—O estoy enferma o no tengo dinero. Una de las dos.

Siempre era como si no pudiera tener las dos cosas a la vez: dinero y salud. O una o la otra. Como si la una neutralizara a la otra.

Con el tiempo, ese corsé de dolor se ha convertido en su segunda piel. Ya casi no puede desprenderse de él. Como si no se atreviera a tomar aire por miedo a notar, con esa inspiración, que ha escapado de la libertad.

2

A mediados de marzo, mi padre se fue a sus vacaciones de esquí. Me había enseñado ese tal «Kitzbühel» en un folleto mientras hablaba con gran entusiasmo de las pistas de nieve blanca y prístina bajo el cielo azul. Mi madre se quedó en casa para cuidar de la abuela Ella, de mi hermana, de Jessy y de mí.

Por las noches, cuando ya se había ocupado de todo, se sentaba a la mesa de la cocina para comprobar las facturas y buscar ofertas. Había que levantar los muros de cimentación, instalar una «barrera contra incendios» y un sinfín de cosas más sobre las que, sin embargo, se ponía al día en poquísimo tiempo. Ahora era cosa suya coordinar el trabajo en la casa nueva.

Yo veía lo mucho que le fastidiaba que mi padre la hubiera dejado sola con todo ese trabajo y que todavía no lo había perdonado por cómo se había «exhibido» ante los Emmerich. A eso se añadía que era él quien había querido construir una casa nueva a toda costa; ella estaba más que satisfecha con la vieja. Y de pronto tenía que trabajar noche tras noche en ella hasta caer agotada en la cama.

Un día, el padre Bauer nos hizo una visita para, según dijo, ver cómo estaban las dos dolientes. La abuela Martha miró al visitante con recelo. Estuvo mucho rato sentado con nosotras en la cocina y yo solo escuchaba a medias lo que hablaban mi madre y él.

Al día siguiente, no obstante, ella pidió hora en la peluquería. Para hacer algo bonito por sí misma alguna vez, explicó. Se lo había aconsejado el padre Bauer. Quería hacerse la permanente, como la tía Lu, porque ya estaba harta de su melena larga y lisa.

—El pelo rizado estira la cara —explicó.

Yo me encogí de hombros. Sabía que el vino podía estirarse si se adulteraba y que en la Edad Media había un instrumento de tortura llamado «potro» con el que estiraban a la gente. Sabía perfectamente cómo era gracias a una revista de Mickey Mouse. En cualquier caso, prefería que mi madre no se estirara la cara, así que aquel asunto no me hacía demasiada gracia.

En realidad «no tenía tiempo» para esa cita, pero de alguna forma consiguió encontrarlo. Dejó a mi hermana con la abuela Martha; a la abuela Ella, sin embargo, tuvo que llevársela. Por entonces ya no se la podía dejar sola ni un minuto, porque todo el rato quería salir a la calle a pasear y en más de una ocasión había estado a punto de perderse en los pasillos del supermercado.

Yo conocía la peluquería y, mientras veía a mi hermana corriendo de aquí para allá en su parque, me imaginé a mi madre asomándose intranquila desde debajo del secador para ver qué hacía la abuela Ella, que estaría sentada con cara de perdida en la sala de espera del pequeño local.

Cuando regresó a casa, al principio no podía creer que la persona que tenía delante fuera mi madre. Había pedido rizos grandes y ondulados, «a lo Jennifer Rush», pero la peluquera no lo había entendido.

Tenía su preciosa melena pegada a la cabeza en pequeños ricitos muy cerrados. Eran espirales del tamaño de caracoles y con una pinta tan artificial que casi parecía una peluca. La clase de peinado que llevaban las mujeres mayores. Mi madre maldecía y despotricaba. Intentó alisarse un poco el pelo en el espejo grande del pasillo, pero los rizos recuperaban su nueva forma en cuanto el peine pasaba de las puntas.

Jessy salió a hurtadillas por la puerta, casi como si quisiera huir de la increíble estampa que ofrecía mi madre, aunque seguramente solo pretendía evitar tener que hacer ningún comentario.

Yo sentía el deseo de decirle que estaba guapa. Solo que no era verdad. Y… ¿no me había prohibido decir mentiras?

—¿Y si te pones un pañuelo en la cabeza? —propuse—. ¿Como Grace Kelly?

Mi madre lo probó, pero le pareció que estaba aún más rara.

No hacía más que mirar con incredulidad a la extraña en la que se había convertido en una sola tarde.

Al día siguiente, cuando regresé del colegio, me la encontré en el salón, con la abuela Ella sentada delante del televisor. Ella estaba arrellanada en el sillón, con una pierna balanceándose por encima del borde, y no hacía más que meter la mano en la bolsa de ganchitos con sabor a cacahuete que había en la mesa. Me la quedé mirando; por el librito de *Tú puedes* sabía lo calóricas que eran las cosas de la categoría «Snacks». «Gusanitos», los llamaba mi padre.

En la tele estaban dando una serie. *Dallas.* Cuando mi madre vio que me sentaba con ella, cambió de canal y puso la programación infantil. Justo era la hora de *El señor Rossi busca la felicidad.*

Noté cómo me latía el corazón durante todo el episodio. Apenas me atrevía a mirarla. Mi madre nunca comía patatas fritas ni nada por el estilo, y durante el día no veía la televisión. Lo peor de todo, sin embargo, era su rolliza pierna desnuda, colgando sin ningún cuidado del reposabrazos del sillón. Ni siquiera prestaba atención a la tele; solo miraba la pantalla como si mirara al vacío.

Yo seguí el programa a medias. Estuve todo el rato intentando cruzar la mirada con ella, pero no lo conseguí.

En un momento dado, fui a la cocina y saqué el librito de *Tú puedes.* La bolsa de ganchitos estaba casi vacía y quería saber cuántas calorías había consumido mi madre a lo largo de la última hora.

Cuando lo abrí, de dentro cayó un papelito fino doblado. Era una nota muy pequeña, no más grande que la hoja de una libretita. Una tarjeta de visita. Mejor dicho, la tarjeta de visita de un médico que se llamaba «B.» de nombre. Llevaba un número de teléfono escrito a mano, y al lado decía «privado». Le di la vuelta a la tarjeta. «Llama si necesitas algo. B.» Sentí un escalofrío en la espalda al instante.

De vuelta en el salón, me planté ante ella.

—¿Quién es el doctor B.?

—Es… es el neurólogo. El que trata a la abuela. Un viejo amigo del colegio —dijo, y se puso toda colorada bajo sus rizos.

—¿El médico que trata a la abuela… es amigo tuyo?

Me quedé de piedra. Mi madre no tenía amigos. Me alegraba que la Manuela castaña hubiese desaparecido de mi universo. Igual que el señor Engel. ¿Qué venía a hacer de repente ese «amigo del colegio»? ¿Era él el motivo por el que mi madre quería estar guapa?

Vaciló. Era evidente que le daba vergüenza explicarme más. Yo era su hija y solo tenía siete años.

Pareció pensárselo. ¿Qué podía contarme y qué no? Me saqué de la manga una frase del repertorio de *Dallas* que había aprendido sin esfuerzo después de tanto jugar a las Barbies con Jessy.

—¿Lo amas?

Mi madre se estremeció.

—¿Qué?

Noté que yo también me ponía colorada.

—Claro que no —dijo—. ¿En qué estás pensando? Me gusta. Pero… no así. —Se toqueteó el desastroso peinado—. Tengo que verlo porque necesito que me firme una cosa. Una solicitud para el seguro de asistencia. Si no, no me darán más dinero por la abuela.

—¿Y por qué estaba su tarjeta escondida en tu librito? —pregunté con inseguridad.

—Para que papá no se preocupe —respondió.

Y entonces me lo explicó todo, aunque yo apenas entendí nada, por supuesto. De todos modos me tranquilizó. La solicitud que exigía el seguro era muy complicada, y lo más importante era que el neurólogo responsable confirmara que los cuidados que realizaba mi madre eran satisfactorios.

—Pero así —me miró, afligida—, así… no puedo presentarme ante él. De ninguna manera.

—¿Y tan grave es? ¿Que no nos den ese dinero? —me interesé.

—Ya verás como lo conseguimos —me aseguró—. Pero tienes que prometerme que no le dirás ni una palabra a papá.

Sentí que se me encogía el estómago. Estaba angustiada, pero también orgullosa de que me contara cosas tan secretas.

—Claro —le aseguré—. No diré nada.

Ese era mi papel. A esas alturas ya tenía experiencia guardando secretos. Y poco a poco iba entendiendo que tenían cierto parecido con las mentiras.

Al hablar con mi madre comprendo que también ella aportó cierta distancia a su matrimonio. Mi padre solo fue un «segundo plato». No su «príncipe azul».

Con dieciséis años se enamoró perdidamente de un compañero de estudios. Fue la familia de él lo que la intimidó. El padre era un médico de renombre.

—Pertenecíamos a mundos muy diferentes.

Me imagino a mi madre delante de la casa en la que vivían los padres de su compañero. La han invitado a tomar el café, pero no se atreve a entrar. Lo cierto es que no sé cómo era la casa de esa familia, desde luego, pero mi imaginación se apaña con lo que conoce. La veo a la entrada del parque del hospital municipal. Está algo apartada, se ha puesto guapa y lleva en la mano una cajita de bombones que ha comprado con el poco dinero de su paga.

Entonces, sin embargo, da media vuelta y regresa a casa de sus padres, que por entonces todavía era un piso de dos habitaciones en las afueras de la ciudad, con un sofá cama y sin libros. Ni su belleza ni su enamoramiento consiguen compensar la diferencia de clases.

Me pregunto a qué me enfrento. ¿Es mi madre, al final, una víctima de su propia obra teatral, igual que mi padre? ¿Qué es lo que se está representando?

3

Cuando mi padre regresó de esquiar, estaba cambiado. Con la cara bronceada por el sol, parecía un extraño sentado a la mesa de la cena. Había estado muchos días rodeado de personas atléticas, felices, alegres, del mundo entero, pero sobre todo con una pareja de compañeros de trabajo, Dieter y Dora. Y de pronto se encontraba de nuevo en su minúsculo hogar. Junto a una mujer con peinado de abuela.

La peluquera no había conseguido deshacer el desastre. Mi madre había tenido que elegir entre los rizos de abuela o llevar el pelo corto, y no se había atrevido a dejar que se lo cortaran tanto. Mi padre la miró horrorizado unos segundos, pero no comentó nada sobre «la catástrofe», como si solo se tratara de un grano de arena más en lo que ya era una enorme decepción.

De nada sirvió la mirada de súplica con la que mi madre intentó sacarle una palabra amable. Aunque en el fondo no había esperado otra cosa, parecía que parte de ella anhelaba que le dijera algo como: «Bah, no estás tan mal».

En la mesa, sin darse cuenta, mi padre se apartó un poco de la abuela Ella. La presencia de su suegra achacosa le resultaba casi físicamente desagradable, y eso que la mujer se estaba muy quieta, con la mirada gacha, las manos entrelazadas en uno de sus sempiternos pañuelos y muy lejos de él. Los separaba la trona en la que mi hermana mordisqueaba una patata cruda. Pero, aun así…

Como para contrarrestar esa escena, se puso a relatar con emoción cómo habían ido sus «días en la nieve». Allí todo era maravilloso: el tiempo, el claro cielo azul, la actividad física. Pero lo mejor de todo, según dijo, era lo que se llamaba el *après ski,* cuando todo el mundo se reunía por la noche en la cabaña de esquí para beber cerveza o Aperol.

En cuanto contó aquello, tuve una sensación desagradable. Durante un instante volví a ver a la Manuela castaña bailando con él en la feria.

Mi padre había aprendido a esquiar muy deprisa. Según Dieter y Dora tenía «talento natural», explicó con orgullo.

Entonces carraspeó y se sirvió lo que quedaba de vino tinto en su copa con gesto ostentoso. Nos comunicó que durante su ausencia había tomado una decisión.

—Voy a presentar la renuncia —dijo.

A mi madre, del susto, se le cayó de la mano el huevo duro que le estaba pelando a mi hermana.

—Me estableceré por mi cuenta.

—¿Qué dices? ¿Con quién?

—Con Dieter y Dora.

—¿Y eso… cuándo se os ha ocurrido? —Mi madre lo miraba con los ojos muy abiertos—. ¿Mientras bebíais un Aperol? ¿En la cabaña de esquí?

—Tengo muchísimos contactos gracias a la empresa.

Vi que mi madre se esforzaba por mantener la calma y la compostura.

—Bueno, no sé yo. Montar una empresa con… con un matrimonio. Siendo tres… De ahí solo saldrán problemas.

—Tonterías. —Mi padre volvió la cabeza hacia otro lado—. Nos llevamos muy bien.

La decisión estaba tomada. Nadie volvería a ser su jefe ni a decirle lo que tenía que hacer.

Los días posteriores, mi madre le habló con todo su «poder de persuasión». Por un lado, le parecía demasiado arriesgado lanzarse a un cambio laboral tan radical en mitad de la construcción de la casa. Argumentó que no era buena idea abandonar un empleo fijo, que ya no contaría con un sueldo seguro, sino que dependería de los encargos que lograra cerrar por sí mismo.

Sobre todo, sin embargo, lo que menos gracia le hacía era que colaborase con Dieter y Dora, y más aún cuando resultaba que mi padre les había costeado todas las vacaciones. Mi madre estaba fuera de sí.

—¿Cómo se te ocurre pagarles algo así… a los dos?

—¿Qué problema hay? —Mi padre se encogió de hombros—. Si tenemos dinero. Hazte a la idea de una vez.

Durante unos instantes pareció que mi madre iba a objetar algo, pero luego guardó silencio. Porque, a fin de cuentas, era cierto. Solo que el dinero con el que se financiaba la construcción de la casa era el de ella, mientras mi padre guardaba el suyo a buen recaudo. Eso se lo había oído decir una vez durante una pelea.

Nuestro nuevo hogar seguía cobrando forma. Se habían erigido los muros de cimentación, el armazón del edificio estaba levantado. De hecho, ya podía reconocerse allí una casa. Yo tenía terminantemente prohibido entrar en la obra.

Mi padre escogió los materiales más caros e insistió en utilizar las mejores materias primas y técnicas, a lo que mi madre ponía objeciones. El reparto de roles entre ambos empezó a cambiar. Si antes era ella la que pasaba por derrochadora, de pronto era al revés. «Que no soy millonaria» se convirtió en una de sus frases más repetidas.

Una excepción a eso, no obstante, eran los vestidos que encargaba a tiendas por correspondencia. Schwab, Otto, Quelle, Bader, Heine, Wenz, Neckermann. Los gruesos catálogos llenos de coloridas imágenes estaban por toda la casa, en las sillas de la cocina, encima de las mesas, en el sofá del salón. Mi madre compraba a manos llenas, sobre todo de la sección de «Moda», pero también de «Artículos para el hogar». Casi no pasaba una semana sin que nos entregaran algún paquete, cosa que «volvía loco» a mi padre.

—Pero si es muy práctico —se defendió mi madre.

—Es perjudicial para el medioambiente —objetó él—. Todo ese plástico…

—De esta forma hay mucho más de donde elegir.

—En las tallas grandes que necesitas, puede.

Con eso metió el dedo en la llaga. Desde el desastre de la permanente, mi madre evitaba ir a los grandes almacenes, con sus probadores y sus dependientas y sus miradas curiosas. Seguía sin acabar de superar la pérdida de su bonita melena. El pelo ya le había crecido un par de centímetros, pero todavía tardaría mucho en volver a tenerlo todo liso.

Yo prácticamente podía ver cómo se iba inquietando más cuanto más aplazaba la visita al doctor B. También a mi padre le llamó la atención.

—¿Qué ocurre? —quiso saber—. ¿Tu madre no tenía que ir al médico?

Incluso yo estaba cada vez más nerviosa. Si seguía sin entregar la firma de su amigo del colegio, ¿no aumentaba también la cantidad que dinero que le faltaba del seguro de asistencia? Mi madre no mencionaba ni una palabra al respecto y me advirtió que tampoco yo le dijera nada a mi padre bajo ningún concepto.

Así que a él cada vez le costaba más entender por qué no quería que de ninguna manera dejara el trabajo.

—¿Es que no me crees capaz? ¿No crees que pueda establecerme por mi cuenta?

Me daba pena. Era evidente lo mucho que anhelaba el apoyo de su mujer. Me habría encantado decirle que el motivo de la preocupación de mi madre no era su falta de capacidad, pero había prometido guardar silencio.

Mi madre «no tenía los nervios» para discutir sobre eso. Ella era la

primera que se levantaba por las mañanas y la última que recogía la cocina por las noches, mientras los demás hacía rato que se habían sentado a ver la televisión.

La abuela Ella estaba cada vez peor. Apenas pasaba un día en que no intentara «irse a casa» o salir a comprar algo para su marido, y a mi madre le costaba «lo que no estaba escrito» evitar que lo hiciera. El único lugar donde se quedaba tranquila seguía siendo la iglesia. El padre Bauer siempre las recibía a las dos con los brazos abiertos, y también a mi vivaracha hermanita. Una vez, cuando hacía tiempo que no iban porque mi madre no había podido encontrar el momento, el sacerdote llamó incluso para interesarse por ellas.

—¿Qué te traes de pronto entre manos con ese cura? —protestó mi padre.

Desde el incidente de mi hermana, mi madre había dejado de leer. Cuando se dejaba caer en su sillón por las noches, mi padre casi siempre estaba viendo en la tele «una peli de acción» o «de aventuras». Le encantaba la pareja de brutos formada por Bud Spencer y Terence Hill, y también el bobalicón de Luis de Funès le parecía genial. A los dos les gustaban las películas de 007, el agente al servicio de su majestad. Tal vez fuera por la facilidad con que James Bond desafiaba la fuerza de la gravedad, con sus veloces coches y sus asientos eyectables.

Y al final, como alentado por todas esas historias de aventuras, mi padre hizo realidad sus intenciones. De nada sirvió el poder de persuasión de mi madre. Entregó su carta de dimisión.

Desde que tengo uso de razón, mi padre se ha matado a trabajar para hombres más poderosos que él. Unas veces se trataba de su propio superior; otras, de funcionarios holgazanes: políticos incompetentes o empresarios corruptos.

Sus protestas al respecto siempre tuvieron lugar en privado o, como mucho, cuando se reunía con sus amigos. En lugar de afiliarse a un partido político o a un sindicato, él siempre ha sido más de despotricar en casa.

Esa forma de rebeldía contra las circunstancias preponderantes es típica de lo que el político marxista Otto Rühle llama «masculinidad de protesta».

La «masculinidad de protesta» describe a los jóvenes y los hombres de las clases más bajas, que solo presentan una «postura de rebelión desorganizada». Esto los lleva a quejarse, protestar y lamentarse constantemente, aunque ellos mismos se den cuenta de que eso no conduce a nada.

No es fácil librarse de esa sensación de impotencia política. Está arraigada en lo más hondo del cuerpo, como una forma de conocimiento encarnado.

Esa postura rebelde y obstinada lleva aparejado, no pocas veces, un orgullo exagerado e inseguro, la insistencia en el derecho a «no permitir que nadie les diga qué hacer». Por eso, para él la dimisión debió de ser algo así como la cumbre de su libertad personal. Mi padre debía de sentirse exultante ante la perspectiva de poder «ser su propio jefe».

Siempre ha sentido un rechazo primordial por todo tipo de órdenes, siempre ha cuestionado las decisiones de los responsables políticos. ¿O no estaban puestos ahí para que el hombre de a pie no levantara la cabeza? ¿Para multiplicar el dinero y el poder de las élites?

Sirvió en el ejército alemán de mala gana. Sabía de antemano lo mucho que detestaría verse sometido a esa disciplina. Tener que maltratar su cuerpo «a cambio de absolutamente nada», como decía siempre. Y era evidente que su sueldo de esa época le parecía igual de exiguo.

Para evitar el servicio militar obligatorio habría tenido que poder presentarse ante algún alcalde que fuera conocido por tener influencia en esa clase de asuntos. Mi padre, por lo tanto, tendría que haberle pedido ayuda a otro hombre más poderoso que él. Pero no pudo o no quiso hacerlo.

También protestó durante toda su vida contra la herencia de mi madre. En el fondo, siempre intentó negar, emular y superar, todo a la vez, el legado de mi abuelo. Con un negocio propio. Con un hogar construido por él mismo.

4

A partir de entonces, Dora y Dieter estaban invitados a casa todos los fines de semana. Los tres futuros socios empresariales se sentaban en los balancines y urdían planes mientras mi madre les servía tentempiés y vino tinto. Mi padre se ofrecía a ayudarla, pero ella no se lo permitía. La cocina y todo lo que tenía que ver con ella seguía siendo territorio exclusivamente suyo.

El proyecto de negocio que habían planeado consistía en establecer contactos en la Europa del Este con mi padre como experto, ya que, al fin y al cabo, había estado tanto en Checoslovaquia como en Hungría en numerosas ocasiones. Entre sus deberes se incluía también el atento seguimiento de los acontecimientos en China, como si «el Reino del Medio» fuese un sismógrafo secreto que no tardaría en aventajar a la parte oficial de la economía alemana marcada por las importaciones y las exportaciones con Estados Unidos.

—China nos va a adelantar a todos —decía—. Esperad y veréis.

Cuando sacaba la cabeza de sus revistas especializadas de *VDI-Nachrichten,* mi padre hablaba con mi madre usando muchas palabras que yo no entendía. *«Boom* económico», «zona de libre comercio», «mercado de divisas», «desgobierno», «doble imposición».

La decisión de los tres socios de expandirse hacia el Este, según entendí, estaba motivada por un hombre llamado Gorbachov. Mi padre pronosticaba que el Este volvería a acercarse a Occidente incluso, cuando no principalmente, en lo económico.

—Más empresas privadas, más responsabilidad para el individuo —comentó sobre el tema la tía Lu, a quien le interesaba muchísimo el nuevo rumbo de la URSS—. Eso es bueno. Hay una gran expectación.

En cuanto a Gorbachov, mi padre y mi tía parecían estar de acuerdo por una vez, para variar. También mi madre era una gran defensora de los cambios que se estaban produciendo en la Unión Soviética.

—Por fin alguien que se decanta por la paz —opinó—. Por la paz de verdad. No solo un alto el fuego.

A mí, Gorbachov me recordaba al abuelo Adam. Me pregunté si también a mi madre le habría llamado la atención el parecido. Ambos eran más bien bajitos y regordetes, ambos eran un poco calvos y ambos tenían una marca de nacimiento en la frente.

Como aquellos días los balancines del jardín siempre estaban ocupados por adultos que fumaban, Jessy y yo jugábamos en los prados y los bosques de alrededor. «Construir casitas» era nuestra nueva ocupación predilecta.

Cuanto más calor hacía, más a menudo quería ir Jessy al bosquecillo que había cerca del cementerio, al que se llegaba por una calle empinada, no muy lejos detrás de nuestra casa. Construimos nuestra casita en plena pendiente, entre unos árboles de hoja caduca que crecían muy pegados entre sí. Teníamos sopas de flores, camas y cortinas de hojas y una hoguera. Después de jugar allí, volvía a casa con las uñas tan sucias y tan llenas de tierra que tenía que meterlas en un baño de jabón de pastilla.

A Jessy, sin embargo, pronto se le quedó pequeña nuestra casita. Un sábado echó a andar con paso decidido por el terraplén de la valla que delimitaba la estrecha zona boscosa que subía pendiente arriba. Al otro lado había un potrero con un vallado eléctrico.

—¿Adónde vas?

—Tú ven conmigo —se limitó a decir, y siguió avanzando a grandes zancadas.

De repente nos encontramos con un par de muros.

—O sea que es esto. —Jessy silbó por lo bajo. Parecía que había encontrado lo que buscaba—. Desde la carretera se ve muy diferente.

Era una casa minúscula de color turquesa pastel. Yo había pasado de largo muchas veces sin prestarle atención y ni siquiera sabía de quién era o para qué servía.

Nos dirigimos a la parte de atrás con sigilo. La única ventana que daba allí estaba cerrada por unos postigos grandes y pesados.

—Venga, los abriremos —ordenó Jessy.

—¿Estás segura? —Miré alrededor, asustada.

—Claro. Aquí no hay nadie.

Los postigos estaban cubiertos de polvo y costaba mucho mover las bisagras, pero de alguna forma lo conseguimos. En cuanto abrimos las pesadas contraventanas de madera, apretamos la nariz contra el cristal. Dentro se veían dos habitaciones apenas lo bastante grandes para que en una cupiera un viejo camastro estrecho y extrañamente corto y, en la otra, un sofá desgastado y un armario. Parecía la casa de los siete enanitos.

—¿Te atreverías a romper el cristal? —Los ojos de Jessy destellaban con osadía.

—¿Qué? —Me quedé de piedra—. ¿Quieres… que nos colemos dentro?

Se inclinó y cogió una piedra adecuada en el suelo, la sopesó un momento y me la pasó.

Apenas dudé un instante. Cerré los ojos con fuerza y, tras un leve

tintineo, el cristal se rompió.

Cuando volví a abrir los ojos, vi que Jessy ya estaba metiendo la mano por la ventana para accionar el tirador desde dentro.

—Ten cuidado —dije, porque en las esquinas sobresalían peligrosas puntas de cristal.

Poco después estábamos dentro de la pequeña habitación. El olor recordaba al estanque al que íbamos a patinar en invierno, que en verano tenía un horrible olor mohoso y viciado.

—Mejor vámonos —dije.

—¿Por qué?

Me di la vuelta. La voz de Jessy venía de la otra habitación. Se había tumbado en la cama cubierta de telarañas y me miraba con ojos triunfales. Una Blancanieves feliz. Por fin tenía lo que tanto deseaba: su propia casa.

Así pasamos un par de días. Nos llevamos una escoba pequeña y un recogedor para limpiar la suciedad más importante y poco a poco cargamos también con juegos, gaseosa, galletas, libros e incluso un mantel limpio que Jessy había sacado de algún rincón de la casa de la Bopp.

Mi madre, aunque estaba «hasta arriba de trabajo», empezó a sospechar algo a causa de todo el tiempo que pasábamos «en el bosque». Estábamos en mayo y el tiempo todavía era primaveral.

—¿Dónde jugáis tanto rato?

—En el parque.

—¿Todo el día?

Levantó la vista de las cebollas que estaba picando para echarlas sobre la carne antes de enrollar el redondo de ternera relleno. La había visto hacerlo un montón de veces. De repente, sin embargo, al ver la carne cruda no pude evitar acordarme de un cuento. Uno en el que a la reina le vaciaban los ojos y le cortaban la lengua por mentir.

—¿Y para qué es todo eso? —Mi madre señaló las provisiones que me había metido en el bolsillo.

—Es que nos hemos construido una casita.

—Ah, ¿sí? ¿Y dónde?

Le describí el lugar de la pendiente en el que, efectivamente, teníamos una casita, solo que hacía mucho que no la usábamos. Después salí por la puerta con toda la cara colorada. Mi secreto, aun así, estaba a salvo, resplandeciente como una pompa de jabón justo antes de reventar.

Un día, Jessy y yo nos retrasamos más de la cuenta y el campanario de la iglesia ya estaba tocando las seis, que era nuestra señal para ir a cenar. Ella metió la mano por la ventana rota desde fuera y accionó el tirador, pero, al sacar la mano otra vez, se le enganchó en uno de los cristales rotos que sobresalían del borde inferior.

El grito que soltó resonó como el de un animal del bosque cercano. La mano le sangraba mucho. La sangre no paraba de brotar. Miré alrededor. No teníamos papel higiénico ni nada por el estilo. Enseguida me quité mi falda corta con volantes. Era mi falda preferida y tenía tres colores: lila, verde y azul. Pero era la única tela que tenía a mano.

Eché a correr en braguitas.

—¡No! —gritó Jessy tras de mí—. Quédate aquí. Si no, llamarán a los servicios sociales.

Cuando entré precipitadamente y sin aliento por la puerta de casa, mi madre estaba preparando la cena.

—¡Jessy está sangrando! —exclamé.

Soltó el cucharón, apagó el fuego, dejó a la abuela Ella en el salón, delante de la tele, cerró con llave, agarró a mi hermana, nos metió en el coche y arrancó a toda velocidad.

Unas tres horas después, mi madre dejó a Jessy en su casa con la mano cosida y vendada. Se había cortado el tendón. La herida era muy profunda y el médico había tenido que ponerle también la vacuna del tétanos. Jessy me miró de reojo con expresión sombría.

—Como tenga que volver al centro de menores… —masculló en voz baja.

Yo estaba segura de que, si hubiera podido, se habría vengado con una «picadura de ortiga». Estaba confusa. ¿Qué otra cosa habría podido hacer, más que pedir ayuda?

La Bopp abrió la puerta con brusquedad e hizo entrar a su recogida de un tirón, sin una palabra de agradecimiento. En el pueblo se habían enterado del accidente porque me habían visto corriendo en ropa interior, así que ya estaba al tanto de todo. Le lanzó a mi madre una mirada severa. Desde el juicio, ellas dos no habían cruzado una sola palabra.

—Nos hacemos cargo de todos los costes —empezó a decir mi madre. Y luego incluso mintió, solo para impedir que castigaran a Jessy—. Ha sido idea de Ela. Lo de entrar en la casita.

La Bopp dudó un instante.

Me la quedé mirando. Nunca había estado tan cerca de ella. Tenía un rostro impecable, las pocas arruguitas que se le veían parecían pintadas. El parecido con la abuela Martha era asombroso. Solo le

falta el lunar azul.

—No necesitamos limosna —replicó la Bopp con arrogancia.

Y, después de eso, la puerta se cerró de golpe y oímos cómo reñía a Jessy.

—Bueno, hija —dijo mi madre con voz temblorosa en cuanto nos quedamos solas—. Y, ahora, a casa.

Lo primero que nos encontramos fue a la abuela Ella completamente alterada. Encerrada en el salón, no había podido ir al baño. En el aire se percibía un olor terrible. Por miedo a sentarse y ensuciar el tapizado, la mujer estaba de pie detrás del sillón, agarrada al respaldo. Era una imagen desgarradora. Mi madre corrió hacia ella, ahuyentó de la habitación a Pepper, que se frotaba contra nuestras piernas con curiosidad, y luego abrió todas las ventanas.

A mí me encargó que cuidara de mi hermana mientras ella llevaba a mi abuela al baño entre palabras de consuelo y gestos tranquilizadores para quitarle la ropa mojada.

Después de asear a su madre, se puso a limpiar la alfombra con champú. Era una técnica nueva que había visto en la publicidad de un producto «extraordinariamente útil».

Yo me coloqué a su lado, sintiéndome impotente y consumida por la culpabilidad, cambiando de postura todo el rato. Al final se volvió hacia mí.

—Pero ¿en qué estabas pensando?

—Lo siento mucho —dije en voz baja.

—¿Exactamente qué es lo que sientes?

—Lo del cristal. ¿Es muy caro? ¿Poner uno nuevo?

—No es cuestión de dinero.

—¿Tendrá que volver Jessy al centro de menores?

—Qué va.

—¿No? —Sentí un rayo de esperanza—. ¿De verdad que no?

Pero mi madre no siguió por ahí. Tenía ronchas rojas en el cuello de lo furiosa que estaba.

—¿Desde cuándo vais allí? ¿A vuestra «casa»?

No eran los daños causados lo que la había enfadado tanto. Tampoco que medio Obach «chismorreara» sobre que su hija hubiera vandalizado una propiedad ajena y se hubiera colado en la casa de alguien. El motivo no era ni siquiera la herida en la mano de Jessy, ni que la Bopp le hubiera gritado.

Su hija le había mentido. Eso era lo que pasaba.

—No vuelvas a mentirme nunca —dijo—. ¿Me has oído?

¿Por qué tenía mi madre tanto miedo de que le mintieran? O, peor aún, de que la acusaran a ella de mentir o de engañar.

He tardado mucho tiempo en entender cuánto le pesaban los estereotipos. Lo mucho que intentaba contrarrestarlos adelantándose a ellos.

El «subhumano eslavo» era un pilar del régimen nazi. La germanización del Este debía borrar toda una cultura.

En la Alemania occidental de los años setenta y ochenta, el cliché predominante era el del polaco taimado. Mi madre se ha pasado toda la vida luchando contra la imagen de persona turbia que siempre ha precedido a todos sus actos, a su propio ser. Tal vez pensara que la honradez podía ser una especie de moneda con la que comprar aceptación.

5

El propietario de la casita nos pasó la factura de la instalación del cristal nuevo. A mi madre le habría resultado más fácil pagar la cantidad completa, pero la Bopp había «condenado» a Jessy a trabajar para costear su parte de la multa, de modo que mi madre decidió que lo mismo valía para mí.

—Pensaba que querías que me dedicara a jugar —me atreví a protestar.

—¡Ya vale de eso! —exclamó mi madre, como siempre que le afeaba una contradicción.

En aquel caso, sin embargo, parecía haber otro motivo más importante: quería que Jessy y yo recibiéramos «el mismo trato». Iríamos las dos a una granja a ayudar con la cosecha de patatas durante dos semanas.

El campo se encontraba en una elevación de las afueras de Obach. También los hijos de los granjeros echaban una mano. Avanzábamos bajo el sol del mediodía por la tierra rojiza que el granjero había levantado con el arado y recogíamos los tubérculos para después lanzarlos a un cubo muy grande.

El olor de la tierra me gustaba, y también la sensación que te quedaba en las manos. Aunque por las noches me dolía la espalda de tanto estar agachada, en realidad me encantaba el trabajo.

Me sorprendió la susceptibilidad con que reaccionó Jessy cuando compartí ese pensamiento con ella.

—Claro que te encanta.

—¿Qué quieres decir?

—Te encanta porque tú no tienes por qué trabajar.

—Claro que sí.

—No, no tienes necesidad. —Lanzó a lo lejos un tubérculo especialmente grande que todavía estaba verde.

El granjero la reprendió enseguida.

Entonces Jessy señaló de malas maneras mi falda de volantes. Mi madre me había comprado otra porque la vieja se había estropeado con la sangre de Jessy, y yo había insistido en ponérmela por mucho que fuera a ensuciarse.

—Entérate de una vez. A mí no me caen las cosas del cielo.

Por primera vez desde hacía mucho fui consciente del vestuario de Jessy. Solo tenía tres pantalones. Nunca llevaba faldas.

Una noche, mi padre llegó de trabajar con cara de preocupación.

—¿Qué te pasa?

Mi madre tuvo que volver a preguntar para que desembuchara que había firmado un contrato a petición de Dieter y Dora.

—Es solo por si acaso. Eso han dicho.

Mi madre se aseguró de poder dejar un momento a mi hermana y a mi abuela sin supervisión, luego cogió las hojas y se puso a leerlas detalladamente. Al cabo de poco, en su cara apareció una expresión de absoluto terror. Avanzó enseguida hacia la última página.

—¿No habrás firmado esto de verdad?

—Pues sí.

—No puede ser cierto.

Mi madre lanzó el contrato sobre la mesa de la cocina.

—Ya —murmuró mi padre—. A mí tampoco me da muy buena espina.

—¿Que no te da buena espina? —Lo fulminó con la mirada—. No me digas. ¿No te da buena espina?

Y entonces estalló una pelea horrible. Yo no entendí qué riesgo entrañaba ese contrato hasta que mi madre, tras pedírselo, me lo explicó. Mi padre había accedido a cubrir con su patrimonio personal cualquier deuda eventual del negocio. Y, como mis padres no habían firmado «capitulaciones matrimoniales» ni «separación de bienes», ese patrimonio incluía todo lo que poseían ambos, también la herencia del abuelo Adam.

El corazón me latió con fuerza. Tal vez Jessy se equivocaba. Tal vez sí tendría que ir a recoger patatas más a menudo. Tal vez pronto ya no seríamos «ricos».

—Pero espera —masculló mi madre—, que esos dos se van a enterar.

Antes de que mi padre pudiera objetar nada, mi madre había metido a sus dos protegidas en el coche y había arrancado en dirección a la recién abierta oficina para cantarles las cuarenta a ese par de delincuentes.

No llegamos a enterarnos de cómo consiguió que Dieter y Dora declararan el contrato «nulo y sin efecto», tal como lo expresó mi madre, pero así fue.

Esa misma noche, mi padre recibió una llamada de un compungido Dieter comunicándole que lo liberaban del contrato con efecto inmediato.

Fue el final de la efímera empresa conjunta. A partir de entonces, sus caminos se separarían.

Mi padre estaba a todas luces aliviado, pero también completamente abatido. Se pasó días arrastrando los pies por toda la casa sin decir ni pío y con la espalda algo encorvada. Por lo visto, tenía mala

conciencia y no encontraba solución para el aprieto en que se había metido.

Su antigua empresa era la única que podía darle trabajo en kilómetros a la redonda. Si quería un puesto en la región, tendría que «pasar por el aro» ante sus superiores. Sin embargo, no se veía capaz. Al menos todavía no.

—Si yo te entiendo —dijo mi madre con un suspiro—, pero no hay más remedio.

Por extraño que pareciera, la falta de dinero era el menor de los problemas de mi padre. Lo que más lo angustiaba era el golpe a su imagen pública. De puertas para fuera, estaba acabando de gastar sus vacaciones. Esa forma de mentir sí era aceptable, por lo visto. En realidad, sin embargo, había ocurrido lo que él jamás habría creído posible: se había quedado en el paro.

El pánico ante la ociosidad llevó a mi padre a lanzarse de cabeza a la construcción de la casa. Sus planes para el interiorismo eran cada vez más audaces. Lo que más le entusiasmaba eran los cuartos de baño. Íbamos a tener uno negro, otro verde oliva y otro nacarado. También había otra tarea que lo tenía ocupado. Con el verano ya algo avanzado, en Obach se había desatado la fiebre del tenis. Boris Becker acababa de ganar Wimbledon, y los periódicos y la televisión no hacían más que hablar de ese nuevo y emocionante deporte. Se fundaban clubes de tenis por todo el país, todo el mundo soñaba con un segundo niño prodigio, y Obach se rindió a esa moda. Iban a construir una pista de tenis justo al lado del campo de deportes y, como mi padre era miembro del club deportivo, colaboró con ganas. A mi madre le extrañó que no tuviera nada mejor que hacer.

—Así son las cosas en un pueblo. Uno se entrega. Por la comunidad —replicó él con retintín—. Tú no lo entiendes.

A ella no le hacía mucha gracia el asunto. Aquello no era como con el fútbol. De repente se había introducido en el pueblo un deporte que parecía creado expresamente para mujeres. Peor aún, para mujeres con minifalda. Aunque mi madre hubiera querido jugar, seguro que no fabricaban equipos de su talla. Pero mi padre no se atrevió a hacer ningún comentario al respecto. Esas semanas estaba «muy contenido».

Yo sabía que mi madre, en realidad, tenía otros problemas que no eran el tenis, desde luego.

—Habrá dinero suficiente, ¿verdad, mamá?

—Sí, sí. —Casi gruñó al responderme—. Solo necesito esa maldita firma.

Perder el trabajo, convertirse en un parado; mi padre nunca ha acabado de superar ese miedo.

Y eso que pertenece a una generación que vivió una seguridad material como nunca había existido. La gente jamás había contado con tanto tiempo libre, tanto dinero y tantos bienes de consumo.

Mi padre está enormemente orgulloso de su carrera profesional. El homólogo capitalista del «héroe del trabajo» comunista es el self-made man. Detrás de eso se esconde la convicción de haberlo conseguido todo «por méritos propios». Gracias a una mezcla de talento, empeño, habilidad y, en todo caso, quizá algo de suerte.

La posguerra alemana sería impensable sin esa mentalidad. Reconstrucción, prosperidad, milagro económico. Bregar, ahorrar, progresar. Mi padre creció inmerso en ese «más arriba, más deprisa, más allá».

Durante mucho tiempo no se preguntó adónde lleva todo eso, cuál es la meta de ese crecimiento interminable. Tenía la imagen de la pobreza de sus padres como ejemplo disuasorio. Puedo entender muy bien su deseo de una vida mejor. La narrativa del self-made man, sin embargo, es nefasta. Porque las carreras de esos hombres y padres se fundamentaron, por supuesto, en la explotación de otros grupos que tenían una enorme importancia sistémica pero que no ganaban nada, o no lo suficiente: las madres y mujeres con su labor no remunerada en el área de los «cuidados», y los trabajadores y trabajadoras extranjeros. Por no hablar de la explotación de materias primas de países más pobres.

En el fondo, mi padre sabía que era injusto que unos ganaran tan poco o nada de nada, y él, en comparación, mucho. Para justificar ante sí mismo su patrimonio, debía incidir en el principio del rendimiento. El que rendía mucho también debía verse recompensado. El que era pobre, lo era porque había tomado decisiones poco inteligentes o sencillamente no trabajaba lo suficiente.

En lo más profundo del self-made man se esconde la psicología del soldado, del hombre «acorazado» que levanta fronteras a su alrededor y las defiende cueste lo cueste.

Más adelante, cuando consiguió un sueldo más alto, mi padre se volvió más tímido con sus privilegios. Antes de que quisiera darse cuenta, se había convertido en un pequeñoburgués, y eso hizo que quedara perdido entre clases para siempre.

Y yo, si soy sincera, ¿no he interiorizado por completo ese cuento del rendimiento? ¿No debo luchar yo también siempre contra ello?

6

El día que mi madre por fin iba a acudir a su cita con el doctor B., descubrió una marca azulada en el brazo de Jessy.

Estábamos a punto de comer; ella nos estaba sirviendo patatas, huevo y espinacas cuando le vio unas manchas oscuras y, horrorizada, dejó caer el cucharón.

—Jessy —dijo—. ¿Qué es eso?

—Nada. —Ella se cubrió enseguida con la manga del jersey.

Entonces me llamó la atención que, aunque era verano, hacía mucho que no la veía en manga corta.

—¿Ha sido… ella? —preguntó mi madre.

Se me aceleró el corazón. ¿Pegaban a Jessy en su casa? ¿Ese moratón se lo había hecho la Bopp?

—Espera aquí —ordenó mi madre, y fue al salón a llamar por teléfono.

Jessy se levantó enseguida de la silla.

—No, por favor. Puedo explicarlo.

Por supuesto, creía que íbamos a llamar a los servicios sociales.

—No te preocupes —dijo mi madre.

Aun así, Jessy echó a correr y pasó junto a ella de camino a la puerta. Ya iba por la mitad de la escalera cuando mi madre le gritó que parara.

—¡Tú te quedas aquí!

Jamás había usado un tono tan enérgico para dirigirse a ella. Cuando la regañaba, siempre lo hacía con mucho cuidado y respeto. «Yo no soy su madre», significaba eso.

Jessy, que comprendió «la gravedad de la situación», asintió y se quedó sentada.

Al cabo de un rato, cuando mi madre salió otra vez del salón, habló con nosotras.

—Tengo que ir con la abuela al médico sí o sí, o sea que os venís conmigo.

En la consulta de neurología había muchos viejos. En todos los rincones y detrás de las puertas abiertas había muletas y andadores.

El médico enseguida se acercó a nosotras.

Conque ese era su «doctor B.»… Me quedé sin habla un segundo. El hombre que tenía delante se parecía a mi padre. ¿O mi padre se parecía a él? Y ver a un hombre que se parecía a mi padre vestido con bata de médico era doblemente fascinante. Porque a mi padre no le

gustaban «esos dioses de blanco».

—Oh… —dijo el doctor B. en lugar de saludar.

Abrazó a mi madre, solo un instante pero con cariño. Después miró su permanente. Fue una mirada compasiva que no ocultaba que el peinado le parecía mala idea, pero no se mostró despectivo ni desagradable.

Entonces comprendí que mi madre, obligada a todas luces por el desempleo de mi padre, había dejado de lado todos sus reparos. Con permanente o sin ella, necesitaba la dichosa firma.

Mi madre empujó a Jessy con delicadeza hacia la camilla de examen.

—Me gustaría que le echaras un vistazo a esto —le pidió al doctor B.

Jessy se puso una mano en el pecho.

—No te preocupes —le dijo el médico—, no te va a doler.

Tras dudarlo un poco, mi amiga se quitó el jersey.

La mirada del doctor B. recorrió su torso, le subió un poco la camiseta interior con cuidado y rodeó a la paciente con una expresión cada vez más sombría.

—¿Cómo se lo ha hecho?

—No es lo que piensa —murmuró Jessy.

—¿Qué hacemos ahora? —oí que preguntaba mi madre en voz baja.

—Tengo que informar a los servicios sociales. Está muy claro.

Jessy se incorporó enseguida.

—¡No, por favor!

Se quedó mirando al techo. Comprendí que todo aquello le resultaba terriblemente desagradable. No le gustaba pedir nada a nadie y detestaba que le dieran órdenes.

—Lo que pasa es esto. —Cogió aire y se removió sobre la sábana—. Cuando ha bebido, a veces tropieza y yo intento sostenerla. Pero a veces se cae y entonces yo me caigo también.

Nadie dijo nada durante unos segundos.

—Aun así —decidió el doctor B.—. Aunque no haya sido adrede. No puede ser.

Jessy se levantó.

—No, por favor, no, por favor, no, por favor —suplicó—. No quiero irme de Obach.

Mi madre se mordió el labio.

—Ya sé que no son condiciones en las que pueda vivir una niña. Pero ¿un centro de menores?

—Por mucho que lo entienda —insistió el doctor B.—, tengo que informar de esto.

—Pero piénsalo. La perjudicada sería ella. Ella y nadie más.

Jessy se sorbió la nariz. Yo empezaba a entender poco a poco lo que

estaba en juego. Era posible que en un centro lo pasara aún peor. Si se quedaba en Obach, al menos nos tendría cerca para echarle una mano.

—Nosotras la cuidamos —dije, y asentí con ganas.

—Yo no necesito que nadie me cuide —espetó Jessy.

Me estremecí. Una vez más volcaba su rabia sobre mí.

Mi madre lo pensó un poco y luego se acercó al doctor B.

Hablaron en susurros, pero los entendí perfectamente.

—A efectos prácticos ya vive con nosotros —dijo mi madre.

El doctor B. unió las manos en un gesto de súplica y señaló a la abuela Ella, que estaba sentada en la silla del rincón, mascullando algo.

—Ya tienes personas más que suficientes de las que ocuparte.

Mi madre miró al suelo.

—Y qué más da.

—Muy bien. —El médico asintió—. Si crees que va a funcionar…

A Jessy se le iluminó el rostro al instante. Sus ojos brillaban de alegría.

—¡Gracias! —exclamó—. Gracias, gracias.

Sentí un alivio inmenso, pero también noté otra inquietud en mi interior. ¿Aquello que acababan de acordar los adultos era algo prohibido? ¿Y si alguien lo descubría? ¿Los servicios sociales? ¿O la policía? Mi madre ya había estado en los tribunales. ¿Y si alguien la denunciaba una segunda vez?

El doctor B., sin embargo, ya estaba examinando a la abuela Ella. La mujer no fue capaz de contestar ninguna de sus preguntas. Ni cómo se llamaba, ni dónde vivía. En lugar de «darle la réplica» al médico, se limitaba a mirarlo extrañada con sus ojos acuosos.

—Su estado ha empeorado. —El doctor B. hizo unas anotaciones y luego miró a mi madre—. ¿La sacas a pasear con asiduidad?

—Sí, claro —dijo ella tras dudar un segundo.

Miré primero a mi madre, luego al neurólogo. Ella no tenía «ni un minuto de tranquilidad» en el día para pasear. Además, decía que le resultaba muy pesado salir a la calle con una niña de un año vivaracha y una mujer de setenta confusa. Sobre todo porque mi hermana amenazaba con escapársele todo el rato y cruzarse delante de un coche. En los senderos de paseo que había alrededor de Obach era frecuente que pasara de pronto un vehículo, un tractor o una motocicleta a toda velocidad.

—Y, dime, ¿alguna vez se ha escapado? —quiso saber el doctor B.

—No, qué va —contestó mi madre—. Por suerte, siempre se queda en casa.

Eso ya fue demasiado para mí.

—No es verdad, mamá —se me escapó—. ¡Si todo el rato quiere salir a la calle!

Un par de días antes, una vecina había tenido que traérnosla a casa. De algún modo había conseguido abrir la verja que mi madre cerraba siempre por seguridad. Había salido a la calle, pero a pocos metros de la casa ya no sabía adónde quería ir y tampoco dónde estaba ni quién era.

Vi que mi madre se estremecía. Jessy me mandó callar con un gesto.

—¿Es eso cierto? —El doctor B. nos miró con seriedad, primero a mí y luego a mi madre.

Ella se removió en su silla. Era evidente que la situación la incomodaba.

—Me las apaño —afirmó con vehemencia.

Casi no podía creerlo. ¡Mi madre estaba mintiendo! Ella, la que nunca, bajo ningún concepto, toleraba que yo dijera nada que no fuese la verdad, acababa de mentirle al médico.

—Ya, ya… Tener un hijo —comentó el doctor B.— es como tener a un detective en la familia.

—Bueno, y… —Vi que mi madre estaba impaciente por salir de allí. Señaló el papel que el doctor B. tenía delante—. ¿Me lo vas a firmar?

Él le dirigió una mirada larga e intensa. Después me señaló a mí.

—También tienes una hija mayor. No lo olvides.

Mi madre suspiró.

—Ela, cariño. Te quiero mucho, ¿me oyes?

Pensé que no era cuestión de si me quería o no. Solo que no tenía tiempo para mí.

Creo que con mi madre se perdió una buena médica o una buena enfermera. «Con alguien se perdió algo.» Menuda expresión.

También puedo imaginarla como trabajadora social o cuidadora de ancianos. Siempre había alguien a quien debía salvar, cuidar, curar o alimentar. La educaron para ese papel. Su mayor utilidad social residía y reside en su talento para cuidar.

Su corazón es un Titanic. Siempre que «la cosa aprieta», ella echa una mano. Se compadece de toda la gente a la que la vida trata o ha tratado mal.

Sin embargo, una sola mujer no puede ocuparse de una infinidad de personas. La empatía y el cuidado son recursos finitos.

Igual que tampoco una sola historia, como esta, puede salvar a todas las demás mujeres.

Tal vez nadie pueda salvar a nadie, de todos modos. Pero ¿cuál es la solución a este dilema? ¿Al hecho de que las personas necesiten asistencia?

La respuesta la conocemos desde hace tiempo: una revolución de los cuidados. Qué extraño resulta ver esas dos palabras juntas: «revolución» y «cuidados».

7

Eran las vacaciones de verano y Jessy y yo esperábamos poder pasar los días en la piscina descubierta en cuanto a ella se le hubiera curado la mano. Tampoco se le veía ya ningún moratón. Por entonces volvía a estar un poco más simpática, aunque había que andarse con cuidado. No nos había perdonado del todo, y el más mínimo comentario podía ponerla de mal humor. Incluso con mi madre se mostraba algo más distante. Era como si nos hubiésemos entrometido en una esfera demasiado íntima de su vida.

La piscina era un constante «motivo de discordia». ¿Quién iba a llevarnos en coche? Mi padre estaba «liadísimo» entre la construcción de la casa y la pista de tenis. Mi madre decía que vigilar a la abuela Ella y a mi hermana la tenía agotada. Todos sabíamos que aquello era verdad y mentira a la vez. Gracias al afán crítico de mi padre, la piscina se había convertido en un lugar infranqueable para ella.

Aunque por entonces ya nadaba con seguridad, no me dejaban ir sola a bañarme con Jessy: «demasiado peligroso», decían. De modo que siempre tenía que andar suplicando para que mi padre se apiadara de mí, y solo era cuestión de tiempo que acabara estallando.

Una mañana, la discusión fue fuerte. Iba a hacer un día especialmente caluroso. Teníamos un higrómetro con forma de casita, de donde salía una figurita vestida de blanco y saludaba con su sombrero los días que, como ese, iba a hacer buen tiempo; el hombrecillo del paraguas se había quedado dentro.

Tras un poco de rifirrafe, mi padre «se dejó engatusar» para llevarnos a la piscina, pero entonces descubrió en la basura la etiqueta cortada de una blusa nueva de mi madre. Ella siempre tenía la precaución de que mi padre no viera la talla de sus prendas, así que cortaba las etiquetas nada más comprar la ropa.

—¿Cuánto pesas ahora? ¿Lo mismo que cuando estabas embarazada? ¿O más aún? —le recriminó.

Mi madre, apoyada en el fregadero, siguió amasando sin inmutarse. Había tomado por costumbre hacer «torta de azúcar» los sábados porque a la abuela Ella le gustaba mucho.

—Esto ya no es normal. —Mi padre meneó la cabeza—. Ni siquiera puedes ir con tu hija a la piscina. Siempre tengo que llevarla yo.

—¿Tienes demasiado que hacer? ¿De verdad? Pues nos intercambiamos. —Mi madre levantó las cejas y se volvió hacia mí—. Venga, va. Nos vamos.

—¿Y tu madre? —Mi padre arrugó la frente—. ¿Y la pequeña?

—Se quedan aquí. Contigo.

—No… Eso no puede ser.

Mi padre empezó a sudar visiblemente al ver que mi madre lo decía en serio.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué no?

Resultaba que, esa tarde, el equipo de fútbol de Obach tenía que jugar una final. Se trataba de algún tipo de trofeo. Ese era el motivo por el que mi padre no quería llevarnos a la piscina. Por lo visto, no era capaz de reconocerlo y, en lugar de eso, había atacado a su mujer y le había dado en su punto débil, pero ella «no pensaba permitir» que la acusaran de ser mala madre.

—Bueno, pues entonces nos vamos todas —gruñó.

Me la quedé mirando. Lo decía en serio de verdad. Pensaba ir a la piscina con nosotras.

Y en ese momento noté que una sensación desconocida, amenazadora y de lo más desagradable se removía en mi estómago.

—Mamá —dije—. No tienes por qué hacerlo.

—¿Cómo que no? —dijo, tozuda.

Se pasó una mano por la frente, donde le brillaban gotitas de sudor.

—Podemos montar la piscinita para niños —propuse incluso.

—Creía que eras tú quien quería ir a la piscina a toda costa —se entrometió entonces mi padre.

Era evidente que intuía una posibilidad de salir airoso del asunto. De repente el problema era yo, no él.

Me quedé callada. Ni yo misma entendía por qué sentía esa resistencia en mi interior.

—¡Ja! —exclamó mi padre, triunfante de pronto—. Ya lo ves. Hasta tu hija se avergüenza de ti.

—¿Qué? —Los miré al uno y al otro.

La norma de «no discutir delante de la niña» no parecía seguir en pie.

Mi madre me miró. Su expresión oscilaba entre la súplica y la amenaza, y acabó decantándose por esta última.

—¿Es eso cierto? ¿Te avergüenzas de mí?

—Claro que no —respondí enseguida, sin pensarlo de verdad.

—Bueno, pues venga. Nos vamos.

Fui a por mis cosas como si estuviera en trance. El bañador Adidas, la esterilla, la apestosa crema solar de Nivea.

Jessy, que esperaba fuera, en la escalera, se llevó una agradable sorpresa al ver que mi madre cargaba las cosas en el escarabajo y no en el Audi.

—Bueno, ¿adónde queréis ir? —Mi madre hablaba con un tono furioso.

Había tres piscinas para elegir. Una en Pirn, otra en Regenheim y otra en Umbach. La de Pirn era la más cercana, era la piscina de al lado del colegio, donde también íbamos a natación. Si elegíamos esa, seguro que nos encontraríamos con alguien de clase. La de Regenheim era la más bonita y la que quedaba más lejos. Allí había tres amplias zonas de césped para tumbarse y estaba más cerca de la capital de distrito, así que los bañistas me parecían más urbanitas, tal vez porque el dialecto local era otro. La tercera piscina descubierta a la que solíamos ir estaba en Umbach. Era una localidad que quedaba algo apartada, donde nadie nos conocía y nosotras no conocíamos a nadie. A mi padre le gustaba ir allí porque había un trampolín de un metro de altura con muy buena elasticidad. A Jessy y a mí esa piscina nos daba un poco de repelús desde que nos contaron que, el verano anterior, un niño pequeño se había caído en la parte de nadadores y se había ahogado.

—A Umbach —dije de todos modos.

Mi madre estuvo callada durante todo el trayecto. Tampoco yo dije nada. Solo miraba de reojo su silueta desde el asiento de atrás. Había engordado sobre todo del trasero.

Jessy, a mi lado, no hacía más que mirarme como preguntándome algo. Se me aceleró el corazón cuando mi madre, al llegar al destino, no se quedó en el coche como hacía siempre que nos llevaba a alguna parte, sino que bajó con nosotras. Fue como si de repente sus posaderas, fuera de Obach, fuera del coche, fuera de nuestras cuatro paredes, fuesen el doble de gordas.

Sin darme cuenta, recorrí el aparcamiento con la mirada. No vi a nadie conocido. Fue entonces cuando comprendí por qué había elegido esa piscina, y la garganta se me cerró tanto que me dolió.

Mi padre tenía razón.

Me avergonzaba de mi madre.

Me-avergonzaba-de-mi-madre.

Atravesé la zona de piscina recreativa con la cabeza gacha, pero aun así noté las miradas de los bañistas como si fueran alfilerazos. Los niños mayores, sobre todo los chicos, dejaron de alborotar y de jugar con la pelota en el agua, y se pusieron a reír por lo bajo señalándonos disimuladamente con el dedo. También los dos socorristas se quedaron mirando en nuestra dirección.

Con el rabillo del ojo busqué un sitio libre en el césped donde, a ser posible, nadie se fijara en nosotras. Y entonces, de pronto, sentí un escalofrío. ¿Cómo íbamos a tumbarnos? No era capaz de imaginar el cuerpo de mi madre echado en la hierba.

—Buscad un sitio cerca. Yo me quedaré aquí. —Mi madre señaló un banco que quedaba justo al lado de la piscina recreativa.

Respiré tranquila.

Enseguida se sentó. Apoyó un brazo en el respaldo del banco y volvió la cara hacia el sol entornando los párpados. Mi hermana se estaba echando una siesta en su cochecito. Solo la abuela Ella parecía algo aturdida por el alboroto que la rodeaba; estaba tan agitada que se tocaba la cruz de oro todo el rato. Por lo demás, sin embargo, la estampa era apacible. Mi madre llevaba una falda larga con muchas florecitas de color azul claro y azul oscuro. La desastrosa permanente se había convertido ya en una melena de rizos gruesos. Se me ocurrió pensar que estaba guapa, pero la idea desapareció al instante. No lograba sobreponerme a ese aluvión de miradas despectivas. Me daba la sensación de que todos los ojos nos miraban.

Me pasé toda la tarde nadando lo más lejos posible de mi madre, así que solo estuve en la piscina para nadadores. Me sumergía una y otra vez, y otra más, para mantener la cabeza bajo el agua.

Pese a todo, mi corazón se normalizó en algún momento. Hasta entonces todo había ido bien. Nadie había ofendido o insultado abiertamente a mi madre. Allí, sentada en su banco, parecía haberse integrado en el entorno igual que un camaleón. Tras la conmoción inicial, los demás bañistas la habían dejado en paz.

—Vamos a practicar tirarnos de cabeza —le propuse a Jessy con repentino entusiasmo.

Me apetecía probar el trampolín de un metro. A mi madre, no obstante, que no nos quitaba los ojos de encima, la idea no pareció gustarle demasiado. Levantó los brazos, me llamó por mi nombre y me indicó por gestos que bajara del trampolín. De nuevo atrajo todas las miradas mientras la tabla se doblaba bajo mis saltos. Me lancé al agua de cabeza y me sumergí mucho, casi hasta el fondo.

Cuando volví a la superficie, una mano se metió en el agua y me sacó con gesto enérgico. Abrí los ojos de golpe, esperando que la mano fuese de Jessy, o tal vez de un socorrista, o de otro bañista. Pero no. La cabellera empapada de mi madre se balanceaba en el agua ante mí.

—¡Madre de Dios, Ela! —exclamó con miedo en la mirada—. Menudo susto me has dado.

Me la quedé mirando. Nunca la había visto con el pelo mojado. Cuando salía de la ducha, siempre se lo envolvía con una toalla. Peinado tan liso hacia atrás, la hacía parecer una niña, o por lo menos una mujer muy joven. Era una imagen extraña: mi madre, empapada, en el agua, delante de mí. Se había metido en la piscina con ropa y todo. La blusa de flores se le pegaba a los pechos, la sombra de ojos azul se le había corrido.

Miré a mi alrededor. Me dio la sensación de que toda la piscina nos estaba mirando y cuchicheaba.

—Venga. Nos volvemos a casa.

Mi madre nadó hacia el borde, yo me quedé inmóvil unos segundos.

Quien se mete en la piscina luego tiene que volver a salir. El corazón me latía con fuerza. Sin embargo, de pronto me di cuenta de que mi vergüenza se convertía en rabia.

Todos, todos nos estaban mirando. Toda la maldita piscina paseaba la mirada por el cuerpo empapado de mi madre mientras subía por la escalerilla metálica.

Tenía la falda de flores completamente pegada al trasero y de nada servía que tirara de la tela todo el rato, porque su figura se intuía con claridad bajo la prenda mojada. Me sequé lo más deprisa que pude entre cuchicheos, risitas, miradas penetrantes y gestos de perplejidad.

Iba a bajar la mirada cuando vi a Jessy, que estaba sentada en el banco cuidando de mi abuela y mi hermana. Fue un instante fugaz, pero bastó para oscurecerlo todo. Lo sentí como uno de esos cambios de iluminación de los *Teleñecos*. Lo que un segundo antes había estado cubierto de un brillo rosado, de pronto era verdoso y mortecino.

Jessy había triunfado. En sus ojos no vi diversión, sino triunfo. Había notado mi vergüenza y la estaba saboreando a placer. Mi vergüenza por mi madre, esa mujer a la que ella adoraba.

Noté que me invadía la ira. Era Jessy la que había querido ir a la piscina a toda costa. Ella nos había metido en ese lío, y de pronto se ponía del lado de los que se burlaban de mi madre. Lo estaba disfrutando. Vi la traición en su mirada y decidí que ya tenía suficiente. De una vez por todas.

Se me hace extraño pensar en la época en que intentaba por todos los medios que no me vieran con mi madre en público.

Durante un tiempo, la vergüenza formó parte de mí tan inextricablemente como mi propio aliento.

No fue hasta que pasaron los años cuando comprendí que no era yo quien se avergonzaba. La mía era una vergüenza de segundo grado: veía a mi madre a través de los ojos de mi padre.

«¿No te da vergüenza?» No sé cuántas veces le hizo él esa pregunta; aunque casi siempre sin esperar respuesta, sino ligada a un veredicto inmediato: «Cómo puede alguien no sentir vergüenza de algo así».

¿Se avergonzaba también ella de su físico en aquel entonces? Creo que no. Espero que no.

Durante mi adolescencia, se me ocurrió una prueba para descubrir si alguien podía convertirse o no en amiga o amigo mío. Me imaginaba cómo reaccionaría la primera vez que viera a mi madre. Si la miraría con benevolencia o por lo menos sin malicia. Si en su rostro se adivinaría cierta maldad o desprecio. O si solo fingiría candor. Todas las personas con las que entablaba y entablo relación tenían y tienen que superar esa prueba.

8

Pocos días después, mi padre hizo de tripas corazón, se puso uno de sus trajes elegantes y se presentó en su antigua empresa.

Al regresar, traía muy buenas noticias. Estaban dispuestos a contratarlo de nuevo. Y «de mil amores», según explicó.

—Es que eres el único que sabe diseñar esa clase de mecanismos. Te necesitan —dijo mi madre.

Parecía aliviada, aunque no contenta. Casi era como si sospechara lo que significaría esa noticia para ella. Apenas mi padre recuperó su puesto, se concentró total y absolutamente en dos acontecimientos, sus dos proyectos, que eran la próxima inauguración de la pista de tenis y la fiesta de Navidad a finales de año. Su mujer tenía hasta entonces para adelgazar.

Y, en efecto, el tema pronto estuvo sobre la mesa.

Mi madre explicó que no tenía tiempo para otra dieta de Weight Watchers.

—Qué dices de Weight Watchers —exclamó mi padre—. Basta con eso de CLM. —Cuando vio mi mirada de incomprensión, explicó—: Perdón, «comer la mitad».

Mi madre apretó los labios. Sabía que no ganaría esa batalla, así que se resignó.

A partir de entonces, ya no se sentaba con nosotros en las comidas principales. Por las mañanas se limitaba a comer una manzana o una pera. Al mediodía, cuando nosotros disfrutábamos de una carne o un pescado con deliciosas salsas cremosas, ella mordisqueaba una tostadita, igual que por la noche, casi siempre acompañada por unos pepinillos en vinagre.

Mi padre renunció al menos a obligarla a pesarse. Además, habríamos tenido que comprar una báscula nueva, porque la vieja había desaparecido de forma misteriosa.

Si antes Jessy había ejercido cierta hostilidad contra mí, desde aquella tarde en la piscina expresó su animadversión abiertamente. Después del incidente, sin embargo, había intentado todo lo posible por reconciliarse conmigo. Me había hecho regalos, me había rogado y suplicado que volviera a jugar con ella, se había ofrecido a trenzarme

la melena rubia. Pero no le sirvió de nada. Mi rabia o, mejor dicho, mi horror al verla ponerse del lado de los mirones de la piscina sobrepasaba la pena que me producía su ausencia. En cuanto la veía aparecer o intuía su figura, aunque fuera de lejos, sentía una presión en el pecho. Aun así, me mantuve firme.

Cuando se dio cuenta de que nada le funcionaría, se rindió y también ella me «dio la espalda». Ya ni siquiera venía a comer a casa. Sin embargo, no se limitó a poner distancia. En el colegio había empezado a tirarme de la coleta con tanta fuerza que me hacía daño en el cuero cabelludo. Era peor que una picadura de ortiga.

Mi padre estaba furioso.

—¡Cómo se atreve! ¡Después de todo lo que hemos hecho por ella!

—Está triste —dijo mi madre, intentando explicar su conducta—. Porque nos mudamos a otra casa. Es evidente.

No había conseguido sonsacarme el motivo de nuestra pelea. ¿Qué habría podido decirle? ¿Que Jessy se había regodeado en mi desgracia? ¿Aunque solo fuera por quedar por encima de mí?

—Ya se le pasará —añadió mi madre, y me acarició la cabeza.

Tal vez estuviera convencida de que volveríamos a ser amigas, o quizá tenía demasiados quebraderos de cabeza con sus propios problemas.

La reacción de mi padre fue mucho más pragmática.

—Búscate otra amiga —fue su escueto comentario.

Yo estaba indignada. Era evidente que mi padre no tenía ni idea de mal de amores.

Decidí que por lo menos acabaría con los tirones de pelo. Un sábado, en cuanto mi padre salió hacia el hogar del deportista, le pedí a mi madre que me cortara la melena.

—¿Quieres que te lo deje corto? Pero ¿corto corto? —preguntó.

—No del todo. Como Evi.

Evi era una niña de mi clase con la que últimamente jugaba de vez en cuando.

Mi madre ya me había puesto una toalla sobre los hombros y, con el suave siseo de las tijeras, empezó a cortar un mechón tras otro.

Yo cerré los ojos y obedecí sus indicaciones con el corazón palpitante. Unas veces tenía que echar la cabeza hacia atrás, otras hacia delante y otras hacia un lado. Empezaron a acumularse mechones rubios a mis pies.

—Listo —anunció mi madre al final.

Abrí los ojos. Se me hacía raro verme, pero no me desagradaba. El pelo me llegaba justo por encima de las orejas. Mi madre solo me había dejado el flequillo del mismo largo de antes, pero lo había

sujetado a un lado con una horquilla para despejarme la frente. Me hacía la cara más clara. No, más adulta.

Me quitó la toalla.

—Bueno, ¿qué te parece?

La abuela Martha, que había subido a pedir unas patatas, se llevó las manos a la cabeza.

—¡Ay, Dios mío de mi vida! Si está igual *q'un* mozo.

Fui a mirarme al espejo que había en el dormitorio de mis padres. Su superficie rectangular solo me reflejaba más o menos hasta la pelvis porque estaba colgado a la altura de un cuerpo adulto, pero entonces entendí qué era lo que me gustaba de esa transformación.

—Es verdad —dije con asombro—. Igual que Michel. Igual que un chico.

—No, qué va —repuso mi madre riendo—. Estás muy guapa.

Sacudí mi cabellera rubio ceniza. La notaba muy liviana, y con la nuca fresca.

—Bueno. Volverá a crecer —dijo mi padre al ver mi nuevo corte.

Resultó que ese verano aún me iría de vacaciones. Mi padre había reservado un viaje de catorce días al mar Báltico. Solo para nosotros dos. Unas vacaciones «de padre e hija».

—¿Y qué pasa con mamá? —quise saber.

—Yo tengo que cuidar de la abuela —dijo enseguida mi madre.

Al principio no estaba muy segura de si, aun así, podía alegrarme, pero la idea de ir al Báltico me ganó. Sabía cómo era el mar del Norte por la serie de *La Benjamina,* y el Báltico no debía de ser muy diferente.

Me puse a saltar sobre una y otra pierna por todo el dormitorio de mis padres, donde las maletas vacías ya estaban abiertas encima de la cama de matrimonio. Mi madre me había comprado un sombrero de paja y también un bikini azul, rojo y blanco. Mi padre aplaudió con entusiasmo al verme hacer una interminable pirueta delante del espejo.

—Como una sílfide —me alabó.

Sentí alivio. Había temido dejar de parecerle guapa con el pelo corto.

Aun así, en su cumplido percibí un tono de voz especial. También iba cargado de falsedad y agresividad. Sentí que mi alegría se desvanecía y que de pronto se me encogía el estómago. Mi madre estaba doblando una chaqueta de verano para meterla en la maleta de mi padre y vi de reojo que también a ella le cambiaba la cara. Mi madre no era «como una sílfide».

Pasé el rato que faltaba hasta la hora de comer haciendo gimnasia

en los aros. Mi padre los había instalado en el patio hacía un par de semanas y yo me había pasado horas entrenando para conseguir colocar los pies en las anillas y luego dejar caer el torso y la espalda hacia delante, de manera que quedara suspendida sobre el suelo en semicírculo, con la barriga estirada y las rodillas dobladas, tensa como un arco. Ese día por fin lo logré, y estaba contentísima y muy orgullosa cuando le enseñé el truco a mi padre. Él volvió a alabarme por ser «una gran atleta», y de nuevo me sentí mal un instante, aunque esa vez mi madre ni siquiera había podido oírnos.

Había reparado en mi vergüenza el día de la piscina, de eso estaba segura. ¿Por qué, si no, me esperaba últimamente en el coche cuando iba a recogerme a atletismo, en lugar de acercarse un rato a verme entrenar en la pista, como solía hacer antes? ¿No sería para no cruzarse con nadie?

En la comida, el ambiente estaba tan tenso que podía cortarse con un cuchillo. A juego con su mirada sombría, también las gafas de mi padre se habían oscurecido. Eran un modelo nuevo que aunaba gafas de vista y de sol, dos en uno.

Había lasaña y estaba buenísima, pero mi padre, desganado, se puso a toquetear las capas de pasta con el tenedor hasta que al final apartó el plato. Yo sabía lo mucho que se enfadaba mi madre cuando alguien despreciaba su cocina. Decía que en nuestra casa nadie tenía que acabarse el plato, que nadie tenía que comer algo que no le gustara, y por eso siempre intentaba cocinar recetas que disfrutábamos de verdad.

—¿Cuánto tiempo más vas a seguir mintiéndome?

Mi padre le puso delante un papel de celofán arrugado: el envoltorio de una barrita de mazapán. Me quedé de piedra. Nunca había visto una tan grande. Por Pascua teníamos mazapanes más pequeños, pero ¿algo así? Además, ni a él ni a mí nos gustaba.

—Lo he encontrado en tu coche. En el compartimento lateral.

Nadie dijo nada.

—«Comer la mitad»… —añadió mi padre con burla—. Deja que me ría.

—Ese mazapán se lo compré a la abuela Ella —empezó a justificarse mi madre—. Por si te interesa.

Yo no sabía muy bien de qué estaban hablando. Ante mí apareció un instante la visión de la báscula y el rostro de mi madre mientras intentaba apoyarse en la fregona. Sin embargo, entonces ella empezó a coger carrerilla.

—Si quieres saber por qué no adelgazo, bueno, pues puedo decírtelo. Tu propia hermana me lo ha explicado.

—¿De verdad? Ahora sí que tengo curiosidad.

Mi padre la miró esperando una contestación. También yo

escuchaba cautivada. ¿Podía ser que, en efecto, existiera una explicación sencilla?

—Es muy fácil. La culpa la tienen todas esas dietas —dijo—. Después de cada una, en cuanto vuelves a comer con normalidad, el peso se recupera de manera automática. Se llama «efecto rebote» y está comprobado científicamente. Se lo ha explicado una amiga suya estadounidense.

—¿O sea que comer normal engorda? —Mi padre arrugó la frente.

Tampoco yo entendía lo que quería decir mi madre con eso.

El cuerpo, siguió explicando ella, se acostumbraba a comer poco y adecuaba el metabolismo en consonancia. Por eso se seguía engordando aun sin comer grandes cantidades, ni cosas en exceso dulces o grasas.

Mi padre se frotó la barbilla mientras lo sopesaba. Después se inclinó hacia delante y miró a mi madre fijamente desde detrás de sus gafas. Ahora que no había mucha claridad, los cristales volvían a ser casi transparentes.

—Me voy de vacaciones yo solo con mi hija de ocho años. Con mi hija, de ocho años. —Hizo una pausa teatral—. Y tú te justificas con no sé qué dudosa teoría estadounidense en lugar de hacer de una vez lo que tienes que hacer. Es lamentable.

Ahora sí que ya no entendía nada. ¿Qué tenía que ver lo uno con lo otro?

—Pero ¿eso por qué? —Los miré por turnos—. Creía que era por la abuela. Que mamá no venía por ella.

Antes de terminar la frase, sin embargo, lo entendí. Mi madre no podía acompañarnos a las vacaciones porque estaba demasiado gorda. Ese era el motivo.

En la costa hacía bastante más frío que en Obach. Me negaba a estar más de un cuarto de hora dentro del agua y, aun así, tiritaba más que nadaba. Habría preferido pasarme el día envuelta en una toalla de baño y sentada en los sillones de mimbre, leyendo libritos de Disney, o quedarme en la cama. Pero mi padre no me dejaba.

Sin embargo, tampoco él sabía cómo entretenerse en la playa. Enseguida acaba de leer el *Stern,* e incluso tenía el crucigrama casi resuelto en media hora. Le habría gustado caminar conmigo por la arena o por el paseo, «callejear», pero a mí todo eso me aburría.

Por las mañanas se ponía elegante, y yo también intentaba llevar mis vestidos y faldas más bonitos por las tardes, cuando salíamos a cenar a un restaurante de pescado. Me daba cuenta de que de vez en cuando atraíamos miradas.

—La gente piensa que te estoy criando yo solo —me explicó,

aunque sin dar a entender si le parecía bueno o malo.

Algo en lo que sí podíamos ponernos de acuerdo era en los deportes, de modo que compró una pelota de playa en una de las muchas tiendas de la localidad costera, y también un juego de bádminton y una pelota de vóleibol. Maldijo al ver los precios, sobre todo porque, a causa de los fuertes vientos, también esos «pasatiempos» resultaron complicados. Como alternativa, nos fuimos a jugar al minigolf, pero mi padre se quejaba de que yo ponía «una pose muy tonta» al sostener el palo y mis pelotas se salían de la pista o acababan aterrizando en algún arbusto. Así que ya solo nos quedaban los juegos de mesa que mi madre nos había metido en la maleta «con sabia previsión». Mi padre intentó enseñarme a jugar al ajedrez, pero no conseguía memorizar lo que podían o no podían hacer el caballo y la reina. En cambio, el tres en raya, al que me había enseñado a jugar el abuelo Ludwig, no divertía nada a mi padre. Y en el parchís se me comió tantas veces las fichas justo antes de llegar a casa que al final me eché a llorar y ya no quise volver a jugar con él.

Por fin cedió y me dio permiso. Podía leer todo lo que quisiera.

El día antes de regresar, mi padre estaba de especial mal humor. Llevaba horas sin apenas hablar conmigo, contestando solo con monosílabos. Estaba sentado en su sillón de mimbre, mirando con melancolía el agua del mar, que era a veces de un gris plateado y a veces de un azul negruzco. Era evidente que le desagradaba la familia dividida que formábamos, la estampa que debíamos de ofrecer.

En cierto momento se deslizó en su asiento, cruzó los brazos y, hablándole más al mar que a mí, dijo:

—El problema es que tu madre miente.

Me lo quedé mirando. No sabía qué contestar. Notaba la lengua torpe y pegada al paladar, así que me limité a mirar al horizonte, parpadeando sin decir nada. Intenté que no se diera cuenta, pero sentía que mi cuerpo se tensaba más con cada minuto que pasaba.

Mi padre me había explicado que allí, al contrario que en el mar del Norte, no había mareas. A pesar de ello, de repente me entró miedo de que el nivel del agua pudiera subir y arrastrarnos consigo.

Ni mi madre ni yo le habíamos contado a mi padre nada del incidente de la piscina, pero él intuía mi vergüenza.

Mi madre no era como las demás madres. Mi madre no comía helados. Mi madre no bailaba. Mi madre no podía ir a la piscina. Mi madre siempre estaba a dieta. Pero… ¿mentir? ¿En qué mentía? ¿A qué se refería mi padre con eso?

Su voz me devolvió a la realidad.

—Si fueses tú quien hablara con ella…, a ti quizá te haría caso.

Se lo veía desesperado de verdad.

—¿Qué quieres decir? —Noté que toda yo me quedaba paralizada.

Mi padre dudó un momento.

—Dile que tiene que adelgazar de una vez.

Volví a tragar saliva, pero ese maldito nudo no quería de-saparecer. Cuando mi padre vio mi apuro, hizo un gesto para zanjar el tema. Aun así, no logró ocultar su decepción.

—Venga —dijo—. No pasa nada. Olvídalo. No es cosa tuya.

Se levantó, caminó hasta la orilla y lanzó un par de piedras planas al agua, como hacía desde niño. Yo sabía lo mucho que le gustaba cuando conseguía que rebotaran en la superficie.

Me quedo atónita cuando una terapeuta interpreta mi historia como un caso de «parentalización».

Por «parentalización» se entiende una dinámica en que los roles de responsabilidad entre padres e hijos se invierten. Cuando un niño no se siente lo bastante protegido, se hace cargo de los cuidados emocionales que los adultos no son capaces de darle. Sin embargo, no es extraño que el niño se olvide entonces de sí mismo. Su atención vaga constantemente en el exterior, perdida entre los demás, muy lejos de su propio cuerpo y de sus necesidades. Se hace cargo del cuidado de sus propios padres.

Es erróneo pensar que esa inversión de roles solo tiene lugar en casos extremos, como cuando un niño debe ocuparse de unos padres con una enfermedad mental o una discapacidad física. A menudo, la parentalización es mucho menos dramática. Basta con que los padres traten a sus hijos como a pequeños adultos. De manera inconsciente, los convierten en árbitros que deben mediar entre ellos. Basta con que un niño siempre vea tristes o desbordados a los adultos que lo rodean. Estos ni siquiera tienen por qué expresarle esa tristeza o esa situación de desbordamiento. Un niño parentalizado nota las dificultades que experimentan los adultos. Identifica sus necesidades y sus deseos gracias a la mímica y la gestualidad.

Y entrega su amor incondicionalmente.

9

Si yo no pierdo,
el otro no puede ganar.

BORIS BECKER

Regresamos de las vacaciones a tiempo para la inauguración de la pista de tenis. En Obach, la fiebre tenística ya estaba en su apogeo.

Mi padre me compró una raqueta en la que ponía «GABRIELA SABATINI» con letras doradas, y también un equipo negro con salpicaduras metálicas en tonos dorados y violeta.

Practicábamos todas las tardes en el patio. Nos pasábamos horas lanzando las pelotas amarillas contra el viejo portón del granero, que temblaba con cada fuerte golpetazo. Todo aquello montaba tantísimo escándalo que Pepper escapaba al rincón más alejado del jardín, y hasta el abuelo Ludwig, que era duro de oído, ponía distancia de por medio.

Al final del primer día ya tenía ampollas grandes como una moneda de cinco marcos en el pulgar derecho, pero a la mañana siguiente seguí practicando de todas formas hasta que conseguí sostener la raqueta en el ángulo adecuado. Cada día se me daba un poco mejor. Incluso sabía si la pelota había golpeado bien contra las cuerdas por el sonido, porque entonces emitía un «plop» redondo.

Me fijé en que Jessy nos miraba desde la casa de enfrente. Casi siempre estaba sentada en los escalones de la entrada, o jugando con sus Barbies, o recorriendo la calle arriba y abajo con sus patines. De reojo vi que también ella había cambiado. Ahora llevaba una trenza a un lado, se recogía la camiseta con un nudo y masticaba chicle todo el rato.

Había adoptado una nueva estrategia conmigo. En lugar de evitarme, se acercaba a la reja pintada de negro para escupir su veneno.

—¿Qué? ¿Practicando para la inauguración? ¿Con tu «queridísimo señor padre»?

Yo seguía golpeando las pelotas contra el portón de madera y me esforzaba por no hacerle caso, pero ella, implacable, no dejaba de parlotear. Decía que no tenía la mano curada del todo y que por eso no podía participar en el torneo. Me tragué un comentario. Las dos

sabíamos que no tenía raqueta de tenis y que tampoco había nadie que pudiera prestarle una.

Me enteré de que, en lugar de jugar, sería recogepelotas.

—Bueno —dijo—, pues hasta la inauguración.

Justo después de las vacaciones, mi padre se compró un descapotable. Decía que «nunca se cansaba de admirar» los coches con las capotas bajadas que aparcaban a lo largo del paseo de Grömitz.

—¿Tres coches? —Vi que mi madre tomaba aire cuando se lo dijo —. ¿Dónde vamos a meterlos?

En realidad, el Audi de mi padre se aparcaba en el garaje, pero como la maniobra era un poco difícil, durante el día casi siempre estaba en el patio, justo delante del escarabajo de mi madre, que aparcaba en un rincón, debajo de la parte cubierta del «conjunto». Cuando mi madre necesitaba el coche, mi padre tenía que sacar el suyo del patio a la acera y volver a meterlo después. Si a eso le añadían otro coche, todo se complicaría más aún, pero a mi padre le daba igual, de modo que no tardamos en tener un BMW blanco descapotable y con asientos de cuero ante la puerta de casa.

—Un coche de verano —anunció.

Varios niños pequeños se acercaron a la verja para contemplarlo. El nuevo descapotable dio que hablar. Los niños del pueblo me acribillaban a preguntas cuando volvíamos a Obach juntos en el autobús del colegio. Desde la carretera principal se veía el solar y la estructura de tres plantas de la casa nueva.

—¿Tenéis piscina?

—¿Sois millonarios?

Y también era como si, gracias a la herencia, mi madre se hubiera convertido en otra persona a ojos de la mayoría de los habitantes del lugar. Sus miradas eran cada vez menos disimuladas. «A la cara» se hacían los simpáticos, pero yo notaba que después repasaban su cuerpo con malicia.

Al principio, mi padre se alegró de que en el pueblo se fijaran abiertamente en el físico de mi madre, que él llevaba años padeciendo. De pronto veía corroborada su percepción de que estaba casado con una gorda. Sin embargo, el mundo no reaccionó con compasión hacia él, sino todo lo contrario. Lo humillaban y se burlaban. Porque, además, a mi madre, por alguna razón, seguía sin funcionarle eso de «comer la mitad». Estar a dieta se había convertido en su estado natural y, aun así, estaba más gorda que nunca. Cuando íbamos juntas en el coche era cuando más notaba su transformación. Su trasero tocaba el freno de mano, la barriga le llegaba al volante y, tal vez por eso, también mi madre cambió su querido escarabajo por

un Volkswagen Golf dorado con un espacio interior más amplio. Así, recuperó algo de aire entre su cuerpo y los mandos.

—Hacía mucho que quería un coche nuevo —dijo.

Y, no obstante, ningún delantal del mundo, ni ningún cojín, ni ningún Golf podía ocultar las oscilaciones ondeantes que recorrían su cuerpo cada vez que daba un paso.

«Son las penas, *q'engordan»,* opinaba la abuela Martha, aunque yo no sabía a qué se refería. ¿Por qué habría de tener mi madre «penas»? La única pena que conocía yo era el mal de amores. Sin embargo, desde nuestra visita a la consulta con Jessy, mi madre no había vuelto a hablar de su doctor B.

Intenté olvidar como pude la conversación con mi padre y su petición de que hablara con mi madre para «hacerla entrar en razón». No habría sabido por dónde empezar.

Y entonces llegó el día. En la fiesta de inauguración, los habitantes de Obach intentaron superarse unos a otros llevando la ropa más elegante y la raqueta más cara. Todos aguardaban con reverencia ante la pista roja recién alisada. Incluso el padre Bauer estaba presente.

Mi madre, que solo iba a pasar un momento por allí para dejar un pastel en el bufé, puso los ojos en blanco al ver que mi padre, en efecto, se había presentado con su descapotable.

Me quedé de piedra al ver que Jessy sí tenía raqueta de tenis. La sacó de su funda y se puso a hacer equilibrios con una pelota sobre ella. Estaba exultante. Era del mismo modelo que la mía; mi madre se había tomado la molestia de conseguirle un equipo de tenis a ella también. Aunque ya no fuéramos amigas. Me indigné. De modo que seguía intentando tratarnos a las dos por igual, como si fuéramos hermanas y Jessy también fuera hija suya. Cómo me habría gustado contarle lo de su sonrisa malvada.

Al principio hubo mucho revuelo respecto a quién, cuándo, con quién y cuánto tiempo podría jugar. Solo había dos pistas, pero se habían apuntado unas treinta personas. Resultó que la junta directiva lo había sorteado con antelación. Tuve una extraña sensación cuando el alcalde se dispuso a leer los primeros dos nombres. No creía lo que estaba oyendo, pero no había duda alguna. Vi que también Jessy se quedaba mirando a la pareja agraciada con la boca abierta.

El partido inaugural lo disputarían mi padre y la Manuela castaña. Al instante busqué a mi madre con la mirada. Se había quedado algo aparte, probablemente esperando para contemplar las primeras bolas, pero entonces corrió para regresar al Golf.

Como tantas otras veces desde hacía un tiempo, llevaba unas gafas de sol grandes y con los cristales oscuros, de manera que no pude

interpretar su expresión.

Me estuve toda la mañana allí sentada, con las orejas encendidas, siguiendo el partido. De nada sirvió que Jessy les lanzara sombrías miradas a ambos desde la línea de la red. Por lo visto, que estuviera peleada conmigo no implicaba que hubiera dejado de solidarizarse con mi madre. Fue como si de repente hubiéramos recuperado nuestra antigua alianza. Al fin y al cabo, aquella mujer era una enemiga común, ¿o no? Aunque era sobre todo a mi padre a quien Jessy fulminaba con la mirada.

La Manuela castaña sonreía y brillaba; estaba claro que se gustaba en el papel de reina del tenis. Al ver las piernas que salían de su elegante vestido de tenis, de pronto comprendí que tampoco ella era delgada, pero no me sirvió de mucho consuelo. Cada pelota que devolvía, cada aplauso del público, cada «plop» sordo de su raqueta, hacían que me estremeciera.

Cuando regresé a casa por la tarde, mi madre estaba en uno de los balancines. Últimamente nos sentábamos allí las dos juntas cuando volvía del colegio. Como dos adultas, pensaba yo con orgullo.

Ella intentaba que no se le notara nada, y ninguna de las dos dijo una palabra sobre lo ocurrido en la pista de tenis, pero, por la forma en que lanzaba las cartas sobre la mesa, intuí en su interior algo que parecía roto y a la vez combativo. Jugar a las cartas había sido idea suya. Era una afición predilecta de mi padre, pero entonces comprendí que también ella era muy buena jugando al Mau-Mau. No había quien le adivinara en la cara si tenía la carta adecuada o si tenía que robar. Disfrutamos de casi una preciosa hora entera para nosotras solas antes de que mi hermana se despertara de la siesta.

Por la noche, mi padre volvió del campo de deportes haciendo rechinar los neumáticos y aparcó el descapotable con un frenazo brusco. Al instante presentí que algo no iba bien. Se acercó a nosotras con una mirada sombría y mi madre enseguida cerró el libro que estaba leyendo, como si mi padre la hubiera pillado haciendo algo malo.

Estaba «que echaba humo».

—¡Ven a ver esto! —exclamó.

—¿Qué ha pasado? —Mi madre lo miró con cautela.

—Ven. Ven conmigo y míralo tú misma.

Volvió entonces al patio y rodeó el coche, furioso. Mi madre y yo nos levantamos y lo seguimos.

—Alguien se ha meado dentro. —Señaló el asiento trasero con una mano temblorosa—. Mientras yo estaba jugando al tenis.

Mi madre se inclinó hacia delante. Era verdad. En el cuero claro y nuevo se veían relucir unos charquitos, y el olor acre que despedían no dejaba lugar a dudas. Era orina. Inconfundible. Mi madre lo pensó un momento.

—¿Dónde habías aparcado?

—Pues delante del campo de deportes. Como siempre.

—Es posible… que fuera un perro. O algún otro animal.

—¿De verdad me crees tan tonto?

Fue entonces cuando le olí el aliento a cerveza.

Mi madre se llevó una mano a la frente.

—¿Crees que ha sido alguien del pueblo?

Jessy, se me pasó por la cabeza. Su ira no la llevaría tan lejos como para estropear el coche de mi padre… ¿O sí? Habría jurado que mi madre pensó exactamente lo mismo que yo mientras mi padre miraba con amargura el asiento mancillado.

—Voy a ponerlo en venta. Mañana mismo. Ya no lo quiero.

—Este coche tiene tres semanas. ¿Te has vuelto loco?

Hacía mucho que no veía a mi madre tan perpleja.

En lugar de darle una respuesta, mi padre «giró sobre sus talones» y entró en la casa para tumbarse un rato. Mi madre soltó un suspiro y subió tras él. Poco después, sin embargo, volvía a estar abajo, en el patio, inclinada sobre el descapotable dispuesta a limpiar bien el asiento. Le ocurría algo. Pero ¿el qué?

Durante mucho tiempo no entendí la obsesión de mi padre con su pueblo. ¿Por qué llevaba toda la vida aferrándose a ese terruño, cuando muchas veces le resultaba «demasiado limitado»?

Ahora, al ver de nuevo por casualidad Lo que el viento se llevó, comprendo cuál era el drama que se desarrollaba tanto en el interior como en el exterior de mi padre. Él interpreta el papel del patriota protector. Como Vivien Leigh en el rol de Escarlata O'Hara, que continuamente teme perder su ficticia plantación de algodón, Tara.

Casi lo veo ante mí, arrodillado en la tierra y gritando: «¡Tara, Tara!». Mi padre antepuso la veneración por su terruño a todo lo demás. Sacrificó su matrimonio y su familia en nombre del pueblo.

De puertas para fuera, y ante sí mismo, era el sostén de la familia, el salvador y el protector. Poco a poco, el papel de Escarlata se convirtió en algo natural para él, así que se atenía a ese papel al pie de la letra: él era el bueno, el fiel, el salvador. El confederado que hace todos los sacrificios imaginables en nombre del hogar y la familia. Mi madre nunca tuvo ninguna posibilidad. Desde el principio fue la yanqui. La renegada.

Siempre he deseado que mi padre encuentre a otra confederada como él. Incluso mi madre se lo desea.

10

El corazón no tiene arrugas, solo cicatrices.

COLETTE

Había llegado el otoño, hacía demasiado frío y llovía mucho para jugar al tenis fuera. Así que mi padre y la Manuela castaña apenas se veían.

Desde aquel incidente, mi madre estaba más callada que antes. A menudo me acordaba de su cara jugando a las cartas. «Que no te vean el juego», se llamaba eso.

Jessy y yo íbamos ya a tercero, aunque yo ahora compartía pupitre con Evi. Las dos llevábamos el pelo igual de corto. Evi vivía en el pueblo de al lado y su madre era de Mongolia, que, según pude comprobar en el globo terráqueo, estaba muy lejos. Evi se reía mucho, casi siempre llevaba pantalones y de mayor quería ser campeona olímpica, por lo que dos veces a la semana entrenaba en el club deportivo.

Mi madre la recibía con cariño cuando yo la llevaba a casa después del colegio. Para mí, aquello fue como un despertar. Como si por primera vez cobrara conciencia de que había más niños en mi clase. Como si Jessy, queriendo o sin querer, me hubiese obligado a tenerla solo a ella de amiga durante los cursos anteriores.

—Te «acaparaba» —opinó mi padre—, se aprovechaba de ti.

Mi madre soltó una risa amarga al oírlo.

Las obras de la casa nueva avanzaban según el plan, y un sábado de octubre pudimos celebrar la fiesta del techado. Sacamos bancos de jardín, mi madre hizo un pastel, preparamos un cuenco enorme con ensalada de patata y pusimos salchichas en la barbacoa por última vez en la temporada.

También estaba la tía Lu. Al saludarme, me pasó la mano por el pelo, sorprendida, y me plantó uno de sus besos de tabaco en la frente.

—Un corte muy chic. Mucho mejor que antes.

Caí en que hacía mucho que no nos visitaba. Desde que había empezado la construcción de la casa, se había mantenido a distancia,

me parecía a mí. Al ver el descapotable, no pudo reprimir una risa.

—¿No será en serio? —comentó señalando el coche con sus asientos de cuero, blancos como la nieve.

Cuando vio a mi madre, reculó un poco, como sin querer. Casi parecía asustada. La última vez que se habían visto fue en el entierro del abuelo Adam. Entre su peso de entonces y el de ahora había «un mundo de diferencia», como decía mi padre. A juzgar por cómo arrugó la frente la tía Lu, era evidente que incluso ella se preocupó al ver semejante aumento.

A mí, mi madre me había ordenado que bajo ningún concepto le contara nada de los moratones de Jessy, y también me había advertido que no dijera una palabra sobre la historia del descapotable.

A la mesa también estaban sentados los carpinteros yugoslavos que habían instalado el entramado del tejado sobre la armadura del edificio. Con sus puntales de madera bien entrelazados, ya casi parecía una casa de verdad. Me dio la sensación de que las miradas del capataz, que ahora se presentaba con su cuadrilla en Obach todos los fines de semana, habían cambiado. Cuanto más descaradas eran las miradas que le lanzaba al trasero de mi madre, cubierto solo por una fina tela de florecillas azules, más extrañamente perplejas parecían.

La abuela Martha estaba en la mesa, quejándose. Se le había metido en la cabeza que también ella tenía que hacerse rica como fuera, así que había empezado a jugar a la lotería y todos los sábados por la tarde esperaba embelesada a que la presentadora sacara los seis números de los cuarenta y nueve que podían formar la combinación ganadora, pero nunca le tocaba nada. Mi padre la regañaba. En nuestra casa, la lotería se consideraba un «despilfarro». Solo la gente que no entendía de cálculo de probabilidades era tan tonta como para intentarlo. El abuelo Ludwig no quería oír hablar de nada de eso y se había apagado el audífono de lo fuerte que gritaba su mujer. Ella decía que le preocupaba quién la iba a cuidar cuando fuera mayor y que por eso probaba suerte. El asilo del que con tanta franqueza le hablaba la tía Lu le parecía un lugar horrible.

—Tengo una profesión. Vivo lejos —se defendió la tía Lu—. Habla con tu hijo.

Pero la abuela Martha no se atrevió. En lugar de eso, compartió «noticias frescas» sobre las condiciones en que vivía su hermana, que lo tenía aún peor que ella, «tan sola».

—Menuda so bestia —empezó a despotricar—. Fijo *q'ha* vuelto a darle a la botella. Y todo por ese Alí…

—¿Bebe? —La tía Lu nos miró con atención desde detrás de sus gafas.

Mi madre asintió, aunque con cierta vacilación.

—¿Y la niña?

Mi padre se encogió de hombros. Eso «no era de su incumbencia».

—Está bien —se apresuró a contestar mi madre.

Yo me mordí los labios. ¿Cómo podía saberlo? Le había prometido al doctor B. que cuidaría de Jessy, pero ¿cómo iba a cuidarla si ya nunca la veía? Me habría encantado contarle a la tía Lu cómo me trataba Jessy, y también lo de su ira contra mi madre y mi sospecha de que había sido ella quien se había meado en el coche de mi padre. Me preocupaba que un día hiciera alguna locura peor aún. Algo de cuyas consecuencias no pudiera librarse tan fácilmente. Entonces pensé si no debería reconciliarme con ella.

—Toma. —Mi tía me dio un paquetito como detalle.

—Gracias.

Era la primera vez que me regalaba un libro. Normalmente solo le llevaba alguno a mi madre. Le di vueltas en las manos con orgullo; la cubierta era algo lúgubre.

—¿Qué clase de historia es? —pregunté.

Según el texto de la contracubierta, se trataba de un libro sobre una familia que sobrevivía a una «catástrofe nuclear».

—Luego le echaremos un vistazo. —Mi madre me lo quitó antes de que pudiera hojearlo siquiera.

—Venid —dijo mi padre sin entrar en el tema—, que os enseñaré la casa.

Se notaba que estaba orgulloso de su obra. Al fin y al cabo, todo aquello era «de construcción propia».

Hasta entonces, a mí me habían prohibido terminantemente entrar en la obra, pero mi padre nos hizo subir un pequeño montículo que sería la rampa de acceso hacia la puerta de la casa. Desde allí, un espacioso pasillo de baldosas de terracota llevaba a la cocina. Al lado estaba el comedor, desde donde se pasaba al salón, cuyo alto techo alcanzaba hasta arriba del todo, donde se veía una vertiente del tejado todavía sin revestir. En el rincón del fondo había una terraza acristalada con ventanas de un verde claro. Abajo, en la planta del semisótano, había un lavadero y varios cuartos; las habitaciones de delante serían la vivienda de la abuela Ella.

Caminé asombrada por lo que antes solo habían sido muros desnudos. El alicatado de uno de los baños era negro, el de otro brillaba como si fuera de madreperla, y el suelo del resto de la casa consistía en grandes baldosas blancas.

Me di cuenta de que mi madre no lograba alegrarse por nada de todo aquello. Su actitud era fría, extrañamente ausente. Y eso que también era obra suya, ¿o no?

En la planta superior, bajo las aguas inclinadas del tejado, había dos habitaciones infantiles, un cuarto de baño verde y la «galería» desde la que se podía uno asomar al salón. Con el tejado aún sin acabar y aquel

vacío que se abría hacia abajo, daba miedo estar ahí. No pude evitar pensar en las historias de *Dallas* que me contaba Jessy. Por ella sabía que a veces las personas desesperadas se tiraban desde torres, tejados o edificios altos. Cuando estaban enamoradas, o enfermas. Cuando tenían deudas. Al asomar con cuidado la nariz por la barandilla, se me ocurrió que nadie sobreviviría a una caída desde ahí arriba. De repente tuve mucho miedo por mi hermana. ¿Cómo se iba a conseguir que esa peligrosísima escalera de caracol fuese segura para ella?

Estaba yendo y viniendo entre las dos habitaciones infantiles cuando, sin querer, oí unas frases de una conversación entre la tía Lu y mi madre. Debían de estar a mitad de la escalera y hablaban en voz baja.

—Esto no puede seguir así entre vosotros. Va a acabar contigo.

—Ya lo sé —dijo mi madre.

—Búscate un piso. Vente conmigo. A la ciudad. Todavía tienes suficiente dinero, ¿verdad? ¿O no?

—¿Y la abuela Ella? —preguntó mi madre en lugar de responder.

—Métela en una residencia. De todos modos deberías hacerlo. Pase lo que pase. —La tía Lu soltó un hondo suspiro—. Prométeme que te lo pensarás.

Las escuché con el corazón acelerado. El peligro no eran mi padre y la Manuela castaña. O no solamente. También mi madre estaba pensando en separarse.

Por la noche, después de la celebración, tuvimos mucho ajetreo en la casa vieja. Yo había olvidado hacer los deberes y, como cosa excepcional, necesitaba ayuda con un ejercicio de matemáticas. Ya era hora de irse a la cama, y a mi madre le estaba costando atrapar a mi hermana, que no hacía más que correr por el pasillo, excitada, persiguiendo a Pepper, que a su vez jugueteaba con unas virutas de madera que mi madre le había llevado del taller. Mi padre estaba un poco achispado por las cervezas que se había tomado con los techadores. Encendió el equipo de música y puso *Live is life* a todo volumen. De pronto, la abuela Martha subió corriendo. Quería prepararle una sopa al abuelo Ludwig, que tenía gases, y le faltaban cebollas y también un poco de Maggi.

En medio de todo ese caos sonó el teléfono. Era un operario, que llamaba para quejarse de que aún no le habían pagado una factura, según informó mi padre.

La cosa se fue poniendo de mal en peor, solo se oían puertas que se cerraban de golpe y luego volvían a abrirse, hasta que al final oí el tenue grito afónico de mi madre.

—¡Mamá! ¡No! ¡Cuidado!

Nadie supo decir quién se había dejado abierta la valla de la escalera. Mi madre se sentía muy culpable.

La abuela Ella se había caído y se había torcido el tobillo derecho. Por suerte no se había roto la cadera, pero aun así tendría que guardar cama, ya que estaba demasiado débil para ir con muletas. Como resultó que el seguro tardaría semanas en enviarnos una cama de hospital, mi madre le compró una sin perder tiempo.

—¿Todo ese dinero? ¿Solo por una cama? —protestó mi padre al encontrar el recibo por casualidad.

Se quedó pasmado por la cantidad y también por que mi madre no hubiera querido esperar a que el seguro se la financiara.

—Para entonces ya tendría llagas de tanto estar tumbada. Y, además, yo sola no puedo levantarla —replicó.

El día que la abuela Ella ya no pudo levantarse de la cama también fue el que dejó de hablar. Desde el inicio de su enfermedad estaba más callada que antes, pero de pronto se quedó muda del todo. Cuando alguien le hablaba, ella se limitaba a mirarlo con sus velados ojos azules. Solo muy de vez en cuando decía «¡Por Dios bendito!», así, sin que viniera a cuento. Ella misma parecía darse cuenta, porque después se la veía bastante avergonzada.

Nadie supo decirnos si ese cambio tan grande de su estado general lo había provocado la caída. Mi madre seguía sintiéndose muy culpable. «¿Fui yo? ¿Me dejé abierta la valla?», se preguntaba una y otra vez.

Nadie podía responder a eso. El padre Bauer llamó para transmitirnos su pesar. Yo contesté al teléfono, y me dijo que rogaría por la abuela Ella en la siguiente misa. ¿No querría ir mi madre a confesarse?

Ahora que la abuela Ella guardaba cama, mi madre por fin tenía algo más de tiempo. Incluso podía ver la tele por las noches.

Le había gustado mucho un ciclo de películas de Marilyn Monroe que habían dado en la ARD. Yo insistí en que ya era mayor, así que mi madre me había dejado verlas con ella cuando mi padre salía el fin de semana. Vimos *Con faldas y a lo loco, Río sin retorno, Los caballeros las prefieren rubias, Cómo casarse con un millonario, Vidas rebeldes, La tentación vive arriba.* La que me pareció más tenebrosa fue la historia de *Niágara.* Una mujer intentaba matar a su marido, pero al final era una chica joven la que acababa metida dentro del tonel que iban a tirar por las cataratas.

La actriz a quien mi madre veneraba más que a ninguna otra era Grace Kelly. Decía que era una auténtica princesa. Yo me quedé boquiabierta. Si era una princesa, ¿por qué llevaba en la cabeza un

pañuelo como las viejas campesinas del pueblo?

Para que el viento no se lo echara a la cara cuando iba en su elegante descapotable por el lejano Mónaco, bajando las cerradas curvas hacia el mar, explicó mi madre.

Eran películas antiguas; yo sabía que Grace Kelly ya no vivía.

—¿Qué le pasó? —quise saber.

—Un accidente de coche —contestó mi madre, sucinta.

Enseguida sentí un escalofrío. Fue por la forma en que lo dijo, sin emoción alguna, con una extraña distancia pero también con una voz claramente melancólica. Con… comprensión.

«Partirse el lomo», suele decirse. O «partir peras», también. Siempre me ha parecido que mis padres se aferraban a esas expresiones que tanto usaban como si fueran una barandilla. Mi madre se esforzaba en comprobar el significado exacto de las palabras. No quería limitarse a repetir como un loro lo que decía la gente.

Como escritora, utilizar esa clase de giros es señal de un estilo menor. A menos que se usen para caracterizar la lengua de un entorno en concreto. He llegado a interiorizar tanto esas locuciones que me resulta hasta cierto punto violento prohibírmelas, puesto que ya forman parte de mí. Todas esas frases hechas que tan acrobáticas me parecían de niña, porque las interpretaba de una forma absolutamente literal.

Poner a caer de un burro. Poner los ojos como platos. Vender la moto. Tirar la cabra al monte. Mandar a freír espárragos. Soltar un gallo. Hablar por los codos. No ver alguien más allá de sus narices. Hacer algo de mil amores. Morderse la lengua. Meterse en un berenjenal. Entrar como un elefante en una cacharrería. Tener una espina clavada. Estar bañado en sudor. Tener la cabeza en las nubes. Clamar al cielo. Cocerse alguien en su propio jugo. Buscarle tres pies al gato. Mirar al futuro. Hacerse el sueco. Hacer castillos en el aire. Comerle la oreja a alguien. Tirar la casa por la ventana. Ser pobre como una rata. Llevarse las manos a la cabeza. No tener donde caerse muerto. Poner entre la espada y la pared. Leerle la mente a alguien. Poner ojos de cordero degollado. Perder los papeles. Poner al mal tiempo buena cara. Ser la misma canción de siempre. No dejarse dar gato por liebre. Querer alguien que se lo trague la tierra. Girar sobre los talones. Enamorarse hasta la médula. No tener corazón. Mirar al vacío.

11

Por primera vez iba a pasar las vacaciones de otoño sin mis padres. Me enviaron una semana entera a mí sola a Baviera, a casa de Isolde, Gerd y sus dos hijas. Garmisch-Partenkirchen, donde Isolde regentaba un hotel que había pertenecido a sus padres, era una «ciudad balneario». Casi parecía que esta vez fuera yo quien iba a hacer una cura de aguas, y no mi madre, a quien se le había ocurrido la idea de esa escapada.

Cuando, después de un largo trayecto, llegué allí con mi padre, apenas pude ocultar mi sorpresa. Moni, la hija gordita, ya no estaba gordita, sino «como una sílfide», igual que Thekla y que yo. Su transformación me fascinó tanto que tuve que contenerme para no quedármela mirando todo el rato.

En el hotel había muy pocos clientes. Me explicaron que el establecimiento solía estar muy animado en verano, pero que ahora no tanto. Según dijeron, había estado cerrado una larga temporada a causa de unos daños causados por el agua y había que reformarlo. La risa de la delgada Isolde era tan afable como la recordaba y, sin embargo, algo enturbiaba el ambiente.

Mi padre solo iba a quedarse el fin de semana y luego regresaría en coche a Obach, pero le apetecía mucho hacer alguna excursión.

—El palacio de Hohenschwangau —dijo, entusiasmado—. Algo así hay que ir a verlo.

De manera que, tras una caminata que se me hizo eterna, Gerd, Thekla, Moni, mi padre y yo entramos juntos en el palacio. Yo iba recorriendo boquiabierta esas salas de tapices dorados en las que había vivido el extraño rey Luis. Mi madre me había hablado de él y, como siempre que se refería a personajes considerados «enfermos mentales», lo había hecho con gran compasión.

Desde el mirador se veían los Alpes. Pensé en mi madre, que se había quedado en casa para cuidar de la abuela Ella y de mi hermana, además de para controlar los últimos trabajos de la casa y preparar los muebles para la mudanza. Las cumbres nevadas me enviaban su brillo como una advertencia fría y extraña, como si subrayan su ausencia de esa imagen.

—Los Andes también son así —dijo Gerd con emoción al ver la cordillera.

Mi padre asintió, igual de entusiasmado.

El ambiente que se respiraba entre los dos hombres tenía algo de

extraño. La distancia entre ellos se había incrementado más aún. Mi padre podía darse con un canto en los dientes con que le hubieran devuelto su antiguo puesto de trabajo y seguía siendo un «empleado de a pie», mientras que Gerd, en el transcurso de los últimos dos años, había ascendido de jefe de departamento a vicegerente. También poseía acciones de su empresa. Tal vez por eso se mostraba tan esquivo con mi padre. Casi parecía que tuviera mala conciencia.

Al despedirse, mi padre se inclinó hacia mí.

—Pórtate bien, ¿vale? —Me acarició el pelo, que ya había vuelto a crecerme un poco y me llegaba casi a la barbilla—. Si nos añoras mucho, vendré a buscarte. ¿Me oyes?

—¿Va todo bien? ¿Entre mamá y tú? —pregunté.

Mi padre se quedó callado y asintió, me pareció que haciéndose el valiente. Después se montó en su Audi verde esmeralda.

Pensé un momento en la pelea que había estallado entre ellos antes de partir. Mi padre estaba empeñado en coger el descapotable.

—Será como una última escapada. Antes de que lo venda.

Mi madre, sin embargo, había insistido en que se llevara el Audi. Sabía lo deprisa que conducía con la capota abierta. Los avisos de multa se apilaban en un cajón de la cocina.

En cuanto mi padre se marchó, empezó a llover y no paró en toda la tarde. Llovía como si no fuese a parar nunca, y además de una forma desgarradora, como comentó la vieja cocinera del hotel.

—El cielo está llorando —dijo.

Me alegré de que mi padre hubiera cogido el Audi. Así, por lo menos, estaría a cubierto en la autopista.

Los primeros días no añoré mi casa en absoluto. Al contrario. Me gustaba todo lo de allí. Me gustaba la cocinera, que hablaba con cierto «deje» silesio, como antes la abuela Ella. Me gustaba el dialecto bávaro de Isolde y Gerd, me gustaban los *brezels,* me gustaba la camarera de las habitaciones, que dejaba los cojines tan bien colocados, y sobre todo me gustaban Thekla y Moni. Como había tantas habitaciones libres, podíamos jugar a los hoteles.

Fue al llegar la llamada telefónica diciendo que mi estancia se alargaría a todas las vacaciones de otoño cuando empecé a sospechar. Por algún motivo, tendría que quedarme allí más tiempo. El corazón me latió con fuerza cuando Isolde me dio la noticia. Solo había una explicación posible: que mis padres, en mi ausencia, hubieran decidido separarse.

Para animarme, a Thekla se le ocurrió que practicáramos a hacer el pino sobre las manos o sobre la cabeza. Ponerme boca abajo y aguantar en equilibrio sobre las manos me daba miedo, pero

apoyarme sobre la cabeza sí me gustaba. Habría podido pasarme horas del revés, solo que la sangre me bajaba al cerebro y al cabo de un rato me mareaba.

Como no conseguía dormir por las noches, empecé a leer el libro de la tía Lu, que me había llevado a escondidas. Por las noches, cuando Thekla y Moni dormían, yo leía con una linterna bajo la manta. La historia de los niños de Schewenborn, contaminados de radiactividad, era tan terrible que me pasé noches enteras sin pegar ojo. Pero al menos conseguí olvidarme de mis padres.

Hasta que la delgada Isolde descubrió mi libro.

—Esto no es lectura para ti —me dijo con amabilidad—. Tienes que crecer un poco más, ¿vale?

Una noche que seguía sin poder dormir, oí por casualidad una conversación telefónica entre Gerd y mi madre.

El simpático Gerd hablaba en voz baja y su tono tenía algo de forzado. Falso, pensé de pronto.

—Muchas gracias. Muchísimas gracias. Te lo devolveremos. Por dos o por tres. Te lo prometo.

Estuve un buen rato tumbada despierta, dándole vueltas. A esas alturas estaba segura de que la tía Lu había conseguido convencer a mi madre. Cuando yo regresara, nos marcharíamos de Obach para trasladarnos a Ludwigshafen. Busqué qué sentimientos despertaba en mí esa perspectiva, pero me resultaba tan inimaginable que no encontré nada.

Al regresar, respiré tranquila. No había señales de separación. Al contrario.

Mis padres habían aprovechado mi ausencia para preparar el traslado. Cuando llegué, todas las cosas de la casa vieja estaban metidas en cajas. Los muebles nuevos los enviarían directamente a la casa nueva. En el salón ya había un enorme mueble de madera de cerezo. En la planta inferior, donde todos los niños del pueblo creían que habría una piscina, mi madre había preparado la vivienda de la abuela Ella.

La casa nueva, con su tejado rojo y sus pesados balcones de clara madera torneada, decorados con geranios, se parecía a las que había en Baviera.

—Una casa de campo —dijo mi padre, orgulloso.

La última noche en la casa vieja nos sentamos todos juntos en la cocina.

Mi madre se aclaró la garganta. Parecía seria.

—Ela, tenemos que contarte otra cosa.

—¿Sí?

—Papá tuvo un accidente de coche. En el trayecto de vuelta.

En mi interior se hizo el silencio. Un silencio grande, firme y pesado como el plomo que parecía llenarme toda la cabeza.

—El coche volcó. En mitad de la autopista. Dio dos vueltas.

—¿Por qué no me habíais dicho nada? —fue lo único que se me ocurrió preguntar.

—No queríamos fastidiarte las vacaciones. —Mi madre me acarició el pelo—. No queríamos que te preocuparas.

Tardé un momento en entenderlo. Si mi padre, como había pensado hacer en un principio, hubiera ido a Garmisch-Partenkirchen con el descapotable, o sea, con un coche sin techo, no habría sobrevivido al accidente.

Se lo veía turbado.

—No me pasó nada. —Extendió las manos ante sí y las contempló como si no acabara de creérselo—. No me hice ni un rasguño.

Se inclinó por encima de la mesa para darle un beso en la mejilla a mi madre.

—Me salvaste la vida —dijo.

Busqué la mirada de mi madre, pero no la encontré porque ya había vuelto a levantarse y estaba ocupada preparando la cena y corriendo detrás de mi hermana. Ni siquiera podía darse unos segundos para asimilar la conmoción de haber estado a punto de perder a su marido.

Aunque de pronto me pregunté si tal vez no estaba en absoluto conmocionada.

Quizá no era conmoción lo que vi en su rostro, o mejor dicho lo que no vi. A lo mejor era algo así como una leve esperanza. De que él la dejara tranquila, por fin.

Un símil que mi madre utiliza a menudo es el del ave fénix resurgiendo de sus cenizas.

¿Qué habría ocurrido si ella hubiese conseguido adelgazar? ¿Habrían llevado mis padres una vida del todo diferente? ¿O habría sido «el mismo perro con distinto collar», o sea, con una esposa más delgada?

El fénix suele describirse como un pájaro tan grande como un águila, con el plumaje dorado, un anillo púrpura alrededor del cuello y plumas de color rosa y azul en la cola. ¿Adónde habría volado ella, un fénix en espíritu? ¿Adónde, con menos peso?

Un fénix vive en el aire, no en la tierra. De niña siempre asociaba ese símil con la muerte. Antes de poder emprender el vuelo, el fénix debe haber muerto.

Soy incapaz de imaginar lo desesperada que debía de estar mi madre. Solo sé que, a partir de cierto momento de mi infancia, la posibilidad de su muerte empezó a cernirse por encima de todas las cosas como un humo tenue e inodoro.

Un símil que usaba mi padre para la casa que había construido él mismo era el de «la jaula de oro». También él se sentía atrapado como un pájaro. Sin embargo, si en esa historia solo había dos papeles de pájaros, ¿quién era el pajarero? ¿Fue ese mi rol? ¿Fui yo la guardiana de esa jaula matrimonial? ¿De verdad?

CUATRO

1986: Año Internacional de la Paz

Ave del año: el grajo

1

Sí, solo una mujer puede sentirse
tan a gusto en la casa,
fundirse tan completamente con ella.

MARGUERITE DURAS

A finales de enero, nuestra casa seguía dando la impresión de estar igual de vacía que justo después del traslado. Mi padre se quejaba de que mi madre no tenía gracia alguna para hacer acogedoras las habitaciones. Y era verdad. Contemplaba con recelo cualquier pieza de decoración excesiva. «Me gusta lo frugal», decía siempre. Solo colgó del techo de madera de abeto macizo un móvil con sencillas palomas de arcilla blanca y puso unas discretas plantas de interior en las ventanas. Para cajoncitos, brujas de macramé y hombrecitos del tiempo «no tenía ánimo».

La casa resultaba extrañamente vacía, pero no era solo la escasa decoración lo que hacía que mi madre se moviera por las habitaciones con tanta cautela como si fuera una mera huésped. Allí, en la casa nueva, de repente su cuerpo había adquirido más visibilidad aún. También los demás nos desplazábamos con torpeza e inseguridad por esas salas amplias y retumbantes, como acobardados por todo ese espacio en el que, al mismo tiempo, faltaban tantas cosas. Faltaban Pepper, la abuela Martha y el abuelo Ludwig.

Mi madre, «muy a su pesar», descubrió que la casa no era en absoluto adecuada para una niña pequeña. Insistió en instalar vallas de seguridad por todas partes; en la escalera que subía a la planta superior y también en la del semisótano, adonde ella bajaba varias veces al día para ocuparse de la abuela Ella.

La casa estaba «en plena naturaleza», en la linde del bosque, y no teníamos vecinos alrededor. Desde la habitación de la abuela Ella, en la planta inferior, se salía a un césped en el que algún día podríamos jugar al bádminton.

En esos momentos todavía estaba cubierto por una fina capa de hielo cristalino. Casi parecía una manta bordada. En primavera habría que llamar a un paisajista para que se ocupara del jardín.

Detrás de la casa había una cuesta que subía hasta un pequeño claro del bosque. A la derecha había una terraza con dos alturas. En la parte

inferior, a donde se salía desde el dormitorio de mis padres, pondríamos un conjunto de muebles de jardín para comer allí los días más cálidos. En la terraza superior íbamos a instalar la barbacoa. Frente a la vivienda del semisótano había también un lugar pensado para los balancines. El arquitecto incluso había planificado una galería.

Desde el accidente, mi padre trataba a «su salvadora» con tanta delicadeza que mi madre incluso se atrevió a interrumpir su plan de comer la mitad. El nuevo régimen que le había recomendado la tía Lu era una «dieta disociada» y consistía en dividir la comida en grupos: grasas, proteínas y carbohidratos. Se podía comer de todo tanto como se quisiera, solo que nunca mezclando proteínas con carbohidratos. O sea, pollo con ensalada sí, pero pollo con patatas no.

—Es importante comer justo lo que te apetece de verdad —dijo mi tía.

A mi madre le entusiasmó ese concepto.

Durante un tiempo intentó comer en la mesa con los demás, solo que ella separaba los alimentos entre proteínas y carbohidratos. Mi padre logró estarse callado, pero miraba con tal horror el plato en el que madre se servía calóricas raciones de carnes y salsas, que ella pronto dejó de comer con nosotros.

Mi padre se movía por la casa tan meditabundo y «manso» que me hacía pensar en un tigre al que hubieran limado las garras y desafilado los colmillos. Era como si, además de la rabia y la ira, también le hubieran extirpado los demás sentimientos. No era capaz de alegrarse al ver su sueño hecho realidad, su anhelada casa propia.

Cuando volvía del trabajo, casi siempre se sentaba en la terraza acristalada y perdía la mirada en el paisaje lejano. Muchas veces ponía también música. Le gustaban sobre todo *Midnight Lady* o *In the Army Now*. Yo me sabía todas las letras, aunque no entendía una palabra. Cuando lo veía ahí sentado, me angustiaba. ¿Se quedaría así de triste para siempre?

—Qué deprisa puede acabar todo —dijo una vez sin que viniera al caso, cuando se dio cuenta de que lo estaba mirando y nuestras miradas se encontraron.

Esa frase me persiguió durante días.

—Un claro caso de crisis de la mediana edad —sentenció la tía Lu cuando mi madre le habló de su comportamiento.

El accidente, en todo caso, también lo había afectado mucho. No podía perdonarse haber sido tan imprudente. ¿Cómo había podido él, conductor experto y medio ingeniero, subestimar la escasa adherencia provocada por el firme húmedo sumado a las fuerzas centrífugas de

una velocidad elevada?

El Audi había quedado siniestro total. El seguro no lo cubriría porque mi padre superaba la velocidad permitida en cuarenta kilómetros por hora como mínimo. Aun así, decidió costearse él mismo que un taller «inspeccionara» el coche.

Mi madre intentó quitárselo de la cabeza. Le parecía que era tirar el dinero. Pero él ni podía ni quería aceptar que le echaran la culpa tan a la ligera.

—*Aquaplaning*… —masculló mi padre—. No hay quien se lo crea. Ahí había algo mecánico que no estaba bien. Yo creo que los frenos.

Lo que estaba claro era que necesitábamos un coche nuevo, uno familiar y más seguro, pero también tenía que ser algo «simbólico». Mi padre se decidió por un Mercedes negro. Era, con diferencia, el coche más lujoso que había tenido nunca. Y al mismo tiempo el más lúgubre, porque parecía el coche de una funeraria.

—Lo dicho. Está pasando por una crisis existencial —opinó la tía Lu.

El descapotable se lo vendió a un compañero de trabajo. A «precio de amigo». Mi madre casi lloró de rabia.

—Pensaba que, por una vez, podrías encargarte tú de pagar alguna factura —se atrevió a comentar, pero parecía que a mi padre esos asuntos tan mundanos le resultaban secundarios.

Su melancolía también encajaba con la gran cantidad de libros que me traía de sus viajes. De Checoslovaquia, por ejemplo. Estaban hechos con un papel fino que tenía un leve tono como de cáscara de huevo, sus cubiertas eran muy sombrías y olían a productos químicos. Aunque estaban escritos en alemán, los nombres de los autores sonaban a checo. «Alemán de los Sudetes», me corrigió mi madre, algo que a mí me parecía igual de complicado que lo de «alemán silesio».

Él no parecía tener ningún problema con realizar todos esos viajes para la empresa, pero los peligros de la autopista eran un tema de conversación constante. A menudo comentaba que la obligatoriedad del cinturón de seguridad le había salvado la vida.

—Si no hubiese llevado el cinturón bien puesto… —decía, y hacía una pausa dramática—. Imaginaos.

Pobres de nosotras si no nos abrochábamos el cinturón ya en el garaje.

También hubo otro hecho que lo afectó bastante. Igual que muchos otros hombres del pueblo, se había quedado sin habla ante las imágenes de la explosión del *Challenger,* que a finales de enero estalló sobre el Atlántico después de un despegue de manual. Una y otra vez recapitulaba la sucesión de los hechos. La muerte de los siete miembros de la tripulación lo perseguía incluso en sueños.

En mi habitación, todo, pero todo sin excepción, estaba hecho de madera de abeto: la cama, el escritorio, el armario, las estanterías. Los muebles los había elegido mi padre, y durante las primeras semanas yo estaba mareada constantemente a causa del aroma algo agrio y a la vez jabonoso que desprendían. El cuarto olía como si lo hubiesen frotado todo con una cebolla aplastada y luego lo hubieran pulido con limpiahogar para disimular la peste.

Una mañana, al levantar el estor de mi ventana, que daba a la parte de atrás, a la pequeña cuesta que subía al claro del bosque, me sobresalté. En la hierba cubierta de escarcha de abajo, detrás de la casa, estaba Jessy. Llevaba un plumas de color turquesa y vaqueros, y a sus pies había una bolsa de viaje.

Abrí la ventana. Enseguida se acercó más y levantó las dos manos unidas, como suplicando.

—¿Puedo entrar?

Dudé unos instantes. Luego le indiqué por gestos que diera la vuelta a la casa para poder abrirle la puerta.

Cuando bajé la escalera, oí un fuerte reniego. Supuse que sería mi padre, que, como todos los sábados por la mañana, estaría en el banco solar.

—¡Maldita sea! —exclamó. Debía de haber vuelto a darse con la cabeza contra el cristal.

En cuanto abrí la puerta de casa, Jessy entró y se puso a mirarlo todo.

—O sea que sí es tan grande como dicen todos.

Entonces se nos unió mi madre. Era raro, pero no pareció extrañarle ver a Jessy allí.

—Le he ofrecido que viva con nosotros —explicó cuando la interrogué con la mirada—. Mientras la Bopp está en el hospital.

—¿Qué? —pregunté al instante, angustiada.

—Se ha caído. —Jessy se lamió los labios—. Fractura del cuello del fémur.

La miré de arriba abajo. Sus botas acolchadas goteaban nieve derretida; eso le traería problemas con mi padre, que le tenía declarada la guerra a cualquier mota de suciedad que hubiera en la casa, como si las manchas, las pelusas y las telarañas lo ofendieran personalmente.

—Aquí tenemos sitio. —Mi madre asintió para animarnos.

Yo no sentí nada más que una vaga inquietud.

Jessy preguntó si podía usar el lavabo de invitados. Me habría jugado lo que fuera a que no tenía ganas, solo sentía curiosidad y quería ver a toda costa el alicatado negro.

Mi madre y yo nos quedamos en el pasillo, y ninguna dijo nada hasta que de pronto apareció mi padre.

—Ay, Dios mío —exclamó mi madre—. ¿Qué te ha pasado?

Tenía toda la cara colorada salvo los párpados, que se le habían quedado blancos a causa de las gafas de seguridad para los rayos UVA. En lugar de echarse en el banco solar, esa mañana se había puesto ante la lámpara ultravioleta, mucho más potente, pero por lo visto se había colocado demasiado cerca o se había pasado de tiempo.

—Menuda mierda —se lamentó él mientras se miraba en el espejo de la pared—. Así no puedo ir a trabajar el lunes.

Medio dormido, despeinado y quemado como estaba, mi padre señaló la bolsa de Jessy y sus botas mojadas.

—¿Qué es eso?

Ella seguía en el lavabo de invitados y yo estaba segura de que nos oía. Tal vez considerara mejor esperar y tantear primero la situación.

Mi padre se quedó algo desconcertado cuando mi madre le explicó que Jessy se venía a casa con nosotros y que ya estaba todo arreglado.

—Los servicios sociales están de acuerdo.

Solo podía ser cuestión de segundos que estallara la tormenta. Mi madre, en efecto, le había ocultado que pensaba ofrecerle nuestra casa a Jessy. Sencillamente había decidido que era «lo mejor para todos». Ni siquiera a mí me había dicho nada.

—¿Y no se te ha ocurrido preguntarme antes? —espetó mi padre.

—Es que no tiene a nadie más —adujo mi madre, bajando la mirada como una niña a la que hubieran pillado robando.

—¿Y cuánto tiempo va a quedarse?

—Mientras la Bopp esté en el hospital, y después en rehabilitación.

—Quiero saber cuánto tiempo.

—¿Hasta finales de octubre, quizá? Más o menos.

—¿Medio año? —Mi padre negó con la cabeza.

Yo no recordaba haberlo visto nunca tan fuera de sí.

—Si no, la enviarán a un centro —se defendió mi madre—. Y, además, nos pagarán dinero a cambio. Por ser su familia de acogida.

—Como si nos hiciera falta. —Estaba tan encendido y colérico que su melancolía parecía haberse esfumado como por arte de magia.

—Por favor. Es mi amiga —dije, pero enseguida me interrumpí.

¿Era mi amiga? ¿Quería que se quedara? ¿O solo lo quería porque era lo que deseaba mi madre?

Mi padre tomó aire.

—Está bien. Pero ni un día más que eso —rezongó mientras se ocupaba ya de otra cosa—. ¿Dónde está el *aftersun*?

Mientras mi madre iba a buscar la crema para curar a mi padre, yo miré a Jessy, que acababa de salir del baño. Ella también me miró, sondeándome no sin cierta inseguridad.

Noté que me relajaba. Por mucho que la noticia me hubiera sorprendido, también me alegraba que se viniera a vivir con nosotros.

A esa casa fantasmal.

—Ven. Te enseñaré tu cuarto.

2

El traslado de Jessy trajo consigo un cambio de época: la crisis existencial de mi padre había llegado a su fin.

El desencadenante no fue solo ella, sino también una postal de su viejo amigo Gerd. Me quedé de piedra. Hacía mucho que su familia y él ya no vivían en Baviera. Habían vendido el hotel y se habían ido a Argentina para hacerse cargo allí de una hacienda que él quería convertir en hotel. «Para empezar de cero», escribía Gerd. El negocio en Garmisch-Partenkirchen ya no era rentable.

Mi madre no pareció muy sorprendida cuando llegó la postal con la impresionante catarata.

—¿Tú lo sabías? —preguntó mi padre—. ¿También lo de Argentina?

Ella asintió como de pasada; Argentina no parecía interesarle demasiado.

Mi padre, en cambio, estaba como electrizado. Se despertó en él un «afán aventurero». Se abonó a la revista *GEO* y empezó a soñar con «ver mundo», como decía él. «Ya conozco el BLOQUE DEL ESTE, también China —enumeraba—. Pero Sudamérica…»

Estados Unidos y su estilo de vida siempre le habían resultado «altamente sospechosos», con tanto plástico, chicles y restaurantes de comida rápida. Pero Sudamérica era otra cosa.

—Cuba, Argentina, Brasil. Tiene que ser precioso —opinó—. Paisajes deslumbrantes. Ciudades bulliciosas. Personas llenas de vida.

De la noche a la mañana, sus semanas de letargo se transformaron en todo lo contrario: en energía y espíritu emprendedor. De repente estaba obsesionado con la idea de mantenerse sano, joven y en forma, y montó una «sala de *fitness*» en el semisótano. Compró un banco de pesas, una bicicleta estática, una gruesa esterilla de gimnasio de color amarillo, una barra de dominadas e incluso una cinta de correr.

Mi madre se quedó sin habla al ver las facturas.

—Aún no hemos pagado al instalador de la calefacción —dijo.

Pero mi padre no quiso escucharla; solo tenía ojos para su «sala de *fitness*».

—Te mueves muy poco —replicó—. Por eso no adelgazas.

Mi madre le explicó que no tenía ni tiempo ni fuerzas para hacer deporte, pero él no se dejó convencer.

—Eso son excusas. Un poco de deporte te sentaría bien.

Cada vez que bajaba a la sala y se ponía su caro chándal de satén, Jessy se burlaba de él.

—Si nadie lo ve. ¿Por qué se acicala tanto?

Yo misma tenía que andarme con ojo para no reírme. Las carcajadas de Jessy eran muy contagiosas, y resultaba liberador no tomarse a mi padre tan en serio.

Una vez llegué justo cuando intentaba convencer a mi madre para que probara la bicicleta estática. Fue una escena extraña. El asiento era demasiado pequeño y alto para ella, y se la veía extrañamente cohibida cuando empezó a pedalear, como si fuera la primera vez que montaba en bici. Pero había algo más: a mi madre, entrenar allí abajo le parecía inapropiado porque la sala con los aparatos estaba pegada a la vivienda donde la abuela Ella yacía muda e inmóvil en su cama de hospital.

—Anda ya —dijo mi padre, quitándole importancia cuando mi madre intentó describirle la sensación—. Si no se entera de nada. No querría que te cortaras por ella.

Pero yo entendía esa sensación. Cada vez que me acercaba a la cama de la abuela Ella, me sobrevenía una tristeza tan enorme que sentía ganas de volver arriba enseguida. Tenía las manos más suaves que nunca, porque mi madre procuraba ponerle crema todos los días, pero la abuela con quien había salido a buscar setas por los bosques de Himmelstädt y jugado a hacer puzles, la que cuidaba de su jardín de rosas y preparaba una espesa sopa de fideos, ya no existía. Se había quedado espantosamente flaca y frágil. Casi parecía un fantasma, y nadie quería ponerse a hacer gimnasia al lado de un fantasma.

Mi padre también pretendió animarme a mí para que bajara al sótano deportivo, pero yo me negaba. Desde principios de año estaba apuntada con Evi a un club de atletismo. Correr era el único deporte que me divertía.

A Jessy, por algún motivo, mi padre no se atrevía a proponerle que entrenara. Tal vez fuera por su trenza lateral. O por los chicles que comía. Todo ello la hacía parecer una pequeña adulta. Y muy batalladora, además.

Mi padre descubrió por entonces otro campo que le interesaba. Tras una conversación con su jefe, llegó a casa con la idea de invertir parte de sus ahorros en acciones.

—¿Estás seguro? —intentó frenarlo mi madre—. Es fácil errar mucho en los cálculos.

—Solo si no sabes lo que haces —explicó él—. Con las acciones participas en la propiedad de una empresa. Te conviertes en copropietario, en el fondo.

—Sé muy bien lo que son las acciones —dijo mi madre con

seguridad.

—Ah, ¿sí?

No solo a mi padre, también a mí me sorprendió eso. ¿Desde cuándo se interesaba mi madre por cosas así?

—Sea como fuere —añadió él después—, voy a meterme en ello.

A partir de entonces, noche tras noche, se sentaba en su estudio y se informaba sobre cotizaciones, dividendos y riesgos a través de *VDI-Nachrichten.* Empresas como AEG, Daimler, Bayer, Siemens, Porsche, Nixdorf, Henkel, Springer o Hugo Boss ya cotizaban en bolsa; otras como Coop, Viag, Deutsche Pfandbriefanstalt, DSL Bank y Prakla-Seismos serían las siguientes, según pronosticaba él. Al cabo de unos días se reuniría con su asesor bancario para «ponerlo en marcha».

Mientras mi padre se introducía en el mundo de las acciones, mi madre probó suerte una vez más con una nueva dieta. Seguramente temía verse obligada a montar más a menudo en la bicicleta estática si no lograba controlar su peso. Volvió a escoger una de esas «dietas de colores». Unas veces comía solo cosas verdes: pepinos, uvas, kiwis; otras, solo frutas y verduras azules, como arándanos y ciruelas.

Nada producía los resultados deseados, así que cada vez tenía que encargar faldas más anchas. Mi padre la repasaba con sus miradas día sí y día también. Todos lo notábamos: las señales pronosticaban «bronca». Yo casi podía ver cómo repasaba ella mentalmente todo el calendario. Acabábamos de dejar atrás la Navidad y las fiestas navideñas, así que «ya habían apartado de ella ese cáliz». En cuanto a la feria, había dejado bien claro que eso no iba con ella, y pasar las vacaciones de verano en el sur tan poco tiempo después de la compra de la casa era impensable. Pero sí había un gran acontecimiento de especial importancia que la tenía bastante agobiada, aunque faltara todavía a más de medio año para ello: el cuadragésimo cumpleaños de mi padre, que se celebraría en agosto. Para entonces, y de eso no dejó duda alguna, mi padre quería tener a su lado a una mujer esbelta, o por lo menos «presentable».

El día a día de mi madre era siempre el mismo. Se levantaba, se lavaba los dientes y bajaba a ver a la abuela Ella para cambiarle el pañal antes de que nos despertáramos los demás. Después nos preparaba el desayuno y lo servía en la mesa. En cuanto habíamos desayunado y salido de casa, ella recogía la cocina y le bajaba también algo de comer a la abuela Ella. Luego se daba una ducha rápida, hacía las camas y aireaba toda la casa. Ponía una lavadora,

limpiaba el baño y la ducha. Mientras se ocupaba de todo eso, mi hermana de un año y medio no hacía más que rondar entre sus piernas. El resto de la mañana estaba atareada haciendo la compra y preparando la comida.

Cuando Jessy y yo llegábamos del colegio después de cuatro horas de clase, siempre encontrábamos una comida deliciosa en la mesa. En cuanto terminábamos de comer, mi madre recogía los platos y ponía el lavavajillas. Después intentaba que mi hermana durmiera una siesta, lo cual a menudo resultaba bastante complicado. Luego le daba de comer a la abuela Ella y, por último, recogía también sus platos y los fregaba. En cuanto tenía todo eso listo, hacía los deberes con nosotras mientras planchaba la ropa limpia. Cuando mi padre llegaba a casa por la tarde, la cena estaba servida y, al acabar, mi madre recogía, después le cambiaba el pañal a mi abuela, le daba de cenar, preparaba a mi hermana para acostarla y le cantaba algo para que se durmiera. Por último, siempre que no hubiera ningún imprevisto, como que mi abuela tuviera que vomitar o a mi hermana le subiera la fiebre o se estropeara la lavadora o algo así, se dejaba caer en su sillón a la hora de las noticias.

—¿Y qué haces exactamente durante todo el día? —preguntó mi padre cuando mi madre volvió a negarse a subir a la bicicleta estática después de toda la jornada.

Lo dijo con recelo en la voz.

—Ya he hecho deporte —insistió mi madre.

Era verdad que, desde hacía un tiempo, durante el día a veces bajaba la escalera y desaparecía en la sala de *fitness* aunque solo fueran unos minutos. Sin embargo, al salir nunca estaba sudada, cosa que me hacía desconfiar un poco. Sabía muy bien la pinta que tenía mi padre después de entrenar.

Antes de acostarme, llamé a Jessy en voz baja. Nuestras habitaciones estaban muy cerca y podíamos vernos por las puertas y hablar de una cama a la otra.

—¿De verdad crees que mi madre hace ejercicio cuando baja al sótano? —pregunté como si no fuera nada importante.

—¿Qué otra cosa va a hacer? —repuso Jessy con seriedad.

Yo sabía que no toleraba ninguna crítica contra mi madre. Aun así, insistí.

—Pero nunca vuelve sudada cuando sube de allí. ¿Qué hará en el sótano?

En esa planta, además de la sala de deporte, solo estaban la vivienda de mi abuela, el cuarto de la plancha con la lavadora, otro cuarto donde guardábamos los muebles de jardín, y una sala para secar la ropa en invierno. Allí teníamos también el viejo escritorio de mi madre, que ya no utilizaba casi nunca.

La curiosidad de Jessy pareció despertarse entonces.

—Lo investigaremos —anunció tras pensarlo unos segundos—. Pero no podemos decírselo a nadie.

Al mediodía siguiente, cuando llegamos del colegio, bajó a hurtadillas detrás de mi madre cuando esta, mientras mi hermana dormía la siesta, desapareció en el sótano.

Pocos minutos después, Jessy regresó con una cara especialmente inexpresiva.

—Está sentada con tu abuela. Dándole agua con una pajita. Nada más —me comunicó en nuestra reunión posterior.

—¿O sea que no hace deporte?

—Creo que no.

Que bajara de vez en cuando a ver cómo estaba mi abuela tampoco era ningún secreto. Pero ¿por qué le mentía a mi padre y afirmaba haber entrenado? No acababa de saber qué pensar de la situación.

Cuanto más seguro se mostraba mi padre en el manejo de las acciones, más nerviosa se ponía mi madre. También ella había ido a aconsejarse a fondo con su asesor bancario de la caja de ahorros, el mismo que le llevaba la cuenta de la herencia. Le preocupaba bastante que su marido se hubiera metido en bolsa. Era evidente que dudaba de sus capacidades.

—No es como jugar a la lotería —le dijo.

—Pero es que son «mis» ahorros —se defendió él, mosqueado.

—Qué bien —soltó mi madre con sarcasmo— que tú aún dispongas de ahorros.

—Créeme: sé lo que me hago. Al contrario que tu querido señor Engel —añadió, y dio unos golpecitos con el dedo en el titular del periódico local que tenía ante sí.

Mi madre se quedó mirando el artículo. En la fotografía se veía la central de la empresa y, al lado, una instantánea de su jefe. El pie de foto decía: «Se acabó Erich-Engel: tras la lucha por el saneamiento, se declaran insolventes».

—No puede ser —dijo ella, despacio—. Últimamente las cosas pintaban bien.

Durante las semanas anteriores, en casa se había hablado a menudo de la empresa porque el señor Engel había encontrado una serie de inversores privados. Mi madre abrigaba la esperanza de poder recuperar su antiguo puesto en algún momento. «Cuando haya pasado lo peor con la abuela Ella —decía ella—. De aquí a entonces, Erich-Engel volverá a estar a pleno rendimiento.»

Incluso había hablado varias veces por teléfono con su antiguo jefe.

De pronto la vi terriblemente abatida. La combatividad exhibida en

la discusión de las acciones había desaparecido.

—Pues que sea lo que haya de ser —dijo—. Tengo que cambiarle el pañal a la abuela Ella.

Pocos días después, mi madre anunció que empezaría a trabajar media jornada.

—Se me cae la casa encima —dijo—. La pequeña pronto irá al jardín de infancia, y hasta entonces la cuidará la abuela Martha. No nos vendrá mal que entre más dinero en casa.

Mi padre levantó las cejas.

—¿Y eso por qué? Si tenemos suficiente.

—Es una empresa de importación-exportación —dijo mi madre sin responder a su comentario.

—Ajá. ¿Y cómo se llama? ¿Y qué es lo que importan?

—Disfraces —contestó ella, algo avergonzada.

Resultó que era una empresa de artículos de carnaval. Que, para colmo, se llamaba Halaudi, como el grito de guerra de los carnavales locales. Mi padre montó en cólera.

—¡Disfraces! ¿Y qué va a decir la gente *d'aquí?* —exclamó, recuperando de golpe su dialecto, cosa que casi nunca ocurría—. ¿Qué vamos a parecer si ahora te dedicas a vender narices rojas?

—Yo no las vendo, solo organizo las ventas.

—De ninguna manera —repuso él con firmeza—. Mi mujer no va a vender baratijas. Y punto.

Pero, por supuesto, la cosa no terminó así.

3

Halaudi y sus narices rojas se convirtieron en un tema recurrente. La fábrica de artículos de cuero ya había sido un horror, pero un negocio que importaba género de carnaval parecía ofender personalmente a mi padre. Entonces, sin embargo, ocurrió una desgracia mucho mayor: Chernóbil.

De repente todo el mundo hablaba de radioactividad. Los pronósticos decían que la lluvia, el viento y las nubes llevarían partículas tóxicas también a Alemania. A partir de entonces sería peligroso jugar fuera si llovía, y en el colegio tendríamos que pasar el recreo bajo techo.

Mi padre estaba muy intranquilo a causa de los acontecimientos y de la «criminal política informativa» de la URSS. Estaba absolutamente obsesionado con los sucesos. En el desayuno, en la cena, no hablaba de ninguna otra cosa y, cuantos más detalles «salían a la luz», más paranoico estaba. Decía que no había sido ningún fallo técnico, como se había temido en un principio, sino nada más que el error de un único hombre al realizar una prueba de seguridad. La idea de que una sola persona pudiera desencadenar semejante catástrofe le afectó muchísimo.

Los periódicos describían de una forma muy plástica las posibles consecuencias de una contaminación por radioactividad. Eso era lo que inquietaba a mi madre. Dedos que se hinchaban hasta duplicar su tamaño. Bebés que nacían sin orejas. Personas que perdían el pelo y los dientes. Jessy sentía auténtico pánico, y también a mí me venían constantemente a la cabeza las escenas y las imágenes de mi libro sobre los niños de Schewenborn.

«Qué raro», decía mi padre siempre, sin acabar de desarrollar su pensamiento. Desde su accidente, muchas cosas le parecían «raras», pero Chernóbil lo convirtió en su adjetivo preferido.

Había mucha confusión en cuanto a las cifras exactas de muertos, y las numerosas lagunas informativas despertaban su recelo. Estaba convencido de que también el gobierno alemán ocultaba a la población la magnitud de la catástrofe y de que el peligro era mucho mayor de lo que reconocían las autoridades federales. ¿Por qué, si no, se tomaban medidas tan drásticas? Los frutos del campo se recogían antes de tiempo, la leche contaminada se tiraba, los parques infantiles se cerraban. De pronto estaba prohibido coger setas. Se creó de la nada un Ministerio para la Protección del Medioambiente, se

realizaron comprobaciones de seguridad en reactores nacionales.

Para colmo de desdichas, las cotizaciones en bolsa eran «una montaña rusa». La economía mundial reaccionó con mucha susceptibilidad al «máximo accidente previsible». Un día sus acciones iban bien, a la semana siguiente habían caído en picado. Por algún motivo, mi madre quería llamar urgentemente a Gerd, en Argentina. Se puso muy nerviosa y tuvo que intentarlo varias veces hasta que logró dar con él.

Mi padre estaba decidido a hacer algo contra esa locura.

—No voy a quedarme mirando de brazos cruzados —dijo— mientras destruyen nuestro precioso planeta.

Casi todos los días estaba en contacto con la tía Lu. Las mismas personas con las que ella se había manifestado en contra del despliegue de misiles estadounidenses planeaban una acción en el municipio bávaro de Wackersdorf, donde había planes de conectar a la red eléctrica un reactor de dudosa calidad. Mi padre estaba decidido a unirse a ellos.

—O emigrar. Marcharnos y punto.

Al fin y al cabo, su amigo había demostrado que era posible. ¿O no? Mi madre reaccionó de una forma misteriosa, pero, después de conseguir hablar por fin con Gerd por teléfono, se la veía bastante aliviada.

—¿Qué tenéis vosotros que deciros? —quiso saber mi padre, suspicaz.

—Eso —respondió mi madre con una sonrisa— es un secreto.

Esta vez era Jessy quien había empezado a mojar la cama, y también yo recaía de vez en cuando, lo cual tenía como consecuencia que la lavadora estaba todo el día en marcha con sábanas y fundas de mi cama, de la de mi hermana, de la de Jessy y de la de la abuela Ella. Ya no nos dejaban ver las noticias, y mi madre escondió también en un cajón de su dormitorio la revista *Stern* con sus terribles fotografías. Aun así, yo quería saberlo todo. Todo.

—Quiero ir con vosotros —supliqué cuando mi padre se disponía a marchar. Quería mucho a la tía Lu y me encantaba su piso de Ludwigshafen—. No os molestaré para nada.

Después de un poco de tira y afloja, mi madre me dejó acompañarlo. Jessy prefirió no venir; todavía le daba algo de miedo la tía Lu, aunque hacía ya mucho que no podía descubrirle moratones en el cuerpo.

Nada más salir, noté cierta inseguridad en mi padre. Había empezado con la elección de su vestuario. Se había pasado la mitad de la mañana sin decidirse; al final había conjuntado una camiseta roja con unos vaqueros azul claro.

El piso de la tía Lu se encontraba en la segunda planta de un

edificio antiguo del centro de Ludwigshafen. Al cruzar la puerta, el aire estaba cargado de humo de tabaco. Había allí reunidas unas doce personas. Algunas tenían una cerveza en la mano, otras comían un pastel salado que se llamaba *quiche*.

La tía Lu se llevó un chasco al ver que mi madre no nos acompañaba. Con la mano nos indicó que nos acercáramos.

—Estamos discutiendo cuál es nuestra postura ante el concierto planeado en Wackersdorf.

—¿Qué concierto? —preguntó mi padre.

—Un concierto protesta. Varios grandes nombres ya han confirmado, pero para algunos no basta con eso. Exigen «desobediencia civil». Sentadas.

La discusión era apasionada. «Sí», «no», «pero», se oía por todas partes. A mí me daba vueltas la cabeza, y también mi padre parecía algo asombrado por la forma en que se hablaban allí unos a otros.

—¿Quién es toda esta gente? —preguntó en voz baja.

—Compañeros de trabajo. Amigos —explicó la tía Lu.

—¿Y a qué se dedican?

—Siegfried es profesor de instituto. Wolfgang, cuidador de ancianos. A Iffy y a Klaus los conozco del trabajo. Ursula tiene una tienda ecológica. Henry es cantautor. Egon es catedrático de instituto; y también sindicalista, por supuesto.

Y así con todos.

Mi padre se apostó con un cigarrillo y un vaso de cerveza en una silla de un rincón del salón. Yo me acomodé a sus pies, en el suelo, donde ya había más gente sentada. Otros estaban en el sofá con las piernas cruzadas, apoyados en el alféizar o caminando de aquí para allá.

Para mí, todo aquello era un caos absoluto. No entendía ni una palabra, los retazos de frases pasaban de largo ante mí.

—Precisamente ahora. Tan poco después de que Gorbachov declarara la *glásnost*.

—Lo que necesitamos es una alianza con la izquierda estadounidense.

—Tienen a peones limpiando los tejados y despejando los bosques. Pero ¿adónde se llevan todo el material?

—Y a la población de Prípiat la han evacuado demasiado tarde.

—Ni siquiera tenían pastillas de yodo.

—La IPPNW habla de cientos de miles de muertos.

—Esas son las siglas de International Physicians for the Prevention of Nuclear War —nos susurró la tía Lu—. La Asociación Internacional de Médicos para la Prevención de la Guerra Nuclear.

—Yo también sé inglés —replicó mi padre con aspereza—. Pero ¿qué clase de asociación es esa? ¿Son físicos o médicos?

Sin embargo, la discusión continuaba.

—Han retocado las imágenes del fotógrafo de la central, ¿lo sabíais?

Ahí noté que mi padre prestaba más atención.

—¿Es eso cierto? ¿Las imágenes están falseadas?

Los presentes asintieron.

—Todo está escenificado.

Cuando nos despedimos, la tía Lu parecía deprimida. La discusión no había llegado a ninguna conclusión útil.

—Nuestras dos mejores mujeres no estaban hoy —dijo, casi a modo de disculpa—. A ellas siempre se les ocurre algo. —Me acarició la cabeza—. Todo irá bien. ¿Me has oído? —Luego le dirigió a mi padre un gesto de reconocimiento con la cabeza—. Y gracias otra vez.

—¿Por qué?

—Por el generoso donativo.

—¿De qué hablas?

—Pues de vuestro donativo para la operación de rescate de niños. Estamos intentando traer a Alemania a cuantos podamos para que reciban tratamiento.

—Ah, sí —dijo mi padre, aunque me dio la impresión de que no sabía de qué hablaba mi tía—. Espero que salga bien.

Cuando por fin nos montamos en el coche, sus ojos claros casi parecían negros. Estaba tan furioso que ni siquiera me dijo que me abrochara el cinturón, como hacía siempre. Aun así, me lo abroché.

—Un concierto —masculló por fin—. ¿Eso es todo lo que se les ocurre? —Sacudió la cabeza—. Cuando tendrían que sentarse todos a una misma mesa: ingenieros, activistas medioambientales, políticos.

No podía ocultar su profunda decepción. Mi padre no quiso volver a hablar de implicarse en aquello. Ni siquiera estaba dispuesto a seguir votando a LOS VERDES. Pero había otra cosa que parecía molestarle. Y yo sospechaba qué era.

Cuando llegamos a casa, enseguida se metió en su estudio.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó mi madre.

—No lo sé —dije—. Creo que a papá no le han caído bien los amigos de la tía Lu.

—¿Vienes un momento, por favor? —la llamó él—. Quiero hablar de una cosa contigo.

Mi madre se encogió de hombros, intentó poner una sonrisa animada y fue para allá. Yo la seguí a hurtadillas y me apoyé en la pared del pasillo, a una distancia desde la que pudiera oírlos.

—Tú… compras a las personas —siseó mi padre—. Con los demás puede que te funcione, pero a mí no me vas a comprar.

Me quedé de piedra. «Comprar a las personas» parecía un delito

espantoso. ¿Y mi madre hacía eso?

—¿Le has dado dinero a mi hermana? ¿A ella y a sus… VERDES?

Mi madre guardó silencio.

—Todos ponen la mano —dijo mi padre con un resoplido—. ¿Crees acaso que no me doy cuenta? Incluso con Ela intentas «hacerte la buena». Con tus regalos.

Pensé en mi caravana de la Barbie. Me la había comprado la semana anterior, porque sí, como «un extra», sin que fuera mi cumpleaños ni nada. Me acerqué más a la puerta y espié al interior de la habitación. Mi madre miraba al suelo con culpabilidad, pero mi padre levantaba la voz cada vez más.

—Plástico por todas partes —gritó—. ¡Y tus estúpidos disfraces!

Mi madre se había traído a casa una bolsa con muestras de la nueva empresa para que Jessy y yo jugáramos a disfrazarnos. Mi hermana había encontrado un disfraz de libélula y, con su orgullo de niña de dos años, se negaba a ponerse ninguna otra cosa. Desde entonces, todos los días llevaba sus gafas de ojos de mosca y sus alas de libélula.

Mi padre miró a mi madre con severidad.

—Tiras nuestro dinero por la ventana.

Entonces ella se hartó.

—¿Que *yo* tiro *nuestro* dinero? —exclamó con la voz crispada—. ¿Pero tú tienes idea de lo que cuesta *tu* estilo de vida?

Mi padre dudó un momento, pero enseguida se lanzó al ataque.

—También le prestaste dinero al capataz. ¿Es verdad?

Mi madre se mordió el labio. Parecía una niña pequeña a la que habían pillado haciendo una maldad.

—Y, dime, ¿eso por qué? ¿Qué hay entre vosotros dos? —siseó mi padre.

—¿Qué insinúas? —Mi madre no pudo reprimir una sonrisa—. No me digas que estás celoso.

En lugar de responder, mi padre soltó todo un sermón. Despotricó contra la cantidad de Barbies que me compraba mi madre y contra todos esos «cacharros de plástico» que importaba su empresa de China, lo cual estaba de alguna forma relacionado con Rusia, pero también con Estados Unidos y sus habitantes obesos, que solo hacían que «consumir y consumir» mientras en la URSS había escasez, cosa que por su parte había provocado el fallo inevitable del inocente trabajador. La «pequeña pieza del engranaje». También anunció que quería vender sus acciones recién compradas, y a ser posible de golpe, porque ya solo valían la mitad. Y, de todos modos, afirmaba, las grandes compañías, en especial los «gigantes energéticos», tenían «las manos sucias».

—Argentina —dijo a modo de conclusión—. Como esto pase de castaño oscuro, me voy a Argentina.

Yo ya tenía suficiente. Me fui a mi habitación sin hacer ruido y con un nudo en el estómago. Después de meterme en la cama, estuve un buen rato despierta. La cabeza no dejaba de darme vueltas. No entendía por qué mi madre, el plástico, los gordos o Halaudi tenían la culpa de lo que había pasado en Chernóbil. Y tampoco por qué mi padre quería irse de pronto a Argentina. Sin embargo, había sobre todo una cosa que me desconcertaba: ¿de verdad regalaba mi madre el dinero? Nadie estaría tan loco para hacer algo así, ¿no? ¿Regalar dinero como si tal cosa?

Durante todo el siglo XX importamos de Estados Unidos una paradoja. Se descubrió a la mujer como una consumidora que debía comprar siempre nuevos productos, pero que, en lo relativo a su propio cuerpo, debía ejercer la renuncia. Las píldoras dietéticas milagrosas de la época contenían no pocas veces arsénico o estricnina. Incluso Jesús se apuntó a la industria de la dieta en los años sesenta. I prayed myself slim, decían los anuncios. More Jesus, less me. En los años sesenta, Twiggy era la ídola.

A ese cóctel, peligroso ya de por sí, mi padre le añadió su German Angst: su constante miedo a causar mala impresión. Su intento paradójico de ser al mismo tiempo normal y especial.

4

Pocas semanas después, mi madre se despertó con un fuerte dolor en las articulaciones. Le costó horrores levantarse de la cama.

—¿Dónde te duele? —preguntó mi padre, escéptico y preocupado por igual.

—No lo sé. Por todas partes. En los brazos. En las piernas.

—Qué raro… —opinó él—. Esperemos que no sea un síntoma.

—¿Qué quieres decir? —Mi madre le clavó una mirada.

—Bueno, que no sea por la radioactividad.

Ella puso los ojos en blanco.

—Tonterías. No va tan deprisa.

Enseguida recordé las terribles imágenes de las víctimas de radiación. También Jessy sintió pánico. Si mi madre enfermaba, se acabó lo de ser nuestra niña de acogida. Durante unos instantes pareció que de repente se hacía visible algo que durante todo ese tiempo había sido invisible: la organización de toda la casa, desde el desayuno de mi hermana hasta la cena de mi abuela, funcionaba únicamente si mi madre funcionaba.

—No os preocupéis —dijo ella.

Pero claro que me preocupaba. Jamás la había visto enferma ni un solo día. Los demás solíamos caer con la gripe o con anginas y teníamos que guardar cama. Mi madre no. Nunca. Eso hacía que el asunto resultara mucho más amenazador.

Al principio siguió haciendo su trabajo, impasible.

—Seguro que se me pasa solo —dijo, pero se equivocaba.

El médico de cabecera le encontró en la sangre valores indicativos de inflamación y la derivó a un internista. Por el momento debía tomar analgésicos, aunque no le servían de nada.

«No te preocupes», decía siempre que le preguntaba si ya se encontraba mejor. Intentaba sonreír y que no se le notara lo mucho que le dolía cada vez que se movía. No quería que me inquietara. Sobre todo, no obstante, deseaba tranquilizar a mi padre.

El reconocimiento, para el que tuvo que esperar «media eternidad», no arrojó ningún resultado.

—Seguramente no será nada grave —dijo al regresar.

Parecía dudosa; y angustiada.

—¿Qué quiere decir «seguramente»? —preguntó mi padre con tono dramático—. ¿Es que no ha podido decirte nada claro ese hombre?

—Todavía tienen que hacerme un TAC —repuso ella—. El médico

dice que, hasta que no lo tenga, todo son especulaciones.

Me estremecí. Mi padre nos había explicado lo que era un TAC. Al contrario que con los rayos X, con eso también se veían las «partes blandas». Esas palabras me horrorizaban. Me hacían pensar en los mejillones que pedía a veces mi padre los días de fiesta.

Era preocupante de verdad.

—No se tienen dolores por todo el cuerpo así, porque sí —masculló—. ¿Será culpa del sobrepeso?

A mi madre le refulgieron los ojos.

—¡Una cosa no tiene nada que ver con la otra! Me parece increíble que quieras meterlo todo en el mismo saco.

—Como si no estuviera relacionado. Tampoco hace falta ser especialista para verlo. Además, nunca has dejado que te examinen a fondo.

—Pues claro que sí.

—Ah, ¿sí?

—No tengo diabetes, no tengo colesterol —enumeró mi madre—. Todo eso ya me lo miraron. En la cura de aguas.

—Hace más de tres años. —Mi padre la estudió con mirada de criminalista—. Tiene que haber una causa.

—¿Temes por mi salud? ¿Es esta tu forma de demostrármelo? —Se quitó el delantal y lo tiró lejos—. Pues mejor deséame que no sea nada malo, en lugar de andar lanzándome reproches otra vez.

—Bueno, ya vale —dijo mi padre—. Tengamos la cena en paz.

El TAC «desactivó las alarmas», ya que no se pudo constatar ninguna anomalía. El fin de semana posterior a la cita en la que le dieron los resultados, sin embargo, los ánimos seguían extrañamente tensos, porque la falta de un mal resultado también significaba que no había explicación alguna para los dolores de mi madre, y eso volvió a avivar la ambición de mi padre.

Mi hermana estaba durmiendo la siesta y Jessy se estaba dando un baño porque había cogido infección de orina a causa de las numerosas micciones nocturnas, así que nos encontrábamos los tres solos en el salón. «Entre nosotros», como decía mi padre. Y eso quería decir que volverían a salir temas de los que Jessy no debía enterarse. Mi padre se guardaba mucho de que nuestra niña de acogida llegara a entrever sus «problemas conyugales».

Mi madre estaba en un sillón, con su inevitable cojín delante de la barriga, y yo estaba leyendo. Me había atrincherado tras una revista de Mickey Mouse en el sofá. Habría preferido ir a mi habitación, pero no me hacía gracia dejar a mi madre sola con mi padre.

Él había ordenado su colección de discos y luego se había acercado

al cesto de los periódicos y las revistas. Sacó una *GEO* antigua como por casualidad y, con el índice estirado, dio unos golpecitos sobre el artículo de portada. «Mala alimentación», decía.

—Ya sé lo que te pasa.

—¿Cómo dices?

—Obesidad. El término médico exacto es «adiposidad».

Mi madre se estremeció al oír esa palabra.

—Aquí dice —leyó él en voz alta— que el sobrepeso hace aumentar el riesgo de apoplejía, enfermedades cardíacas y circulatorias, hígado graso, problemas articulares y de espalda, gota, cálculos renales. Puede ser la causa de tus fuertes dolores. Incluso de un cáncer.

Me hundí más en el sofá. Me habría gustado desaparecer en él.

—Pensaba que lo que tenía mamá era ese «efecto rebote» —dije en voz baja.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó mi madre—. Para de una vez, que le estás dando a Ela unos sustos de muerte. Estoy bien.

—Ah, ¿sí? ¿Y por qué tienes tantos dolores? Si ni siquiera el TAC encuentra señales de ninguna otra dolencia, solo puede ser la adiposidad. ¡Mírate bien!

Levanté la mirada con cautela. Era cierto. Mi madre estaba gorda. Gorda como nunca. ¿De verdad padecía esa enfermedad? ¿Esa «adiposidad»?

—Aquí dice —mi padre siguió dando golpecitos en el artículo con el dedo— que las personas con adiposidad padecen una «predisposición genética» a la obesidad, y que deben tener especial cuidado con lo que comen, más aún que las personas con un metabolismo normal. Y, sobre todo, hacer deporte. Si es que no quieren tocar fondo. ¿Cuándo fue la última vez que te subiste a la bicicleta estática? Ya ni me acuerdo. Tienes una sala de *fitness* acondicionada a la última en tu propia casa, pero no parece interesarte en absoluto.

—¿Cómo puedes hablarme así?

Noté que a mi madre le estaba costando horrores mantener la compostura. Le temblaba la voz.

Mi padre hizo un gesto despreciativo.

—Tú ya eres un caso perdido, pero lo importante aquí es que la adiposidad se considera hereditaria —dijo con semblante funesto—. Si tú la tienes, Ela también la tendrá.

Lo miré espantada. ¿Qué quería decir?

—Pero… eso es una tontería. —A mi madre le habían salido ronchas rojas en el cuello—. Mírala bien, si está hecha un fideo.

Mi padre señaló mi tebeo.

—Como siga pasándose todo el día sentada leyendo esas cosas, es solo cuestión de tiempo. —Miró a mi madre con una mezcla de ira y decepción—. Contigo ya he tirado la toalla, pero con Ela pienso tomar

precauciones. A partir de ahora, menos lectura y más deporte.

Cuando dijo eso, a mi madre se le saltaron las lágrimas.

—No metas a la niña en esto —pidió en voz baja—. Volveré a intentarlo. Las dietas y también el deporte. Pero primero tengo que librarme de estos dolores.

—En fin. Como tú veas. —Mi padre se levantó—. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde.

Ese mismo día, algo después, cuando mi madre y yo estábamos en el salón, ella planchando y yo viendo la tele, mi padre entró con una hoja de papel en la mano y, como si no hubiéramos hablado de ningún otro tema, anunció:

—Por cierto, aquí están los resultados de la revisión.

—¿Qué revisión? —preguntó mi madre.

—Pues la del taller. La del Audi. —La miró por encima de sus gafas—. Dicen que no hubo influencia ajena, pero han encontrado un chicle enorme en el tubo de escape. ¿Acaso no es eso una influencia ajena?

Contuve la respiración. ¡Jessy siempre masticaba chicle! De repente tuve un miedo horrible a que mi padre quisiera echarle la culpa.

—Seguro que solo fue una chiquillada —dijo mi madre—. Y a un coche de calidad no puede hacerle nada ningún chicle.

—¿Nunca te has preguntado qué pasará cuando se muera la Bopp? —preguntó él sin que viniera al caso.

Mi madre se cruzó de brazos.

—¿No tendrás pensado que nos quedemos con ella para siempre?

—Pues… no tiene a nadie más. —Habló en voz baja pero segura.

—¿Y no será ese el motivo de tus molestias? —soltó mi padre de repente.

—¿Qué quieres decir?

—Que tal vez todo esto es demasiado para ti. Tu madre, dos hijas y, por si fuera poco, una extraña en la casa.

—Eso es una tontería —masculló mi madre.

Él se la quedó mirando como si quisiera contestar algo más, pero lo dejó correr.

—Lo que tú digas. Me voy a echar un partido. No me esperes para comer.

Yo iba a subir a mi cuarto cuando vi que Jessy estaba en la puerta del salón. Tomé aire y me acerqué a ella, pero salió corriendo de casa.

La encontré en uno de los campos que no quedaban muy lejos de nuestra casita de color turquesa. Estaba en mitad de una plantación de patatas, dándole puntapiés a los terrones levantados por el arado. Parecían olas de barro.

—¡Jamás! —bramó. Casi parecía que las arrugas de la frente fueran

a saltársele de la cara—. ¡No pienso permitir que me eche!

Dejé vagar la mirada por los campos. ¿Era una amenaza? Intenté controlar el pánico que me había contagiado. Sentí que me embargaba una profunda impotencia. Estaba claro que en nuestra casa se discutía demasiado. Claramente demasiado.

Casi no hay nada que mi madre admire tanto como las revoluciones pacíficas.

El pacifismo, leí hace poco, se basa en un juicio estético y no, como podría pensarse, en uno de valor. A mi madre, el griterío y la lengua viperina de su suegra le repugnaban estéticamente tanto como unos guerrilleros dispuestos a matar. Iban en contra de su sensibilidad.

¿Es posible que también yo, durante mucho tiempo, fuese demasiado delicada para defenderme? Fight or flight. Casi siempre me he decidido por la huida, flight, o he caído en un estado de paralización sin ser consciente de ello. He intentado huir hacia el mundo del arte. Precisamente.

He escogido la escritura porque es la mejor forma posible de ahondar en el corazón humano. Existencia y apariencia, mentira y verdad. Pero no como una jueza o una terapeuta. Más bien como árbitra. Incluso ahora, mientras escribo, continúo al borde de ese campo de batalla que es el matrimonio (solo que en mi caso se asemeja a una pista de tenis…). Sigo los acontecimientos con enormes ojos infantiles.

El juicio estético es fluctuante. No es uno que deba decidir entre culpable o inocente, entre sano o enfermo. Sentada a mi escritorio puedo observar, ponderar, cambiar de perspectiva. Los corazones pueden aletear, cintilar, errar.

La escritura no es una huida. Es un paso atrás. Una parada. Al escribir puedo moverme en la frontera entre la huida y la lucha. Sin paralizarme.

5

En mayo, Steffi Graf ganó por primera vez contra la gran Martina Navratilova. La fiebre del tenis en Obach no tenía límites. La temporada había vuelto a empezar.

Mi madre seguía a mi padre con una mirada inexpresiva cuando este, bronceado y animado, se montaba en su motocicleta para ir a la pista de tenis a toda velocidad. La sala de *fitness* había cumplido con su cometido. Ya podía volver a entrenar en la pista.

Ella seguía padeciendo los mismos dolores articulares inexplicables. Durante una temporada estuvo tomando los analgésicos que le había recetado el internista, pero muy de mala gana porque le sentaban fatal. Después dejó la medicación. Sentía un rechazo absoluto hacia los medicamentos y una enorme confianza en lo que ella llamaba «fuerzas de autocuración». «Muchas veces, el cuerpo solo necesita descanso y recuperación», predicaba como si fuera un mantra. Y también: «No os preocupéis». En algún momento, en efecto, Jessy y yo dejamos de hacerlo. Consiguió que no pensáramos más en ello.

Faltaban tres meses justos para el cumpleaños de mi padre. Mi madre había dejado la dieta de los colores, comía con normalidad, sentada con nosotros a la mesa y de lo mismo que preparaba para todos. Mi padre no hacía ningún comentario. Casi era como si por fin se hubiera rendido, cosa que molestaba a mi madre más aún que sus continuos ataques.

Las miradas que los demás le dirigían a su cuerpo eran cada vez más descaradas. En el colegio, cuando iba a buscarme, pero también en el pueblo. Tal vez ya fuera así antes y yo no había querido reconocerlo.

Mi padre no había cumplido su amenaza de obligarme a practicar deporte con regularidad. No volvió a decir una palabra al respecto, pero quizá fuera porque yo no quería abochornarlo sacando otra vez el tema. Entrenaba dos veces por semana en el club de atletismo y me encantaba correr dando vueltas a la pista de ceniza, sentir el aliento cálido en la garganta y el corazón latiéndome con fuerza en el tórax. Sabía que él se sentía orgulloso de que estuviera entre las mejores del grupo de mi edad. «Si sigues así, serás la campeona de Renania-Palatinado», me elogiaba.

Un día que mi madre fue a recogerme, me observó un buen rato.

—Lo haces porque te gusta y no por papá, ¿verdad? ¿Sabes que no estás obligada?

Asentí. Claro que lo sabía. ¿O no?

Un fin de semana, me pasé toda la tarde con un libro en la galería. El atardecer era sofocante, el aire estaba inmóvil, no soplaba ni una pizca de viento. Había sido un día insólitamente cálido para la época del año y no había forma de que refrescara. En algún momento se me cerraron los ojos. Cuando desperté, al principio no sabía dónde estaba. Debía de haberme quedado dormida leyendo y mi madre me había dejado descansar tranquila. Solo me había tapado con una fina manta.

Estaba sudada y tenía sed, así que pensé en ir a buscar un vaso de agua a la cocina. En la casa todo estaba en silencio. Jessy dormía en la habitación de al lado, su respiración era tranquila y profunda. Mis pies descalzos fueron palpando un escalón tras otro mientras bajaba la lisa escalera de madera. Me acerqué con cuidado a la puerta del dormitorio de mis padres. Igual que todas las noches, mi hermana había salido de su camita infantil, se había acercado a la de mis padres con sus pasitos y se había tumbado atravesada sobre los dos colchones. El intercomunicador de la mesilla de noche estaba iluminado. El despertador, a su lado, marcaba la medianoche. Por lo demás, la cama estaba vacía. Supuse que mi padre había vuelto a quedarse en el «hogar del deportista». Pero ¿dónde estaba mi madre?

Fui a la cocina a oscuras y sin hacer ruido. Cogí el vaso de agua y luego abrí la nevera; no había cenado nada. Me preparé una rebanada de pan con mantequilla y me senté a la mesa medio dormida. Entonces reparé en que se veía luz en el sótano.

Bajé los escalones con sigilo. Las baldosas estaban heladas. Iba posando un pie delante del otro con cuidado porque la empinada escalera del sótano era peligrosa, tal como nos había inculcado mi madre a Jessy y a mí. Abajo, en el pasillo, miré alrededor. La puerta del cuarto de la plancha estaba entreabierta. El corazón empezó a latirme con fuerza; no podía evitarlo, el sótano me daba un poco de miedo. Aun así, reuní todo mi valor y abrí.

Mi madre estaba sentada ante su antiguo escritorio, en el que normalmente solo teníamos el cesto de la colada. En la mano sostenía un lápiz con el que escribía algo en un papelito. Un boleto de la lotería, se me ocurrió pensar. Delante tenía archivadores y papeles. Montones y montones de ellos. Una barbaridad de papeles. Pero no solo eso.

Se quedó paralizada al verme en la puerta, y entonces me di cuenta: tenía la mejilla abultada y en la otra mano sostenía un *brezel* de azúcar a medio comer. En el borde de la mesa, según vi entonces, había un surtido de bollos que sobresalían de sus bolsas de papel medio rasgadas.

Sin decir palabra, di media vuelta y subí la escalera corriendo.

—¡Ela, espera! —oí que gritaba mi madre, pero yo solo quería salir de allí.

Fui poniendo un pie delante del otro como un robot, izquierdo, derecho, izquierdo derecho.

Me fui directa a mi habitación, me metí en la cama y apagué la luz. Al principio temí que viniera tras de mí para hablar, para explicarse, pero no ocurrió. Me quedé del todo sola con mis pensamientos. Mirando obstinadamente el tragaluz. Había olvidado cerrar el estor, así que veía todo un campo de estrellas de brillo tenue. Nunca me había sentido tan traicionada, tan engañada. No existía eso del «efecto rebote», y tampoco la adiposidad. La cuestión era mucho más sencilla: mi madre comía en secreto. El que comía mucho, engordaba. ¿O no? Sentí una decepción tan clara y fría que me quedé helada. Mi madre me había mentido. Todo el tiempo. No me extrañaba que engordara siempre. Noté que me caían lágrimas de rabia por las comisuras de los ojos.

A la mañana siguiente no era capaz de mirarla a la cara. Apenas había dormido, solo había echado una cabezada cuando ya amanecía. Me ardían los ojos. La temperatura no había hecho más que subir, como si esa noche la naturaleza hubiese tenido fiebre. Mi madre llevaba su bata de seda color crema, la que tanto me gustaba pero que tan pocas veces se atrevía a ponerse. Debía de haberla escogido para complacerme. Tenía toda la cara colorada; el calor la afectaba mucho. No dijo una palabra de nuestro encuentro en el sótano. Yo notaba el estómago encogido. Mi padre estaba sentado ante su café, leyendo la edición de fin de semana del periódico. ¿Desde cuándo sabía que mi madre comía en secreto? De pronto lo entendí. Eso era lo que había intentado decirme en el Báltico, cuando quiso que le pidiera que adelgazara. Entonces comprendí lo que sentía.

Siguiendo un impulso, me levanté, me senté en el regazo de mi padre y me abracé a su cuello. Olía a una loción para el afeitado suave y solo un poco al humo de tabaco de la noche anterior. Olía increíblemente bien.

—Hola, grandullona —dijo, y me acarició la melena rubia—. ¿Qué pasa?

—Nada —contestó mi madre enseguida—. Déjala.

Jessy nos miró a todos por turnos «sin entender de la misa la mitad». Ajena a nosotros, siguió estirando su chicle y convirtiéndolo en un hilo largo y fino de sus labios a su pulgar y su índice.

—¿Es que no puede quitarse eso de la boca? —protestó mi padre—. ¿Para desayunar, por lo menos?

Jessy se quedó inmóvil. A punto estuvo de tragarse el chicle del susto.

Mi madre bebió un poco de su taza de infusión fría de ortiga, de la

que tenía toda una botella llena en la mesa. Decía que era drenante. Yo la había probado una vez y no me había gustado nada su sabor dulzón.

Me pregunté cómo lo había conseguido mi madre. La verdad era muy evidente. ¿Cómo había logrado que no me enterara de nada? Sentí náuseas al pensar en todos los dulces que guardábamos en el armario de las chucherías; «para las niñas», decía siempre. Lila Pause, After Eight, caramelos PEZ y Toffifee, refrescos Ahoi, cigarrillos de chocolate, bombones, caramelos chocolateados Riesen. «El paraíso», llamaba Jessy a ese armario. Yo nunca me había fijado a qué ritmo desaparecían las cosas, ni había creído posible que mi madre comiera nada de todo aquello. El armario siempre estaba lleno, así que nunca me hacía esa pregunta. Tal vez fuera ese su truco, me dije con acritud.

¡Jessy!, pensé de repente. ¡Seguro que Jessy estaba al corriente! Y me lo había ocultado para no avergonzarme. Todos, todos sabían lo que ocurría. Todos menos yo.

Justo después de desayunar, como casi todos los fines de semana, salimos hacia una competición de atletismo. Mi abuela iba sentada delante y mi hermana a mi lado, en el asiento para bebés.

Tenía que hablar con mi madre. Cuanto antes. Tenía que decirle que dejara de comer. Solo con pensarlo me entraban sudores, pero daba lo mismo. Tenía que hacerlo. Porque ¿y si mi padre tenía razón? ¿Y si de verdad era yo la única con las palabras mágicas en la punta de la lengua?

Mi madre miraba fijamente la carretera. Hice de tripas corazón.

—Mamá. ¿No podrías adelgazar de una vez, por favor?

La cabeza de mi madre giró de golpe. En un primer momento estaba tan sorprendida que fue incapaz de decir nada. Después soltó una breve carcajada en el mismo tono con el que mi padre se reía de ella a menudo. «Hostil», me vino a la cabeza. Una risa entre adultos, no entre una madre y su hija.

—Y ahora empiezas tú también. Es por lo de anoche, supongo, ¿no? Me comí un par de *brezels,* ¿y qué? ¿Qué tiene de malo?

Miré a la carretera por entre los asientos. Había dado por hecho que se mostraría humillada y compungida, pero había ocurrido lo contrario.

—Uy, sí, claro —dijo con desprecio—. A lo mejor tienes problemas. Lo que daría yo por tener tus problemas.

Tomó la curva con más brusquedad que de costumbre, así que busqué el agarradero de encima de la ventanilla para sostenerme.

—Mamá —dije en voz baja—, por favor, ¿puedes ir más despacio?

Redujo una marcha, pero aun así el coche se ladeó en la siguiente

curva. Mi hermana gritó. También la abuela Ella, que estaba en el asiento delantero sin decir nada, masculló algo con sobresalto.

Mi madre, impasible, no apartaba los ojos de la carretera.

—Como sigáis así —dijo entonces en voz baja, en lugar de contestar, y con un temblor apenas contenido en la voz—, tu padre y tú. Algún día me estamparé contra el primer árbol.

Tardé poco en entenderlo. Y me quedé helada.

Por la tarde, cuando fue a buscarme al entrenamiento, me dolía la garganta. El dolor era tan fuerte que se me saltaban las lágrimas cada vez que tragaba. Pensé que jamás tendría que haberle hecho esa petición tan absolutamente estúpida. A esas horas ya lo lamentaba con amargura.

Me ardía la cabeza y al mismo tiempo temblaba con escalofríos febriles. Me dejaron tumbarme en el dormitorio de mis padres y me dieron un jarabe para la fiebre con sabor a fresa que me calmó un poco el dolor.

—Anginas —diagnosticó mi madre.

Mientras dormitaba en su cama con la garganta ardiendo, no hacía más que ver ante mí una escena de *Silas,* una serie que había visto las vacaciones anteriores. El protagonista era un niño feriante al que de muy pequeño habían vendido a un circo y había tenido que crecer al cuidado de su tirano director y tragasables. La escena más terrible de todas era la del principio, en la que Silas tenía que tragar un sable mientras sonaba una dramática melodía de violín, trompetas y el ineludible teclado. Por si Silas se negaba, el malvado director lo amenazaba con cortarle los tendones de los pies y, al parecer, esa perspectiva le resultaba más terrible que tener que tragarse la espada, porque se la tragaba. No era hasta más avanzada la serie cuando por fin conseguía hacerse con un semental negro en el que salía huyendo.

Lejos de allí.

De niña, los desesperados intentos de hacer dieta de mi madre me resultaban enigmáticos.

Ahora sé que en el aumento de peso intervienen muchos factores. Hay una teoría que dice que la grasa corporal protege de enfermedades derivadas del estrés. La grasa abdominal asegura el suministro energético del cerebro y, así, garantiza un metabolismo cerebral resistente. Se asegura de que la persona siga siendo capaz de rendir.

Le enseño a mi madre una lista de factores de estrés. Arriba del todo, dice: «Conflictos crónicos en la relación de pareja», seguido de: «Falta de tiempo», «Responsabilidades demasiado grandes», «Miedo a no ser suficiente».

—Esto de aquí. El punto seis. Eso es importante. —Señala el papel—. Enfermedades y dolores, propios y de parientes cercanos.

—Y, por último —termino de leer—, exigirse muy poco. Y el aburrimiento.

Arruga la frente.

—Bueno, más bien exigirse demasiado.

De pronto, es como si hubiese algo muy evidente que no hemos mencionado.

—¿Adónde quieres ir a parar? —pregunta.

—Da igual —contesto enseguida.

¿Era la comida una especie de moneda de cambio con la que se «pagaba», en lugar de «recompensarse», como suele decirse de forma errónea?

—Pregunta tranquilamente lo que quieras saber —dice.

Hago de tripas corazón.

—¿Dirías que la comida era para ti una especie de… pago? ¿Como para los demás… el dinero?

Me clava la mirada.

—Pues claro. Claro que lo era.

¿Por qué no se lo he preguntado mucho antes?

6

Todavía tenía que quedarme en casa por las anginas, así que me estaba tomando una infusión tibia con miel a cucharadas; Jessy ya se había ido al autobús del colegio. Mi hermana estaba sentada en el retrete. Últimamente iba estreñida y le daban leche con azúcar y ciruelas pasas para ayudarla, lo cual acababa en descomposición.

—Que la digestión no vaya bien siempre es un síntoma —masculló mi padre.

No dejaba de tener ideas funestas sobre cómo mi madre contagiaba a sus hijas la relación viciada que tenía con la comida.

Ya estaba a punto de salir hacia el trabajo, pero volvió a sentarse al oír el anuncio de mi madre:

—Tengo que hablar con vosotros.

La miramos extrañados.

—He ido a ver a un especialista —dijo—. Existe un procedimiento nuevo. Para adelgazar. Puedes hacer que te pongan una especie de globo en el estómago. Es un balón gástrico, de silicona y plástico. Simula la sensación de saciedad, y eso hace que se envíen menos señales de hambre al cerebro.

Noté que se me cerraba más la garganta, ya inflamada. También yo quería que mi madre adelgazara, pero ¿así? Sonaba espantoso.

—Ajá —repuso mi padre con escepticismo.

La idea parecía resultarle igual de inquietante que a mí.

—Existe también otra variante —siguió explicando mi madre—. Te tragas el balón todavía vacío, y luego lo llenan con una solución de sal común tintada que no es tóxica ni nada de eso.

Daba la sensación de que no solo pretendiera tranquilizarnos a nosotros, sino también a sí misma. Estudié su rostro con la mirada. Esa idea del balón no le pegaba nada, pero estaba tan desesperada de cara a la fiesta de cumpleaños de mi padre, que veía en ella su única oportunidad de perder suficiente peso para poder «dejarse ver» con él.

—La verdad es que el seguro no cubre la intervención —dijo—, pero el procedimiento parece serio. Como mucho al cabo de seis meses vuelven a quitarte el balón. —Miró a mi padre con inseguridad—. ¿Qué piensas?

—¿Y los riesgos? —repuso él con tono objetivo—. ¿Hay efectos secundarios?

Mi madre dudó.

—Náuseas, vómitos. Úlceras gástricas. En muy raras ocasiones el

balón revienta. Se nota porque la orina se tiñe de azul, y entonces hay que retirar los restos de inmediato. En el peor de los casos, puede provocar una oclusión intestinal.

—Es demasiado peligroso —opiné yo.

No podría dormir tranquila por las noches si sabía que mi madre llevaba esa «cosa» dentro del cuerpo. Noté que la ira de los últimos días se disipaba. La sola idea de esa «intervención» me resultaba insoportable.

También a mi padre parecía desagradarle la perspectiva, porque sin querer se había llevado una mano al estómago. Se levantó y cogió su cartera.

—No me hace mucha gracia —dijo—, pero, si tú crees que es lo correcto, adelante.

Me dio un beso en la cabeza y ya estaba fuera. Tras unos instantes de silencio, oímos cómo se cerraba la pesada puerta del Mercedes.

Miré a mi madre, que no podía ocultar su desesperación. Yo no habría sabido decir qué era lo que deseaba. Tal vez que mi padre le quitara la idea de la cabeza. O que la tranquilizara y le dijera que los efectos secundarios de la intervención serían muy poco probables si un médico serio se la estaba aconsejando. Pero seguro que no *aquello.*

—Mamá —dije—. No lo hagas. Por favor. —Lo pensé un momento —. Podríamos ir juntas a hacer deporte. O puedo encargarme yo de la abuela Ella y tú vuelves a ir a lo de Weight Watchers.

—Ela, escucha. Con un balón gástrico será mucho más fácil. Y más rápido. —Tomó aire—. Así, se acabarán las quejas de una vez por todas. Tengo otras preocupaciones, la verdad.

—¿Qué preocupaciones?

Mi hermana pidió ayuda desde el baño; por lo visto, algo había ido mal en el retrete y mi madre fue a ayudarla sin añadir nada más. De pronto se hizo un silencio terrible en la cocina y se me ocurrió pensar algo: ¿era yo el motivo por el que quería recurrir a una medida así? ¿Representábamos de pronto mi padre y yo una mayoría? ¿La había presionado con mi estúpida petición?

Mi madre, en efecto, se sometió a la intervención. Mi padre no la convenció de lo contrario. Le implantaron el balón gástrico en una clínica especializada de la ciudad más cercana. Solo le pusieron una «sedación leve» y después pudo volver a casa.

Las noches siguientes, yo estaba en la cama sin poder dormir, con un miedo terrible a que algo saliera mal. Mi madre se dio cuenta y, como con sus misteriosos dolores, consiguió sosegarme poco a poco. Una semana después, ya me había acostumbrado a la situación e incluso podía volver a mirarle la barriga sin pensar inmediatamente

en ese horrible balón.

Los reparos iniciales de mi padre se habían desvanecido enseguida. Después de hojear un folleto informativo de la clínica, le pareció lo bastante «serio» y dejó toda la decisión en manos de mi madre, puesto que al fin y al cabo ya era «una mujer adulta». Solo nos hizo prometerle algo a mi madre y a mí: que no le contaríamos nada a Jessy. Le preocupaba que se corriera la voz por Obach. Nadie debía saber que su mujer llevaba un balón en el estómago.

A Jessy le dijimos que mi madre tenía que hacerse una gastroscopia, y ella, que de todos modos siempre pasaba junto a mi padre con la cabeza gacha, no preguntó más. Ni siquiera cuando mi madre, por fin, empezó a adelgazar un kilo tras otro. Si te la quedabas mirando, casi podías verlo.

Al principio me alegré mucho de que consiguiera perder peso y de que ese espantoso balón al menos sirviera de algo. Deseaba con todas mis fuerzas que, al adelgazar, lograra que mi padre no hablara tanto de eso, que no se avergonzara más de ella y que quizá incluso pudiéramos volver a ir a la playa juntos algún día.

Sin embargo, por extraño que resultara, mi padre casi reaccionó con reservas a la transformación de su cuerpo. Elogiaba a mi madre, desde luego, pero se lo veía más bien abrumado. Como si todavía tuviera que acostumbrarse a esa nueva imagen.

Tampoco ella parecía acabar de fiarse de su «nueva figura». Parecía que no supiera muy bien cómo tomarse esas comidas más tranquilas y que mi padre no estuviera metiéndose constantemente con ella o haciéndose el BLOQUE DEL ESTE.

Tardaron varias semanas, pero ambos acabaron por acostumbrarse a la nueva situación. O eso parecía. Mi madre lo había conseguido.

7

Medio Obach estuvo en la fiesta de cumpleaños de mi padre. Él había decidido alquilar el salón comunitario y montar allí «una celebración por todo lo alto». Contrataría a un grupo de música, habría un bufé, no faltaría de nada. Mi madre se mordió los labios al ver las facturas, pero no dijo nada. Una mujer de la parroquia cuidaría a la abuela Ella durante todo el día y hasta la noche, para que mis padres tuvieran «las espaldas cubiertas». Sobre todo mi madre, claro.

La semana antes de la fiesta se pasó todas las noches metida en la cocina. El bufé lo preparaba un carnicero local, pero ella insistió en hacer los pasteles para la tarde. Era una cuestión de honor, ya que en el pueblo la conocían por sus habilidades culinarias.

Yo intenté ayudarla pasándole los ingredientes que necesitaba, pero pronto me hice un lío con tantas recetas diferentes y me rendí. Mi madre apenas podía ocultar que tenía dolores, que el gesto de amasar era «veneno» para sus muñecas, pero siguió adelante con valentía. La noche antes de la fiesta, en el fresco sótano había un pastel de licor de huevo, un *streusel* de cerezas, triangulitos de nueces, lionesas, un bizcocho relleno de queso fresco y nata, caracolas de canela y tortuguitas de mazapán.

El salón comunitario estaba impresionante con la decoración festiva. En la mesa de mantel blanco había ramos de flores con azucenas y ásteres, y por todas partes se veían copas relucientes. Del techo colgaban guirnaldas. Como copa de bienvenida había champán, aunque solo era primera hora de la tarde, con zumo de naranja si se quería.

A las tres llegaron los primeros invitados, felicitaron a mi padre y dejaron sus regalos en la mesa dispuesta a tal efecto. Pronto la sala estaba llena de personas sirviéndose trozos de pastel. Se oían conversaciones y risas por todos lados. También había venido la tía Lu, aunque me pareció que estaba de mal humor.

—¿Y a ti qué mosca te ha picado? —le preguntó mi padre al verle la cara.

—Verás, hermanito —repuso ella—. No a todos nos importa tan poco como a ti lo que pasa en el mundo. —Y después habló un poco sobre el festival antinuclear que había ayudado a organizar esos últimos meses—. Estoy completamente agotada.

Cuando abrazó a mi madre se quedó de piedra.

—¡Cuánto has adelgazado! Ahora solo te hace falta un marido más

simpático, y así tú también tendrás algo que celebrar.

Antes de que mi madre pudiera contestar nada, mi tía había desaparecido entre el gentío.

Miré alrededor. La abuela Martha lucía el abrigo de visón que le quedaba grande; ni siquiera se lo quitó en la mesa. El abuelo Ludwig estaba sentado con los ojos cerrados, y yo estaba convencida de que se había apagado el audífono. Cuando los abría, solo era para dedicarme un guiño conspirativo. Seguro que se preguntaba por qué no podía estar tranquilamente en su sofá, leyendo un libro, en lugar de tener que «divertirse» allí.

Mi hermana era con diferencia lo más llamativo de todo el salón. Durante los últimos días, mi padre le había estado dando la tabarra para que se quitara de una vez su «estúpido disfraz», pero ella tenía una voluntad de hierro. Era una libélula y como tal iba vestida, así que allí estaba, sentada con su disfraz amarillo y naranja oscuro y sus enormes gafas de ojos de mosca, devorando su pastel de nubes de chocolate.

Jessy y yo, en cambio, nos habíamos «puesto guapas». Las dos llevábamos americana y una blusa blanca, yo una minifalda y Jessy unos pantalones de tela oscura. La más guapa de todas, sin embargo, era mi madre. Había pedido una serie de vestidos del catálogo de Ulla Popken, y nosotras habíamos mirado mientras se probaba uno tras otro. Al final se decidió por uno de seda azul oscuro con cuello barco y mangas de murciélago. También se puso un collar de perlas, herencia de la abuela Ella. «Es la más pequeña de las tallas grandes —nos había dicho con orgullo—. Dentro de unos meses volveré a caber en mis viejos vestidos.»

Parecía estar disfrutando de la fiesta. Charlaba y reía, se veía que le gustaba el papel de anfitriona, y todos la felicitaron por los pasteles, de los que ella, con balón o sin él, no probó ni uno.

—¿Cuándo fue la última vez que estuve en una fiesta como esta? —reflexionó un momento que se acercó a nosotras, en la mesa.

Incluso se permitió una copa de champán con zumo de naranja. Yo estaba asombrada. No la reconocía. También mi padre parecía muy cómodo en su papel de anfitrión. No recordaba la última vez que lo había visto tan relajado junto a mi madre en público.

A las seis en punto, mi madre dio unos golpecitos con una cuchara en su copa de champán. Todos sabían lo que significaba eso: que iban a abrir el bufé y luego el grupo empezaría a tocar. Pero ¿no era mi padre el que quería anunciarlo? Todas las miradas se posaron en ella. También Jessy y yo la miramos con curiosidad. Mi madre carraspeó y tomó la palabra:

—Queridos invitados. Este ha sido para nosotros un año emocionante y también agotador. Así que quisiera aprovechar la

oportunidad que me ofrece este cumpleaños tan redondo para hacerle a mi marido un regalo muy especial. Algo que hacía mucho que deseaba.

Mi padre la miró con sorpresa. No se lo esperaba. De hecho, mi madre ya le había regalado una bolsa nueva para su raqueta de tenis esa mañana. Entonces le entregó un sobre rojo, él lo abrió usando con cuidado el tenedor de postre, sacó algo de dentro y se detuvo un instante con cara de incredulidad. Miró a su mujer.

—No puede ser —susurró, y luego exclamó—: ¡Argentina! ¡Mi mujer me ha regalado un viaje a Argentina!

La gente aplaudió y se oyeron «ahs» y «ohs».

—Es increíble —dijo mi padre—. Iré a ver a mi buen amigo Gerd. ¡Y visitaremos las cataratas del Iguazú! —Le dio un beso en la mejilla a mi madre, que se lo limpió riendo. Luego añadió—: ¡Venga, a por ese bufé!

Después de la cena, el grupo empezó a tocar. Yo bailé con la tía Lu mientras Jessy daba saltos salvajes a nuestro alrededor. Después, mi padre incluso bailó un tango con mi madre, por lo que volvieron a aplaudirlos y hubo muchas risas, ya que tanto el uno como el otro se movían con una torpeza increíble. Yo estaba feliz. ¡Mis padres bailaban juntos! Como siempre había soñado. Nunca los había visto bailar así.

Ya entrada la noche sirvieron coñac, y mi padre se reunió con sus compañeros de la empresa, que le alabaron lo bonita que era su casa. La joya de la corona del pueblo; todo el que llegaba a Obach en coche la reconocía al instante. Uno de ellos habló de Argentina; otro, de una floreciente empresa de engranajes sudamericana.

Sobre las diez, las niñas teníamos que empezar a despedirnos de todos. Mi madre nos llevaría a casa junto con los regalos de la mesa y luego volvería. La mujer de la parroquia se quedaría un rato más, hasta que mis padres regresaran. Cuando mi madre recogió todos los regalos, su mirada recayó en uno grande y alargado que había quedado al fondo de la mesa, debajo de muchos otros paquetes pequeños.

—¿Y eso qué es? —preguntó, perpleja.

Entonces también yo me fijé. Era una bolsa de tenis. Un engendro azul muy feo.

—¿Quién te la ha regalado?

—Ah, es de Manuela —dijo mi padre como si tal cosa—. Antes ha pasado por aquí y ha dejado su regalo, pero no podía quedarse. La cambiará, porque ya tengo la tuya.

Vi que mi madre se ponía tensa.

—¿Desde cuándo te hace regalos?

Mi padre evitó mirarla.

—Es la costumbre. En el pueblo.

Los ojos de mi madre se convirtieron en dos estrechas ranuras.

—¿De verdad crees que puedes cachondearte así de mí?

Me estremecí. Mi madre nunca utilizaba esa clase de expresiones. También Jessy miró al suelo, desconcertada.

En ese momento el grupo volvió a tocar un tango. Con una sonrisa de disculpa, mi padre tomó a mi madre de la mano.

—¿Bailamos otro? —le dijo—. Esta canción te gusta.

Ella le apartó la mano como si se quitara una mota de polvo.

—No me montes una escena —siseó mi padre—. Es mi pareja de tenis.

Pero mi madre ya había dado media vuelta y salía por la puerta con el cesto de la colada lleno de regalos.

Qué trágico, pienso ahora a menudo. Qué trágico y qué triste. ¿Cómo es posible que dos personas que han formado una familia y han pasado tantos años de su vida juntos hayan seguido siendo en gran parte dos extraños el uno para el otro? Me viene a la cabeza el concepto de «agnosia visual». Si mi padre tuviera que describir el carácter de mi madre, la pondría de vuelta y media.

—Nada de lo que hacía le parecía bien —dice mi madre.

Qué sola debió de sentirse. Y qué feliz cuando por fin se decidió a hablar con una terapeuta.

—Esas conversaciones y lo que aprendí de ellas… Todo eso me salvó —dice siempre.

—¿Nunca os planteasteis ir juntos a terapia? —pregunto.

—Yo sí. —Mi madre se muerde los labios. Me doy cuenta de que duda—. ¿Quieres saber lo que me dijo tu padre? ¿Cuando se lo propuse?

—Sí. —No tengo que pensármelo. Por supuesto que quiero.

—Intenté explicarle que un trastorno alimentario siempre debe contemplarse de forma sistémica. Que también la pareja tiene una parte considerable de responsabilidad en una transformación así.

—¿Y? —Me doy cuenta de que me puede la duda.

¿De verdad quiero oír lo que estoy a punto de oír? ¿O es más de lo que estoy dispuesta a soportar? Noto que me acerco a un recuerdo. Lo tengo enterrado, pero no lo he olvidado.

—Me dijo: «La que está enferma eres tú, no yo. Yo no como por ti».

Noto que me quedo sin respiración.

—¿Todavía recuerdas sus palabras exactas?

Asiente.

—¿Tú no? —pregunta con cautela—. ¿Recuerdas que siempre decía que yo estaba «mal de la cabeza»?

El tiempo se detiene unos instantes.

—«Gorda y esquizofrénica.» Eso decía.

En cuanto pronuncia esa frase, el recuerdo regresa. Oigo a mi padre decir esas palabras. Y veo también a mi madre, guardando silencio.

—Me acusaba de mentir a mi terapeuta. De que la engañaba. Para culparlo a él. Con lo lista que soy.

Mira por la ventana, hacia la laguna.

—Si quieres saber mi opinión, la idea de hablar con una «extraña» le daba miedo. Incluso lo expresó así.

Intenta sonreír.

¿Por qué te sometiste a esa tiranía?, quiero preguntarle.

—Fui demasiado débil —dice, y entonces, tras dudarlo un instante, añade—: Si algún día escribo una autobiografía, debería titularse Demasiado. «Demasiado pobre», «demasiado enferma», «demasiado gorda» o «demasiado débil». Durante toda mi vida, siempre he tenido demasiado de algo. O demasiado poco.

8

No podía seguir haciendo de ama de casa.
[…] No podía seguir disimulando;
había dado de sí todo lo posible.
Cualquiera que la mirara debía de saber lo que ocurría.

PETER HANDKE, *Desgracia impeorable*

El viaje a Argentina de mi padre estaba planeado para principios de octubre. Había solicitado el visado justo después de su fiesta de cumpleaños y fue a buscarlo en persona al consulado de Fráncfort. «Expedido por el cónsul general», decía no sin orgullo, aunque al cónsul no había llegado a verlo. Se había comprado calzado nuevo resistente para las excursiones que pensaba hacer con Gerd, unas botas de cuero suaves y bonitas, de cordones, que me gustaron mucho porque se parecían un poco a las que llevaba Indiana Jones en las películas, aunque las de mi padre eran unas Salamander.

El viaje iba a durar cuatro semanas. Eran sus vacaciones de todo el año, más el tiempo que había acumulado en horas extras el año anterior.

Por algún motivo, me daba auténtico pánico que mi padre pudiera no regresar. Casi todas las noches soñaba con él, y en mis terrores nocturnos casi siempre aparecían las cataratas del Niágara de la película de Marilyn Monroe. Cuando por fin me armé de valor y le hablé de mis pesadillas, él les quitó importancia.

—Gerd conoce el lugar. Iremos con cuidado, te lo prometo. Nadie se caerá por ningún sitio.

—Pero ¿no vais a ir a esas grandes cataratas?

—Sí, claro.

—¿Lo ves? —Me abracé a él.

—Ela… —Me acarició la cabeza—. Tienes demasiada imaginación.

—¿Y el avión con el que volarás?

—Es un medio de transporte muy seguro —dijo con voz de hombre de mundo.

—Pero algunos se han estrellado. ¡Y a veces los secuestran!

Sus argumentos de repente ya no valían. Además, ¿no había habido hacía poco un atentado con bomba en el aeropuerto de Fráncfort?

—Ela. No va a pasarme nada. ¿Me has oído? —Para consolarme, me prometió traerme un poncho—. Uno como los que llevan los gauchos,

los mejores jinetes del mundo —dijo.

Sin embargo, ya no era una niña pequeña a la que pudiera despachar con un par de cuentas de cristal.

—No quiero ningún pocho, quiero que te quedes aquí —insistí.

Él solo se rio y volvió a alborotarme el pelo.

Cuanto más se acercaba el viaje, más a menudo recordaba yo lo que había dicho mi madre en el coche cuando le pedí que adelgazara. Y había perdido peso, en efecto, pero notaba que algo la angustiaba y me daba un miedo terrible que de todos modos acabara estampándose contra un árbol. Llegó un momento en que ya no supe qué más hacer, así que le pregunté si aquella vez había hablado en serio.

—Ay, Ela… —contestó sin más—. Qué tonterías dices.

Aunque mi padre ya no sacaba el desagradable tema de las dietas, la relación entre ellos no era ni mucho menos buena. Mi madre estaba «a la defensiva», según lo oí comentar a él. Ella no decía una palabra sobre la Manuela castaña, pero se mostraba muy fría.

—Me alegro de vaya a estar fuera un tiempo —se le escapó un día.

Por algún motivo, esas últimas semanas mi madre salía cada vez más por las tardes. Nunca estaba fuera más de dos o tres horas, pero resultaba extraño que saliera tanto. A mi hermana se la llevaba siempre «a cuestas». A Jessy y a mí ya se atrevía a dejarnos solas, porque al fin y al cabo teníamos casi diez años. También a la abuela Ella podía dejarla sola «sin miedo». Nos decía que iba a hacer «unos recados», pero no podía ser cierto, porque nadie tardaba tanto en ir al supermercado y, además, tampoco traía ninguna compra cuando regresaba de sus «expediciones», como denominaba mi padre a sus constantes salidas.

Mi padre debía de llevar fuera una semana cuando mi madre fue a buscarme a atletismo. Normalmente bajaba del coche y se acercaba unos pasos para coger mi bolsa de deporte; ese era nuestro ritual. Esta vez, sin embargo, se quedó sentada. Cuando llegué al coche, me di cuenta de que tenía una expresión extraña. Toda ella era dolor.

Mi hermana lloriqueaba en el asiento de atrás. Enseguida me senté junto a ella, esperando que arrancáramos pronto. No quería que ninguna de mis compañeras la viera así. Pero, en lugar de poner el motor en marcha, mi madre se quedó allí sentada, lamentándose de que apenas podía mover los brazos y de que las piernas le ardían de dolor.

—Me duele muchísimo —balbuceó.

Me asusté.

—¿Qué pasa? ¿Qué tienes?

—No lo sé. Me duele mucho —volvió a decir con lágrimas

cayéndole por las mejillas.

Después se irguió un poco, se pasó las manos por la cara y arrancó.

Los dolores de mi madre se habían convertido en algo cotidiano. Llegaban en tandas y la dejaban muy debilitada, pero nunca habían sido tan fuertes ni alarmantes como ese día. ¿O solo era que yo no me había enterado? ¿Había acudido a algún médico? ¿Era ese el motivo de sus «expediciones» de las tardes? Mi madre hacía todo lo posible por que ni Jessy ni yo nos preocupáramos, y para ella era muy importante que mi hermana pequeña no notara nada. Lo que yo no podía saber era qué ocurría cuando estaba sola. Resultaba desconcertante que siguiera sin haber ninguna explicación para su estado. Sabía que, después del TAC, mi madre había ido a ver a otro médico que le había realizado unas «mediciones», según las llamó mi padre. Y después se había hecho las pruebas de las intolerancias alimentarias. Nada había dado resultados concluyentes, y también el balón gástrico estaba descartado como causa. Eso lo sabía porque mi madre iba a menudo a hacerse controles.

En algún momento, mi padre comentó que seguramente lo mejor sería que se concentrara en otras cosas. De nada servía andar buscando siempre causas si no tenía ningún «diagnóstico». Un día que mi madre estaba con unos dolores terribles, le pregunté a mi padre qué creía que los causaba.

—A veces, si uno está demasiado pendiente de sí mismo, puede imaginarse cosas —contestó—. Pero no vayas a contarle a tu madre que te he dicho eso.

Su respuesta no me dejó más tranquila. Me parecía espantoso eso de que, pese a no tener nada, se pudieran padecer dolores provocados por uno mismo. Cuando mi madre nos habló por fin de una cura vitamínica especial sobre la que había leído y que consistía en altas dosis de unas pastillas que solo se podían comprar en Holanda, mi padre opinó que aquello ya «pasaba de castaño oscuro».

—Puede que no fuera bueno adelgazar tan deprisa —opinó ella. Todavía seguía manteniéndose en su «buen peso»—. Puede que me falten minerales. O algún nutriente.

—Céntrate de una vez —ordenó mi padre—. Con dolores o sin ellos, no hay que hacer caso de todas las tonterías que se dicen.

Al mirarla por el retrovisor del coche mientras conducía y ver cómo su rostro adoptaba de nuevo esa expresión desesperada cada vez que aparecía otra oleada de dolor, habría podido gritar. ¡Eso no se lo estaba inventando! ¡Era una tortura! ¿Cómo podía no haberme dado cuenta de lo mal que se encontraba? ¿Era eso lo que había intentado mantener en secreto? ¿No sufriría una «enfermedad mortal»?

Le costó horrores bajar del coche frente a nuestra casa. Tenía los brazos extrañamente rígidos y cojeaba. Se veía que cada paso, cada

movimiento, le provocaba un dolor terrible.

—¿Dónde te duele exactamente? —pregunté con miedo.

—Por todas partes. En las caderas. En las piernas. En los codos.

Se sentó en un sillón del salón, despacio. Primero se palpó los brazos, luego las articulaciones de las rodillas.

No pude evitarlo: tuve que pensar en las numerosas enfermedades que, según mi padre y su revista *GEO,* podían ir de la mano de la adiposidad. Problemas articulares y de espalda, gota, cálculos renales. Apoplejía, enfermedades cardíacas y circulatorias, hígado graso…, cáncer. Ya no estaba tan gorda como antes, cierto, pero ¿podía estar sufriendo efectos tardíos?

—Tienes que ir al médico, mamá.

—Ya he ido a muchos —murmuró, y volvió a tomarse de mala gana una de esas enormes pastillas para el dolor que todavía tenía del internista.

—¿Y ahora? —insistí.

—No lo sé. A lo mejor se va solo otra vez.

No se le fue; al contrario. A la mañana siguiente le costó muchísimo levantarse de la cama. Cuando corrí a su dormitorio después de despertarme, mi hermana estaba sentada a su lado en el colchón, donde solía dormir mi padre, inquieta. Por suerte era sábado y nadie tenía que ir al colegio.

Jessy todavía estaba dormida. Ella no sospechaba nada de todo aquello. Por la noche, mi madre le había explicado que se había torcido el tobillo al bajar al sótano y que por eso cojeaba.

Tardó casi un cuarto de hora en lograr sentarse en el borde de la cama, y casi otro tanto en ponerse de pie. Yo la miraba. Era como si, de la noche a la mañana, una persona joven se hubiera transformado en una vieja frágil.

—Tengo que bajar a ver a la abuela. Hay que cambiarle el pañal —dijo.

Puso un pie delante del otro, pero entonces se detuvo y se dejó caer de nuevo en la cama con una maldición. No era capaz.

—Cierra la puerta —pidió enseguida—. No quiero que Jessy me vea. —Empezaron a caerle lágrimas por las mejillas.

—Pero ¿qué es lo que te duele? —volví a preguntar.

—Todo me… me tira muchísimo. Como si no tuviera piel suficiente. —Parecía avergonzada. Se tapó la cara con las manos—. Ay, Dios mío, ¿qué dirá papá cuando me vea así?

—¿Quieres que lo llamemos?

Teníamos el número de teléfono de Gerd en Argentina, pero mi madre negó con la cabeza. Me dijo que, de todos modos, desde tan lejos no podría hacer nada.

—Además, ni siquiera se cree que de verdad me pase algo.

Tras pensarlo mucho, propuse pedirle consejo a la tía Lu, pero también se negó. Era evidente que su estado le daba mucha vergüenza.

—Tengo que avisar al abuelo Ludwig —dijo—. Tráeme el teléfono.

—¿Por qué?

—Seguro que ya viene de camino para llevarse a la niña. No quiero que me vea así. Hoy no tiene por qué llevársela, puedo quedármela yo. No iré a trabajar. —Después de esas frases, pronunciadas en un estacato a causa del esfuerzo, cerró los ojos y respiró hondo.

Yo quería llevarle la contraria, pero lo dejé correr. Por suerte, mi padre había comprado un «teléfono portátil» hacía un tiempo, así que mi madre pudo llamar desde el dormitorio. También llamó a Halaudi para decir que estaba enferma; oficialmente, tenía la gripe.

Cuando Jessy bajó a desayunar, le conté que mi madre tenía que quedarse en la cama porque el pie le dolía más que la noche anterior. Me sorprendió la desenvoltura con que era capaz de mentir cuando tenía que hacerlo. «Sin pestañear siquiera.»

Respiré hondo.

—Y eso quiere decir que tenemos que cambiarle nosotras el pañal a la abuela.

Jessy asintió.

Bajamos al sótano. Nos costó bastante convencer a mi hermana de que se quedara arriba con mi madre, en el dormitorio. Me di cuenta de que también a ella le daba miedo su extraña conducta.

Mi abuela estaba tumbada en su cama, murmurando para sí. Por desgracia, justamente tenía un «momento de lucidez» y me reconoció. A mí, que estaba a punto de verla desnuda. Tenía las mejillas hundidas en el rostro y, cuando cerraba la boca, parecía consistir solo en unos ojos azul violáceo.

—*Madrrre* de Dios, Ela —dijo.

Mi madre nos había descrito con exactitud cómo teníamos que hacerlo. Aparté las mantas con cuidado, después le levanté el camisón. No llevaba bragas. Solo el pañal.

—Vamos a dejarte limpia, abuela —dije. Más o menos así era como había oído a mi madre hablar con ella—. ¿Te parece bien?

Jessy tenía un cobertor preparado y se lo colocó debajo del trasero mientras yo la levantaba como podía por los hombros. Parecía muy liviana, como un pájaro grande, pero hacía falta una fuerza increíble para manejarla. No sabía lo frágil y a la vez pesado y anguloso que puede ser el cuerpo de una persona anciana.

Conseguí levantarla lo suficiente para meter la mano por debajo, y Jessy le desató el pañal. Estaba preparada para que oliera mal; conocía el procedimiento por mi hermana. Aquello, sin embargo, era completamente diferente. El olor era espantoso, mucho peor que el del

pañal de un bebé.

Al principio no quería mirar, pero luego lo hice. En medio del pañal había una gigantesca plasta marrón de consistencia pastosa. Jessy tiró enseguida esa cosa apestosa al cubo que mi madre había comprado a tal efecto.

Entonces venía la parte más difícil. Teníamos que limpiarle el trasero a mi abuela. Mi madre nos había dado instrucciones precisas.

—De delante atrás. No al revés. Y con delicadeza, pero tampoco demasiada.

Mi abuela me miraba con sus ojos azul violáceo. Me mordí los labios. Al final, Jessy me quitó la toallita húmeda de la mano. Con cuidado, volvimos a la abuela hacia un lado, y yo aparté la cara mientras Jessy se inclinaba sobre su pequeño trasero huesudo.

Cuando regresamos arriba, mi madre se había armado de valor para llamar al doctor B., y este le había concertado una serie de citas urgentes. A través de canales privados, pese a ser fin de semana. El lunes se pasaría el día entero en un «centro médico» de la capital de distrito, donde había consultas de todas las especialidades posibles. En el colegio diría que estábamos enfermas, porque tendríamos que quedarnos a cuidar a mi hermana.

—Lo siento mucho, pero estos dolores… Es que ya no aguanto más.

Jessy la miró con ojos firmes. Todo su rostro era un ruego: quería oír la verdad, y en ese momento mi madre se rindió y ya no intentó mantener su estado en secreto. Cosa que para mí, por un lado, fue un alivio porque no tendría que mentir más. Por otro, sin embargo, me asustó porque significaba que no contaba con que su mal fuese pasajero.

El lunes por la mañana, mientras le leía a mi hermana un libro infantil tras otro y Jessy, abajo, daba de comer a la abuela Ella, me vinieron a la cabeza unas ideas extrañas. En el fondo no eran ideas, sino sensaciones. Me sentía miserablemente mal. Me pesaba todo el cuerpo.

Como mi madre se pasó fuera el día entero, al mediodía todas comimos un bocadillo. Que yo pudiera recordar, eso no había ocurrido nunca: que no nos hubiera dejado una comida caliente preparada.

Cuando regresó, ya casi de noche, mi madre parecía más desesperada aún que antes. Nos sentamos las tres a la mesa de la cocina y allí, a trompicones, nos relató su odisea. Le estaba muy agradecida al doctor B. por haberle conseguido esas citas, pero ninguno de los médicos había sabido decirle qué padecía.

El primero, un internista, le había pedido una serie de análisis de laboratorio. Quería comprobar sus niveles hormonales. La semana siguiente, mi madre tendría que ir a verlo a su consulta todos los días.

—No podrá ser. Estoy tan exhausta que apenas puedo caminar. De todas formas ya no me quedan fuerzas. Solo con pensar en el largo trayecto en coche… Y me sacarán sangre. A litros.

El segundo médico, un radiólogo, le pidió algo que se llamaba «resonancia magnética», pero no pudo ofrecerle una cita próxima. De momento tendría que recurrir a radiografías de la columna y las caderas, aunque no fueran concluyentes.

El tercer médico era una mujer y le había aconsejado que se hiciera exámenes sistemáticos. En una clínica especializada. A lo largo de varios días, si no semanas. Por muy buena que fuera su intención, para mi madre eso quedaba descartado porque no tenía forma de dejarnos solas.

El cuarto médico era un neurólogo que le realizó unos test del sistema nervioso y, como no encontró nada llamativo, la envió con un volante a la planta de arriba, a la consulta de psicología. Mi madre se quejó de lo que decía el volante: «Sospecha de cuadro psicosomático».

El psicólogo, que se ofreció a atenderla un momento porque el doctor B. era un antiguo compañero de estudios, mencionó un término que acabó de «sacar de quicio» a mi madre: «depresión». Todavía estaba furiosa cuando nos lo contaba.

—No escuchan nada de lo que les digo. Esto no es psicológico.

El reumatólogo había sido el primero en expresar una sospecha con la que mi madre podía hacer algo. Había que volver a comprobar urgentemente los valores inflamatorios de la sangre.

—Dice que podría ser una especie de reúma.

—¿Qué es reúma? —quise saber.

Lo que era una depresión ya lo sabíamos por la madre de Jessy.

—El reúma es cuando se te inflaman las articulaciones. —Se señaló los huesos de la mano—. Pero no sé… A mí me duele todo, no solo las articulaciones.

—¿Qué es «todo»? —pregunté con cautela.

—Tampoco lo sé muy bien. No sé cómo describirlo. Como por dentro. Los músculos y también la piel.

—Pero… ¿volverás a ponerte buena?

Noté con fuerza los latidos del corazón en los oídos. Para todo había algún medicamento o algún remedio, ¿no? Tenía que haber algo que le curara a mi madre eso del reúma.

—¿Van a darte pastillas? —pregunté.

Ella soltó un hondo suspiro.

—Esa es la cosa. Lo único que sirve para el reúma es la cortisona. Solo con cortisona puede controlarse la inflamación.

—¿Y qué tiene de malo? —preguntó Jessy, que, como yo, había albergado esperanza unos instantes y ahora volvía a poner cara de decepción.

Se notaba que a mi madre le costaba contestar. Pero daba lo mismo. Éramos las únicas con las que podía hablar.

—La cortisona te hincha —dijo entonces.

Ni Jessy ni yo comentamos nada.

—Se te ve toda la cara abotargada —añadió.

Entonces lo entendí. La cara era la parte más sagrada de mi madre.

—Y, aparte de eso, ¿no se puede hacer ninguna otra cosa? —insistí.

—El médico dice que, además de la cortisona, lo más importante es el reposo. —Se pasó una mano por la frente—. Porque es posible que sea una enfermedad causada por el estrés. —Miró al techo—. Reposo. ¿Cómo voy a hacer eso? ¿Con una persona dependiente y tres niñas?

—Jessy y yo podemos encargarnos de todo. Hasta que estés mejor. ¿A que sí?

Mi madre se mordió los labios.

—¿Tú crees?

Jessy y yo nos miramos y asentimos.

—Podría pedirle ayuda a la tía Lu, pero entonces… —dijo mi madre, intentando justificarse otra vez ante mí, como si estuviéramos las dos solas.

—¿Entonces qué?

—Jessy tendría que irse a un centro.

Me la quedé mirando. ¿Era Jessy el único motivo por el que mi madre no quería decirle nada a la tía Lu? Noté que de pronto ya no confiaba en su palabra. Por muy desesperada que pareciera, me daba la sensación de que cada vez podía fiarme menos de lo que decía. Pensé que lo único que me creía era eso de que no quería «dar la cara». En el sentido más literal de la expresión.

¿Cómo es el momento en que un cuerpo o una mente capitulan? En la lengua coloquial, una «capitulación» es el ‘sometimiento a un poder superior’. Suena peligrosamente parecido al «capital». Ambas palabras contienen «cabeza». Capitulum significa ‘cabeza pequeña’. «Capital», por el contrario, viene de caput en el sentido de ‘cabeza de ganado’. También se puede tender un puente con el alemán kaputt, ‘roto’.

Tardarían años en descubrir que mi madre sufre fibromialgia, o sea, una inflamación de las células nerviosas más pequeñas que también recibe el nombre de «reumatismo muscular». En Alemania lo padece el 0,3 por ciento de la población, y en los años ochenta todavía no se conocían los síntomas.

La enfermedad, en su forma más grave, suelen padecerla mujeres de entre cuarenta y sesenta años. En unas, los síntomas aparecen paulatinamente; en otras, de manera repentina. La fibromialgia no tiene cura. Se trata con métodos de la terapia contra el dolor más clásica. Sin embargo, en el caso de mi madre apenas le suponen ninguna mejoría.

Aún hoy, vive con el cuerpo triste y dolorido. La enfermedad recibe a veces el nombre de «depresión llorada en el cuerpo».

Ella espera que, algún día, yo envejezca con más dignidad que ella.

Me inculca que «la salud es lo más importante de todo».

Para mí, ella es un «aviso viviente». No quiero que sea así. A ningún hijo le deseo que deba tomarse el cuerpo de su propia madre como un «aviso viviente».

9

Mi madre me obligó a prometerle una cosa. «Por lo más sagrado.» No podía contarle a nadie del colegio lo mal que estaba. Nadie debía enterarse de la terrible situación que vivíamos en casa.

—Si no, nos quitarán a Jessy —dijo—. Y también a la abuela Ella. Y entonces… —Se interrumpió.

—¿Entonces qué?

—Nada. No quiero ni pensarlo.

En Halaudi se había cogido baja hasta nuevo aviso, oficialmente por una gripe muy fuerte. Nos explicó que una gripe de verdad podía durar hasta dos semanas, o incluso tres. Al menos seguiría cobrando su sueldo.

El abuelo Ludwig se presentaba todas las mañanas para buscar a mi hermana y que la abuela Martha cuidara de ella en la casa vieja. Mi madre sí aceptó por lo menos esa ayuda.

Cuando el abuelo nos devolvía a mi hermana por la noche, la cuidábamos nosotras lo mejor que podíamos. Mi madre lo organizó todo de tal manera que el abuelo o bien no tuviera que entrar para nada en la casa, porque una de nosotras dos llevaba a mi hermana a la puerta, o bien pasara como mucho al vestíbulo: la única zona que todavía no había sucumbido al caos. Me impresionaba la facilidad que tenía para fingir que todo iba a pedir de boca. Apenas se había cerrado la puerta, prácticamente se desplomaba. Su andar era el de una anciana. Se movía a trompicones y cojeando, «con precaución», aunque se quejaba de que así forzaba todavía más la espalda.

De la casa nos ocupábamos nosotras «más mal que bien». Arreglábamos a la abuela Ella a primera hora de la mañana antes de irnos al colegio, después de comer, cuando volvíamos a casa y por la noche antes de acostarnos. Mi madre se pasaba casi todo el rato tumbada en la cama boca arriba, intentando moverse lo menos posible. Los dolores no eran siempre igual de fuertes, y las zonas del cuerpo afectadas también iban cambiando. «El dolor se mueve —explicaba—. A veces está aquí, a veces allá.»

En poco tiempo aprendimos a hacer todo aquello de lo que solía ocuparse ella. Empezamos por tener que preparar el desayuno por las mañanas, primero una tostada con Nutella para mi hermana, luego la papilla de avena caliente para la abuela Ella. Mi madre solo podía preparar bocadillos o cocinar cuando tenía «un rato bueno». Así que nos indicaba qué hacer y nos explicaba dónde encontrar los

ingredientes que necesitábamos.

Resultó que Jessy era mucho más autosuficiente que yo. Sabía usar el horno, y también calentar platos preparados de sobre o latas de raviolis, todas esas cosas que normalmente no teníamos en casa, pero que aun así encontramos como por arte de magia en los rincones de la despensa y el arcón congelador.

De Jessy aprendí a calentar salsa de tomate y verter el agua hirviendo de la pasta en un colador, cosa que mi madre solo nos permitía hacer bajo su supervisión.

Más o menos desde el cuarto día, el teléfono sonaba cuando menos lo esperabas. Era asombroso con cuánta gente estaba mi madre en contacto. Nosotras siempre descolgábamos y le llevábamos el teléfono a la cama. Si estaba en condiciones de hablar, lo cogía y nos hacía cerrar la puerta del dormitorio. Si no podía porque tenía muchos dolores, nos hacía una señal convenida y nosotras decíamos que ya devolvería la llamada.

Llamaron el doctor B., seguramente para preguntar cómo se encontraba, el padre Bauer, que «echaba en falta» sus visitas a la pequeña comunidad católica, según nos dijo, e incluso una vez el señor Emmerich, el que en su momento había comprado la casa de Himmelstädt. También llamó Erich Engel, pero ella, sin hacer comentario alguno, se negó a ponerse al teléfono.

A Jessy se le daba mejor mentir.

—No está —dijo un día con desparpajo—. Y tampoco va a volver.

Me asombraba que lograba conservar el buen humor a pesar de todo. Estaba más acostumbrada que yo a las dificultades. Me sentía afortunada de tenerla. Era evidente que le alegraba poder devolvernos algo, como decía ella.

—¿Qué haríais ahora sin mí? —bromeaba conmigo cada vez que me veía «tristona».

Jessy estaba convencida de que mi madre no tenía nada físico.

—Lo sé por mi madre. En su caso, la depresión era mucho peor. Se pondrá bien.

Pocas veces hablábamos de lo que pasaba con ella; nunca, en realidad. A las dos nos resultaba extrañamente desagradable. Casi como si estuviéramos hablando mal de una amiga común.

El día que al otro lado de la línea reconocí al señor Hugo, mi profesor, me sobresalté. Esperaba que no hubiera notado nada raro. ¿Habíamos llamado la atención de alguna manera Jessy y yo? Aunque quizá solo se tratara de un viaje escolar que planeaban para el curso siguiente.

Mi padre llamaba cada tres días, tal como habían acordado, por la noche, y era la única llamada que mi madre contestaba en persona. Me parecía un misterio cómo conseguía que no se le notara nada.

Después de un par de días en los que casi llegamos tarde al colegio, Jessy y yo teníamos nuestro ritual bien ensayado. Lo más importante era ponerle un pañal limpio a la abuela Ella por la mañana. Jessy era mucho más fuerte que yo y «aguantaba lo que le echaran», pero tomé ejemplo de cómo hacía cualquier cosa que le tocara hacer sin quejarse.

También aprendimos cómo y dónde colgar la colada en el sótano, cómo se doblaba la ropa y en qué armarios se guardaba. La compra era más difícil, porque en el pueblo no había supermercado. Así que al salir del colegio teníamos que ir al Kaiser's que había un par de calles más allá y luego llegar a tiempo de coger el autobús escolar, que salía de la entrada principal un cuarto de hora después del final de la última clase. Si se nos escapaba, perdíamos una hora entera porque el autobús de línea regular pasaba con muy poca frecuencia. Y entonces mi hermana tenía que quedarse más rato en casa de mis abuelos, cosa que fastidiaba a la abuela Martha. Por eso nos dividíamos: una corría a comprar tostadas, queso crema, platos preparados de sobre o de lata; la otra se quedaba en la parada. Si no conseguíamos coger el autobús juntas, lo peor que podía pasar era que la abuela Ella tuviera que estarse una hora entera más con el pañal sucio, porque solo podíamos cambiarla entre las dos.

Tal vez fuera por el hecho de que mi madre siempre quería hablar por teléfono con la puerta cerrada, o quizá porque me daba mucho miedo que le dieran algún resultado y que ella nos lo ocultara por ser demasiado grave, pero se me metió en la cabeza que nos estaba escondiendo algo. Y esa sensación estaba ligada a una habitación en concreto: el estudio provisional que se había montado en el sótano. Ese cuarto sin ventanas ejercía una atracción cada vez más fuerte sobre mí, y un día que mi madre se había levantado a duras penas para ir otra vez al médico y que Jessy se estaba bañando, no pude resistirme. Al fin y al cabo, allí era donde la había pillado haciendo cosas a escondidas.

Bajé a hurtadillas y encendí la luz. Su escritorio estaba recogido, como siempre; junto a la máquina de escribir solo había un montón de folios y en la bandeja de documentos unas cuantas facturas que, sin embargo, no supe interpretar. Aun así, lo que más me interesaba eran los dos cajones del escritorio, en los que jamás había mirado. Uno estaba cerrado con una llave que no vi por ninguna parte, pero sabía que el otro podría abrirlo con facilidad. Le di unas sacudidas. Se atascaba, pero seguí insistiendo, estiré con más fuerza aún y de repente salió volando y cayó al suelo. Estaba lleno de papelitos, recibos de colores, unos veinte o treinta por lo menos. Levanté uno. Eran boletos de la lotería. Nunca había visto jugar a la lotería a mi madre. No le pegaba nada. Igual que a mi padre, le parecía más que improbable ganar en uno de esos sorteos. Eran resguardos

cumplimentados de la Lotto 6/49 y estaba claro que no había ganado, pero, entonces, ¿por qué los conservaba? Miré alrededor. Del cajón habían caído también unos cheques en blanco y un par de bolígrafos. En ese momento lo recordé: también aquella vez, cuando la pillé comiendo, tenía delante un resguardo de la lotería. ¿Cómo no me había fijado en ese detalle?

Al cabo de unas dos semanas, el estado de mi madre empezó a mejorar ligeramente. Las oleadas de dolor se fueron haciendo menos frecuentes y no duraban tanto. Incluso podía levantarse de la cama varias horas seguidas y prepararnos algo de comer. Tras los días buenos, no obstante, casi siempre sufría fuertes recaídas, y entonces se pasaba muchas horas en la cama, apenas capaz de reaccionar.

Seguía negándose a pedirle ayuda a la tía Lu. Le daba demasiado miedo que ordenara regresar a mi padre a casa e informara a los servicios sociales, cosa que quería impedir por todos los medios. Ya tenía suficiente con conseguir «pararle los pies» al doctor B. Sin embargo, sí hubo otra persona a quien puso al corriente: el padre Bauer, que no solo llamaba casi todos los días, sino que también se pasaba de vez en cuando por casa para tomarse una infusión con ella. Eso ocurría en sus días buenos, cuando incluso conseguía recoger el salón lo suficiente para que estuviera presentable. Allí se sentaban los dos y se ponían a hablar en voz baja, no sabíamos de qué, pero el sacerdote parecía sentir un gran respeto por mi madre, o al menos la trataba de una forma tan cortés que a Jessy y a mí nos molestaba muchísimo.

Más o menos una semana antes de que regresara mi padre, el ambiente empezó a cambiar ostensiblemente. Mi madre estaba cada vez más intranquila, más nerviosa, y nosotras teníamos claro el porqué. En realidad, durante sus breves conversaciones telefónicas de un lado al otro del Atlántico ya había intentado prepararlo para lo que le esperaba, pero se había limitado a cautelosas insinuaciones, porque era evidente que le daba vergüenza admitir el alcance real del «drama». A eso había que añadirle que mi padre reaccionaba de una forma muy brusca a todo lo que tuviera que ver con su enfermedad. Lo que más le interesaba era si seguía manteniéndose en su «buen peso» o si había conseguido adelgazar más aún. Porque no hacía falta que le dijera que no podía quedarse en la menor de las tallas grandes del catálogo de Ulla Popken, ¿verdad? Era algo claro y notorio. Y no quería oír hablar de nada más.

—¿Ni siquiera puedes concederme unos días de desconexión? ¿Siempre tiene que estar todo relacionado contigo? —le reprochó a mi madre cuando ella intentó hablarle de la teoría del reúma.

Las llamadas telefónicas con mi padre eran las únicas de las que me enteraba a grandes rasgos porque mi madre no cerraba la puerta y, además, al final él siempre quería hablar un momento con mi hermana y conmigo.

Hubo una conversación en la que él lelevantó mucho la voz y colgó sin pedir hablar con nosotras. Habían discutido por Jessy. El ingreso hospitalario de la Bopp iba a alargarse, pero mi padre no quería seguir teniéndola con nosotros. Se había obsesionado con la idea de que mi madre la había incitado a pegar chicles en su tubo de escape.

—¡Querías librarte de mí! —gritó al teléfono—. ¡Reconócelo!

Casi podía verlo, vociferando furioso al auricular, a muchos miles de kilómetros de distancia. Mi madre se echó a llorar al instante.

—Ahora sí que se ha vuelto loco —susurró—. Él y sus alucinaciones.

Mi hermana y yo la miramos con preocupación.

—Esto tiene que acabar de una vez —dijo mi madre entonces.

—¿Qué piensas hacer? —pregunté, muy asustada.

Se sonó la nariz y se irguió. De repente ya no parecía triste, sino extrañamente decidida.

—Quiero que reflexione.

—¿Que reflexione?

—Sí. Sobre su persona.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que necesito distancia.

Lo pensé. Mi padre llevaba tres semanas en Sudamérica. ¿No era eso «distancia» suficiente? Retrocedí un paso sin querer.

—Vosotras dos no os preocupéis —dijo con calma—. No me voy a ir a ningún lado. Yo nunca os abandonaría.

¿Es esto una especie de exorcismo?

Sí.

¿Qué espíritu hay que exorcizar? ¿El espíritu de mi madre?

Sí.

¿Y el de mi padre?

Sí.

Pero ¿son dos espíritus diferentes?

Sí.

¿Tengo a veces también sentimientos negativos en relación con mi madre?

Sí.

¿Me molesta que se cargue con demasiadas cosas? ¿Que sobrevalore sus fuerzas? ¿Que sea demasiado orgullosa para pedir ayuda? «Falso orgullo», lo llamaba siempre mi padre. ¿Y a quién me recuerda todo eso?

No pasa nada.

¿Creo que el cuerpo habla un idioma propio? Sí. ¿Que en ocasiones intenta decir algo que ni siquiera yo puedo expresar con palabras? ¿Que tiene unas ideas diferentes a las mías?

Sí, sí, sí.

¿Sé lo que intenta decir?

No siempre.

¿Y no se trata de su cuerpo? ¿Exclusivamente de su propiedad personal?

Sí.

¿De verdad es necesario escribir sobre ello?

Sí.

¿Puede la literatura salvar a alguien? ¿Salvarlo a posteriori, quiero decir?

Tal vez.

¿Porque la literatura hace comprender cosas que uno antes no entendía?

Sí.

¿Es esa comprensión un fin en sí mismo? ¿O existe aquí también una diferencia entre un «gusto de lujo» y un «gusto de necesidad»?

Sí.

¿Y esto es necesario?

Sí.

Pero ¿no estoy explotándola así también yo, que escribo sobre mi madre y su (auto)explotación?

¿Cómo dices?

¿Estoy explotando a mi madre al escribir un libro sobre ella?

… Sí. Puede.

¿Igual que mi madre explotó mi amor infantil? ¿Mi empatía?

No. Sí. Tal vez.

¿Es que no existe nada que escape a la estructura de la explotación?

—Ahora estás exagerando —dice mi madre.

10

El día que regresó de Argentina, mi padre intentó abrir la puerta con su llave. Y no pudo.

No habría sabido decir exactamente cuándo tomó mi madre la decisión de impedirle entrar en la casa. Yo sospechaba en secreto del padre Bauer. O del doctor B. No parecía algo típico de ella, por lo menos, o así lo creí en aquel momento. Sin embargo, con ello dejó algo muy claro: había llegado a la conclusión de que mi padre era el culpable de su enfermedad y de que las cosas no podían seguir así.

Él intentó meter la llave en la cerradura. Una y otra vez oímos el roce del metal contra el metal sin que la llave encontrara la abertura. En cierto momento se rindió y llamó al timbre. Una, dos, tres veces. Oíamos el ruido seco del interruptor al introducirse en la carcasa de latón, pero el timbre estaba mudo. Mi madre lo había desconectado «por si acaso». Era probable que mi padre pensara que la llave no le entraba en la cerradura porque se le había doblado o el mecanismo se había estropeado, pero ¿al mismo tiempo que el timbre? Eso ya no podía ser una coincidencia. Se puso nervioso, intentó mirar a través de los cristales de la puerta de entrada. Llamó a golpes y gritó nuestros nombres. Primero el de mi madre, después el mío y al final incluso el de Jessy. No obtuvo respuesta alguna.

Jessy y yo estábamos en lo alto de la escalera, mirando la puerta embobadas. Mi madre estaba en su habitación con mi hermana. La pequeña acababa de despertarse de la siesta y todavía estaba medio dormida. Se la había sentado en el regazo. Al contrario que Jessy y yo, ella no sabía nada de lo que tramaba mi madre. «Quiero que reflexione con calma. Acerca de todo», había dicho. Mi hermana creía que habíamos cambiado la cerradura porque estaba rota. Cuando mi padre se puso a golpear la puerta cada vez más fuerte, se echó a llorar.

—¿Por qué no puede entrar papá? —preguntó.

—Shhh, cariño, no pasa nada, tú no te preocupes.

De nuevo se hizo el silencio. La sombra del cristal de la puerta desapareció y oí que mi padre bajaba la rampa de acceso con pasos rápidos y resueltos. Sin duda quería ver si de alguna forma podía entrar en la casa desde abajo, tal vez por alguna ventana medio abierta. De repente me pregunté si mi madre habría bajado las persianas. En caso contrario, justo al otro lado de la ventana se veía la cama de hospital de la abuela Ella. Como casi no había vecinos y nuestra casa estaba a salvo de las miradas y nadie podía ver nada

desde la calle, mi madre casi siempre las dejaba subidas para que mi abuela disfrutara de un trozo de cielo. Me estremecí al pensar que mi padre pudiera ponerse a dar golpes y asustara a la abuela Ella, que seguramente no lo reconocería. Pero no se oyó nada, y al cabo de un rato mi padre regresó a la puerta principal. Volvió a golpear y llamó a mi madre.

—Venga ya. ¿De qué va esto? Abre la puerta. Sé que estás ahí, ¡oigo a la pequeña!

Mi hermana ya estaba llorando desconsoladamente. Mi madre le acariciaba la cabeza, pero no había forma de calmarla.

—¡Que abras de una vez! —En la voz de mi padre se percibía ira, pero también cierta inseguridad.

Parecía haber entendido que mi madre había cambiado la cerradura y que lo había dejado adrede al otro lado de la puerta cerrada.

Ella cogió en brazos a mi hermana, envuelta en su fina mantita, subió la escalera hasta donde estábamos nosotras y la sentó a nuestro lado.

—Cuidadla un momento —dijo.

Mi hermana se acurrucó enseguida contra mí, buscando protección. La abracé con fuerza.

Mi madre bajó a la entrada.

—¡Que abras la puerta ya! —Mi padre la estaba aporreando a base de bien—. ¡Vale ya!

—Quiero que reflexiones —dijo mi madre cuando estuvo lo bastante cerca para que él pudiera oírla.

—Dios mío, pero ¿qué dices? ¿Sobre qué tengo que reflexionar?

—Sobre si me aceptas o no tal como soy.

Mi madre tuvo que hacer un gran esfuerzo para pronunciar esa frase. Lo noté. Pero su voz fue clara y firme.

—Llamaré a la policía —exclamó mi padre.

—De acuerdo, pues llama a la policía, por favor.

Mi padre volvió a tirar con fuerza del pomo, luego todo quedó de pronto en silencio. Poco después oímos que el Mercedes se ponía en marcha y se alejaba. Bajé la escalera con mi hermana de la mano, que había dejado de llorar y nos miraba con los ojos muy abiertos, temerosos.

—¿Se ha marchado? —le pregunté a mi madre, que espiaba con cautela por la ventana de la cocina.

—Sí —dijo—. Se ha marchado.

Se dejó caer en el banco esquinero, justo donde a mi padre le gustaba sentarse a leer sus *GEO*. Estaba visiblemente agotada. Sentí ganas de llorar. De modo que así sería la separación de mis padres. Por muchas veces que hubiera pensado en ello, por mucho que lo hubiera temido, nunca había imaginado cómo sería la sucesión de

hechos concretos el día en cuestión.

Al anochecer oímos llegar dos coches por la rampa de acceso. Enseguida corrí a la ventana para ver quiénes eran. ¿De verdad había ido mi padre a buscar a la policía? Al principio no vi nada porque estaba oscureciendo, pero entonces lo entendí: no eran coches patrulla, sino solo su Mercedes… y el coche de la tía Lu.

—No me lo puedo creer —dijo mi madre, que se había acercado a mí.

También la abuela Martha y el abuelo Ludwig estaban bajando del coche. Mi padre había ido a buscar refuerzos. Mi madre echó la cabeza hacia atrás. Tenía fuertes dolores, lo noté por la forma en que cerraba la mano en un puño cada poco y luego volvía a abrirla.

La tía Lu fue la primera en llegar a la puerta y llamar. Luego atravesó el seto bajo que teníamos plantado en el jardín delantero para acercarse a la ventana de la cocina.

—Abre la puerta, por favor. —Y añadió—: Las niñas no tienen culpa de nada.

—¿Las niñas? ¿Qué quieres decir? —exclamó mi madre, indignada.

—Escúchame. Todo tiene una solución. ¿Me has oído? Te lo pido por favor.

Me quedé de piedra. Parecía que la tía Lu… tuviera miedo. Pero ¿de qué?

Por algún motivo, de pronto también yo sentí miedo de quedarme sola con mi madre un minuto más.

—¿Qué te ha contado? —siseó mi madre—. ¿Que les hago algo a las niñas? ¿Os habéis vuelto completamente locos?

—Por favor. Abre la puerta. Ahora mismo. —Decir que estaba alarmada no habría sido exagerar.

Entonces mi madre lo entendió.

—¿De verdad crees que yo…? ¿Cómo puedes pensar eso?

Me quedé helada. Sí, cómo podía pensar la tía Lu algo así de ella. Cómo podía pensar yo algo así de ella.

—*¡Q'abras ya!* ¡Pobrecitas crías! —oí exclamar entonces al abuelo Ludwig.

La abuela Martha puso el grito en el cielo:

—Quia, quia… Menuda so bestia. Menuda bruja está hecha.

—Escúchame. Solo hay dos posibilidades —dijo mi tía, esta vez con severidad—. O abres la puerta y entro, o lo siguiente será que vendrá el cerrajero de urgencia y hará saltar la cerradura. ¿Me has oído?

Miré a mi madre. No había contado con eso. Con la familia al completo, y menos aún con la tía Lu.

Se había acabado.

La misión de obligar a mi padre a reflexionar había fracasado. Lo supe en el momento en que mi madre abrió y mi tía no entró sola, sino que mi padre se le adelantó de malas maneras.

Miró furioso a mi madre, que involuntariamente retrocedió un paso. Él vio entonces el caos que reinaba en toda la casa. Montañas de ropa sucia, restos de comida, un cubo lleno de pañales, pelusas en todos los rincones. Se quedó atónito ante los escombros de lo que una vez había sido su hogar. Un instante después se le añadieron sus padres y la tía Lu. Todos se quedaron mudos.

Durante la siguiente hora, mi tía estuvo sentada a la mesa de la cocina «haciendo entrar en razón» a mi madre. Las dos mujeres estuvieron hablando con mucha calma mientras mi padre acunaba a mi hermana con teatralidad en la habitación contigua. A Jessy no se había dignado mirarla, mientras que a mí no hacía más que dirigirme miradas de desconcierto. También sentí su desprecio. Al fin y al cabo, no había sido solo rehén, sino también cómplice.

Para escapar de sus ojos, me senté en la escalera, delante de mi habitación, e intenté «pescar» lo que decían ellas dos.

—Esto no puede seguir así, algo tiene que cambiar —estaba diciendo la tía Lu.

—¿A qué te refieres en concreto? —La voz de mi madre sonaba débil, minúscula.

—Lo primero que necesitas es una cuidadora. No puedes seguir ocupándote tú sola de tu madre. En este estado.

—Piensa bien lo que cuesta eso.

—Aun así. Si esperas más, solo lo estás empeorando.

Después hablaron del tratamiento con cortisona al que tanto se oponía mi madre «por su cara».

—Se me pondrá cara de pan —dijo.

La tía Lu calló un momento.

—Primero tienes que pensar en tu salud —señaló entonces—. Y en tus hijas. Y me refiero a «tus» hijas. Necesitas aligerar. Si no, nada de esto servirá de nada. —Soltó un hondo suspiro—. Escucha. Yo arreglaré lo de Jessy. Llamaré ahora mismo a los compañeros de los servicios sociales.

Me tapé la boca con la mano, horrorizada. ¿Jessy iría al centro de menores? La tía Lu no podía estar proponiendo eso. Estaba de nuestro lado, ¿o no? Miré a mi madre, que seguía inclinada sobre la mesa, inmóvil, contemplando las vetas de la madera. Pero entonces algo cambió en ella. Irguió la columna. Levantó la cabeza y miró a Lu, no enfadada ni furiosa, sino como si de pronto hubiera comprendido lo que tenía que hacer. Habló con voz muy firme:

—Jessy se queda. Que vaya al centro no es una opción.

Se levantó, y mi tía la miró sorprendida por su repentina seguridad.

—Te agradezco que quieras ayudar —dijo—, pero las cosas aquí no van a mejorar tan deprisa. Lo cierto es que hay algo más. —Tomó aire—. Tengo que contaros algo.

En el punto álgido de su paranoia, en él nació una obsesión. La obsesión de que mi madre quería perjudicarlo a propósito. Para vengarse de él.

A principios de los años noventa, cuando por la tele daban Misery, de Stephen King, mi padre, de hecho, empezó a llamar «Misery» a mi madre durante una temporada. La actriz Kathy Bates interpreta en la película el papel de Annie Wilkes, una mujer sola que tras un accidente de tráfico cobija en su casa a Paul, un famoso escritor de una serie de novelas, y lo instala en la habitación de invitados. El hombre se ha roto las dos piernas. Al principio, ella lo cuida, se ocupa de él y, como gran admiradora de sus novelas de Misery, incluso le lleva a la cama papel y una máquina de escribir para que pueda seguir creando con tranquilidad. Sin embargo, Annie se entera de que Paul está trabajando en la última entrega de la serie y que tiene pensado matar a la protagonista, Misery, así que lo encadena a la cama y lo obliga a cambiar el libro de manera que Misery sobreviva. Cuando Paul se niega, Annie le rompe los pies para que no pueda escapar. Con un martillo enorme.

¿Cómo demonios se le ocurriría a mi padre identificarse con ese escritor postrado en una cama?

11

La herencia se había esfumado. Toda ella. Hasta el último penique.

Recuerdo que mi padre se pasó varios días sentado a su escritorio haciendo cuentas, identificando sospechosos, buscando facturas o recibos de compras, escribiendo listas interminables con sus conjeturas y tecleando en su calculadora de bolsillo. Esa imagen se me quedó grabada. Mi padre haciendo cálculos. Cálculos y más cálculos. Como el tío Gilito, desesperándose con su calculadora, una de esas con interminables tiras de papel que iban formando montículos cada vez más grandes porque la relación entre el debe y el haber no quería cuadrar de ninguna manera.

Todas las «pruebas», como las llamaba él, estaban ahí: un caos gigantesco de papeles, copias y recibos metidos en una caja de cartón, en el estudio provisional que mi madre se había montado en el sótano. Ella se negó a ayudarlo a ordenar los documentos. «Era mi dinero y lo he gastado. No tengo nada más que añadir», fue lo único que dijo.

Así quedó la cosa. Le denegó el acceso a su documentación bancaria. Incluso el asesor del banco dijo que estaba en su derecho, siempre que los pagos hubieran salido de su cuenta personal. No había hecho nada prohibido, simplemente había gastado el dinero que le pertenecía.

Mi padre calculaba. Calculaba y calculaba.

Mi madre había recibido de los Emmerich ciento cincuenta mil marcos alemanes por la casa de Himmelstädt. Había heredado quinientos mil. Doscientos cincuenta mil los había invertido en la construcción de la casa nueva, como aportación personal a la financiación de la obra que mis padres habían conseguido en la caja de ahorros. Mi padre también estaba metido hasta el cuello en ese crédito, porque las tasas de amortización salían de sus ingresos. Esa había sido su aportación en todo ello. Descontando esos gastos fácilmente determinables, quedaba una cantidad de como mínimo cuatrocientos mil marcos que mi madre había despilfarrado en fines poco claros. Aunque «despilfarrar» no era la palabra adecuada, porque la mayor parte la había regalado.

El panorama era el siguiente:

Unos diez mil marcos los había donado a la parroquia católica para la reforma de la iglesia, que necesitaba calefacción nueva desde hacía mucho tiempo. El padre Bauer no quiso dar una cifra exacta por mucho que mi padre se presentara en más de una ocasión allí con su

Mercedes y aporreara su puerta para hablar con él.

Mi madre le había transferido veinte mil a Erich Engel como aportación para sanear las cuentas de la empresa. Se había convertido así en uno de los inversores privados que habían pretendido salvar el negocio.

Después de que mi padre encontrara el recibo de una donación de nada menos que veinticinco mil marcos para ayudar a los huérfanos de Chernóbil —firmado por la tía Lu en persona—, pasó meses sin hablarse con su hermana. Ya sabía lo de esa donación porque la tía Lu se lo había contado y le había dicho que era «generosa», pero él «ni en sueños» se había imaginado que pudiera ascender a una cantidad semejante.

El capataz del que mi padre, de hecho, ya había sospechado que «ponía la mano» había recibido siete mil marcos en pequeños plazos, por supuesto sin intereses, y «sin fecha de devolución estipulada». La enfermera que había cuidado al abuelo Adam después de su operación de cadera, por lo visto, había obtenido tres mil marcos en forma de un regalo: mi madre le había comprado un sillón ortopédico de masaje.

A la directora del grupo de Weight Watchers le envió un espléndido agradecimiento de dos mil marcos por transferencia bancaria, de hecho, con el llamativo concepto de «conocido». La mujer de la parroquia que cuidó de la abuela Ella el día del cumpleaños de mi padre recibió un vale para un fin de semana de hotel en Allgäu. Mi padre iba reconstruyendo con incredulidad la magnitud de la catástrofe. Casos como ese los había a montones. Todo el que necesitaba algo, o sencillamente lo deseaba, conseguía que mi madre se lo regalase. Había satisfecho las peticiones de los necesitados, como en el cuento del dinero llovido del cielo. Y, al igual que en la historia de los hermanos Grimm, al final se había quedado «en camisa», solo que a ella no le llovieron del cielo monedas de plata como recompensa.

Era difícil determinar la dimensión exacta del agujero porque casi nunca había facturas o recibos, sino solo la correspondencia de cada caso, en la que «esos buitres» le daban las gracias a mi madre.

Quizá el descubrimiento más terrible que hizo mi padre esos días fue una pila de cartas de las que se desprendía que incluso su viejo amigo Gerd había recibido dinero. Se había llevado un préstamo de veinte mil marcos para la costosa remodelación de su hacienda en un hotel-hípica. Y, no contento con eso, había convencido a mi madre para que pusiera veinte mil más en acciones de una empresa minera que buscaba oro en San Juan. La inversión fue un fracaso, las acciones cayeron «en picado». Mi padre estaba furioso. «Esto es absurdo —no dejaba de exclamar—. ¡Absurdo!» Gerd no le había mencionado ni una palabra al respecto en todas las semanas de su visita. Mi madre le

había hecho jurar que «guardara silencio» y no parecía que a Gerd le hubiera costado mucho.

Al final de sus complicados cálculos, mi padre obtuvo una cantidad de casi doscientos treinta mil marcos. En qué se habían ido los por lo menos cientos setenta mil restantes no tenía forma de averiguarlo. Y mi madre no soltaba prenda.

Algo que abatía a mi padre por lo menos tanto como ese misterio era lo muy «por encima de sus posibilidades» que habían vivido desde la herencia. No había que ser detective para ver que el dinero había corrido a raudales, ni para averiguar en qué se lo habían gastado. Demasiado bien lo sabía mi padre, puesto que él mismo era quien había realizado la mayoría de las compras más caras. Esos recibos y esas transferencias sí estaban bien ordenados en un archivador de su estudio, ya que se habían pagado desde la cuenta conjunta de ambos, donde estaba parte de la herencia. El dinero se había agotado deprisa. «Un pequeño adelanto», como había dicho él siempre en broma, y no sin cierto orgullo.

Solo les había quedado el crédito: una enorme cantidad en negativo que a partir de entonces «tendrían que pagar a plazos entre los dos hasta el final de sus días».

Lo que más abatido lo tenía era el hecho de que nadie le hubiera advertido. Ni su propia hermana, ni su mejor amigo de toda la vida. Y que él mismo había sido «demasiado bonachón» y «demasiado ingenuo» para sospechar nada.

Jessy, en efecto, se quedó con nosotros. En ese punto mi madre no dio su brazo a torcer. Sin embargo, en lo que al final claudicó fue en lo de la residencia para la abuela Ella. La tía Lu, después de ayudar a mi madre a poner la casa «en solfa», buscó a una cuidadora a domicilio que iría al menos dos veces por semana pagada por el seguro médico. Al cabo de tres meses, mi madre recibió por fin una respuesta afirmativa de una plaza en una residencia de la capital de distrito donde tenían a muchos otros pacientes con alzhéimer. Iba a ver a la abuela Ella casi todos los días, y también nosotras la acompañábamos a menudo. Sin embargo, la época en que la abuela nos reconocía se había acabado.

En cuanto la vivienda del sótano quedó libre, encontró un nuevo ocupante: mi padre. Esa fue la segunda decisión consecuente de mi madre: «O te mudas al sótano, o pido el divorcio». Resultó interesante ver que mi padre no lo dudó ni un segundo. Aunque tenía a su mujer por una «completa enajenada», como decía aquellos días, la idea de añadirle a su deshonra financiera un fracaso personal le resultaba inimaginable. En el pueblo ya corrían suficientes rumores. Un

divorcio, además, habría significado tener que renunciar a la casa, y eso para él era impensable.

La cara de mi madre se volvió más redonda a causa del tratamiento con cortisona, y siempre tenía la piel algo enrojecida. Sin embargo, los dolores remitieron un poco. Pronto había días en los que se movía otra vez como antes: con energía, sin encoger los hombros ni poner los brazos rígidos, como nos habíamos acostumbrado a verla hacer los meses anteriores.

Le quitaron el balón gástrico y no tardó en volver a engordar. No sucedió de golpe, sino paulatinamente. Y, aunque nunca hablamos de ello, tanto Jessy como yo lo sentimos como un triunfo.

Jessy estuvo unas cuatro semanas más viviendo con nosotros. Era el tiempo acordado. Alargar la estancia de la niña de acogida no era una opción abierta a debate, y tampoco adoptarla. Mi padre nunca había ocultado su opinión en ese sentido. Ayudaría mientras la Bopp estuviera en rehabilitación, si así tenía que ser, pero bajo ningún concepto más que eso. Y para ello había también argumentos muy objetivos. Ninguna autoridad estatal habría dado el visto bueno a una solicitud de adopción: un crédito de seis cifras, una ladrona de muebles convicta como madre, que además sufría de mala salud, un matrimonio al borde del colapso. Hacía mucho que ya no éramos lo que mi padre siempre había soñado: una familia normal y corriente. A nuestro lado, hasta la Bopp parecía una mujer seria. Por lo menos tenía su pensión fija como viuda de oficial.

A Jessy y a mí, sin embargo, se nos cayó el mundo encima cuando la Bopp, al terminar la rehabilitación, anunció que se marchaba de Obach con Jessy a vivir a la capital de distrito. Podría acabar el curso escolar en nuestro colegio, pero después se matricularía en un instituto más cercano. Que fuera a un instituto y no a una escuela de formación profesional fue algo por lo que luchó mi madre.

Los días anteriores a su marcha, Jessy no hacía más que llorar. Lloraba ella y, con ella, lloraba yo. Llegó un momento en que ya no era capaz de decir si lloraba porque estaba triste o porque Jessy lloraba sin parar.

Mi madre no hizo nada por prohibirnos las lágrimas. También a ella le caían regueros por las mejillas. Todas temíamos el momento en que la Bopp viniera a buscarla. Mi padre trató a la desagradable visita con

una cordialidad absoluta, aunque también con frialdad. Se veía claramente que se alegraba mucho de que pronto fuéramos a estar otra vez nosotros solos, aunque ese antiguo «nosotros» no existiera ya.

Cuando llegó el día, Jessy pidió que la lleváramos una vez más a «la casa vieja». Quería subirse una última vez a los aros de gimnasia. Nos confesó que, cuando todavía vivía con la Bopp y nosotros ya estábamos en «la casa nueva», por las noches, cuando mis abuelos dormían, se colaba en el jardín para practicar con los aros el movimiento que me había visto hacer a mí aquella vez que nos peleamos.

—Me sale. Mira, te lo enseñaré.

Enseguida metió los pies en los dos aros y, en cuanto se enganchó bien en ellos, combó el torso hacia delante de manera que, con la espalda y las piernas dobladas, tensa como un arco, quedó colgando en un semicírculo sobre el suelo. Al contrario que yo, sin embargo, no se sujetaba con fuerza de las puntas de los pies. Si se soltaba de los brazos, se caería. De pronto tuve un mal presentimiento. Pepper apareció saltando por una esquina, con un maullido de reproche.

—¿Por qué no puede desaparecer y ya está? —preguntó Jessy.

Tenía su eterno chicle en la boca y mascaba.

—¿A qué te refieres?

—Pues a tu padre.

—No, ¿qué quieres decir con «desaparecer»? —Noté un nudo en la garganta.

—Que ya no esté. —Jessy hizo una pompa y dejó que estallara.

Me aparté.

Ella se balanceó en los aros sin dejar de mirar un punto del suelo.

—Si no estuviera, podría quedarme con vosotras. ¿Qué te apuestas?

La miré. Por fin entendí lo mucho que lo odiaba. Lo odiaba tanto que quería «mandarlo al infierno».

El día de su despedida, Jessy no se volvió ni una sola vez para mirarme. Ya había abierto la puerta del coche cuando giró sobre sus talones y regresó corriendo hacia nosotras, pero no me abrazó a mí, sino a mi madre. Parpadeé desconcertada. Me dije que con ese abrazo había empezado todo. Con la sensación que le transmitía mi madre, la misma que me transmitía a mí: que, daba igual lo que pasara y lo mal que parecieran ir las cosas en el mundo y con las personas, en algún momento todo se arreglaría.

—Bueno, ¿y? —Miro expectante la cara de mi madre—. ¿Te ha gustado mi historia?

—Sí. Sobre todo el final. —Sonríe y entrelaza las manos. Lo hace siempre que intenta escoger las palabras con la mayor precisión posible—. Queda abierto, tal como fue en realidad.

En su voz se percibe un leve matiz triunfal. Porque ha conservado la nobleza hasta el final. En lugar de resolver el enigma del todo, me he limitado a intentar reconstruir adónde «pudo» ir a parar el dinero.

No puedo evitar sonreír. Incluso en mi imaginación, mi madre insiste en su autonomía. En su orgullo. Algo que la caracteriza más de lo que ella misma se da cuenta.

Varios pueblos indígenas de Norteamérica tienen un ritual llamado potlatch en el que los miembros de mayor rango se desprenden de su riqueza de forma ostensible. Reparten regalos, queman dinero o destruyen deliberadamente objetos de valor. Lo hacen de manera voluntaria. Nadie los obliga. Se trata de afirmar y al mismo tiempo cuestionar su posición social. La primera vez que oí hablar de esta costumbre, en la carrera, al instante pensé en mi madre y en lo que había pasado en aquel entonces. Para mí, describe con exactitud lo que logró con sus numerosos regalos y donativos: montar un potlatch en Renania Palatinado.

Pero todavía no hemos acabado. No del todo.

Me gustaría terminar con la imagen de mi madre abandonando a mi padre en cuanto mi hermana es mayor de edad y empieza una carrera universitaria muy lejos de casa. Mi abuela, a quien cuidó durante trece años, ha muerto unos dos años antes. Ya no hay nada que la ligue a su matrimonio.

Quince años. Los dos siguen viviendo quince años con su deuda compartida y bajo un mismo techo. Y mi madre, con un cuerpo que día tras día se revela como enemigo, puesto que por desgracia así es: los dolores nunca han desaparecido, hasta hoy.

¿En qué momento supo que debía marcharse? Oigo que me dice:

—Si no, me habría vuelto loca. De verdad, me habría vuelto loca.

Eso tiene su peso. Porque normalmente jamás utiliza la palabra «loca». Nunca, en serio.

Se va de la casa una tarde, mientras mi padre aún está en el trabajo. Se coloca ante el espejo del armario con los muchos, muchísimos, demasiados vestidos que tiene y elige con cuidado. Todo lo que se lleva cabe en una maleta. No saca ni un solo objeto de valor de esa «jaula de oro».

Su mirada recorre una última vez esa casa cuya naturaleza conoce mejor que nadie de la familia. La madera de pino, las baldosas, las paredes con el caro papel pintado. También se detiene en el jardín una última vez. Y seguro que en la cocina. Ese lugar de paraíso y de infierno.

Y entonces… Entonces se marcha. La puerta se cierra tras ella. Deja la llave puesta, sin más. Que vengan los ladrones y lo roben todo; ella no tiene nada que perder.

Sube al coche y no mira atrás. No hay ninguna niña pequeña tras ella, ninguna madre que necesite sus cuidados. Puede marcharse, por fin, y así lo hace. En mi fantasía, no lo ha regalado todo. Mucho sí, pero no todo. En algún lugar hay un banco en el que aún le queda dinero.

Se marcha tal como llegó. Con nada más que una maleta en la mano.

Mi madre puede estar orgullosa de sí misma. Se marcha, aunque sea tarde. Y sin haber perdido su gran corazón.

En el mundo hacen falta muchas cosas. Decisión, valor. Rebelión. Pero también hacen falta un millón de corazones como el suyo. Que no se endurezcan, que sigan atentos, cálidos y abiertos, por muchas cicatrices que les deje el mundo.

Ahora lo dejo. Abandono el terreno de juego de mis padres, los espacios en blanco, la página ya pasada. Por la presente declaro concluido el enigma.

Pues hace tiempo que ha empezado en otro lugar, en otra página, una nueva partida.

Y menuda partida.

Padre, madre y dos hijos. Mi propia familia. Pero eso, eso es otra historia.

Gracias

Debo dar las gracias al Deutscher Literaturfonds por apoyarme a través de su Beca de Trabajo, y al Senado de Berlín por su Beca de Literatura.

Le agradezco a Aurélie Maurin el *room of one's own* en el momento oportuno, a Dilek Güngör las conversaciones sobre nuestras madres, y a Maria Ebner el descubrimiento de Ísold Halldórudóttir. Gracias a Helene Bukowski, a Paula Fürstenberg y a Katharina Mevissen por nuestros pandémicos aquelarres de brujas vía Zoom, a Svealena Kutschke por su visión del niño parentalizado, y a Svenja Leiber por esa alentadora primera lectura. Gracias a Claudia Hamm por sus opiniones sobre la voz en la autoficción, a Maria Milisavljević por la trilogía autobiográfica de John Burnside, y a Ellen Gronemeyer por su yo infantil. Gracias al teatro Sophiensælen de Berlín por la localización fotográfica, a F. S. por el «¡Tara, Tara!» de *Lo que el viento se llevó,* y a Birgit Schmitz por la apasionada primera reunión argumental. Gracias a la librería Zur Schwankenden Weltkugel y a Christine Marth por sus siempre fantásticas recomendaciones literarias, a Deniz Utlu por la heroína secreta, a los dos jurados del Premio Alfred Döblin por su empática lectura. Gracias a Julia Eichhorn por su firme acompañamiento feminista, y gracias también a Jan Valk por su amor inmediato por el texto, los mensajes de audio más divertidos del mundo y el *flow* de su revisión.

A mis hijos les agradezco sus desgarradoras preguntas sobre el mundo; a Marc Bausback, una cubierta diseñada con amor y, en fin, todo lo demás.

El mayor agradecimiento se lo dedico a mi madre, por su gran corazón y su confianza al darme carta blanca. *You are the heroine of my life.*

Citas del libro

«Todo el mundo tiene tres vidas: la pública, la privada y la secreta», p. 7. Gabriel García Márquez. (Citado en una entrevista de su biógrafo, Gerald Martin: *Gabriel García Márquez. Una vida,* con traducción de Eugenia Vázquez Nacarino, Debate, 2009.)

«Si todas las mujeres de este mundo se despertaran mañana sintiéndose de verdad fuertes y a gusto con su cuerpo, la economía mundial se vendría abajo en un abrir y cerrar de ojos», p. 40. Laury Penny: *Meat Market: Female Flesh Under Capitalism.* Zero Books, 2011.

«Cuidado, Lucifer, cuidado, cuidado», p. 48. Inspirado en Sylvia Plath: *Ariel,* traducción del inglés al alemán de Erich Fried, Berlín, 2016.

«Su rostro era nuestra climatología», p. 62. Inspirado en Siri Hustvedt: *Damals [Recuerdos del futuro],* traducción del inglés al alemán de Uli Aumüller y Grete Osterwald, Hamburgo, 2020.

La pregunta «¿Te has arrepentido?», p. 118, hace alusión al estudio de Orna Donath «Wenn Mütter bereuen» *[Madres arrepentidas: una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales],* traducción del inglés al alemán de Karlheinz Dürr y Elisabeth Ranke, Múnich, 2016.

El formato pregunta-respuesta del capítulo «¿Es esto una especie de exorcismo?», pp. 399-400, está tomado de Sheila Heti: *Mutterschaft [Maternidad],* traducción del inglés al alemán de Thomas Überhoff, Hamburgo, 2020.

Edición digital: 2023

Título original: *Lügen über meine Mutter*

La traducción de esta obra se ha subvencionado con una ayuda del Goethe-Institut.

Copyright © 2022, Verlag Kiepenheuer &
Witsch GmbH & Co. KG, Cologne/Germany
© de la traducción: Laura Manero Jiménez, 2023
© AdN Alianza de Novelas

(Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN ebook: 978-84-1148-224-0

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Table of Contents

Cubierta
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Gracias
Citas del libro
Créditos